

LA MUERTE EN EL PARAISO

Baeza Flores

ALBERTO BAEZA FLORES



LA MUERTE EN EL PARAÍSO

NOVELA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

Prólogo de JULIAN GORKIN



COSTA-AMIC ★ EDITOR

ALBERTO BAEZA FLORES

**LA MUERTE
EN EL PARAISO**
NOVELA

Prólogo de Julián Gorkin

IMPORTER:
LIBRERIA BROADBENT
BOX 1, ORLAND PARK, ILLINOIS 60462



COSTA-AMIC
EDITOR

DERECHOS RESERVADOS © 1965 POR EL AUTOR
PRIMERA EDICIÓN AÑO DE 1965

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO
TALLERES DE B. COSTA-AMIC, EDITOR / MESONES, 14
MÉXICO (1), D. F.

P R Ó L O G O

LA REVOLUCION castrista —castrista, pues no merece ya legítimamente el nombre de revolución cubana puesto que ha conducido al secuestro dictatorial del pueblo cubano e incluso a la liquidación política y física de quienes la hicieron mayoritariamente— ha suscitado una superabundancia de literatura político-reporteril, circunstancial, de esa que envejece y pasa rápidamente superada por una evolución constantemente cambiante. Dos ejemplos —entre otros muchos— ilustran y caracterizan esta verdad. Un Jean-Paul Sartre, al que no he vacilado en calificar de “uno de los principales coleccionistas de errores de nuestro tiempo”, produjo un reportaje indigno de su talento tras una rápida visita a Cuba y unas confusas conversaciones con el líder de la por él bautizada “democracia directa”; publicado en numerosos periódicos a través del mundo —y él que reúne en sucesivos volúmenes incluso sus artículos menores—, no se atrevió a editar ese reportaje en libro porque a los pocos meses había perdido actualidad y sólo podía servir ya para ridiculizar a su autor. Y a un libro del periodista francés Claude Julien, tratando de demostrar que Fidel Castro no tenía nada que ver con el comunismo, hubo de añadirle un contradictorio epílogo porque, mientras se imprimía, el propio Castro había venido a demostrar públicamente lo contrario. Añadiré en este orden otra observación

curiosa: la revolución castrista utilizó para su transformación de democrática en totalitario-comunista, el motor del antinorteamericanismo; sin embargo, los libros y reportajes principales exaltando ditirámbicamente al castrismo se han producido en Norteamérica. Que ésta ha colaborado con sus errores en la evolución cubana queda fuera de duda. Y ya desde el inicio: mientras Washington acrecía y exasperaba su impopularidad ante las masas cubanas apoyando incondicionalmente a Batista, un buen porcentaje de periodistas y de escritores norteamericanos contribuían a crear y a universalizar la leyenda exclusivamente —o poco menos— en torno a Fidel Castro y a la Sierra Maestra. Mientras tanto sufrían tormento y morían, en medio del silencio o de un semisilencio, millares de combatientes cubanos en las ciudades y en los pueblos. ¿Y qué decir del dramático error de la Bahía de Cochinos y de sus consecuencias? Mas lo que interesa aquí es esto: ¿qué queda hoy de esa montaña de literatura político-reporteril? Queda el drama siempre vivo y sangrante del pueblo cubano.

Lo que no ha sido capaz de inspirar hasta ahora la revolución castrista es una verdadera novelística. ¿Se me dirá que una verdadera novelística sólo se produce a las largas y como obra de la madurez? Es esto una verdad a medias: una novelística serena, honda y fuerte a la vez, sólo la madurez de los años puede crearla; pero yo me refiero a esa novela —testimonio o novela— documento que nace de un acontecer exaltante. Recuérdese la estupenda novelística que inspiró inmediatamente —y no obstante la guerra civil, el hambre e incluso la falta de papel— la revolución rusa. Y la rica y variada inspirada por la guerra civil y por la revolución española, no sólo entre los escritores propios, sino entre los universales. En la historia literaria existen unas generaciones que pueden reclamarse legítimamente del primer acontecimiento y otras del segundo. Y es que cada acontecer produce la literatura que se merece. La revolución rusa

fue un hecho universal bien definido: épico, creador, movilizador de las energías y de los anhelos de todo un pueblo y de todos los pueblos sufridos y esperanzados. El secuestro de la revolución y del propio pueblo soviético —y el de sus cantores, los novelistas y los poetas, deportados, asesinados o condenados al suicidio— vino después y bajo la más feroz de las dictaduras totalitarias. Y en la guerra y la revolución españolas todo el mundo vio el último acto libertario de todo un pueblo antes de la catástrofe universal que iba a comprometer el destino de los pueblos y del hombre como tal. ¿Ha ocurrido algo semejante en Cuba? ¿Podía ocurrir teniendo en cuenta el giro seguido por su revolución?

El fatídico —y permanente— paredón no puede inspirar una literatura exaltante. ¿Y puede inspirarla la grosera y repulsiva calificación de “gusanos”, aplicada indistintamente a todos los que no han querido someterse a la dictadura de un hombre y de un partido extraño —y durante la lucha contrario— a la revolución popular? Entramos aquí en el drama tremendo —y devorador— de esa revolución. Para ser una auténtica revolución cubana, con su consiguiente y entusiasta irradiación entre los pueblos iberoamericanos —e incluso entre los componentes del tercer mundo—, hubiera debido mantenerse consecuentemente fiel a su primitivo programa democrático e independiente, movilizándolo todas las fuerzas vivas, creadoras y progresivas de la nación y del continente, transformando sus estructuras y emprendiendo la solución de sus problemas mediante la integración real de sus mejores cuadros sociales y de sus masas obreras y campesinas. ¿Ha hecho eso Fidel Castro? Ha hecho todo lo contrario. La revolución democrática y popular se ha transformado en sus manos en una dictadura personal apoyándose —y a la vez sirviéndole de instrumento— en un partido único y al servicio de los intereses ideológicos y estratégicos de las lejanas potencias comunistas. Como ha ocurrido múltiples veces en la Historia —y

como ocurrió con Stalin en la propia URSS—, en nombre de un concepto a la vez mítico y mecánico de la revolución —y en nombre de una nueva clase advenediza— ha podido apuñalar la auténtica revolución creadora, integradora y popular.

Los resultados a la vista están. Ha vaciado a la revolución de su contenido y su substancia. Ha desintegrado a sus cuadros vivos y creadores: unos han perecido ante el paredón, otros —cuyo símbolo es Huber Matos— consumen su amargura en las prisiones y los más —constituyendo una verdadera masa dispersa y exasperada— han tenido que buscar la salvación y la libertad en el no menos amargo exilio. Es inútil que se les moteje de contrarrevolucionarios: constituyen, por el contrario, el capital y el testimonio viviente de la revolución traicionada, sojuzgada, desintegrada. ¿Dónde está la independencia por la que creyó luchar el pueblo cubano? Económica, política y estratégicamente —como lo demostró la instalación de bases atómicas soviéticas en 1962—, Cuba ha caído bajo la dependencia completa del Kremlin y de sus satélites. En contra de su voluntad, ha quedado hipotecada y pignorada. ¿Y a qué se ha reducido la irradiación —y el que hubiera podido servir de modelo— continental de la revolución cubana? A un dramático y casi total aislamiento: la hermosa y riente Isla ha sido convertida hoy poco menos que en un lazareto. Ni tan sólo un Perón se ha dignado aceptar la hospitalidad ofrecida por Castro al verse obligado un Franco a atarlo corto. ¿Y todo para acabar solicitando la mediación del mismo Franco con miras al restablecimiento de las relaciones económicas y comerciales y entre La Habana y Washington? (No temo un mentís: conozco los pormenores e incluso las incalificables condiciones ofrecidas por Castro).

¿Qué novelística exaltante, épico-heroica, legítimamente revolucionaria y humana podía crear ese confuso maremagnum de palos de ciego, de errores en cadena y de saturnales devorando a sus criaturas? Ciertamente es que las luchas cubanas han inspirado,

durante los cuatro o cinco últimos años, una docena de obras novelescas. Pero las cinco o seis primeras —las publicadas en los dos años siguientes al triunfo de la revolución— se refieren a la resistencia al régimen batistiano, a los actos de terror aplicados por éste en contra de los resistentes, al idealismo —bastante confuso por cierto— de estos últimos. No han sido inspiradas, por consiguiente, por la propia revolución y sólo en una de ellas se nos hace asistir al desfile triunfal de los barbudos. Preciso es hacer resaltar algunas observaciones a mi juicio elocuentes: la acción se desarrolla en las ciudades —principalmente en La Habana y en Santiago— y la Sierra Maestra sólo se presenta en el trasfondo o sólo aparece explícitamente en una de ellas; los personajes son casi todos jóvenes y pertenecen a las clases medias, al movimiento estudiantil y a las profesiones liberales; sólo uno de ellos puede calificarse de obrero y el único que se presenta en una de estas novelas como militante comunista suscita una natural desconfianza entre los otros tanto por su filiación política como por su comportamiento en la lucha contra la dictadura batistiana. Se trata de novelas mediocres o francamente malas; pero por lo menos alientan en ellas unos soplos románticos y heroicos —una indiscutible sinceridad— frente a la corrupción y a la crueldad de los esbirros. Y otra observación de capital importancia: en los discursos y en los manuales producidos ulteriormente se ha tratado de adaptar la verdad histórica a las conveniencias y a los oportunismos de los secuestradores del poder, pero estas novelas son el trasunto fiel de esa verdad. Tienen el valor, por consiguiente, de auténticos documentos.

¿Existe una notable diferencia entre estas novelas de los primeros dos años y la media docena de los dos siguientes? Sí y no. Todas son igualmente mediocres o francamente malas. De autores generalmente jóvenes o nuevos —los hechos o maduros se han ido y los que permanecen en la Isla, como un Alejo Carpentier,

prefieren el burocratismo cultural al compromiso novelístico—, carecen de oficio y resultan primarios, convencionales, artificiosos, imitativos. Por ejemplo: Sartre ha pasado fugazmente por Cuba, le ha dado su bendición al castrismo y, de repente, casi todos se han creído existenciales si no existencialistas. Que hayan preferido este mimético marchamo exterior a la inspiración directa y viva dice muy poco en su favor y, sobre todo, en favor de una revolución cuya llama se apaga. Estas novelas tienen, sin embargo, un relativo rasgo común con las anteriores: casi todas siguen refiriéndose a hechos, a ambientes y a personajes anteriores a la revolución. Y los tipos siguen perteneciendo mayoritariamente a las clases medias de las ciudades. Sólo que en las del segundo período tratan de justificarse ya, al desgaire o en sus artificiosas conclusiones, más que los ideales revolucionarios sus figuras oportunistas. Incluso en dos de ellas se identifica a la revolución con el comunismo y, en la última aparecida hasta ahora, diríase que los revolucionarios cubanos sólo se han sentido movidos por un afán: estudiar los sistemas educacionales y la economía política de la URSS para su trasplante mimético a Cuba. ¿Se nos quiere hacer creer que un pueblo tan imaginativo, tan alegre y sensual, tan libre y dicharachero —con tan enormes reservas vitales y creadoras— como el cubano puede haberse despersonalizado de tal suerte hasta caer en estas caricaturescas imitaciones? Esto sólo puede demostrar una cosa: que esta literatura, al margen de la vida, de la verdad y del alma del pueblo, se oficializa. Es decir, se adapta y miente. No es de extrañar que entre todas esas novelas no haya una sola buena y verdadera novela. Y que en un mundo curioso de novedades y en el que se traduce todo lo que representa algún valor —millares y millares de títulos cada año—, no se haya manifestado hasta este momento el menor interés por la novelística revolucionaria cubana. Y es que, desviada y acogotada la verdadera revolución, no existe ni puede existir una verdadera novelística revolucionaria.

* * *

Por desgracia para el castrismo, ha empezado a producirse fuera de Cuba una literatura diferente y naturalmente contraria. Fenómeno harto lógico, ya que la desintegración fatal producida por la dictadura comunista ha arrojado fuera de la patria a los mejores cuadros de la sociedad cubana —y de la fase democrática de la revolución— y, entre estos cuadros, a los mejores intelectuales. No nos pararemos en una novela cubana, francamente reaccionaria, editada en México; forzoso es referirse, en cambio, a la obra de dos de los mejores cuentistas cubanos expatriados: Ramón Ferreira y, sobre todo, el veterano y famoso Lino Novás Calvo. Evitando tomar partido respecto de las luchas cubanas, se limita el primero en su obra a condenar a la violencia y a proclamar el amor humano; en cambio el segundo se levanta decididamente, en todos los cuentos producidos en el exilio, en contra de las que considera injusticias del castrismo y, en uno de ellos, plantea incluso el problema que aparece como consubstancial con todos los regímenes comunistas: el de la desintegración de la familia, a la que sigue inevitablemente —añado yo— la de los individuos y la de los pueblos.

Y ahora viene esta importante y característica novela de Alberto Baeza Flores que me cabe el inmerecido honor de presentar. Nacido en Chile en 1914, es por su formación, por la acción de su vida y por su proyección un auténtico valor latinoamericano. Y es fundamentalmente un hombre bueno, sanamente idealista y en el fondo romántico, de reacciones siempre generosas. Le conozco bien, gracias a una colaboración casi cotidiana y a lo largo de varios años, y tengo el derecho y el deber de decirlo. Y es por sobre todo un auténtico poeta: para mí el poeta auténtico y verdadero no es el que compone y rima más o menos musicalmente las palabras, sino el que posee la sensibilidad de

captar y reflejar en imágenes poéticas la verdad de la vida, de los seres, de las cosas. Y el que sabe gozar y sufrir en sí mismo los goces y los sufrimientos de los otros: el cantor, en suma, de las causas humanas. Docena y media de cuadernos poéticos acreditan esto que digo. Mas el poeta no ha neutralizado en él un solo instante al hombre social. Sin necesidad de referirme a otros numerosos hechos de su vida, ¿no acredita esto su comportamiento en la República Dominicana, frente al trujillato, y la dramática manera como tuvo que salir de allí? Y entre sus libros en prosa —uno sobre Martí, otro sobre Bolívar, el más reciente sobre Haya de la Torre— hay uno que considero único en la producción latinoamericana: “Las cadenas vienen de lejos”. Un grueso volumen de setecientas cincuenta páginas al que habrá que recurrir si se quiere comprender la realidad latinoamericana de este siglo. Empieza por enjuiciar en él —y por condenar— a todas las dictaduras que han venido sucediéndose en Latinoamérica y en la que él llama una de sus raíces mayores: España. Exalta todas las luchas mantenidas por sus pueblos en aspiración y procura de su libertad. Pero el meollo del libro lo constituye la documentada denuncia de las tácticas comunistas, dictadas desde Moscú —y a su servicio— y servilmente aplicadas por sus secciones latinoamericanas. Para acabar en la dramática experiencia cubana, que Baeza Flores ha vivido en su carne y en su espíritu.

En su carne y en su espíritu. . . Cuba ha sido para Baeza Flores tierra y otra patria, además de su patria chilena. Con el pueblo cubano ha vivido sus luchas y sus esperanzas, sus sacrificios y sus sufrimientos. Y ha vivido —como actor y no sólo como espectador —todo el proceso de la revolución cubana. Defendió a Fidel Castro y a sus compañeros del 26 de Julio de 1953 desde el primer día de su encarcelamiento y su condena. Esta su consecuente actitud libertaria lo obligó a abandonar Cuba en 1958. Regresó a la Isla —y no ciertamente para presentar su factura, sino para seguir participando en sus luchas— apenas

triunfó la revolución. Mas al comprobar su entrega a los comunistas, se negó a ser cómplice y, no obstante el asedio de los nuevos esbirros, salió del país en septiembre de 1960. A proseguir un combate que se hacía imposible dentro.

Decía mi amigo y maestro Romain Rolland que había que conquistar y merecer el derecho a la palabra. Alberto Baeza Flores lo ha conquistado y merecido como pocos. Su derecho a la palabra es esta novela, nacida de la esperanza traicionada —y del amargo sufrir— del pueblo cubano y del propio autor. El simple título resulta simbólico: “La Muerte en el Paraíso”. Que Cuba es uno de los paraísos naturales de este mundo, lo sabemos todos los que hemos tenido ocasión de vivir con los cinco sentidos —y con el alma en vilo— su tierra y su clima, su vegetación y su paisaje, la franca sensualidad y la alegría abierta y a flor de labios de sus habitantes desde que nacen hasta que mueren. Hasta que mueren. . . El drama y el símbolo de la novela está ahí: en ese paraíso en el que todo invita a vivir, se ha implantado obsesionante la muerte. ¿Y no es el peor de los infiernos el que se implanta en un paraíso?

JULIÁN GORKIN

París, marzo de 1965.

*"Para todas las cosas hay sazón y todo lo que se quiere
debajo del cielo tiene su tiempo".*

ECLESIASTÉS. Capítulo 3.

PRIMERA PARTE

EL MURO AGRIETADO

CAPÍTULO I

—HASTA que nos volvamos a encontrar allí, más arriba de las estrellas —el sacerdote empezó a retroceder, lentamente, sin dar la espalda al que iba a morir.

El capitán Miarws bajó los brazos que, antes, formaban dos asas vivas. Estaba tenso y parecía olfatear el fastidio o el miedo de los demás. Contenía una palabra que podía penetrar en el corazón de la noche. El teniente Mario Peláez Jiménez, que debía testimoniar que la sentencia fuese cumplida, parecía mirar sin mirar.

—Así sea —murmuró el reo con una voz pastosa.

La cruz en la mano derecho del fraile franciscano era una estrella de plata.

Se podía escuchar la respiración del cielo.

—¡Pelotón! —un ruido seco respondió a la voz del capitán Miarws—. ¡Atención, preparen, apunten! ...¡Fuego!

Sonó una descarga que sacudió al condenado, rebotó contra el paredón y golpeó la noche.

El reo se estremeció como el saco al que arrojan desde un camión en movimiento. Su boca se abrió en busca de aire y algo se rompió en la caja de su pecho, como si un alicate hubiera cortado las cuerdas de un arpa.

La sangre, sin prisa, empezó a humedecer la tierra. La sangre era la vena de la noche oscura. El cuerpo del condenado vibró. Se le habían roto las bisagras del alma.

El capitán Miarws avanzó seguro de sí. Su pistola buscó la cabeza del hombre caído. El capitán disparó y se escuchó un ruido parecido al que produce una botella cuando es descorchada. Pareció rebotar contra la noche una sensación de alivio, aunque los ojos del reciente fusilado se abrieron con la ansiedad de un ternero ciego.

Miarws introdujo su pistola en su funda. Miró a los soldados que parecían entontecidos. Dos llamas claras brillaban en la mirada del capitán.

—Más puntería para el próximo... ¿ustedes son hombres o son ratones?

Los muchachos uniformados no dijeron nada. Parecían de origen campesino, como el joven contra el cual acababan de disparar. Eran parte de una cambiante imagen: el paredón. Simplemente cumplían lo que el capitán ordenaba.

El padre Julián bajó la mano que aún sostenía la cruz. En el aire pareció permanecer el signo de espiritual amor que su mano y el cruxifijo habían dibujado con devoción. Era una mano larga, delgada, con una palidez transparente, como las manos de los apóstoles pintados por El Greco en Toledo.

El fusilado parecía un muñeco roto. Sólo que en lugar de serrín tenía sangre y ésta continuaba fluyendo. Era un hilo de paz que intentaba, con torpeza, coser con disparejos respuntes aquel pequeño espacio de tierra cubana.

—¡El próximo! —la voz de Miarws tenía el resplandor del acero desnudo en la noche serena.

Como en el final del cambio de "faena" en la plaza de toros, unos soldados del nuevo ejército se aproximaron para levantar el cuerpo del recién fusilado. La sangre en la tierra parecía una mancha de barro. Los muchachos cumplieron su trabajo en si-

lencio. El capitán Miarws encendió un cigarrillo. En Cuba habían sido declaradas poco civilizadas las corridas de toros. Se les había calificado de inhumanas. No se lidiaban bestias, pero se fusilaban hombres.

* * *

Podían dar por terminada la cuota del día que comenzaba entre detonaciones. La noche sería barrida, pronto, por esa luz como acuosa del alba. Se levantaría, poco a poco, esa corona inmensa de luz sobre la muerte de los hombres.

—¿Vamos?; —el gesto del capitán era, ahora, amable.

—Vamos, capitán —dijo el franciscano, volviendo a introducir las manos en los bolsillos, pero sin que una de ellas abandonara el rosario.

—Lo veo silencioso teniente Peláez... ¿No le ha gustado la noche?

—Estoy un poco cansado, capitán... Eso es todo —el teniente se incorporó, con fatiga interior, a los que abandonaban el patio de los fusilamientos.

El teniente Mario Peláez era alto, pálido y tranquilo. Los meses de la vida guerrera en la Sierra Maestra le habían devuelto a la capital sin exceso de grasa en el cuerpo y con una barba que contrastaba con su manera de hombre joven, formado para la oficina de abogado y la asamblea política. Su ímpetu atlético de los años universitarios había adquirido, ahora, una madura luz de sufrimiento interior. Hijo de la clase media y de un abogado de inteligencia brillante, Mario había arriesgado su bienestar material por la lucha en las sierras. Su clientela podía esperar, pero la libertad no. Al lado de su figura poderosa, el capitán Miarws y el padre Julián parecían menos favorecidos por la vida.

Miarws compensaba su mediana estatura con la energía de su carácter. Sabía que no podía hacerse admirar, pero había conseguido hacerse temer. El franciscano era un vasco delgado, con tantos nervios como impaciencia por servir mejor a Dios. El capitán y el sacerdote lucían sus rostros afeitados. Peláez tenía el aspecto del intelectual que regresa de una vida primitiva.

—A veces hay que tener una especial presencia de ánimo para ver morir —comentó el sacerdote mientras caminaba hacia la explanada de la Fortaleza.

—A todo se acostumbra uno: a la vida y a la muerte—. El capitán quería ser grave; el teniente caminaba más atrás y parecía rumiar en silencio esa curiosa sensación de la llegada del alba.

—Para usted, capitán, hay poca diferencia entre la vida y la muerte.

El franciscano aventuró su pensamiento, temió despertar la ira del capitán, pero no podía dejar de manifestar su desagrado.

—Hay un viejo refrán, padre: el que a hierro mata a hierro muere...

—Pero hay otra sentencia: la de poner la otra mejilla...

—Se olvida, padre, que Cristo empuñó el látigo para expulsar del templo a los mercaderes... y los que están siendo fusilados no son ni siquiera mercaderes sino asesinos... son criminales de guerra, no lo olvide—. Los pasos sobre la tierra la hacían crujir con una resonancia particular y solemne.

—Pero esto es una cadena, capitán —iban un tanto jadeantes, mientras el teniente Peláez caminaba pausado, más atrás.

—¿Por qué lo dice? ¿A qué cadena se refiere?— El tono de Miarws quería ser frío y no podía impedir mostrar una ardiente incomodidad.

—La revolución debe castigar, pero toda acción crea una reacción. Se mata a los asesinos y por cumplir con la revolución se... —iba a agregar "se asesina", pero el sacerdote se contuvo.

—Cuando la última guerra mundial, se fusiló aquí a un espía nazi... Creo que se llamaba Lunning, según me han dicho...

—Fue porque sus informes enviaron al fondo del mar a barcos mercantes cubanos y se perdieron vidas.

—Estos criminales de guerra han asesinado a veinte mil cubanos... Las cuentas favorecen al espía Lunning, padre —sonrió el capitán con una ironía que intentaba ser una daga—; al menos Lunning no sacrificó a tantos... —su mirada pareció clavarse mordaz en la mirada piadosa del sacerdote.

Se detuvieron. Habían llegado frente a un establecimiento que se dedicaba a vender café y alimentos a los soldados, los familiares de los presos y a los condenados.

—Tomaremos café.

Entraron a la sala que, a esa hora, estaba sucia y desordenada. Un vaho de transpiración nocturna y de humedad podrida, mezclada al humo y al cansancio, parecía flotar sobre las pocas mesas destinadas a los clientes. Unos pocos soldados de caras campesinas y barbas recientes hablaban en un tono fuerte y reían. No había mucha disciplina. La entrada del capitán, el teniente y el capellán, no modificó la actitud de los soldados. Los oficiales y el sacerdote se sentaron alrededor de una mesa vacía. Vino, solícito, el dependiente.

—El Jefe del Ejército Rebelde no quiere que se sirva licor a los soldados del ejército de la revolución. Ya se acabó el borchorno de los tiempos de la tiranía de Batista.

—Ojalá se acabe, también, el odio entre hermanos —sentenció el capellán, mientras terminaba de acomodarse en la silla.

El dependiente sirvió café.

—El odio no se terminará hasta que no se haga justicia y lo que estamos haciendo, por el pueblo, es dar la justicia que el pueblo cubano reclama—. El capitán sostuvo en el aire la pequeña taza de café, mientras observaba el efecto de sus palabras

en el rostro del franciscano, luego empezó a beber, sorbo a sorbo, el líquido oscuro y aromático.

—Este siglo es el siglo del odio, capitán. Se odia para terminar con el odio, pero al pretender terminar con el odio se odia más... Por eso decía que esto es como una cadena.

—Ustedes odian también: excomulgan, tienen un índice de libros prohibidos... sólo que el odio saben disfrazarlo con el amor...

—Nosotros no tenemos armas materiales, capitán. Tenemos solamente la fe y la esperanza, la caridad y la misericordia, la piedad y el amor y todos son nuestros hermanos: los que pecan y los que sufren, los que condenan y los que son condenados.

Los ojos del religioso buscaron la mirada del capitán como si quisieran preguntarle hasta qué sitio subiría la cuota de sangre de los ajusticiados. La mirada de Miarws era hermana del fulgor de ciertas piedras extrañas. No era un profesor de moral.

A la sierra habían subido vehementes y patriotas, soñadores y generosos, pero también oportunistas y aventureros. Miarws amaba la aventura por la aventura. Comprendía que la vida es breve y que tiene algo de racimo. En la Sierra Maestra encontró oportunidades para servir en misiones violentas. Su carácter le ganó la confianza de uno de los comandantes que ahora hacía pesar su voluntad. Los galones lo podían todo. No había quien no quisiera estar en buenas relaciones con los que habían descendido de las sierras y pretendían dictaminar una nueva moral a los sectores de la sociedad que parecían más aturdidos.

—Padre, creo que usted tiene el corazón demasiado blando con estos criminales. Ellos no fueron, precisamente, unas palomas cuando la tiranía...

El capitán sonrió. Había clavado un dardo de ironía en el argumento humanitario del que ayudaba a los condenados a morir. El padre Julián bajó la mirada.

—Pero, capitán, no estamos juzgando cómo se comportaron ellos... Usted y yo, y el pueblo cubano, no lo hemos olvidado —las palabras querían ser mansas, aunque un fuego indignado parecía chisporrotear bajo ese acento que intentaba aparecer tranquilo.

—Entonces... —volvió a sonreír como si fuera el vencedor de la noche y del tiempo.

—La revolución debe ser generosa, capitán, si no quiere caer en lo que cayeron ellos...

—La revolución debe hacer justicia, padre, para que no vuelva a surgir en Cuba ningún régimen de opresión como el que acaba de caer descabezado.

—A la revolución le conviene ganar amigos.

—Pero no es modo de ganarlos mostrándose débil.

—Se condena, capitán, en juicios sumarísimos...

—Aquí está el teniente Peláez que pudiera decir algo, pero por mi parte creo que esta gente ni siquiera merece tanto expediente, tanto juicio y tantos papeles... Cuando ellos mataban, cuando asesinaban a cubanos indefensos, no se molestaban en celebrar juicios...

—Es demasiado severo, capitán. Se están contagiando muchos cubanos de una tensión que no beneficia a la revolución, ni a nadie, capitán.

Se quedaron en silencio. Una descarga, que pareció llegar desde el paredón distante, sacudió el alba.

—¿Qué fue esto? —preguntó el teniente Peláez.

No había inquietud en su pregunta sino una cansada costumbre de escuchar estampidos mortales.

—Se quiere borrar la sangre con nueva sangre, pero me preguntó: ¿puede la sangre borrar la sangre?

El capitán Miarws se puso de pie.

—Perdone, padre, pero no estamos ahora para filosofías. Voy a averiguar qué sucede.

No es que el capitán Miarws fuera un hombre demasiado susceptible a las descargas de los soldados contra los condenados a los paredones. Su oficio era ordenar el instante de la muerte de los que eran llamados, ahora, "criminales de guerra", pero era severo en ese oficio y no admitía "competencias desleales".

Miarws se perdió entre las primeras ráfagas de la luz del alba. Quedaron solos el franciscano y el teniente Peláez.

—Ha sido una dura noche de muerte y de muertes —dijo el capellán pensativo—. Ayudo a morir a estos hombres, pero me pregunto, a veces, ¿saben ellos por qué y para qué mueren?

—En la Sierra tuvimos que condenar también —la mano del teniente empezó a jugar con la punta de su barba.

—Las sentencias vienen de lejos, pero ¿irán muy lejos? Todos hemos luchado contra los crímenes de la tiranía de Batista, pero ¿cuándo será la hora de enjugar la sangre?

—Estuve preso en el cuartel de Holguín. No sé si esto usted lo sabe o no, padre. Los agentes de Batista quemaron mi casa, la casa que había construido con el producto de mi trabajo como abogado. Con mi mujer y mis hijos pequeños nos quedamos sin nada. Me tuvieron preso en el cuartel. En Holguín se corrió el rumor que me habían asesinado. Imagínese cómo estaría mi mujer. ¿A qué contarle lo que fueron las semanas que estuve detenido? He conocido, padre, a los verdugos y sé que no tenían alma.

—Pero sólo Dios es el que puede juzgar, teniente... sólo Dios... —pareció mirar lejos y muy hondo—. A usted, teniente, puedo decirle estas cosas. En usted no he encontrado la llama del odio sino, más bien, el comienzo de la llama de la piedad y, ya ve, usted ha estado en las prisiones de la dictadura y ha perdido los bienes materiales que tenía —los ojos del capellán se dirigieron hacia la aurora que, al otro lado de la bahía, dibujaba una ciudad de rostro claro y alegre—. Tenemos mucho que comprender, y perdonar, teniente.

—Creo que algunos de los condenados mueren, como uno de los de esta noche, con una mirada estúpida.

—Y sin embargo alguien debe asistirlos —el codo del religioso se apoyó en la mesa y la mano pareció sujetar la frente fatigada—. Yo vi morir en las calles y también en los campos. A veces llegué cuando los torturados habían sido abandonados, como solían hacerlo los hombres del SIM, del Buró o algunos de los agentes de las estaciones de policía de Batista, diciendo simplemente, al día siguiente: "un desconocido apareció muerto en la calle tal o cual..." y el desconocido era el cadáver de un torturado... A veces me digo que los revolucionarios, en su desesperación, quieren juzgar aquellos crímenes, y otras veces pienso que los revolucionarios buscan un escarmiento, aunque sólo Dios es el que puede tomar en sus manos lo que hemos hecho y juzgar el bien y el mal. Pero, créame, teniente, que necesito cada noche de mi fortaleza interior y de la ayuda de Dios para asistir a los que ahora son fusilados... Son cubanos como los otros y también están solos y mueren...

CAPÍTULO II

LA ISLA parecía vivir cegada por una aurora inesperada en su caudoloso río de luz excesiva. La aurora era casi un huracán. Llovía luz, pero también llovía fuego. Todo parecía permitido en nombre de la libertad recuperada. Los que habían llegado de lejos empezaban a convertirse en jueces del pasado y en árbitros del porvenir. La zona entre la vida y la muerte continuaba, cada noche, cubriéndose de sangre. El largo sufrimiento padecido en los años de la tiranía parecía justificarlo todo.

Nadie intentaba interrogarse por el rumbo que tomaban los acontecimientos de la nueva libertad. Había avidez y temor, delirio e inconciencia. Una sed de vivir, sin el ojo de la policía política de la tiranía recién destrozada, parecía haber ganado a los tibios y a los ardientes, a los temerosos y a los osados. Lo demás parecía no corresponderles. Eran otros los que juzgaban.

* * *

—También tiene barbas el hombre —el soldado rebelde hizo un gesto como si le doliera mirar o como si lo hiriese una luz.

El teniente Peláez sonrió, con una sonrisa que era de maliciosa sorpresa ante la observación cándida de su ayudante campesino.

—Es el Cristo de La Habana, Aníbal... ¿No viste nunca ninguna fotografía en algún periódico o en alguna revista? —había un acento de humana fraternidad y comprensión.

—A lo mejor sí —dijo el soldado Aníbal Gálvez— pero nunca había visto una estatua tan grande...

Junto a la piedra gris de la inmensa fortaleza, que volvía a ser la del dolor y de la muerte, la imagen del Cristo de La Habana adquiriría, en cada nuevo amanecer, una transparencia majestuosa. Si se pensaba que poco más allá caían los hombres, cada noche, ante el paredón de los fusilamientos, el Cristo de La Habana ofrecía la extraña presencia de un desoído perdón.

El mar semejaba, a veces, un perro azul sumiso, tendido a los pies del Redentor.

Mario Peláez estaba fatigado. No era sólo un cansancio corporal. No le agradaba su nuevo oficio, pero no había podido evadirse de la nueva obligación. “¿Tienes miedo de aplicar la justicia revolucionaria?”, le había preguntado el Comandante Martínez, que era su superior. Los ojos cautelosos y hundidos del Comandante le habían buscado, con cierta maña, las galerías de su alma. “No es miedo —había contestado el teniente— pero, acaso, en otro sector pudiera ser más útil a la revolución”. Entonces el Comandante Martínez había repetido una frase que no era de él pero que solía manejarla como suya: “A la revolución hay que servirla sin preguntar el sitio. Todos los puestos son de responsabilidades. Nuestros enemigos son muchos. No lo olvides. Por eso tenemos que multiplicarnos”.

La noche había sido de sangre y de muerte, como otras noches semejantes. El alba se empezaba a insinuar con un resplandor tenue, sin atreverse aún a dibujar las cosas con la fuerza de una nueva luz. Era casi un consuelo para el cansancio interno.

“Hay una hora de vivir y una hora de morir —se dijo para sí el teniente Peláez—. Nos ha correspondido ser testigos de la

hora de morir y disfrutar de nuestra hora de vivir. Ellos la vivieron a su turno”.

—¿Qué te pareció “el último” de esta noche? —preguntó, de pronto, Mario.

—No quería morir “el hombre”—. No había remordimiento alguno en el tono de Aníbal sino una simplicidad como de normal respiración, y sin dejar de responder, no dejaba de contemplar la ciudad.

Hablaban con palabras que aludían al último fusilado como si el condenado hubiera caído en el escenario de un teatro. En verdad era un hombre sin nombre, simplemente “el hombre” sujeto a cobardías y a gestos desesperados de valor, pero ingenuo, vehemente, valeroso y sin defensa como todos los hombres.

—A veces cuesta morir —el teniente casi hablaba para sí.

—Le tienen demasiado cariño al pellejo —Aníbal sonrió con cierta sorna que era como su filosofía—. Algunos se aferran a la vida como si fueran garrapatas prendidas a una bestia.

Nadie quería morir. Todos querían ser testigos de lo que sucedería mañana. No parecía importarles si ese mañana era una taza vacía o una copa burbujeante, del más delicioso licor. Planicie o abismo, prado o trinchera, nadie se detenía a meditar qué podía ser ese mañana. Lo único que parecía importar era cruzar el día de hoy.

—Es duro tirar a matar, pero estos hombres han sido criminales —agregó Aníbal—. Cuando me fui a la Sierra fue porque los abusos eran muchos y porque donde llegaban Morejón o los de “la rural” no dejaban piedra sobre piedra como si nosotros tuviéramos la culpa que no cayeran “los alzados” de la Sierra.

—¿Qué más te llevó a alzarte, Aníbal?

—Cuando supe lo de “la presa hidráulica” de Bayamo... Que una pesa para camiones sirviera para encerrar a los hombres, en el depósito del agua, y sacarlos de allí o entumidos o para el

cementerio, me pareció que era como el anuncio que querían terminar con todos nosotros...

No era que el teniente desconociera esos y otros motivos que movieron, al que hoy era su ayudante, a incorporarse a los guerrilleros de la sierra. Aníbal se lo había relatado antes, con parecidas palabras, pero en aquella hora del amanecer Mario necesitaba fortalecerse, recordar un motivo para no dejar de ser fuerte a la hora del castigo.

El mar resonaba lento, indiferente, con una sonoridad de embudo o de trompeta azul en un bosque en movimiento. Mar de Cuba, allí todos los naufragios y todas las aventuras se habían dado cita. Por ese mar, en otro siglo, habían llegado las carabelas de los descubridores, las naves de los colonizadores, los barcos con los racimos de carne esclava y negra. Por ese mar habían asomado los barcos piratas y los bucaneros audaces, habían llegado los ingleses y se habían ido los ingleses. El mar continuaba igual, indiferente, azul, tan próximo y lejano a la vez, con su cola de cetáceo tibio.

—Parecían que no eran cristianos esos hombres —Aníbal continuó lento, rudo, añorador.

—¿Sentían miedo cuando llegaban?

—Miedo y voluntad.

—Voluntad, ¿para qué?

—Para ayudar... para favorecer a los que peleaban en la sierra.

Lo que el teniente Peláez intentaba alejar de su mente parecía volver a surgir como emergen, entre las olas, la cabeza o un brazo de alguien que está en trance de ahogarse. Era una frase escuchada al padre Julián y que ahora volvía sobre su mente como la gaviota que en la playa picotea un pez muerto. “Los hombres no siempre matan como las bestias —había dicho el religioso—. No siempre matan en lucha abierta. Los hombres suelen necesitar complicar la muerte y han inventado los juicios.

No lo digo por usted, teniente, porque Ud. no los ha inventado y porque sé que usted no puede hacer otra cosa sino obedecer al Comandante Martínez. Pero el propio Comandante Martínez ¿no da la impresión de obedecer a alguien que está sobre él?”.

Los juicios contra los llamados “criminales de guerra” continuaban celebrándose en forma atropellada. Las sentencias parecían dictadas antes de haber comenzado el juicio y, a veces, cuando los declarados culpables esperaban la hora de morir o habían caído ya ante los paredones.

Un olor a miedo vagaba alrededor de la Fortaleza de La Cabaña, del Castillo del Príncipe y se extendía, como por una columna vertebral, en todas las ciudades de Cuba donde eran celebrados “juicios sumarísimos” o donde eran empujados los detenidos, los acusados o los candidatos a ser fusilados ante los paredones. El llanto se mezclaba a la sangre, la cobardía se unía a la venganza, la valentía se introducía con el temor.

Algunas cínicas declaraciones de algún acusado volvían a surgir en la meditación del teniente Peláez. Volvía a ver al ademán del sargento que, sabiéndose condenado, quiso que otros fueran arrastrados en su caída: “Déjense de tonterías y sean hombres como yo —había gritado fuera de sí—. Acuérdense que en un solo día sacamos de los calabozos a doce hombres y los matamos. En la noche los llevamos a otra demarcación y al día siguiente aparecieron como cadáveres sin identificar. ¿No se acuerdan que a cada uno les habíamos amarrado una granada? ¿Y no se acuerdan que después nos dimos “otro banquete”?”. Aludía, así, a otra carnicería humana. Los acusados seguían gritando: “Eso es mentira... Eso es mentira”, pero el sargento continuó acumulando injurias y acusaciones. “Sean machos algún día y no tiemblen como vírgenes...”. El sargento reía y mientras más reía más se hundía en el fango de sus acusaciones y en el recuento de la sangre derramada. Cuando, también, fueron condenados los otros, el sargento pareció más tranquilo.

A veces la mentira se convertía en verdad y la verdad valía menos que una mentira. Todo giraba: testigos, acusadores, público, familiares de las víctimas, jueces y acusados. En algunas sesiones el que juzgaba no parecía saber a quién juzgaban. El fastidio terminaba por derramar la sentencia como si el codo hubiera volcado un vaso de cerveza trasnochada sobre una mesa sucia.

Empezaron a ser descubiertos los que fueron denominados “cementorios particulares”. Algunos de los asesinos habían enterrado a sus víctimas en sitios alejados de los cementerios y lugares reservados, habitualmente, para los muertos. Así pensaban esconder sus crímenes. Pronto empezaron a ser descubiertas inscripciones en las celdas de tortura de algunas de las estaciones de policía.

El Comandante Martínez hizo llamar al teniente Peláez para que viera algunas de esas inscripciones. Mario recordaba una de ellas y cuando pensaba en esas palabras grabadas como a uña trágica de sangre y sombra, sentía que una indignación grave se alzaba dentro de sí con una autoridad que lo hería. Cuando tenía delante a alguno de los hombres que intentaban ofrecer la impresión que nada había ocurrido antes o que todo había sido una fantasía, Mario pensaba en la inscripción leída en una de las celdas de tortura de la Quinta Estación de Policía de La Habana. Sentía, entonces, una ira sorda, como revolviéndole las entrañas de la indignación. Al recordar la frialdad de los torturadores se sentía avergonzado de la especie humana.

El mensaje encontrado en la celda de torturas de La Habana decía:

“CARLITOS CONSUELITO MARY YO LOS QUIERO Y LOS QUERRE SIEMPRE. VIRGILIO. DIGANSELO POR FAVOR, SON MI ESPOSA E HIJOS. 20 de AGOSTO, 1958. 11 DEL DIA”. Estaba escrito sobre una viga. Era posible que el detenido no hubiese visto la luz del 21 de agosto de 1958.

Aníbal Gálvez había aprendido a respetar los silencios del teniente Peláez. Aníbal era mediano de estatura, firme de cuello, fuerte de espaldas y de piernas, con los ojos pequeños y algo claros. La piel —no obstante el sol dorador del trópico antillano— denunciaba a los antepasados de Aníbal llegados de Galicia o de Andalucía. Sin embargo Aníbal era un hombre de “Cuba adentro”, había nacido en el campo, pero aunque era un campesino se asomaba, de vez en cuando, a las ciudades más cercanas de su provincia oriental.

Cuando el teniente se quedaba “como en otro mundo” era señal —pensaba Aníbal— “que algo muy serio le daba vueltas en la cabeza”. Así había llegado a definir la meditación de Peláez.

Mientras el alba iba iluminando el mar y los edificios, inauguraba una especie de celebración de la nueva alegría de la capital. Mario volvió a pensar en lo que le había escuchado a un escritor de muchos viajes y experiencias entre los hombres, los conflictos y los países: “Si alguna vez estuvo en algún sitio el Jardín del Edén de que habla la Biblia en el Génesis, Dios debió elegir, seguramente, a la isla de Cuba”.

* * *

La bahía parecía quieta y todavía con sueño. “El agua puede dormir como las personas. La bahía no parece haberse incorporado a la revolución”, pensó el teniente Peláez sonriendo.

Dos barcos pescadores permanecían atracados a Casablanca. Parecían dormitar aún. Los tres grandes muelles que alcanzaba a contemplar eran tres dedos de una mano huesuda, larga y renegrida. Al final sostenían dos hileras simétricas de cinco grandes puertas cada una. Desde lejos parecía que las cinco puertas, de cara al mar, eran uñas.

En el primero de los muelles había un barco. El barco era oscuro, con una sola chimenea ancha. Era un barco moderno.

Acaso un barco de turismo, porque el turismo era “la segunda industria nacional cubana”, después, naturalmente, del azúcar. Acaso el barco había traído a los primeros visitantes curiosos ante la nueva etapa que empezaba a vivir la isla. Eran los primeros turistas que no venían a conocer los casinos sino el rostro de la Revolución, con *r* mayúscula.

Al final del último de los muelles, que Mario alcanzaba a divisar, vio moverse unos remolcadores. Se aproximaban al barco que ocupaba el muelle más lejano. Hacia el oriente de la bahía el mar tenía algo de seno de matrona colonial.

En el amanecer, las casas parecían un inmenso ejército de palomas en reposo. La luz reverberaba sobre la tonalidad alegre y limpia de la ciudad. Hacia el fondo se veían algunas chimeneas y altas construcciones de cemento y cristal. Las industrias levantaban sus cuellos y sus espaldas por sobre esa población de millares y millares de mariposas dormidas.

—¿Tú conoces, bien, el otro lado?— Aníbal movió la cabeza al escuchar la pregunta de Mario, Aníbal parecía aturdido por tanto resplandor que surgía como del sueño de La Habana.

—Te gustará. Vamos a dar una vuelta. Hemos tenido una noche dura... El aire de la mañana nos hará bien —el teniente encendió un cigarrillo y empezó a fumar, con lentitud, como dando tiempo a hacer efectiva la invitación al viaje al otro extremo.

Casablanca, que era el mejor acceso hacia las grandes construcciones coloniales El Morro y la Fortaleza de La Cabaña, era la vía hacia Cojímar, el puerto del otro lado.

Casablanca era una reunión de casas pequeñas. Era casi un mirador provinciano sobre la capital extendida.

Mario y su ayudante partieron para recorrer Cojímar y regresar por la ancha vía de La Habana del Este y desembocar, así, en el corazón turístico de la capital. Iban en el automóvil que Mario había adquirido meses antes de partir a la Sierra. Lo

había comprado con un doble objetivo: para que le sirviera en sus actividades revolucionarias de los últimos meses en la capital —pues tenía que desplazarse de un barrio a otro— y para que pudiera aprovecharlo Nora, su mujer, cuando él se marchara a la Sierra.

El mar golpeaba como en un sueño. Era un descubrimiento. Y todo cruzaba como cortando el viento. Lo inmediato estaba atrás. La vida empezaba ahora.

Aníbal Gálvez había cruzado por el puerto de Cojímar sólo una vez antes de esta. Sólo recordaba sombras fugaces, con sabor a miedo, parpadeo de luces y de pasos. Fue la noche en que la columna pequeña de la Sierra culminó su trayecto ocupando, pacíficamente, la Fortaleza de La Cabaña. La Fortaleza fue entregada por los oficiales de carrera militar a los combatientes de la Sierra, a los que todos llamaban “los nuevos libertadores”. Ahora Aníbal había visto, bajo la luz generosa, lo que la noche medrosa no le había permitido ni siquiera adivinar. Regresaron.

* * *

—Veamos un poco todo esto —dijo el teniente.

Descendieron. Las olas llegaban mansas. Tenían algo de corderos balando espuma. El mar era también un cordero azul y tierno, con sus copos de lana, sus lentas olas humildes. Pero cuando contemplaron la extensión, que parecía una pequeña playa petrificada, como de ojos volcánicos de la luna, se sintieron sobrecogidos.

—Esta es la “Playa del Chivo”... Aquí hacía sus ensayos la artillería de Batista —explicó Peláez.

Las huellas de los disparos de los cañones estaban ahí. La ola era más oscura ahora. Quedaba en la orilla en forma de ala de águila muerta.

—Este terreno es calizo... la roca es dura como diente de infierno —agregó Mario.

—¿A quiénes mataban aquí?— Aníbal se rascó la cabeza sorprendido.

—Te he dicho que era un campo de tiro.

—Poco pudieron hacer en la Sierra... —sonrió irónico, sentencioso, el campesino— a lo mejor gastaron aquí toda la fuerza y cuando fueron a pelear con nosotros ya estaban cansados —la dentadura era sana, firme; el rostro parecía como labrado a chillo, la cabellera de Aníbal estaba casi siempre revuelta.

La sierra se había “tragado” la artillería de Batista servida por hombres que no querían combatir sino vivir. “Hermanos todos”, decían en los últimos días los rebeldes por los altavoces. Algunos jefes de los soldados se habían cansado de quemar viviendas campesinas. Los soldados escucharon bien lo de “Hermanos todos”. Repetían, entonces: “Hermanos”.

Ahora, después de El Morro y La Cabaña, al otro lado y como un semicírculo espléndido, estaba La Habana con plumaje de victoria: el “Havana Hilton” impresionante, el “Foxa” abierto como un águila de alas extendidas, las torres de C.M.Q. en rojo y blanco, indicando a “Radiocentro”, el Palacio de la televisión y la radio.

Mario y Aníbal volvieron a subir al automóvil. Las nuevas rutas se dividían.

—Esto es como un río —comentó Aníbal.

—Un río de cemento... Es una supercarretera... Mira lo ancha que es.

Las vías doble, para ir y volver, corrían paralelas, duplicándose. A un costado se alzaban las nacientes construcciones de La Habana del Este. Llegaron a la garita donde los automóviles debían cruzar por cuatro entradas alineadas, uno a uno.

—Todo funciona automático —le informó Mario.

—Aquí se echa una moneda, y uno pasa —apuntó, despierto Aníbal.

—Nosotros no echamos monedas...

—¿Por qué? —Aníbal aún no comprendía.

—Porque somos los dueños de La Habana, ahora —Mario rió alegre.

Hacia la derecha surgió la farola del Morro, bonete de piedra de siglos, ojo del puerto, Polifemo en vigilia. Un arco grave, oscuro, de cemento repintado, apareció con sus líneas elegantes. Era un arco doble que abría dos grandes vías anchas que se internaban hacia un permanente día artificial que, aun en la noche dormida, alumbraba en el interior del túnel.

—Les debe haber costado hacer todo esto debajo del mar...

¿Y si esto se derrumba? —el campesino palpaba esa posibilidad.

—No se derrumba. Lo construyó una compañía francesa. Y mientras sonaban bombas en La Habana, aquí sonaban descargas de dinamita abriendo el túnel.

El automóvil se deslizó. Una doble hilera de luces fuertes, de un color azuloso brillante, lo iluminaban todo. A mano izquierda iba el espacio con baranda para emergencia o socorro. Parecía que el aire iba absorbiendo el automóvil. Todo era limpio, reluciente.

—Es como entrar en una clínica —comentó Aníbal.

Mario miró al ayudante y rió.

—¿Qué pensarías si esta "clínica" se derrumbara de repente...? porque, no sí si te habrás dado cuenta, pero vamos precisamente debajo del mar—. Como para calmar a Aníbal, agregó riendo: ...No seas bobo. Tú que peleaste en la sierra no vas a tener miedo de este túnel...

Fue un surgir hacia círculos de encantamiento. Una serie de vías parecían ascender al girar. El césped de un verde vivo contrastaba con la claridad de los edificios. Recibieron en pleno rostro el resplandor de la mañana desnuda.

Dejaron el automóvil junto a la acera. Desde aquel sitio se podía contemplar lo que habían dejado atrás: el Morro, La Cabaña, ancha de piedra alta.

Pero enfrente de ellos, imponente, estaba el monumento a un hombre a caballo. Era un guerrero dominicano. Era, también cubano, por haber luchado en las dos guerras largas de la independencia de Cuba en el siglo pasado. El caballo miraba hacia La Cabaña. El guerrero contemplaba el mar, miraba el horizonte como un mundo, el mar que es la imagen del mundo lleno de eternidad. Anchas graderías subían hasta unirse, con gracia simbólica. Todo lo contemplaba Aníbal. Sobre los grupos de grandes figuras simbólicas se levantaban unas columnas. Sobre las columnas —todas blancas— un pedestal. Sobre el pedestal estaba el caballo con el jinete.

—Máximo Gómez fue un hombre lleno de generosidad y dignidad —comentó Mario, con entusiasmo—. Era dominicano. Lo dio todo por la libertad de Cuba y a la hora de la victoria no pidió nada, no aceptó nada. Se fue a su casa, tranquilo.

—Es como Fidel —apuntó Aníbal, como un resorte.

Mario guardó silencio.

—Mira la bandera allá... ¡Qué hermosa se ve! —dijo Peláez.

La bandera cubana ondeaba sobre el viejo edificio del Ministerio de Estado. Pero adelante estaba el espacio de los jardines que iban a desembocar, con sus palmeras elegantes, sus árboles cuidados, sus espacios verdes, en una construcción que parecía centrar la atención de la mañana.

—Ahí tiene el Palacio Presidencial —Mario habló en tono pausado.

* * *

El soldado campesino continuaba emocionado cuando se pusieron en marcha, otra vez.

—Mañana tengo que ir al aeropuerto de Rancho Boyeros a esperar a Antonio Baena, a Elisa mi ahijada y a Diana Leiva. Vuelven de América del Sur. Diana es la hija de don Efraín Leiva, de Bayamo. ¿No lo conoces?

—A don Efraín, ¿quién no lo conoce o no ha oído hablar de él en Bayamo? Tenía “muchos reales” el hombre... y mucho ganado...

—Buen hombre, don Efraín. Mucho dinero, mucho ganado, mucho carácter y sin dar el brazo a torcer nunca... Pero, ahora, en los años de la dictadura le fue muy mal: malos negocios, malas cosechas... En fin, que se pondrá contento ahora que la hija y la nieta regresan al fin. Todo no lo hace el dinero —Mario hablaba más para sí mismo.

—En estos días unos vuelven y otros se van —comentó Aníbal, como masticando las palabras.

—Los que se van son los viejos politiqueros, los que robaron y abusaron del pueblo, los que tienen miedo. Los que regresan son los que saben que después de muchos años, al fin tenemos libertad.

—Y que no nos la dejaremos quitar por nada del mundo—. Había una ardiente resolución en el tono de Aníbal, en sus ojillos brillaba como un fulgor que unía la firmeza a un dolor rencoroso.

La mañana de La Habana empezaba a poner un júbilo de sol en los edificios y en la nueva vida. Parecía querer borrar, así, la sangre que junto al paredón de La Cabaña, al otro lado de la bahía, era una mancha oscura sobre la tierra cubana tan dolorosa y sufrida.

CAPÍTULO III

EN LA inmensa noche del trópico el avión, que visto posado en tierra parecía tan grande, era ahora una simple hojilla o una cáscara plateada que volaba, perdido en la marea oscura del cielo. Los motores parecían pulmones agitados en ese cauce de la noche. Todo era frágil, entonces, y la ventura humana dependía de una tuerca de un avión.

Se habían ido apagando las luces contiguas a los asientos y las del pasillo. Ahora a ningún pasajero le interesaba abrir un libro o un periódico, sino dormir.

Elisa había cerrado los ojos. Diana inclinó su cabeza, con cierta ternura de paloma herida, sobre el hombro de Antonio. Sentía Antonio Baena aquel peso sobre su hombro y aquella sensación no era una carga sino una gravedad tierna que parecía leve como un ala casi invisible, que no deja de añorar la primavera. Y aquella sensación de ternura amorosa compartida, aquel peso dulce de la respiración del amor, deambulaba íntimo, secreto, confiado, en el mar pequeñito del corazón.

La vida también había sido, a veces, como esa cabeza de Diana apoyada ahora sobre su hombro. Aunque la vida había sido, también, el águila que revuelve el huracán. Pero ahora todos navegaban por el cielo hacia el país donde había despertado la alegría y ese viaje (Antonio no sabía por qué), le parecía que

tenía para él la orden de un imperioso recuento. E imaginó que todos no iban en el avión sino en la barca donde los egipcios hacían viajar a las almas para que fueran pesadas y comparieran ante quien debía de juzgarlas. ¿Cuánto pesaba su alma?

Su vida estaba hecha de todas esas experiencias de que están hechas las vidas en América Latina: sueños y quebrantos, frustraciones y esperanzas.

Larga América Latina, pero ¡cuánto espacio desde el Sur hasta Cuba! Volar así en la noche era ir sobre un ala ciega. Abajo divisó unas luces que parecieron agruparse en forma de ciudad. ¿De dónde sería aquella ciudad que parecía tiritar con sus luces, en medio de esa noche tan sola? ¿Sería de la Isla Española donde había conocido los rostros de la angustia de los acosados por el terror político? ¿Sería de Curazao que la habían recorrido de prisa, camino hacia América del Sur, esta vez? ¿Puerto Rico? ¿Jamaica? No lo sabía.

Su vida también era la simbólica agrupación de hileras de temblorosas lucecillas hasta dibujar una calle y, luego, de temblorosas calles parpadeantes hasta intentar formar una pequeña ciudad.

Viajando así se sintió, más que nunca, un hombre de su dolorosa y esperanzada América Latina, tan desunida a causa de los pequeños o grandes clanes que se esmeraban en no comprenderla, tan necesitada de unidad para poder comprenderse a sí misma, algún día, y ser al fin, de cara al mundo y al mañana.

Todos los tiranos agitaban, con vehemente demagogia, banderas nacionalistas y proclamaban su amor a la patria, para traicionarla mejor más tarde.

* * *

Quando las ruedas del avión tocaron suelo cubano, rodando por la pista del aeropuerto José Martí de La Habana, ningún

pasajero tenía aire de sueño. Dos sensaciones metían sus manos en el alma de los viajeros: el contacto con la tierra liberada (y era como una alegría hecha de tiempo y lágrima interior la que subía a la voz), y el mirar aquellas ruinas del aeropuerto que estaba allí como la señal de una lucha que no había sido fácil. La pasión por la libertad había preferido quemar los edificios de ese aeropuerto que habían sido levantados con cierto orgullo para una capital moderna y grande.

El fuego había respetado una parte de la armazón, pero la vida del aeropuerto sería reanimada. Volverían a sonar los martillos y actuarían los sopletes eléctricos y serían levantadas las vigas y los muros nuevos.

Unos muchachos con uniforme verdeolivo, brazaletes rojo y negro y armas automáticas se aproximaron al avión. Otros se quedaron de pie en la entrada de la oficina improvisada que ahora recibía a los viajeros. Lo demás eran ruinas. el recuerdo de las llamas y el humo.

Los muchachos parecían estudiantes. Había resolución en sus rostros. Antonio sintió sorpresa y emoción. Recordaba los días iniciales de la lucha contra esta segunda tiranía: los estudiantes casi solos frente a las bocas de los fusiles. Recordaba sus largos años en el periódico y sus trabajos para el noticiero radial. Entonces todo era difícil. Pero ahora la resistencia interior, por un fértil milagro, parecía haberse abierto en abanico y todo lo había cubierto. ¿De dónde habían salido tantos combatientes gallardos de la resistencia? Antonio experimentó una especie de grave orgullo de ser cubano. Los nuevos combatientes habían surgido como las palmas en las lomas y los llanos y ahora los fusiles estaban en sus manos. Antonio pensó en los centenares de combatientes caídos en La Habana, en los hombres de la resistencia en las ciudades y poblaciones menores, y en los resistentes de los llanos. Ellos lo habían dado todo para que Cuba pudiera vivir

el día de las manos sin grilletes y el del alba del corazón y la casa sin terror.

Los pasajeros avanzaron hacia una sala improvisada. Los viajeros se sentaron como en una iglesia o en una aula donde la mirada del maestro impone especial atención.

—Bienvenidos. Llegan a Cuba Libre —dijo el muchacho que había avanzado hasta el centro de la sala y llevaba una pistola grande a un costado del cinturón—. ¿Viene alguien con pasaporte diplomático?

Un viajero entregó su documentación. Un fichero doble estaba sobre la mesa de control. Dos de los muchachos uniformados trabajaban en el archivo. Lo consultaban.

—Ahora los otros viajeros. Primero, los cubanos. Los de la primera fila.

Antonio Baena Galíndez mostró su pasaporte. Antonio estrenaba su madurez. De talla mediana, sanguíneo, sensual, no era débil de cuerpo. En sus rasgos físicos predominaba la herencia de gentes de las llegadas de la Península Ibérica en generaciones anteriores. Cuba había recibido, casi por igual, el río de sangre española y el río de sangre africana. Los indios fueron casi exterminados a poco de empezar la colonización occidental. Entonces fueron traídos los negros. Lo demás lo hizo el fermento de la naturaleza exuberante, contagiosa, que no sólo era pródiga en la eclosión de una flora de maravillosos colores, sino, también, en el trasvase de razas y sentimientos. Antonio hacía recordar, en una primera impresión, a los laboriosos hombres y mujeres que llegaron, un día lejano, de Galicia, de Valencia o de Asturias y cuyos descendientes se dejaron penetrar, más tarde, por el ritmo del trópico cadencioso hasta en la filosofía íntima ante la vida: “No hay problema, mi hermano”, “Mañana será otro día”. Hermano era todo el que era capaz de despertar simpatía. Hermano era el prójimo. Y en esa sociedad sin castillos, sin otra nobleza que el éxito, el dinero o la simpatía y relaciones humanas, los

vaivenes de la riqueza hacían y deshacían la única nobleza posible que conocía Cuba: el éxito. Todo era comprado. Hasta los títulos nobiliarios con que algunos se hacían aparecer, de tarde en tarde, en alguna crónica social, que —naturalmente— también era pagada. En ese increíble vaivén de la fortuna, un ayudante de maquinista de trenes y un sargento taquígrafo se había convertido en el árbitro multimillonario de la política cubana primero por once años y, luego, por casi siete años más; un empleado con el traje zurcido había llegado a ser propietario de una de las tres grandes empresas peridísticas de la Isla; un emigrante, ayer sin dinero, era, ahora, uno de los zares del imperio del azúcar. La política no era una especialización sino una carrera abierta a los audaces y a los hombres con magnetismo capaz de aglutinar, emocionalmente, a las multitudes. La educación superior estaba abierta a ricos y pobres, blancos y negros. La Universidad de La Habana, en algunas de sus facultades, admitía alumnos de enseñanza libre. Así habían crecido los doctores en pedagogía, en filosofía y letras y habían faltado ingenieros y técnicos agrarios. La clase media era, sin embargo, prodigiosamente poderosa por su pujanza creadora, su natural inteligencia y su enorme poder social. La clase trabajadora estaba organizada y había conseguido —en seguros sociales, conquistas laborales y bienestar material— más que ninguna en América Latina. La parte más olvidada de la población era la de los campesinos de los llanos y las sierras. Era mucho lo que se podía y debía hacer por mejorar el miserable horizonte de sus vidas.

Antonio Baena era un cubano de clase media, bastante común por su modesta fortuna material. Su profesión de reportero y periodista había sido la puerta de escape cuando sus proyectos de convertirse en abogado, y en profesional influyente, naufragaron como a un golpe del azar. Cuba padecía, por igual, los huracanes políticos, que eran los períodos de los tiranos con quijadas de tiburones, como Machado y Batista, y los ciclones, que

eran huracanes no manejados por los hombres. En uno y otro tipo de catástrofe nacional solían cambiar de curso fortunas y vidas. La vida de Antonio fue azotada, en su adolescencia, por una tragedia que conmovió a la Isla entera: la salida del mar que arrasó a Santa Cruz del Sur.

Allí, en la tragedia de Santa Cruz del Sur, el estudiante de enseñanza secundaria que era, entonces Antonio, perdió al padre, escribiente del juzgado; a la madre, maestra de instrucción primaria; y a las hermanas que esperaban que un día Antonio llegara "hasta el Capitolio Nacional". Antonio no llegó al palacio del Poder Legislativo, en La Habana, sino a un capitolio íntimo y distinto: el dolor de sí mismo. Nunca había logrado reponerse del todo de ese otro golpe de mar que sacudió su corazón en hora todavía temprana y formadora. Pero tenía que vivir y vivió como pudo.

Más tarde supo de promesas: "Vuelva mañana, todo se arreglará". Pero nada se arregló de acuerdo a lo que le habían prometido. Escribió a parientes, que vivían al otro lado del océano, pero no obtuvo contestación a sus cartas. Anduvo por aquí y por allá, como un papel arrastrado por el viento. Intentó reanudar los estudios interrumpidos, pero todo era fango, sangre, miseria y temor. Vio la caída del tirano Machado. En las calles reinaban el fango y la venganza. Las gargantas estaban roncadas de gritar y de temer. Antonio estaba aún aturdido. Quería hacer algo y todo era naufragio a su alrededor. Quería *ser*, existir hacia una clara verdad, en el fondo de sí, y sus anhelos flotaban como la luz de las estrellas sobre los pozos nocturnos. Triunfó y cayó la revolución. Vio, de nuevo, florecer la muerte en las calles. La muerte pasó cerca de él, casi lo saludó al pasar y él la vio casi sin temor. La gente se había acostumbrado a ver morir. Encontró empleos transitorios. La Universidad, reabierto, era más un polvorín que una casa de estudios.

Pasó el tiempo y el azar lo sentó un día ante una mesa de redacción de un periódico. "Antonio, harás carrera aquí, aunque el sueldo es poco, por ahora" —le dijo el Jefe de Redacción. Hizo carrera, a su modo. Leyó nuevos libros, con sed nunca satisfecha. Con solitaria inquietud anotaba lo que le impresionaba en la vida, lo que le decían la patria y el mundo. El país giraba en redondo. "Quiero unos reportajes sobre la provincia de Oriente", le dijo un día el director. Fue a la provincia de Oriente. Una tarde de domingo encontró a Diana Leiva en el parque de Bayamo. "Es la hija mayor de don Efraín Leiva. El hombre tiene dinero, pero es orgulloso. Diana es orgullosa, pero inquieta. A lo mejor te conviene a tí", le dijo el amigo, confidencialmente, antes de presentarlo. Le convino, no por cálculo sino por amor.

Diana le presentó a su amiga más íntima: Nora Benítez. Nora le dijo a Antonio en el Parque de la Revolución de Bayamo: "Pienso estudiar derecho y dedicarme a la diplomacia. Es una carrera nueva para mujeres". Diana le confesó: "Pienso estudiar cualquier cosa y recorrer el mundo". Sueños, afanes, poesía, locuras, pensó Antonio. Pero todo le empezó a parecer real. A Nora la definió: complicada, atractiva, distante. A Diana la calificó de sensual, lírica y vehemente. Le pareció ansiosa por abrir la jaula de la ciudad provinciana y volar a cualquier parte. Antonio les describió su trabajo y sus proyectos. Los hizo aparecer importantes, aunque no lo eran. "Es interesante escribir", dijo Nora. "Leo cuanto libro encuentro en casa, pero los escritores me parecen vagabundos", confesó Diana sonriendo. Antonio les explicó que en otros países los escritores hacían fortuna. Diana pareció aprobar. Antonio regresó a Bayamo, con nuevos pretextos de nuevos reportajes. Enamoró a Diana y se sintió prisionero en el círculo de arena y fuego que es el amor. La oposición de Don Efraín puso mayor empecinamiento en Diana y más audacia en Antonio. Tenían que verse casi como si amar fuera un pequeño crimen. Nora se prestó a ser intermediaria

para las cartas. La vida puso a arder lo que ellos no se habían atrevido a confesarse antes. Lo prohibido avivó la llama.

Con su cabellera clara, su piel color de miel tibia, su rostro dulce y pequeño para el cuerpo gracioso y esbelto, Diana fue para Antonio la gran aventura que alejó todas las aventuras anteriores: el amor: "Mi hija no se casará con un advenedizo, con un emborronador de cuartillas", sentenció don Efraín. Pero Diana se casó con Antonio. "Es un muerto de hambre", había afirmado don Efraín. Pero Antonio y Diana se marcharon a la capital y allí, con valentía diaria, acomodaron su vida. Primero, en las casas de huéspedes para estudiantes de pocos recursos. Luego en un pequeño apartamento en un barrio contiguo al aeropuerto militar de la capital. Los ruidos de los aviones casi tocaban las casas del vecindario, pero en las calles había árboles hermosos. Muchos árboles tenían flores. En ese barrio nació Elisa. Fue entonces que don Efraín, como si se arrepintiera, de pronto, de su maldición bíblica, se enterneció. "¡Qué diablos! La vida es la vida", sentenció don Efraín y desarrugó el ceño con el pretexto de acunar a su primera nieta.

Luego, Antonio y Diana fueron a vivir a un barrio más próspero, cercano al río Almendares. No les había ido mal. Antonio sabía cuánto debía al valor de Diana. Parecía frágil, a primera vista, y era valerosa en su ternura, en el coraje íntimo con que había sabido enfrentarse a los requerimientos de la vida. Antonio había encontrado en ella la presencia del femenino lirismo, y la vehemencia y el equilibrio, a la vez. No sólo a la compañera y la esposa, sino a la amiga y a la amante. Elisa Baena estrenaba, ahora, una adolescencia impaciente y lírica, con algo del encanto sensual de Diana y la vehemencia de Antonio.

—¿No se acuerda de la reunión en casa de su vecino Juan Esteban? ¡Quién nos iba a decir, entonces, que nos volveríamos a encontrar aquí! —el responsable de la aduana sonrió cor-

dial a Antonio, era un antiguo compañero de los días de la resistencia a la tiranía recién derrumbada.

Llegaron Mario Peláez y Nora Benítez. Había alegría en los abrazos y una sensación del reencuentro de la amistad como sin tiempo y familiar. Luego, Antonio se acercó al jefe de aduana.

—¿Dónde los encontró la noticia de la caída de Batista? —preguntó, cordial, el funcionario.

—En Brasil...

—Fueron a dar lejos... —sonrió.

—Sobre la bahía de Guanabara, en letras gigantes, vimos esa noche los nombres de Urrutia, Fidel y Cuba.

—Así ha sido en todo el mundo —se inclinó sobre unas maletas y sin revisar el equipaje de Antonio, Diana y Elisa, que lo habían saludado también, dijo como una sentencia—. Es de los nuestros... Que despachen el equipaje inmediatamente... No hace falta revisar...

Antonio le estrechó la mano y todos salieron. Mario hacía bromas. Se sentía contento. Había olvidado la fatiga de la noche anterior.

—La Sierra Maestra te dejó más delgado —comentó Diana dándole un golpecito en el pecho.

—Bajó más delgado, pero con barbas, que es lo que importa —dijo Nora arreglándose un mechón de pelo negro, con coquetería.

Nora parecía recién salida del baño. Diana había tenido que disimular su fatiga. El traje azul, vaporoso, con grandes flores de fantasía le daba a Nora un aire sofisticado. Diana lucía un traje claro de viaje, de chaquetilla corta. Eran distintas en temperamento, personalidad y presencia física. Sin embargo eran de casi la misma estatura y siendo tan diferentes parecían complementarse. Se habían hecho amigas jugando en la misma acera en los días de la infancia

Mario puso en movimiento el automóvil.

—¿Podrás manejar bien? —Diana indagó bromeando—. A lo mejor ahora que andas con el nuevo uniforme corres más que antes...

—Duerme poco, trabaja mucho, pero ya quiero verlo de capitán —Nora hizo un gesto ingenuo de niña caprichosa y sonrió.

—¿Tú crees que regalan los grados como se reparten los pomas de leche? —comentó Mario, entre serio y bromista.

—Hay otros que hicieron menos que tú y que trabajan menos que tú y ya son capitanes... —Nora se empecinaba.

—Eso, pregúntaselo a Fidel —comentó Mario—. Ya me llegará el mío.

El trayecto desde el aeropuerto en Rancho Boyeros hasta La Habana le pareció a Antonio particularmente novedoso. ¡Cuántas veces había recorrido antes esa misma autopista, al ir a recibir o despedir a personas amigas, para asistir a la Feria de Rancho Boyeros, para llegar hasta la Escuela José Martí o en tránsito hacia otras poblaciones de la provincia! Sin embargo, este viaje de ahora tenía el encanto de un descubrimiento de un aspecto no visto en la doble vía.

Había poco tránsito. De minuto en minuto cruzaban algunos carros militares o automóviles manejados por hombres con uniformes verdeolivo, con insignias del 26 de Julio, o del Directorio Revolucionario.

Unos carteles gigantes mostraban los rostros del Presidente Provisional, el magistrado don Manuel Urrutia Lleó y del comandante en jefe del nuevo ejército. El hombre de leyes estaba rasurado, el comandante lucía la semi barba crecida en la Sierra Maestra. El lema decía que la revolución había bajado desde las sierras para gobernar con honradez.

Mario Peláez prendió el radio del automóvil y un anuncio comercial con el contagioso ritmo cubano de moda pareció abrir-

se en una sonrisa mezclada a una invitación comercial: "Ambiéntese con Cristal... con Cristal hay ambiente..."

Al anuncio de una de las varias marcas de la cerveza que era elaborada en Cuba, sucedió el espacio dedicado a una de las marcas de cigarrillos, otra de las industrias cubanas. El locutor insistió en el sello: "Regalías el Cuño". Explicaba por qué eran mejores. A las palabras persuasivas siguió el ritmo cubano, que acompañaba a las nuevas palabras. Era una voz de mujer, ahora, la que cantaba: "Eso... ni se pregunta. Mejores, de punta a punta!" "Regalías el Cuño... satisfacen", reiteró la voz del anunciador comercial, regodeándose —lentamente— en las sílabas. Entonces la guitarra y la voz popular, acompañada de las "claves" y las maracas, empezaron el ritmo del día:

"Hoy Cuba entera,
hoy Cuba entera, gozando está,
porque Cuba entera tiene
la libertad!"

Mario empezó a tararear la música del radio. Los demás acompañaron a Mario con la alegría de sus sonrisas. Se habían aproximado al imponente escenario de la Plaza Cívica, donde los urbanistas de los gobiernos democráticos de Grau San Martín y Prio Socarrás planearon el centro de La Habana hacia el siglo XXI. Ya habían sido construidos todos los inmensos edificios al modo de palacios modernos: la Biblioteca Nacional, el Tribunal de Cuentas, el Correo Central, la Terminal de Omnibus y sus hoteles, el Palacio de Justicia, el Teatro Nacional, y los otros.

En el centro de la espaciosa Plaza Cívica había sido construido el gran obelisco en homenaje a José Martí. Junto al obelisco había sido colocada la estatua gigante del escultor Sicre que representaba al poeta de la libertad cubana con su clara frente y actitud de interior recogimiento pleno. Ese símbolo mar-

caba el centro de las miradas de cuantos llegaban o salían de la Habana por carreteras o por el aire.

Antonio sintió una rara emoción que era una alegría calurosa del alma. No le era posible traducirla en palabras. Estaba allí, en sueño de mármol blanco, el gran profeta de la justicia para los hombres y mujeres de Cuba y de la América toda.

En el radio del automóvil la voz popular continuaba repitiendo el estribillo contagioso:

“¡Hoy Cuba entera,
hoy Cuba entera, gozando está,
porque Cuba entera tiene
la libertad!”

Era como si la voz popular se hermanara ahora al sueño del poeta de la frente espaciosa y el decoro ardiente.

—Más despacio, Mario, por favor —pidió Antonio.

Mario disminuyó un tanto la velocidad del automóvil. Antonio sentía una ternura de patria, casi ahogándole la garganta.

—Este es tu Martí, Antonio. . . Tu Martí que te recibe —dijo Nora con voz que ya no era frívola sino era una voz femeninamente ronca y, también, emocionada.

—Es nuestro Martí, Nora. . . El Martí que esperó tanto por este día y que ahora, al fin, verá que sus sueños se convierten en realidad.

Mario, sin dejar de atender el tránsito, ahora creciente en la amplia avenida, retomó otra vez la letra del canto:

. . . Porque Cuba entera tiene
la libertad. . .

CAPÍTULO IV

“¡LIBRE!”, repitió dentro de sí el ayudante de Mario Peláez. El muchacho campesino se sentía alegre. Aníbal Gálvez se encontró como en el umbral de una aventura. Esa noche otro “soldado rebelde” ocuparía su puesto en el pelotón de fusilamientos. Esa noche, en cambio, le pertenecía, enteramente, a él.

Con el uniforme y la incipiente barba crecida en la sierra, todo parecía serle más fácil. Todos querían como agradecerle algo. No precisamente a él, en lo personal, sino a lo que decían los demás que representaban ellos, los del Ejército Rebelde. Aníbal estaba un poco confuso. Se hacía preguntas para orientarse. “¿Qué he hecho, en realidad?” La gente decía que los de la sierra eran héroes. Ante las cámaras de televisión y los micrófonos de las radioemisoras habían sido entrevistados. Les hacían preguntas simples, los trataban con entusiasmo, podían saludar a sus parientes, enviándoles recados a través de la radio. Casi eran unos personajes muy importantes.

Aníbal se preguntaba, de pronto: “¿Es que la gente no combatió en la Habana?” El, y sus compañeros, sabían que sí habían luchado los habaneros, y muy fuerte y valerosamente. Y antes que hubieran alzados en la sierra. En las montañas se les repetía siempre que “La Habana estaba ardiendo siempre, con sabotajes de los comandos de la lucha clandestina, con accio-

nes resueltas de la Resistencia". El Directorio Revolucionario, en el corazón de La Habana, había estado a punto de desca- bezar la tiranía mediante el audaz y sangriento asalto al Pala- cio Presidencial, el 13 de marzo de 1957.

De La Habana, Santiago de Cuba, Bayamo y Manzanillo, lo recibían todo o casi todo en la Sierra Maestra, desde las armas hasta los uniformes. Por eso Aníbal no comprendía por qué des- pués que La Habana había luchado tanto y habían muerto tantos, más que en la sierra, en la capital decían ahora que los liber- tadores habían bajado de las sierras y que los libertadores eran hombres como él, Aníbal Gálvez.

Aníbal subió a una de las pequeñas embarcaciones que ha- cían el trayecto de un lado al otro de la bahía. Iban otros com- pañeros, con la noche libre como él. Hablaban y reían. Aníbal quería andar solo, descubrir las cosas por si mismo.

Bajó cerca del Muelle de Caballería. Se detuvo ante el mo- numento a los marinos cubanos que perecieron en la Segunda Gran Guerra Mundial. Unos compañeros lo invitaron a ir a beber al bar de la esquina, pero se disculpó. Quería beber solo. El Castillo de la Fuerza que había albergado a la Biblioteca Nacio- nal y luego, se había convertido en un museo, estaba allí con sus muros de piedra, tan anchos que no disimulaban haber sido durante la Colonia alguna prisión. El césped ocupaba ahora el sitio que, a lo mejor, antes estuvo con agua. Cerca estaba "El Templete". Pudo asomarse. Le dijeron que allí podía ver la mis- ma ceiba en la que muchos siglos antes el primer navegante venido de España había amarrado su embarcación. Aníbal duda- ba que después de tantos siglos, como la gente decía, todavía el árbol pudiera estar allí, "como si fuera ayer".

La Plaza de Armas, el centro de la Colonia, tenía algo de recogimiento de iglesia, le pareció solitaria, familiar, parecida al Parque de la Revolución de Bayamo en la noche. Se quedó mi- rando la entrada del Ayuntamiento. Lo invitaron a pasar. Se

asomó al patio grande, también de piedra. Su sensibilidad, afi- nada en el silencio del campo, advertía de un modo puro y sim- ple, aquel mensaje sobrecogedor y austero, de los siglos. Aníbal percibía ese ritmo con esa sensibilidad primigenia, elemental y honesta, que tiene el pueblo.

—¿No has ido a la Catedral? —era un soldado como él, cam- pesino como él, quien le hablaba—. Queda por esta misma ca- lle... Un poco más allá... Sales por el fondo de este edificio, encuentras la calle y doblas a la derecha... Y encuentras la Catedral...

Ahí estaba. Las pisadas de Aníbal resonaban en los corredo- res de piedra. Sobre cada torre se alzaban cruces. Una cruz parecía unificarlo todo en la mitad superior del templo majes- tuoso. Las cruces abrían los brazos y era como, si con ellas, la piedra también abriera los brazos en un empeño de amor ideal.

Aníbal se quedó silencioso. Los automóviles habían sido co- locados hacia el centro de la plaza de piedra, pero todo estaba silencioso —los portales laterales de la plaza, los edificios, la ca- tedral cerrada, los automóviles como dormidos, la plaza sola—. El soldado rebelde sintió el recogimiento de los siglos, pero no quiso dejarse ganar por esa impresión que le podía poner el alma grave en su día de ventura.

Más allá cruzaban los ómnibus. Preguntó por la esquina donde podía subir a uno e ir hasta el Parque Central o el Parque Maceo. Varios transeúntes se acercaron, también, a averiguar qué buscaba y dónde quería ir. El pueblo era curioso y cordial. En todos había un franco espíritu comunicativo, que era espontáneo y cariñoso. Era una virtud de este pueblo —entre otras cualida- des— ser tan cordial. Parecía haber nacido con esa generosidad y la daba sin pedir, en cambio, nada. Se sentía dichoso con po- der servir y ayudar.

Aníbal caminó aquella noche, un poco al azar, por entre la aventura de los portales. Iba por la Calzada de Galiano, la de las

tiendas elegantes y grandes establecimientos comerciales —el lujoso “Encanto”, “La Moda”, “Woolwoord’s” “Flogart”, “La Epoca”, “La Mariposa”—, grandes cafeterías —“América”—, cines vidrieras iluminadas, letreros luminosos en profusión. Toda clase de prendas y objetos se ofrecían tentadores en el interior iluminado. ¡Qué de abundancia y ebriedad para los sentidos!

Aníbal se detuvo. Desde los altos, y como esparciéndose en las aceras, llegaba una música contagiosa. Escuchó con deleitosa atención. Otros hombres parecían esperar y escuchaban, también, bajo las arcadas antiguas. Poco decía el letrero luminoso. Un policía, con la camisa a medio abrochar y la gorra colocada de modo informal, sonreía. Aníbal entró.

* * *

La encontró afirmada contra el marco de una de las puertas del fondo, como si se hubiera recostado contra la noche lejana. Sus ojos parecían exageradamente grandes y largos. El maquillaje había destacado esa característica. La nariz era fina y voluntariosa. La boca era grande y sensual. El peinado era coqueto y a la moda. La muchacha lucía una chaqueta de piel gruesa, aterciopelada, a rayas firmes, donde predominaban el rojo y el negro. A Aníbal le pareció que era la más elegante de todas. Su cuerpo era sensual y atractivo.

Afuera el invierno tropical movía algunas hojillas en los parques, pero la gente andaba casi tan aligerada de ropas como en el verano. “Aquí no hay más que dos estaciones: la de los Ferrocarriles Unidos y la Terminal de Omnibus. Lo del invierno y el verano es una invención”, oyó decir una vez Aníbal al teniente Peláez.

La muchacha lo miró de reojo. ¿Con curiosidad? ¿Con sorpresa? ¿Qué quería decir con esa mirada? ¿Qué buscaba? A Aníbal le pareció que la muchacha era como la más bonita y

distinguida que había visto en su vida. “Es mejor como la mejor de allá” —se dijo Aníbal—. Le pareció que tenía una distinción parecida a la de Nora, la esposa del teniente Peláez. Sólo que Nora era más alta y daba la impresión de ser como distante, complicada y orgullosa.

Aníbal se acercó, resuelto, hacia la muchacha y la invitó a bailar. Ella le indicó que debía comprar unos boletos pequeños en la caseta próxima a la orquesta. Por un peso le entregarían varios. Por entre las parejas iba un hombre picando un extremo del billetito de cada muchacha en cada baile. Más tarde ellas pedían cambiarlos, por dinero, en una ventanilla del fondo, pero ésta no era abierta sino después de la medianoche. Mientras tanto debían girar como mariposas prisioneras de un ritmo, de un destinto.

Aníbal vio que otros soldados del nuevo ejército bailaban con otras muchachas. Se encontró en ambiente. Sonrió. Se sintió dichoso. Casi podía tocar con sus labios los de la muchacha, que le había dicho que se llamaba Gisela. Murmuró a su oído algunas palabras. Bajo la chaqueta de Gisela asomaba una blusa color naranja pálido. La falda era estrecha y negra; los zapatos parecían finos.

—Si me ven bailar así, van a pensar los otros que todos pueden bailar como tú conmigo... y no me conviene que piensen así —dijo ella.

Aníbal insistió apasionado, pero la muchacha dijo:

—Hacía tres años que no venía... No soy mujer de media hora... Tú, con tu nuevo uniforme estás acostumbrado a mandar... No sé quién eres.

—Aníbal creyó advertir como una sombra de temor en la afirmación altiva de Gisela.

Fueron a un extremo de un corredor ancho que desahogaba el salón y daba a la calle, pero que había sido cubierto, con discreción, mediante persianas altas. Un andamio grande pare-

cía haber sido levantado allí para reparar los viejos ventiladores que giraban como el viento del invierno sobre las hojas y levantaban las faldas de las muchachas cuando se trataba de algún número musical de violentos giros y pasos de mucha fantasía y ligereza.

Aníbal repitió el nombre de la muchacha. Le ofreció un cigarrillo. Ella lo encendió con la gracia con que pudiera ser encendida una pequeña estrella bajo el mar. Pero Gisela no había olvidado el reglamento de la casa.

—Ven. Aunque tú seas del Ejército Rebelde no podemos distanciarnos de aquí. En el final del corredor sólo se permiten dos muchachas hablando o dos hombres, pero no un hombre con una muchacha... Son las órdenes... a menos que sea el dueño o algún amigo del dueño...

Habían bebido algunos vasos de cerveza, pero la muchacha bailaba demasiado seria, casi ausente. ¿Por qué, de pronto, parecía Gisela tan lejos de allí? Es que, como el teniente Peláez, también Gisela se podía “fugar” con el pensamiento? Aníbal se sintió defraudado. Otras muchachas buscaban, con sus miradas, compañeros de baile. Aníbal dejó a Gisela.

* * *

La medianoche cruzó como una muchacha más. Nadie pareció advertirlo. No había reloj visible. Las horas eran ilusión o ausencia. Se escurrían como arena entre los dedos. El único horario era el cansancio de las muchachas, los pies lentos contra el piso de baldosas brillantes, el fatigado hablar, el bostezo anunciado o ya no disimulado. Aníbal estaba un poco mareado.

Gisela continuaba bailando con un nuevo acompañante. Las horas adquirían el ritmo de las paletas de los ventiladores. La música seguía girando junto a la lámpara de fantasía, empañada por el humo. Aníbal descendió, lento, las escaleras. El aire de la

noche, que parecía refrescado por el próximo amanecer, entró en su corazón. Sintió un indeleble bienestar, una placidez que le impulsó a tararear el ritmo de “Sabor a mí”, un bolero de moda que a Aníbal le agradaba porque le traía recuerdos de una muchacha que había conocido en Cauto el Paso. Continuó caminando por los portales hacia la esquina de Galiano y Neptuno.

Encontró en su camino a trasnochadores, vendedores de periódicos, soldados rebeldes, trabajadores nocturnos y unos muchachos que debían ser activistas del Partido Comunista (PSP), que pegaban en los muros unos impresos circulares, con letras en tinta negra, que decían simplemente: “GRACIAS, FIDEL”.

El ómnibus se retrasaba. Cruzaron autobuses de otras rutas. No indicaban el número que esperaba Aníbal, pero comprendía que no podía impacientarse. Estaba un poco ausente y la marea de la noche parecía buscar una salida en la ciudad. De pronto su corazón latió más de prisa. El taconeo menudo, grácil, fue acercándose a su corazón. Se detuvo casi a su lado. Era absurdo aparentar indiferencia. Fue Gisela quien le habló.

—Le dije al muchacho que no... Me sentía cansada... la poca costumbre... pero además me acordé que te había prometido que me acompañarías hasta cerca de casa. ¿Verdad que me lo prometiste? ¿Estás, ahora, disgustado? ¡Dímelo!

Aníbal trató de sonreír con desgano, intentó aparentar apatía. Gisela hizo un mohín de tristeza y soledad, pero de pronto le atrajo con calor hacia sí. Asió con su brazo tembloroso el brazo de él. Subieron juntos al autobús que se detuvo.

El trayecto era largo hasta aquellos barrios de casas tranquilas y calles anchas y arboladas. Gisela le fue relatando lo que era, ahora, su vida: el padre, al que quería mucho, se había enfermado de pronto, tuvo que ser conducido, de la noche a la mañana, al hospital. El médico decía que sería difícil salvar su vida. Si el padre moría, ella no sabría qué hacer. Le dio noticias vagas del hospital donde decía Gisela que se encontraba su padre.

Apenas si podía verlo. Le confesó que su madre las había dejado "casi niñas", a ella y a su hermana. Habían sufrido. La madre había muerto del pulmón. Gisela se había sentido sola. Le habló de su matrimonio a hora temprana.

—Me casé como nos casamos algunas mujeres, a veces: por necesidad. No hemos tenido familia. Dios fue compasivo con nosotros. Mi marido es muchos años mayor que yo. He querido separarme. He buscado trabajo. Hoy dijo mi marido que no volvería, pero cuando cree que me puedo ir de su lado, vuelve... vuelve siempre. Hoy estaba desesperada y fui donde me conociste, pero no volveré... Mi hermana no sabe donde ando...

Al aproximarse al barrio Gisela dijo:

—Quítame la mano de atrás... Nos pueden ver y, entonces, imagínate... Mejor nos bajamos aquí.

Descendieron. Era una esquina cualquiera de una noche con cien o mil esquinas iguales. En la calle casi no se escuchaban pasos. Sólo sombras de árboles y luces pálidas del alumbrado público, parecían habitarla. Las casas dormían.

Gisela se envolvió, graciosamente, con un pañuelo grande y claro que puso una coloración de rara luz alrededor de su cuello. Su rostro redondo y como triste parecía, así, más ingenuo.

—Me puedes acompañar hasta cerca de casa, solamente. Tú lo quieres todo al instante. Eres impaciente, Aníbal. No quiero que nos precipitemos. Apenas nos conocemos. Aquí no estamos en la Sierra Maestra, ¿sabes?... Esta es otra sierra —y sonrió con picardía.

Cruzaron otra esquina solitaria. Se detuvieron.

—No puedes acompañarme más. Es imprudente, pero el lunes podemos volvernos a ver en la esquina de Calzada de Columbia y 30, a la entrada del cine... Tendrás la noche libre como me has dicho? —las sombras de los árboles se mecían como abanicos gigantes—. El color blanco se ve en la noche... Me pueden

ver aquí... —Gisela temblaba un poco, Aníbal la atrajo con calor hacia sí.

Se abrazaron. La sombra de los árboles se proyectaba sobre el río silencioso de la noche. Como el sediento busca el agua, los labios de Aníbal buscaron los labios de Gisela. Sintió la hermosura de su cuerpo en el estrecho abrazo apasionado; la promesa de su entrega, en las sílabas temblorosas de Gisela. El muro era pequeño, las sombras eran cálidas, la noche parecía embriagar los sentidos. La noche era, también una sed. La noche se parecía al cuerpo de Gisela.

* * *

Se vieron el lunes y el jueves, pero el sábado todo pareció volverse en contra de ellos. Era, acaso, la cita más importante. Gisela se la había pedido con emocionado temblor interior: "No puedo dejar de verte... Tengo algo demasiado importante que decirte... No me falles, Aníbal..."

"Cosas de mujer", pensó Aníbal. Pero no hubiera dejado de acudir a la cita porque amaba a Gisela. La amaba o creía amarla. No sabía cómo, ni por qué. Tampoco importaba. Al menos cuando no estaba con ella o en las noches de "trabajo" en la Fortaleza de la Cabaña, le parecía que la voz de Gisela estaba allí, que sus ojos lo buscaban.

El capitán Miarws se había disgustado una de las últimas noches. "¿Qué te pasa, ahora, Aníbal?... ¿Estas dormido?... Te voy a suprimir los permisos de salida, para que despiertes... Ya no te fijas dónde disparas..."

El sábado Gisela debió de esperararlo en vano. El capitán anuló su permiso de salida. Fue inútil que Aníbal lo rogara. "Falta personal. Algunos tiemblan como ratones que huyen a sus cuevas... como si no hubieran visto nunca la muerte. Al menos tú estuviste en la Sierra. Tú te quedas en el pelotón" —dijo, seca-

mente, el capitán—. Aníbal calló y tuvo que aceptar. Más tarde, el capitán agregó: “No eres de los que se nos incorporaron a última hora. Y hay cosas que tenemos que hacerlas de todas maneras para que no vuelvan a suceder en Cuba”.

El domingo tampoco pudo salir, ni el lunes. Pero el martes trató Aníbal de ubicar la casa donde debía vivir Gisela. Ella nunca le había indicado el número de la casa. De noche todas las esquinas le parecían gemelas. Se entretuvo en un bar de Calzada de Columbia y 42. Volvió al otro día de permiso y con luz de día. Caminó por una y otra calle conocida como por un tablero de ajedrez. Reconoció la esquina del abrazo de la primera noche. Reconoció el pequeño muro, donde había recostado el cuerpo de Gisela, la sombra del árbol grande —que debía ser mayor aún cuando encendieran la luz artificial—. También confirmó la esquina del último adiós. Unos muchachos lo miraron con curiosidad. Aníbal continuó su búsqueda. En los muros habían sido colocados unos carteles con el rostro del comandante Fidel.

De pronto le pareció que esa debía ser, exactamente, la calle y la manzana de la casa de Gisela. Se acordó que debía estar hacia el lado derecho y en mitad de la cuadra, por la dirección que vio tomar a Gisela la última vez.

Un cartel de arriendo lo detuvo. Colgaba como un ahorcado. Algo sombrío pareció golpear su corazón. Preguntó a una mujer flaca y con aire descuidado. La mujer le dijo, como con cierta reserva, que allí no vivía ninguna Gisela, que estaba equivocado. Parecía que guardaba un secreto, pero que sentía temor.

Aníbal intentó despertar confianza en la mujer. “Usted parece buena gente y del campo”, dijo la mujer. Aníbal agregó que era de la provincia de Oriente.

—Si —le informó la mujer huesuda, con un suspiro—. Vivía al lado, en la casa que ahora está en arriendo... se fueron las dos la otra noche... No dijeron donde... Pero la que usted

busca no se llama Gisela sino Yolanda... ¿No lo sabía?... Nadie la conocía aquí por Gisela, ¿sabe?

La mujer delgada volvió a suspirar y agregó, también casi como con un suspiro: “¡pobrecita!” No dijo más. La palabra y el suspiro parecían encerrar el destino de Gisela, es decir de Yolanda. No consiguió Aníbal otra explicación. Se sentía aturrido, engañado. ¿Por qué Gisela no le había dicho que se llamaba Yolanda?

Más allá encontró a una vecina que lo miró con inicial simpatía. Era una cubana de explosiva palabra y de ademanes fraternos. De todo parecía estar informada y encontraba sumo agrado en no tener secretos. Era una mujer gruesa, simpática y morena. Hizo pasar al soldado y le ofreció el mejor asiento en la salita de la casa, donde ya figuraban los retratos del Presidente Provisional, del Jefe Máximo y del Comandante Camilo, junto a las imágenes de la Virgen de la Caridad del Cobre y de San Lázaro. Así tenía, reunidas las devociones terrenales y celestes.

Todo era modesto, pero todo estaba ordenado y limpio. Unos chiquillos merodeaban por el patio interior, cruzaban o salían, de pronto, hacia la acera. La mujer los reprendía a gritos, pero con cariño.

—Yo se lo diré, soldado, porque una noche los vi juntos. Usted había venido a dejarla... Ya ve lo que son las cosas de esta vida —la mujer parecía buscar el vado del tema, no quería pasar ese río de las preguntas sino por la parte menos honda, era como el vuelo del ave que no se decide a terminar de pasarse sobre la rama.

Aníbal la escuchaba. La animó a que “se lo contara todo”. La mujer trajo una botella de cerveza y sirvió un vaso para Aníbal y otro para ella, mientras la puerta de entrada continuaba abierta de par en par.

—¿El padre era sargento, sabe?... sargento del antiguo ejército... pero no fue nunca un hombre abusador... A usted se

lo puedo decir: No era mala persona al viejo. Hacía favores. Y hasta le hizo favores a los que estaban con la Revolución. Y si por él hubiera sido no hubiera detenido nunca a nadie... Pero usted sabe: las órdenes son las órdenes. Dicen que unos muchachos, a los que el sargento ayudó cuando la Revolución, habían prometido declarar en favor de él, pero a última hora parece que no llegaron a tiempo a La Habana...

Aníbal bebió en silencio, lentamente. La mujer se recogió un mechón de su cabellera media revuelta, bebió un trago de cerveza y, con patetismo, retomó el hilo del relato:

—Dicen en el barrio que al sargento se le cruzó una enemistad... Que por eso no se defendió bien en el juicio, que esperaba que llegaran los revolucionarios a declarar en favor de él y que estaba seguro que lo pondrían en libertad... Pero, ya ve lo que son las cosas de la vida: Todo sucedió a última hora, de repente. Y cuando la pobrecita Yolanda y la hermana menor se dieron cuenta de lo que pasaba, ya el sargento iba camino al paredón... Yolanda no tenía a nadie. El sinvergüenza del antiguo marido se evaporó... Usted sabe, ella debe habérselo contado... Vivían las dos con "el viejo": Yolanda y la hermana... La noche que fusilaron al sargento, es decir la otra noche, Yolanda parecía como loca... A la noche siguiente hicieron una maleta y salieron con la hermana como si las pobrecitas hubieran sido dos criminales... Partía el alma verlas. Ni siquiera vinieron a despedirse. Una vecina creyó entenderles que se iban a no se qué de Camagüey donde decían que tenían unos familiares... Se fueron como si quisieran que nadie supiera que se iban...

Aníbal bebió el resto de la cerveza de su vaso. Le agradeció a la vecina el informe. No pudo averiguar nada más. Lentamente salió. "Vuelva cuando quiera", le había dicho la mujer, ofreciéndole su casa. Aníbal pensó en otra casa, en otra noche. Salió en silencio como si se encaminara al paredón del destino.

Nadie más pudo informarle donde había ido Gisela, es decir Yolanda.

Había oscurecido. No solamente en la ciudad. Aníbal caminó hacia Calzada de Columbia como si hubiera transcurrido mucho tiempo desde que escuchó el informe de la vecina. Empezó a recordar algo mientras caminaba.

Algunos condenados a los paredones parecían temblar. Algunos trataban de huir. Otros, no. Y entonces creyó volver a oír la voz del sargento alto y canoso, enjuto, con algo de árbol campesino que caminara. Se había negado a que lo ataran al poste de los fusilamientos, no porque quisiera escapar, sino por dignidad. Parecía tan tranquilo que era casi un ausente. Se había negado a que le cubrieran los ojos. Se acordaba de sus palabras a los muchachos que formaban el pelotón. "Cúmplase la voluntad de Dios... Sólo les pido a ustedes una cosa: tiren bien". Se acordaba, también, que el sargento había caído de lado, como el árbol cortado por la descarga de un rayo. El capitán se acercó a darle el tiro de gracia. "Era terco el hombre —había dicho el capitán Miarws, volviendo a la funda su pistola— pero de poco le sirvió su terquedad con nosotros... Creía que lo iban a perdonar, pero se equivocó. Es malo saber demasiadas cosas en la vida". Era casi un epitafio. Por las señas de la vecina debía haber sido el padre de Gisela, es decir, de Yolanda. Alguien le dijo algo más: que el sargento había trabajado, un tiempo, en las oficinas del BRAC —una organización que vigilaba las actividades de los comunistas, aunque sin molestarlos mayormente porque ellos habían sido aliados del general Batista en el período anterior y lo habían ayudado cuando la fundación de su partido: el PAU.

"¿Por qué no me lo dijo nunca Yolanda?" se preguntó Aníbal mientras caminaba. Empezó a comprender sus citas inquietas, sus silenciosos inmotivados, su inicial desconfianza cuando bailaron la primera vez. Recordó otras palabras de ella, dichas la

última vez: "Aníbal, eres distinto de ellos. No sabes lo que hacen. Tú eres como nosotros..." Pensó en la vehemencia con que le había pedido que no faltara aquel sábado de la cita que Aníbal había dejado incumplida. Recordó el silencio de ella cuando Aníbal le hizo una broma que creyó inocente. "Tú me guardas un secreto, Gisela..." —entonces la muchacha pareció empalidecer.

Los árboles de aquella avenida, en el barrio de Almendares, empezaban a proyectar sombras como de fantasmas. La luz de los focos que iluminaban la calle contribuían a esa curiosa sensación. La noche era lenta y empezaban a prepararse las comparas para el carnaval. Desde un patio grande salía, como a borbotones, un sonido acompasado de tambores y trompetas, de bongoes y ritmos coreados. Las voces de las mujeres y los hombres repetían una frase casi a gritos: "...Los carnavales de la libertad... Los carnavales de la libertad..."

Aníbal entró a un bar en Calzada de Columbia y 36. El cantinero reconoció a Aníbal y sonrió.

—Dame una "Hatuey", bien fría —dijo el soldado.

Pero su alma también sentía sed.

CAPÍTULO V

ANTONIO BAENA se reinstaló, con su familia, en el antiguo apartamento frente al parque donde ahora, al fin, podría pasear con libertad. El parque era hermoso, angosto y largo, con una glorieta de arcos caprichosos y modernísimos. La glorieta daba la impresión de un paracaídas abierto o de un hongo atómico. Había una fuente. El ruido del agua acompañaba el césped tranquilo. Los árboles eran jóvenes. De repente, algún árbol viejo surgía para romper, con gracia bíblica, la línea demasiado simple de los arbustos y los prados. Esos árboles corpulentos debieron crecer, un día, en espacios que no pertenecían, entonces, a la ciudad. Un día fueron los extramuros, o "el campo". Ahora habían sido incorporados a lo urbano.

Antonio había visto surgir el parque y la espaciosa avenida. La dictadura quería obras ostentosas y necesitaba una vía rápida hacia el Campamento de Columbia. Ordenó la construcción de la gran avenida y del espacio no pavimentado surgió, además, el parque estrecho y largo, con poética intimidad, en medio del tránsito. En el extremo y no lejos de la mirada de Antonio fue echada a tierra una ceiba centenaria que dificultaba el trazado. Así empezó el parque: entre hachazos que eran como de sangre con golpes contra el tronco recio del árbol abuelo, y con la ceiba desmelenada, gigantesca, vencida. Después la gente se fue olvi-

dando del árbol grande. Antonio volvió a pensar en él, pero cuando tuvo conciencia que ahora podría caminar de noche por el parque y que la policía política del régimen anterior no vendría a interrogarlo o detenerlo, Antonio sintió una sensación de agrado y tibieza en el alma.

La tiranía, como alguien había escrito alguna vez, estaba —al fin— descabezada a los pies del pueblo. Antonio sintió que la palabra felicidad cobraba un sentido mágico.

* * *

El deseo de lavar culpas, reales o imaginarias, empezó a crear “nuevos héroes”. Los nuevos héroes surgían como elevados por un deseo que no les pertenecía. Eran los otros los que, para justificar algo, levantaban un nuevo caudillo y aceptaban una nueva mitología política. Poco a poco caía sobre los que “no habían participado en las luchas de las sierras”, una especie de manto color gris pobre que parecía cubrirlos como penitentes destinados a una larga expiación de “la culpa”.

Era una sensación de aturdimiento. Nadie parecía preocupado en interrogarse qué hubiera sido de la lucha en las sierras sin el auxilio de la acción de la Resistencia en las ciudades y poblados, en los llanos y en el exilio, en los corredores mismos de los sótanos de la tiranía que pudo ser penetrada y derrumbada, también, desde adentro.

Una marea de fotografías del nuevo caudillo militar empezó a subir. Era una marea en negro y blanco, más en negro que en blanco, pero también en colores. ¿Quién la empujaba? ¿Cómo subía? Era como si una fuerza mágica y oculta, imprevisible y vigorosa la hiciera crecer.

Una industria nueva parecía extenderse en las calles centrales, entre los portales de la calle Galiano, inundaba San Rafael y Neptuno, los portales contiguos al Parque Central, llegaba a

los barrios lejanos. Esta marea se extendía hasta las provincias, llegaba a los campos, inundaba la Isla entera. Las revistas y los periódicos la fomentaban. Era el culto al caudillo nuevo. “Fidel ésta es tu casa” decían las placas de latón, en colores rojo y negro, que la gente clavaba en sus puertas. Todas las ciudades decían, como prueba de lealtad: “Fidel ésta es tu casa”. Contra los parabrisas de los automóviles y en los muros solitarios, los círculos insistían con la consigna del día: “Gracias, Fidel”.

Todos parecían sentirse solidarios con la incondicionalidad. Cada cual quería gritar más y que se escuchara mejor su voz. Todos se comprometían y todos parecían querer tener la marca sobre la piel del entusiasmo: “Gracias Fidel”. Era como un delirio. Las pantallas de televisión, los aparatos de radio incrementaban la figura en imagen y sonido. ¿Quién podía resistir? La imagen invadía el hogar, entraba, cruzaba muros, traspasaba a los moradores sin pedir permiso. Era suficiente un botón y el milagro estaba hecho. Ese aturdimiento también hacía girar los paredones.

Mientras unos hombres iban a los paredones a enfrentarse a la muerte, otros iban ante las cámaras de televisión y los micrófonos de las radioemisoras a enfrentarse con “el gran monstruo” que era el público al que ansiaban conquistar. Unos pedían que fueran acelerados los juicios contra “los criminales de guerra” y otros se lavaban las manos —y, de pasada, el alma— en los Jordanes que descendían con los hombres de la Sierra Maestra y de la Sierra del Escambray. Los combatientes con barbas tenían, de pronto, el prestigio de los antiguos profetas bíblicos. El pueblo parecía desarmado por el choque emocional, paralizado por la embriaguez del “heroísmo de las sierras”.

Los paredones parecían, a veces, gigantescas pantallas de una televisión demasiado viva, aunque conducía a la muerte. En las pantallas de televisión eran proyectados fusilamientos mentales,

combates ideológicos que no desentonaban de los paredones. El que no acusaba, se defendía.

* * *

Del Oriente de la Isla llegó de visita a casa de Antonio una pariente de Diana. Hablaba con un melodramatismo muy siglo XIX en medio del siglo XX que se dirigía hacia el XXI. Le había impresionado a doña Angustias la primera y espectacular comparecencia del "Comandante de la Victoria" ante el pueblo de La Habana y no hacía sino hablar y hablar sobre ella.

La televisión había creado ese estruendo emotivo nacional y doña Angustias sentía que algo la había transfigurado. La imagen televisada, araba sobre el cerebro, revolvía el recuerdo, reordenaba la historia, creaba nuevas costumbres, modificaba los hábitos. Con la televisión se podía salvar o hacer perecer un país. El "Comandante en Jefe" parecía saberlo. La televisión era el ojo mecánico del Polifemo del siglo. Era como un cerebro mecánico capaz de crear reflejos reacondicionados. Su fuerza era capaz de convertir a hombres, mujeres y niños en robots.

—La paloma que vino a posarse sobre Fidel el día del discurso en el Campamento de Columbia debió ser el Espíritu Santo —doña Angustias hizo un gesto vehemente, entornó los ojos y se abanicó nerviosa.

—¿Qué dice usted, tía Angustias? No mezcle el Espíritu Santo con la Revolución, porque son cosas distintas. Era una simple paloma. Una paloma como Fidel es Fidel. Nada más.

—Fue un milagro, Diana —atajó doña Angustias, alterada—. Ninguna paloma que no sea la del Espíritu Santo viene a posarse sobre la cabeza de él, se queda sobre el hombro y se queda con él... Mira —hizo un gesto de calosfrío—; estaba erizada cuando vi la escena. Tan mansita la paloma y El siguió hablando. Siguió explicándole a los del Directorio Revolucionario que él quería la

paz, que nunca más sería derramada en Cuba sangre cubana... Nunca más... y que si el Directorio Revolucionario no devolvía las armas, entonces, las madres cubanas irían a pedir las... Y la paloma del Espíritu Santo seguía como afirmando las palabras de El... Entonces dijo: "Armas, ¿para qué?"...

—Tómese el café, que se le enfría, tía Angustias —Diana quería traerla hacia la realidad.

—No, Diana. Tú eres fidelista de verdad, desde cuando El estaba en la Sierra.

—Pero por eso no creo que la paloma del Campamento de Columbia era la del Espíritu Santos, tía.

—¡Pues, tienes que creerlo! Este es el año de los milagros, Diana. Mira —se puso de pie y empezó a dar pequeños pasitos en la sala, mientras sus manos parecían acariciar una invisible paloma—; la paloma que se posó sobre la cabeza de Fidel era como si le dijera al pueblo cubano: "Este es el elegido... Este es el guía... Este es el Redentor..."

Antonio, que sólo había sonreído, se despidió con la excusa de una cita y salió. De la calle subía la euforia de los altavoces que llamaban a una gigantesca concentración frente al Palacio Presidencial. La marcha del "26 de Julio" retumbaba contra puertas y ventanas. Se había adueñado de la calle y parecía sacudir las casas y a sus moradores:

"...Adelante!... cubanos...
que Cuba premiará nuestro heroísmo..."

* * *

Aún el local de la nueva oficina de estadísticas e informaciones culturales —donde había sido destinado Antonio— continuaba sirviendo de cuartel general a uno de los comandantes del nuevo Ejército Rebelde. El edificio era cómodo, estaba situado

en un lugar tranquilo, bien arbolado, cerca de una de las grandes vías que llevaban hasta Marianao.

El semanario, donde colaboraba Antonio y que lo había ayudado con generosidad en los meses del exilio, le pidió que —puesto que aún disponía de algunos días— fuera a hacer algunos reportajes a la provincia de Oriente. La noticia fue como una fiesta en la casa de Antonio. “Iremos a Bayamo” —dijeron, casi a una voz, Diana y Elisa—. Había alborozo. “Ir a Bayamo” significaba reencontrar el tronco familiar.

Fue un viaje muy distinto al último de hacía sólo unos años. Entonces la lucha por la libertad había puesto angustia y silencio en el trayecto. El temor asomaba en las carreteras. De pronto, como una cucaracha gigante con el caparazón al revés, algún automóvil o autobús, incendiado por los combatientes de la Resistencia, aparecía a un costado del camino. Carros militares rodaban, con antenas de radio y fusiles, como insectos grises. Ahora todo era distinto. En la Estación Terminal de Omnibus, frente a la Plaza Cívica, había un eufórico trasiego de viajeros. Los puentes indispensables para el tránsito por carreteras habían sido reparados, rápidamente. El jefe de la Resistencia contra la tiranía en La Habana —el ingeniero Manuel Ray— era ahora el Ministro de Obras Públicas. Su capacidad era tan infatigable como la de su equipo revolucionario. Ahora construía para el porvenir. El porvenir se dibujaba llano de grandeza y de paz.

Toda la Isla estaba cruzada por los servicios de diversas compañías de transporte terrestre y todos los viajes iban a dar a la Terminal de Omnibus, que era una mano gigante que manejaba los hilos de todas las llegadas y todas las partidas. La estación era amplia, lujosa y moderna. Espaciosas salas, un bar y cabaret, un hotel, varias cafeterías, un centro comercial donde los viajeros podían adquirir desde un periódico y una revista del día hasta un televisor o un tocadiscos de alta fidelidad, eran parte de La Terminal.

El viaje en el cómodo omnibus de la “Ruta 80” le fue mostrando como un reencuentro —entre el sueño— de la Isla emocionada. La salida de la capital fue lenta y demorada. Era intenso el tránsito. Las luces estaban encendidas casi con la primera estrella que había surgido en el atardecer. Los letreros luminosos comenzaban a parpadear con sus tonos azules, rojos, verdes, amarillos, blancos, naranjas y morados. Pasaron barrios como párpados lentos. La carretera central estaba muy congestionada a causa del mucho tránsito de camiones de toneladas diversos y de automóviles de todas las marcas y modelos, casi todos de fabricación norteamericana. Elisa se durmió pronto. Diana parecía entredormirse, de tiempo en tiempo. Antonio había encendido la pequeña lamparita individual de su asiento y más que leer, hojeaba un libro. El ómnibus corría como si penetrara en un túnel mineral, verde, de cielos atardecidos: Cotorro, San José de las Lajas, Catalina de Guines, Madruga, Ceiba Mocha.

Fue refrescante para el alma volver a encontrar, al pasar, el aire fino de Matanzas. Tenía algo de los puertos del Mediterráneo. Habían nacido en Matanzas algunos de los poetas y pensadores más distinguidos en la Isla. Matanzas recibió el sobrenombre de Atenas de Cuba. Su mar era como el de Grecia. El Valle del Yumurí era tema para la poesía y la música. Las palmeras siempre parecían alumnas de una coral inspirada en agradecerle ese día de la creación a Dios.

Antonio creyó observar en el anochecer la sombra de un pequeño fuerte colonial. Parecía olfatear el mar esa silueta como de aire gris. El mar se extendía sonoro y oscureciéndose. El mar de los poetas y naufragios, estaba rodeado de una enredadera de luces en forma de herradura. Pasó, fugaz, la bahía. El salitre de la aventura trajo una bocanada fresca al corazón.

Pasó Limonar con su pequeña torre, Carlos Rojas con su soledad, Jovellanos con sus arcos, Colón con su parque como un patio de la Colonia, Perico fugaz, Los Arabos casi encogidos entre

las luces solas, Manacas con su industria grande y nueva, Santo Domingo casi sin nadie, Esperanza sola. En Santa Clara el omnibus se detuvo. Era más de media noche, sin embargo en la plaza inmensa, los muchachos continuaban paseando en grupos o conversando —holgados— en los bancos y sillas verdes. Sus ademanes eran vehementes. Los edificios que rodeaban al parque estaban como despiertos a esa hora. “Aquí se luchó” —pensó Antonio— y recordó las fotografías que mostraban la ciudad con carros militares, fusiles asomando en las esquinas y con el edificio del hotel principal agujereado.

Volvió a dormirse y entre el sueño cruzaron Placetas, Cabaiguan, Sancti Spiritus, Majagua, Ciego de Avila, Florida... Entre el sueño creyó cruzar por la calle República de Camagüey —la rica ciudad industrial y centro de riqueza ganadera—, y creyó divisar la línea de tranvías, las construcciones de dos pisos, “Malvar y Cía”, “Casa López”, omnibus grandes, vendedores de billetes de lotería —como en todas las ciudades mayores y menores de Cuba—, rostros con sueño, hombres en mangas de camisa y sin sombrero, la estatua de Ignacio Agramonte, con su espada y la iglesia con su torre. Volvió a dormirse. Guaimaro fue dejado atrás con su estatura histórica de civilidad. Fue en la provincia de Oriente, después de haber cruzado el límite entre Camagüey y Oriente —señalado por dos palmeras reales con los troncos pintados de blanco y sosteniendo un letrero de bienvenida— que Antonio, Diana y Elisa se despertaron, aunque Elisa no del todo. En Victoria de las Tunas los vendedores madrugadores anunciaban los números del sorteo de la lotería del sábado. Grandes números en rojo y en azul colgaban como banderas.

Había amanecido. Un camino serpenteaba hacia lo lejos. El verde imperaba como un manto mágico. Las viviendas campesinas aparecían con sus rostros blancuzcos y sus techos como sombreros del color de la tierra más clara. Las ventanas solas eran los primeros ojos del día. Las techumbres, que a veces adquirían

tonalidades de acero pálido estaban hechas con ramas de palmeras. El azul vivo del cielo esparcía un imagen de paz. Más allá el camino debía llevar hacia la fábrica de azúcar más cercana, porque la Isla era una cadena de fábricas de azúcar. El paisaje era tranquilo. Al fondo las lomas suaves eran como senos adolescentes. Más allá, seguramente, otra fábrica de azúcar debía alzarse como el barómetro económico del paisaje, con su chimenea en alto, como una advertencia.

La carretera central corría como peinando a la Isla, medio a medio, pero al llegar a Holguín debía inclinarse hacia la derecha, como en una curva tensa. Era la ruta hacia Bayamo y, luego, desde Bayamo hacia Santiago de Cuba, el sitio final de la travesía.

Desde Holguín hasta Bayamo el paisaje era, a la vez, fuerte y tranquilo. Apareció el Cauto, el padre de los ríos de Cuba: ancho, mejestuoso, lento. Cruzaron Babiney. Ya estaban como tocando el aire de la ciudad.

Lo primero que asomó fue la iglesia rosada y su cruz: San Salvador de Bayamo con su campanario alto como guardián o pastor de la ciudad Monumento Nacional. Luego, contrastando con la impresión de la torre, surgió, al fondo, mucho más lejos, la chimenea de la industria de leche enlatada: la Nestlé. Más tarde pudieron divisar a un costado, por entre las primeras calles que salían como a encontrarlos, la ceiba gigante, el otro centinela de la población. Con sus ramazones altas parecía un guerrero bajo el escudo del cielo.

* * *

A la hora del desayuno llegaron Juan Manuel Cervantes y Marta su mujer. El reencuentro con ellos fue bullicioso. Juan Manuel Cervantes se había criado con Diana y sus hermanos. Habían jugado los mismos juegos callejeros y había formado

parte de esa especie de tribu de la infancia. Cuando, después de sus reiterados viajes a llevar armas a la Sierra Maestra —viajes a los que lo acompañaba el hermano mayor de Diana— Juan Manuel Cervantes había tenido que huir a La Habana para intentar salir al exilio, no había vacilado en elegir la casa de Antonio Baena como su escondite. Así consiguió escapar a la policía política del régimen que buscaba, en vano, a Juan Manuel.

Delgado, tostado ahora por el sol, vehemente, con cierto patetismo en la figura cubana a la que se le veía la raíz española, Juan Manuel ocupaba un cargo importante en el nuevo Ayuntamiento revolucionario.

—Quiero que me acompañes, Antonio, en mi recorrido por los montes y llanos. Verás cómo crece la Revolución.

Antonio aceptó. Era una oportunidad para recoger material para sus reportajes. Diana y Elisa se disculparon a su manera: estaban algo cansadas con el viaje, preferían recibir a las visitas y parientes que llegaban a preguntar por ellas, deseaban estar más tiempo con don Efraín Leiva, cuya alegría le bailaba en los ojos, y con doña Elisa, que se esmeraba en atender a la hija mayor como si hubiera regresado a la infancia, y celebrar a la nieta adolescente como si hubiera crecido demasiado.

Fue así que Juan Manuel y Antonio partieron solos.

* * *

Habían llegado a lo alto de una loma. El sol parecía engeguercer de claridad el paisaje. Descendieron del "jeep", que era el caballo mecánico más útil para recorrer llanos y sierras.

Delante la loma descendía de palma en palma, de trecho en trecho, para elevarse, sin brusquedades, hacia otra nueva loma donde continuaban trepando esas constantes doncellas del paisaje cubano que eran las palmeras.

Todo subía como un verde surtidor de luz que derramaba sombra. Los troncos, derechos, finos, eran como columnas firmes para sostener el azul cristalino del cielo.

El camino que subía del poblado de Guisa tenía un color café claro. "Este camino es medio mulato", había comentado, mirándolo con apasionado amor cubano, Juan Manuel. Sentía en su sangre el pulso de la tierra.

Un hombre pasó a caballo y saludó a Juan Manuel y a Antonio. El jinete lucía un sombrero tostado por el sol. Sostenía a un niño envuelto en un trapo rojizo. El niño llevaba un pañuelo amarrado a la cabeza. Era el hijo del campesino. Acaso un niño enfermo, al menos así lo parecía por el envoltorio que era su traje. Llevaban larga jornada por recorrer.

—Es para todos los cubanos que hemos hecho la Revolución —dijo Juan Manuel a Antonio—. Aquí se acabaron los temores y se acabarán las injusticias. Tú lo sabes. Hemos esperado tanto. Hemos sabido esperar. Al fin tenemos nuestra Revolución. Es una Revolución de todos, para todos.

Enfrente de ellos estaban los cerros amarillentos. Mientras caminaban miraron hacia la nueva vegetación que era como una pelusa. El paisaje mezclaba los tonos como en una alegría mágica. Había trechos color cuero de león y vetas verdes que remontaban la inmediata colina. Arriba sonreía el cielo de un azul vivo, nítido, tranquilo. Los troncos retorcidos sostenían, al borde del camino, los alambres de la cerca.

Fueron hacia la casa campesina más próxima. La construcción era débil. Su techumbre estaba formada por hojas secas de palmas, bien asidas. Sus costados eran de madera. La familia numerosa se había distribuido las dos habitaciones toscas. Cada costado tenía una sola ventana. Era como la mirada de un tuerto. Así era de vaga y triste. El comedor servía, también de habitación y de sala. No tenía ni baldosas ni cemento por base. La tierra desnuda y aprensada era el único piso. Juan Manuel en-

tabló el diálogo franco. Lo conocían. Empezó a hacer preguntas y a llenar unas planillas. Explicó que la Revolución estaba haciendo un censo de viviendas campesinas para poder mejorar, un día, la vida en los campos.

El recuerdo de las acciones de las guerrillas que combatieron a la tiranía de Batista prendió la charla como un fósforo el alcohol.

—Por aquí bajaron... Se tiraron tiros aquí en Guisa, tantos tiros que esto parecía un infierno.

—Ahora aquí ya no hay infierno, ya no habrá más infierno —sentenció Juan Manuel.

—Gracias a El —dijo la mujer, mientras los chiquillos desnudos se le prendían a la falda—. (El retrato de "El" estaba allí, vestido como guerrillero y con el fusil de mira telescópica).

—Ha costado mucha sangre, pero no ha sido en vano.

La campesina trajo café, diciendo que perdonaran el mal estado de las tazas. El dueño de casa miraba y callaba. A veces decía algo.

—Esto es zona de café. Tendrán una buena cosecha —comentó Antonio.

—Dios lo oiga, señor... Después de todo lo que hemos padecido... —dijo el dueño de la casa, sin expresar mucho entusiasmo.

—Será buena la cosecha —afirmó Juan Manuel, entusiasta— y será para el pueblo. Será la primera gran cosecha de la Revolución y la libertad.

—Dios lo oiga, señor —repitió el campesino entrecruzando las manos no con arrogancia sino en actitud de soledad.

Juan Manuel y Antonio volvieron a subir al "jeep" e hicieron señas de fraterna despedida, moviendo las manos con simpatía humana.

—Esta gente es buena, cándida, casi inocente. Es buena como la sierra cubana y noble como la tierra y sufrida como ella —co-

mentó Juan Manuel, mientras sus manos maniobraban en el timón del vehículo—. Pero parecen todavía asustados, atemorizados... ¿Te fijaste que todavía dicen "señor" y no "compañero"?... Pero todo esto cambiará... Ya lo verás...

El camino, con terrones duros, disparejo, accidentado, zanzaneaba el "jeep". La cerca estaba rota. Un charco de agua reflejaba un azul de milagro, un verde del paraíso y yerbas confusas. A un costado del camino había crecido el maíz, como con modestia, en una breve zona. Se veía la cabellera desordenada de las hojas amarillas y grandes. Más allá casi se asomaban a la alambrada rústica. Juan Manuel detuvo el carro.

La recua venía mansa, tranquila, camino hacia Guisa. Los mulos eran casi todos del color del camino. Era una recua pobre, como todas las que descendían de la sierra, pero al avanzar iban dejando en el campo matinal un especie de hilo de idilio eglógico que hacía bien al corazón. Esparcía como una música inconfundible que parecía agitar unas campanitas de una retrasada y humilde aurora.

Los arreos de la tropilla de mulos le daban con sus colores rojo, verde, amarillo oro —o a veces azul—, un encanto especial a la aparición. Había algo íntimo, candoroso, de poesía silvestre. Se pensaba en el burrillo Platero, al que Juan Ramón Jiménez convirtió en el tema de un libro de poesía inolvidable.

Los sacos grandes, que llevaban los mulos, les daban cierta apariencia de soldados graves. Los sacos eran como "su equipo". Eran, más bien, el equipaje de la pobreza y la necesidad. Encerraban sacrificios, esperanzas y desventuras. El mercado estaba aún demasiado lejano. Y del camino al mercado, ¡cuántos intermediarios desde la sierra hasta el consumidor de la ciudad o del poblado!

Al ver a los burrillos lentos, regulares, como doblados por el peso de las cargas sobre sus lomos, se pensaba en los indios que cargaban grandes pesos a sus espaldas y recorrían distancias lar-

gas como con una carga de siglos. En Cuba ya no había indios. Pero los burrillos que iban hacia Guisa parecían transportar una vieja carga con una resignación de siglos, con una parecida filosofía del silencio y una rumia de conformidad y misterio.

El camino doblaba con aparente suavidad. El suelo, más allá, era verde, por la yerba crecida con libertad. Luego tenía un tono morado, pálido. Más allá adquiría una tonalidad amarillenta y vaga, hasta casi un amarillo blancuzco que le había regalado, acaso, el tránsito de otras caravanas de mulillas, de otros jinetes silenciosos y otros carros.

—¡Las cosas que se podían haber hecho en Cuba y no se han hecho!... —Juan Manuel se quedó como en suspenso— ...Si te contara, Antonio, lo que he visto en los montes y al otro lado de las sierras...

El tintineo de las mulillas fue perdiéndose, camino adelante hacia Guisa, mientras le regalaba al camino como un don religioso, celeste, blando. El campo gorjeaba.

CAPÍTULO VI

LOS DIAS de Bayamo transcurrieron plácidos, para Antonio Baena y su familia. Antonio experimentaba ese bienestar que invade al corazón cuando se está de espaldas sobre la tierra y se mira el cielo por donde viajan la nubes como barcas errantes o como cándidas figuras de un deshielo de la infancia. Entonces parece que el mundo gira, lento, como un paisaje sin memoria. El paisaje es entonces como un vago sueño entrevisto a través de un recuerdo. Los días y las horas parecían cruzar como el río azul que viaja en el cielo. Contemplándolo uno aprende como un secreto de siglos.

Cada mañana llegaba, temprano y eufórico, Juan Manuel con un nuevo proyecto de viaje que era, a la vez, un entusiasmo nuevo. Antonio se dejaba conducir y aceptaba complacido, sin olvidar su cámara "Exakta" que recogía un especie de itinerario de imágenes de la aventura del recorrido. Aladino tenía su lámpara en el relato mágico. En el siglo XX la lámpara de Aladino era la cámara fotográfica que podía estar al alcance de cualquiera.

Don Efraín, socarrón y familiar, decía sentencioso: "Juan Manuel cree que la Revolución es de él y que puede administrarla". Sonreía don Efraín, sin malicia, pero como con la angustia leve de esa primera gota que anuncia una lluvia. Juan Manuel respondía más o menos lo mismo: "Usted que ha visto otros tiem-

pos, don Efraín, sabe que estamos recién empezando. Usted ha sufrido y luchado también. Y ha tenido fe”.

* * *

Habían recorrido una zona interesante esa mañana y Juan Manuel le propuso a Antonio que detuvieran el curso del viaje en cuanto encontraran alguna tienda campesina que vendiera cerveza fría. Más allá la encontraron.

La cerca de maderos viejos, como gigantescas astillas de árbol centenario, le daba una apariencia extraña al modesto espacio de terreno que rodeaba al almacén rural. Una hoja de coco, caída al azar, tenía cierto aspecto de remo. Pasó un caballo rojizo y sobre el caballo un muchacho del campo. Vestía pantalón de un azul desteñido por la pobreza, camisa muy remendada, un tanto sucia, sombrero de paja alón medio tostado por el sol de los caminos (sombrero criollo de “yarey”, lo llamaba la gente en el campo). La mirada del muchacho era vaga. No sabía Antonio por qué. Sobre el anca del caballo el muchacho llevaba a una muchachita, también pobre como él, acaso su hermanita. La niña daba la impresión, por su carita desolada, de no haber conocido nunca los juguetes y experimentar, en cambio, lo que es la lluvia con viento, la sed cuando el sol cae como una plomada sobre el camino, y también el hambre, cuando el tiempo se nubla como la vida.

Juan Manuel y Antonio los vieron pasar. Se quedaron en silencio.

—Para todos ellos se ha hecho la Revolución —dijo Juan Manuel, mientras introducía su mano en el bolsillo y buscaba un cigarrillo y fósforos—. La compañía explotadora de esta inmensa extensión, que ves delante, tenía estos terrenos como “reserva”, pero se los vamos a “nacionalizar”. Esta gente que lo ha tenido todo y que tan poco o nada ha querido dar, no mere-

cen nuestra estimación. En cambio estos niños... “la esperanza del mundo”, que dijo Martí... ¿Crees que saben ellos lo que es la ciudad?

Dejaron el “jeep” a la sombra de un árbol corpulento de generosas ramazones, mientras el otro caballo se alejaba con el muchacho y la niña. Siglos parecían separar a los dos caballos: el que montaba el jovencito campesino y el “jeep” que manejaba Juan Manuel. Siglos parecían separar el caballo mecánico del otro, pero el camino parecía haber permanecido siempre el mismo camino.

Los árboles eran múltiples y variados en la amplia y bien cercada posesión de enfrente al pequeño almacén campesino. Algunos árboles parecían plumeros enormes, pero pequeños aún para barrer el cielo claro y majestuoso. Otros, semejabán la cola de un pavo-real y otros se empinaban como con ojos vegetales por entre las ramazones variadas. Había ceibas enormes y palmas reales, ricas especies maderables en una gama de coloridos verdes, ocres, verdeazules, café, morado, gris, blanco, con más o menos sombra, con más o menos ramas, en una especie de multitud o coral de hojas y troncos, de raíces y copas.

—La riqueza que hay aquí, en estos árboles, es “de miedo” —afirmó Juan Manuel, mientras golpeaba fraternal la espalda de su amigo y señalando la entrada del pequeño negocio campesino, lo invitaba con un “Vamos”.

* * *

Todo parecía suave, como el cielo queda después de la lluvia o como la espina tiembla cuando una gota de rocío se queda prendida, sin caer, como si fuese una lágrima que no se resigna a rodar desde unos ojos hermosos y pensativos.

Cuba podía ser ese cielo en esa lágrima o ese rosal en la primavera que se adelanta. Todo parecía construido para la luz

y para el amor. Todo parecía más allá del dolor o capaz de encontrar, a través del sufrimiento, el alba de la ventura.

De la radio modesta, que estaba sobre una repisa y más allá del mostrador desgastado por la pobreza, una melodía iba como iluminando la tienda que vendía desde comestibles hasta sombreros campesinos, todo en un ambiente modesto y amable.

Un rayo de sol parecía no atreverse a penetrar para pedir, no víveres sino un poco de sombra en el interior sencillo, pero grato. El dueño del negocio se quedó escuchando la voz un poco subterránea como si una estrella se partiera en honda y viril dulzura.

—Ese Benny Moré canta como nadie. Por algo le dicen “el bárbaro del ritmo” —comentó el hombre desde detrás del mostrador, mientras abría las botellas de cerveza y llenaba con una parte de ellas los vasos que había colocado frente a Juan Manuel y Antonio.

“Como el arrullo de palmas
en la llanura,
como el trinar del sinsonte
en la espesura,
como del río apacible
el lírico rumor,
como el azul de mi cielo
así es mi amor...”

En la radio el cantante explicaba, con su voz gangosa de pasión, como arrastrada en cielos mulatos, los encantos de la criolla airosa, espigada como la luz del trópico, firme como la palmera derecha, graciosa como el amanecer o el mediodía.

“Flor carnal eres tú
de mi jardín ideal,

trigueña y hermosa
cual rosa
de cálida tierra tropical...”

—Acaba de entrar la canción hecha realidad —dijo Antonio a Juan Manuel.

Era casi una frase manoseada, pero Juan Manuel se volvió de pronto. La muchacha que acababa de entrar debía ser de la inmediata vecindad. Con una manera que parecía timidez o fingimiento pidió algo al hombre que estaba detrás del mostrador.

La muchacha más bien era delgada, no muy alta, pero había cierto encanto en su piel tostada, suave como la pelusa del durazno; en su cabellera negra como ala de cuervo, en sus ojos un tanto almendrados que sonreían con una luz tranquila. Su nariz era fina, su boca con una sensualidad carnosa, su cuello delicado, sus senos tiernos, sus caderas firmes y curvadas, sus piernas acaso demasiado delgadas para sostener la esbeltez de las caderas, pero todo en ella se resolvía en un conjunto de picaresca armonía y provocadora sensualidad. El traje color rosa parecía recién planchado. Las manos de la muchacha acusaban, en cambio, labores duras en el hogar, pero hoy tenía las uñas pintadas a la moda, con un tono vivo.

—¿Están de fiesta? —preguntó con familiaridad el dueño del almacén, mientras colocaba sobre el mostrador lo que había pedido la muchacha e iba anotando el detalle de la venta. La muchacha explicó, sonriente, que un oficial del Ejército Rebelde “vendría del pueblo”. “El pueblo” era la ciudad que estaba más próxima.

Benny Moré continuaba, desde la melodía que esparcía la radio, explicando el encanto de la criolla capaz del más rendido amor.

“tu mirar, soñador,
 es dulce y triste mi bien,
 y tu andar tentador:
 un armonioso vaivén,
 y tu piel, dorada al sol,
 es tierna y sutil
 mujer de amor sensual
 mi pasión es rumor de un palmar...”

Antonio intentó enhebrar una conversación con la muchacha. Al no saber su nombre la llamó “señorita”, como queriendo ser amable y fino. La muchacha se escurrió como paloma por entre las manos, sin dejar de sonreír, pero sin acortar la distancia.

—Esto es Cuba —dijo Antonio cuando la muchacha desaparecía hacia el camino.

Quedaron en silencio. Otro ritmo había reemplazado el de Benny Moré. Terminaron de beber la cerveza refrescante y suave. Juan Manuel, que estaba mirando hacia el camino, dijo, con énfasis amargo e irónico.

—Antonio... y esto también es Cuba... Mira.

Antonio volvió la mirada hacia la entrada. Un niño con la cara aún con lágrimas, los pies descalzos, un pantaloncillo sucio y pobre, el pelo enmarañado y la barriga abultada acababa de entrar. En su lenguaje torpe se hacía entender del dueño del negocio.

—Esto también es Cuba —agregó Juan Manuel en voz más alta y con patetismo, como si quisiera que su indignación interior alcanzara expresión adecuada— ...Para estos niños hemos hecho la Revolución... Para terminar con estas injusticias... Para que los que tienen poco o nada tengan algo y mucho, para que haya justicia para todos. Ni pobres, ni ricos: cubanos: Ni negros, ni blancos: cubanos...

El niño no entendía el lenguaje de Juan Manuel, ni su iluminada vehemencia. Sólo veía que Juan Manuel golpeaba sobre el mostrador, gesticulaba, accionaba enérgico. El niño sintió miedo. A lo mejor —debió pensar— quiere algo malo contra nosotros. Apretó contra su pecho el pequeño paquete de azúcar morena que le había entregado el hombre dueño del almacén campesino y el niño, sin volver a mirar a Juan Manuel, salió corriendo atemorizado.

* * *

Los dos caminos se cruzaban. Estaban siendo ensanchados. Las gruesas huellas sobre la tierra aún no bien apisonada denunciaban el paso de grandes tractores o máquinas escarificadoras. Una parte del numeroso material rodante, acumulado en los años finales de la tiranía, empezaba a ser desplazado, ahora, hacia el Oriente de la Isla. Había llegado hasta aquí. Grandes carteles decían que todo estaba al servicio de la Revolución.

A un lado del sitio donde los caminos empezaban a separarse había un montón de tierra húmeda, a causa de la lluvia reciente. Era de un color café con tonos anaranjados brillantes, con tintes rojos y dorados. Era como si la sangre, el sueño, las raíces y las hojas podridas y el fango, se hubieran mezclado hasta producir esa gama de confusas tonalidades.

Más allá las ceibas y los cedros —esos árboles gigantes del trópico, de generosa sombra las primeras y de ricas maderas los segundos— parecían custodiar el paisaje. Dejaron el “jeep” a buena sombra. Juan Manuel se enjugó la transpiración.

Los platanales con las hojas como abanicos desmayados le daban al escenario un ambiente de cielo derrumbado. Los bueyes lentos parecían ciegos. Eran cuatro bueyes los que caminaban arrastrando lo que debían arrastrar. Eran dos bueyes negros y dos blanquinegros, como en un juego de contrastes. Los bueyes

llevaban los orejones como de esclavos. Eran esclavos de los campesinos, pero los campesinos de la zona eran esclavos, a su vez, de la tierra.

El sol era inclemente. El carretero iba cansado, sudoroso, como sonámbulo. Parecía tan dormido como los bueyes. Los zapatos grises y polvorosos del carretero le daban un aspecto de fantasma sobre una niebla de polvo. Sus pantalones eran de una tela pobre del color sucio de la tierra. La camisa tenía unos bolsillos que le servían poco puesto que, aparte de los cigarrillos, no tenía mucho que guardar. Su sombrero era de paja, con un ala estrecha que le daba una sombra como de teja colonial o alero fino y quebrado.

Las matas crecían tímidas más allá. Era un campo que empezaba una nueva cosecha. En el bohío —de techo llamado de “dos aguas” o sea de dos alas— reinaba tranquilidad, aunque la dueña de casa debía estar en los rudos quehaceres cotidianos, tan fatigadores. La ropa tendida, como banderas para animar la pobreza, sugería una reciente faena cumplida. Nunca terminaban esas labores. Se iba de una a otra como por el camino de la cruz.

Asomaron unos chiquillos descalzos y ventrudos. No les abultaba la cena opípara sino el parasitismo intestinal. Le daban, así, la bienvenida a Juan Manuel y Antonio.

La carreta se detuvo. Se aproximó el carretero. Su mujer salió al umbral de la vivienda. Todos coincidieron. Reconoció a Juan Manuel y lo invitó a pasar al interior “con el amigo”.

El interior de la vivienda campesina era pobre, había cierta asperidad en la pobreza. Unas tablas clavadas como sin gracia servían de repisa. El fogón era lo más importante. Un fósforo aproximado a esa construcción de madera y hojas secas de palma hubiera convertido la vivienda campesina en cenizas.

Una estampa popular de la Virgen de la Caridad del Cobre —la patrona de Cuba— adornaba un rincón de la vivienda. La otra pared estaba presidida por una litografía popular del “Jefe

Máximo”. Más allá había una fotografía del Comandante Camilo, recortada al parecer de un periódico.

El campesino sonrió con una sonrisa de cubano sin trastienda, mientras la mujer empezaba a preparar agua caliente y el polvo de café para “colar” la sabrosa y aromática bebida, como obligado saludo campesino.

—No es fácil esta vida —dijo el dueño de la casa—; hay que desyerbar, porque si uno no desyerba, la yerba lo ahoga todo —su boca casi no tenía dientes.

Juan Manuel habló de un plan para extender la atención médica y dental hasta aquella zona.

—Y cuando a uno le duelen las muelas, uno tiene que ir al pueblo —afirmó el hombre—. El dentista, por estos “montes”, es un lujo.

—Pero esto ha de cambiar, ahora, con la Revolución —afirmó, con calor y convicción, Juan Manuel.

—Tuve que “criar” a cuatro hermanos —continuó el dueño de casa como si no quisiera interrumpir sus confidencias, decía “criar” como si los hermanos hubieran sido animalillos.

La señora trajo café. Juan Manuel completó sus anotaciones. Dijo que debían continuar el camino.

—Aquí se sufrió mucho —suspiró la campesina.

—Lo sabemos, señora... Dígamelo a mí que cuando la Revolución vine por esta zona.

—Me acuerdo —apoyó el campesino.

—Ya “el garrotero” se acabó.

—Ojalá, porque “el garrotero” y el “sargento político” han sido dos sangijuelas para el campesino. Uno chupándole la sangre con sus préstamos cobrando ciento por uno y el otro chupándole la vida a fuerza de promesas y engaños para el jefe político que nunca se acordaba de nosotros... salvo el día de las elecciones. Entonces sí. Muchas promesas... para después: nada.

Afuera crecían algunas matas de frijol, algunas siembras de boniato y de yuca. Se veía el cultivo de algunos vegetales. El sol no tenía mucha piedad aquella mañana. Se despidieron.

—Tenemos que llegar a tiempo donde los Cabrera a ver si nos preparan algo para almorzar —explicó Juan Manuel a Antonio, mientras el “jeep” continuaba camino adelante en la mañana de sol a plomo.

* * *

La casa de la familia Cabrera no era diferente de la mayoría de las otras viviendas campesinas de la zona: construcción de madera tosca y techo de palmas secas. Para que no subieran los ratones hasta la tabla suspendida de una de las vigas en forma de mecedora de infante, habían sido colocadas unas botellas vacías. Escalarlas era difícil para los ratones y así se preservaban los alimentos. El servicio higiénico, que tenía muy poco de higiénico, ocupaba una pequeña caseta de madera, estrecha y algo apartada.

Cerca de la vivienda se alzaba un árbol de fruta bomba o papaya. Sus hojas eran como grandes manos abiertas, del color del hierro envejecido. Otras hojas, de un amarillo de otoño viejo, colgaban al lado de las hojas frescas. Esas hojas amarillas parecían recién salidas de un recipiente de pintura viva de un otoño ardiente. Eran más bien las hijas de una primavera retrasada.

Atrás surgía un cactus que había crecido allí por azar, como habían crecido otros árboles. Los dueños de casa no sabían por qué estaba el cactus allí. El azar hacía crecer plantas y frutos. El viento era, también, como un sembrador ciego. El tiempo soplabla sobre las raíces con voluntad constante y pródiga. La tierra era generosa y daba siempre más de una cosecha al año. El tiempo de sembrar y el tiempo de cosechar se sucedían sin reposo.

Al fondo se dibujaban las lomas. La Sierra Maestra era una presencia constante.

Antonio lo fue mirando todo como si quisiera guardar en su corazón el inventario del paisaje. Troncos azules, con tonos ceniza rendida, y el cielo más blanco que azul, más plúmbeo que blanco, anunciaban un cambio repentino de tiempo. El trópico suele ser así: llueve, a veces, con sol; el día de sol se convierte, de pronto, en un día gris, como si Dios bajara la cortina metálica del cielo enturbonado. La tormenta podía empezar en cualquier momento a escribir su caligrafía de relámpagos audaces.

Antonio se quedó mirando las estribaciones de la Sierra Maestra. Solían traer y llevarse las tormentas. Todo parecía como en suspenso. El cielo daba la impresión de esperar algo. No se sabía qué, pero el cielo siempre esperaba.

Mientras la dueña de casa preparaba un lechoncillo tierno, que sería acompañado con arroz blanco, plátanos verdes fritos y con cerveza, Juan Manuel y Antonio Baena salieron “a estirar un poco las piernas” por los alrededores, mientras los chiquillos y mocetones los seguían con cierta curiosidad fraterna.

Juan Manuel y Antonio se detuvieron ante un árbol alto. De él había hablado Juan Manuel a poco de llegar. Lo que rodeaba al árbol era un verde parejo, bien peinado, a la manera de un campo de golf. Era un verde casi urbano crecido allí, en lo rural. Era como si el verde manso quisiera destacar mejor la presencia de ese árbol solo y de perfil extraño. Parecía como el fragmento de un muro o el perfil de una roca que se hubiera convertido en árbol. Tenía algo de gigantesco pico de gavilán.

Un cocotero, con una docena de grandes hojas como un molino detenido o un abanico para un gigante mitológico, contribuía, al otro extremo, a contrarrestar —con cierto desorden— el paisaje. Pero ese molino de la naturaleza, que era el árbol del coco, llevaba las miradas a la soledad del otro árbol, el que decía Juan Manuel que “parece un verdugo”.

Más allá estaba el cerco mal alambrado y empezaba otra propiedad, del otro lado de las siembras. El dueño de casa se había acercado cortés y silencioso. Vio la curiosidad de Antonio.

—Sembramos lo que podemos. Lo que nos alcanza. Se ha sufrido, pero esto tendrá que mejorar —le informó el campesino a Antonio.

Al fondo estaba sola, a lo lejos, como si vigilara algo, como un centinela, la palma. Palma sola, palma cubana. Sin ella el paisaje no sería el paisaje de la Isla. Con la palma el paisaje adquiriría algo humano, vivo, quieto, como escultura del aire fino. La palma real —a la que los botánicos llamaban "Roystonea Regia"— con su esbelto tronco, su penacho airoso, verde siempre, era tan representativa de Cuba que pasó a formar parte, como símbolo, en el escudo de la nación cubana. Su madera fue abrigo, sus hojas sirvieron como techumbre, y la vaina de la hoja como pared modesta y abrigadora. Las hojas abanicaban el paisaje, le daban sombra rumorosa y servían para las viviendas rurales. El racimo de frutos altos servía para alimentar animales y como medicina casera. Pero aun con su presencia elegante y lírica, la palma parecía no poder atraer sobre sí la mirada que se quedaba en el árbol de retorcido tronco y ramas trágicas, que parecía más solitario en medio de aquella belleza desnuda.

Fue entonces que Antonio volvió a encontrar la mirada del dueño de casa, pero era como si el rostro del campesino hubiera envejecido con solo volver a mirar el árbol. Cabrera sabía que uno solo era el que allí aún no sabía lo que representaba ese árbol desgarrado y sombrío. Se dirigió a Antonio y le habló como si le pesaran las sílabas, como si el alma se le hubiera empantanado.

—En un principio pensamos echar abajo ese árbol, arrancarlo de raíz, pero no tenía la culpa el árbol y fue así que lo dejamos. A mi mujer, cuando lo mira, le recuerda esa mañana, pero es mejor que se acostumbre. Así, tampoco, podremos olvidarnos

de "él". Fue allí que lo colgaron. No sé si era porque le tenían miedo —hizo una pausa, arrugó la frente, se pasó la mano por la barba que crecía dispareja, se tocó los pómulos hundidos—. A los soldados se les ocurrió que aquí se guardaban las armas que buscaban. Nos hicieron salir como a bestias. Lo volvieron todo del revés. A él lo guardaron. Dijeron que para interrogarlo, porque creían que sabía de unos revolucionarios que merodeaban por el llano. Cuando... —titubeó con una especie de tartamudeo del alma— cuando pudimos volver a los dos días, lo encontramos ahí, colgado de este árbol... Lo habían ahorcado ellos. Era el segundo de mis hijos. Desde entonces me hice rebelde y los hijos que me quedaban se fueron a la Sierra.

Se hizo un silencio. Antonio creyó ver un dolor que parecía volver a flotar bajo el cielo que se iba poniendo pálido y, luego, plomizo. "Era una tarde como ésta. Amenazaba lluvia", —recordó Cabrera.

La palma parecía aún más solitaria y el árbol, alto y deformado, parecía sostener aún el cuerpo del ahorcado.

CAPÍTULO VII

EL REENCUENTRO con la capital le pareció a Antonio Baena como un redescubrimiento emocionado de la luz de La Habana y de su encanto misterioso de ciudad. Esa luz tenía algo de mujer caminando hacia el mar. La Habana era el mar, pero un mar como una presencia desnuda y mágica, que rodeaba a la ciudad como el brazo rodea, amoroso, la cintura de una mujer encantadora.

La Habana estaba hecha de noches tibias y sensuales, de días claros y fugitivos, donde el tiempo parecía detenerse hacia un "más allá". Tenía algo de gardenia del trópico. Hay ciudades que son amadas como ciertas mujeres. Son amadas por lo que occultan y por lo que ofrecen, por lo que sugieren en una intimidad rendida y soñada, hecha de confidencias y silencios, palabras a media voz, abrazos en la media oscuridad de la entrega, suspiros y riñas, sueños y fantasías.

Así había amado Antonio Baena a La Habana, que no era su ciudad de origen —porque Santa Cruz del Sur quedaba casi al otro lado de la Isla— y, sin embargo La Habana era "su ciudad". Tenía el encanto de haber sido elegida por su corazón.

Y no era que La Habana le hubiera ofrecido a Antonio, siempre, días amables. Como en los amores, había conocido situaciones grises, injustas, solitarias. Habían sido días en pensiones o

casas de huéspedes para estudiantes de recursos muy reducidos y un apetito nunca satisfecho; después noches en hoteles para viajeros de poco equipaje y ambiciones desesperadas. Había vivido en barrios distintos como si cada barrio lo hubiera ofrecido la experiencia de un amor único y enriquecedor. Así La Habana le había entregado, poco a poco, su intimidad como un largo secreto. Hasta los días de ahora en este barrio de aire tranquilo, apartamentos cómodos y el parque lírico.

* * *

Mario Peláez apareció, como otras veces, sin anunciarse. Su preocupación interior la había ocultado detrás de una cortina de burla agresiva y de un humor demasiado vehemente para parecer despreocupado.

Antonio dejó de escribir en la máquina portátil, reunió unas cuartillas, apartó la silla. Diana se asomó desde el umbral de la pequeña cocina y saludó, alegre, a Mario.

—Ven, Antonio, para que entrevistes a los que ahora se despiden... —Mario intentó convencer a su amigo—. Abajo está el automóvil.

—¿Se despiden de qué? —Antonio no coordinaba las ideas a las que había renunciado al reunir las cuartillas y la invitación de Mario.

—Se despiden de la vida, Antonio. Vamos a La Cabaña. Tengo que revisar unas causas... Entrevistar, ahora, a los condenados a morir es una experiencia más importante que entrevistar a un cantante de televisión o a un actor... Si vieras la cantidad de periodistas que merodean como los tiburones nadan en las tardes alrededor del lanchón que lleva al otro lado la basura de La Habana.

Antonio estaba indeciso. "Es que tengo que entregar este trabajo".

—El trabajo de hoy puede esperar hasta mañana, pero los condenados de hoy sí que no pueden esperar hasta mañana, porque serán sentenciados al amanecer... Parece un cuento cruel, pero es así —paseó la mirada por el estante contiguo a la ventana de la calle y se levantó a buscar un libro.

—Acompaña a Mario —dijo Diana—. ¡Anda!

Antonio se preguntaba si en la invitación de Mario había el simple deseo de mostrarle ese espectáculo de la muerte condenada a habitar el pozo ciego de los fusilamientos o si se trataba de algo más: de la necesidad de su amigo de no sentirse tan solitario cuando tuviera que ver a los que, irremediamente, debían morir mañana o pasado mañana.

Diana regresó de la cocina con tres tazas de café humeante.

—Por los que se van —dijo Mario, aludiendo a los fusilados, como si la pequeña taza de café oscuro fuera un vaso de licor.

—No juegues con la muerte —Diana se puso seria, de pronto.

—No juego con ella... —Mario terminó de beber otro sorbo de café y quedó con la taza en el aire—. La muerte, Diana, tiene lo que esta taza de café: unos pocos sorbos. Eso es todo. Una descarga, como si una mano se aferrara a un cable de alta tensión... y los hombres más valientes quedan convertidos en muñecos de paja.

* * *

La Cabaña, al otro lado de la bahía, estaba también como del otro lado de la vida. Desde que uno se acercaba a ella se advertía un movimiento como de velos oscuros agitados bajo el sol. La Fortaleza era como una cama de piedra de alguien condenado a morir de malaria.

En los familiares de los presos políticos, en los rostros de los visitantes, los uniformes de los encargados de custodiar a los detenidos o condenados, en las galerías con rejas, en el patio con

murmullos y sol, en los pasillos, oficinas, celdas colectivas y dependencias, se movían ásperos silencios, símbolos de temor, miradas del destino.

Mario saludó a distintos muchachos que lucían los nuevos uniformes. Unas mujeres se acercaron, con gestos plañideros, para pedirle su intervención en favor de unos detenidos recientes. Más allá, un hombre le entregó una carta en un sobre manoseado. Había sol, polvo, sudor y muerte.

Más allá empezaban los pasadizos, las salas, las dependencias como en un laberinto; nuevos espacios y nuevas bocas y ojos de galerías y corredores, casinos, dormitorios, un teatro y nuevos espacios. Era como un arca de Noé. Sólo que ahora el destino no era el Monte Sinaí sino el paredón.

* * *

Chirrió la puerta. Fue un ruido viejo. Los ruidos parecían más envejecidos en aquella fortaleza. A Mario y a Antonio se había agregado Velázquez. Era un colega de Antonio, no tenía la mesura de Mario. "Al fin y al cabo —había comentado Velázquez al unírseles— estos hombres que han visto morir, tienen que ser actores al fin. Ya deben estar cansados de ser espectadores". Antonio no había dicho nada. Velázquez tenía fama de manejar el humor como un escarbadientes. Había caminado medio mundo, era inquieto, algo débil de cuerpo, pero audaz y agudo en lo que escribía.

Estaban ya ante aquel hombre que se había afeitado con esmero. Era difícil decir qué edad tenía. El tiempo adquiría una medida muy extraña en los últimos días y hasta en las horas finales de los hombres condenados a morir. Era una pulcritud curiosa la del oficial sentenciado a la última pena. Sus ojos eran graves y brillaban con una fiebre inteligente. Su contextura era atlética, pero la prueba final parecía haberlo golpeado de modo

extraño y no podía disimular como una dolencia que parecía sentir en un hombro. Acaso era un golpe moral. Parecía resignado

—Nos gustaría una opinión suya, teniente —apuntó Velázquez, mirando la celda desnuda y observando al teniente que se había sentado, ahora, al borde de un sencillo lecho, que era su último sitio de descanso.

—He dejado de ser teniente —había serenidad en el tono.

—Antes era usted poderoso, teniente.

—¿Ha venido a interrogarme o a torturarme? —la mirada clara del ex militar estaba animada de una energía digna.

—He venido a entrevistarlo.

—Déjeme en paz.

—Pero una declaración suya sería importante. Sé que usted ocupó un cargo porque se le consideraba inteligente y que no ascendió en el cargo porque a lo mejor no se llevaba bien “con los tanquistas”. Su oficio en el BRAC no era bien visto por algunos.

—Son cosas que ahora poco importan. Sólo me limité a cumplir con mi deber. Si los otros cumplieron o no con el suyo, es cosa de los otros y no mía. A estas alturas poco puede importarme ya.

Se hizo un silencio. Velázquez comprendió la situación. El teniente, con calma, volvió a recostarse sobre el lecho sencillo. Un perro ladró al lado afuera de la galería de los condenados al paredón. Un hombre empezó a quejarse y un soldado derramó un recipiente con agua, provocando gran ruido.

—¿Quiere un cigarrillo, teniente? —Antonio alargó hacia el condenado su cajetilla abierta, el teniente tomó un cigarrillo y le dio las gracias, Antonio se lo encendió—. Querrá estar en calma, teniente, estas horas, pero, acaso, es posible, que usted tuviera una última declaración o un mensaje que dar. Un especie de testamento final.

El teniente guardó silencio. Su mirada era clara y grave. Alzó los ojos hacia los que lo interrogaban y dijo, sin prisa, algo que parecía venir de lejos e ir más lejos aún.

—Aunque me quedan unas horas solamente, es demasiado pronto aún para decir algo. Lo que dijera ahora no sería comprendido. Se me acusa de haber cometido un crimen que no he cometido. Mi trabajo fue sólo vigilar las actividades llamadas “enemigas”. Entre esas actividades enemigas estaban las de los comunistas y totalitarios. Mi oficina era estrictamente técnica, de acumulación de datos de actividades enemigas. No creo que esto sea un crimen. Hoy hay demasiada embriaguez por la revolución, pero los que creen moverla, ya no la mueven; en cambio hay una mano invisible que es la que parece ordenar la maniobra y es la que me ha traído aquí. Sé que muchos no hacen sino obedecer. Pero un día despertarán también a la realidad. Estas cosas que aquí ocurren estos días, ya pasaron en otros países, hace unos años —en España, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Albania, Yugoslavia, y otros. También en China y en la Unión Soviética—. Estos juicios no son una novedad para el mundo. No serán los últimos, pero un día muchos, en Cuba, terminarán por despertar de esta pesadilla y muchas cosas que hoy no se ven, se verán. Y lo que hoy no se comprende, será comprendido.

En el umbral apareció el padre Julián. Advirtió, con una mirada la situación tensa, la emotividad de los minutos cargados de presagios.

—Ahora, mis amigos, les ruego que me dejen a mí, con el teniente... Creo que ha terminado la hora de los hombres y debe empezar la hora de Dios.

Afuera continuaba ladrando el perro que había sido llevado para que acompañara al condenado de la celda vecina. Los ruidos como familiares —de armas, pasos, toses, voces— tenían algo de lenta marea. La mañana tenía como los párpados enrojecidos por

una invisible ceniza que parecía caer desde un tiempo anterior y como sin olvido.

* * *

Mario, Antonio y Velázquez se retiraron. "Le quisiste tirar con el rayo al teniente, pero el teniente te devolvió el rayo convertido en trueno", comentó Mario Peláez mientras se alejaban. Velázquez le explicó que "el hombre sabe más que los libros leídos". Antonio dijo poco: "Quisiera, a veces, tener más antecedentes antes de condenar".

Más allá un abogado grueso y sudoroso detuvo a Mario Peláez y sus amigos.

—Aplicar este código es anticonstitucional... porque la Constitución de 1940 abolió la pena de muerte —argumentó el abogado.

—Pero matar, como esta gente ha matado, también es anticonstitucional —dijo Mario Peláez, enérgico—. Cuando los esbirros de Batista torturaban a centenares de inocentes o de cubanos que querían la libertad de Cuba, ¿qué constitución aplicaban?

—Pero ustedes están aplicando el llamado "Código de la Sierra"...

—Porque de la Sierra Maestra bajó la libertad de Cuba.

El abogado se alejó. Velázquez encendió un cigarrillo.

—Creo que a los que van a morir les importa poco morir "de acuerdo a la Constitución del 40" o de acuerdo a "la ley de la Sierra" —comentó Velázquez—. Las balas no dicen si van en nombre de la Constitución del 40 o de la Ley de la Sierra y, luego que han caído estos hombres, creo que la muerte tampoco les preguntará, nunca, si cayeron por tal o cual artículo de la ley o la Constitución... Vamos...

Velázquez pensó en el teniente y empezó a anotar algo en un papel. Iba a escribir "parece inocente", pero se acordó que los comunistas eran los enemigos del teniente, que los comunistas que ahora acusaban de "batistianos" a cuantos se les oponían y, entonces, escribió simplemente: "el teniente habla con cínica frialdad". Velázquez también tenía miedo.

CAPÍTULO VIII

LOS FOSOS de la Fortaleza de La Cabaña eran como las huellas de un carro gigantesco. Hablaban un lenguaje de grietas anteriores al Diluvio.

Casi no había conciencia de lo que sucedía. Vida y muerte parecían tener la misma respiración. Muerte y vida se mezclaban como cuerpo y alma. Los muros eran testigos sin ojos, oídos sordos de la piedra desnuda. Sólo el cielo y el mar parecían guardar el eco de las detonaciones. Las piedras parecían olvidar demasiado pronto, parecían olvidar como los hombres.

La pequeña comitiva salió, de pronto, como a una explanada. Un reflector iluminaba un trozo de muro y de foso. El condenado vestía camisa blanca, limpia, y pantalón oscuro. El chorro luminoso pareció golpearlo como si el poderoso haz de luz fuese un látigo, pero el sentenciado a morir se repuso pronto del choque emotivo, como si una tensa cuerda de dignidad interior lo mantuviera erguido.

De un tronco o madero recto pendían unas argollas grandes. Facilitaban la acción de amarrar al condenado cuando éste oponía alguna resistencia. Entonces se le ataba al poste como se sujeta al toro por la nariz, cuando el toro va a ser sacrificado.

Aníbal Gálvez había afirmado su fusil contra el muro. El muro era como una ola detenida en su impulso, una ola de piedra

como pronta a caer y arrollar a los ejecutores de la sentencia y al sentenciado.

Mario Peláez parecía fatigado por dentro. Sentía, por el oficio de testificador de las ejecuciones, una resistencia que, poco a poco, se iba llenando de una ira íntima. Sólo el capitán Miarws estaba en su papel como brazo ejecutor. El padre Julián no sólo demostraba fatiga física sino un profundo desvelo interior, como si su alma hubiera sido condenada a una ejecución en cada anochecer. El fusilamiento de esa noche había sido adelantado "por órdenes superiores".

La noche parecía más alegre que nunca. Hacia el cielo subían luces de bengala que se abrían, multicolores, como granadas de sueños. Un vaho de alegría, de júbilo, de ritmos, venía del otro lado. A todo eso era ajeno el que iba a morir. Era como si una rueda de luces, cánticos, sonidos sensuales, explosiones bulliciosas fuera girando al otro lado, más allá de los muelles, hacia el centro de La Habana más iluminada que nunca. El Capitolio Nacional ardía en fiesta.

Del otro lado de la bahía el camino hacia el paredón parecía tener prisa. La noche, sin embargo, tenía la transparencia de un velo de novia. Sólo en el espacio donde se preparaba el fusilamiento del teniente la noche parecía un crespón morado y negro. La noche tenía algo del asfalto que refleja a la lluvia en una noche atormentada.

—Ya no hay que esperar —dijo Miarws, mientras los fusileros, como impulsados por un resorte, se colocaron tensos y dispuestos.

—Un momento —dijo el condenado, sin que la voz le temblara.

La mirada de Miarws se clavó en él como la hoja de un puñal. Si la mirada hubiera podido matar, el teniente hubiera caído como fulminado.

—¿Qué hay “teniente”? —había desprecio al silabear la palabra *teniente*, Miarws quería terminar rápido.

—Quiero un favor, capitán. Un único favor —los muchachos del pelotón esperaban impacientes.

—¿Cuál? ¿Qué favor? Dígalo pronto.

—Mandar el pelotón, capitán.

Cruzó como un relámpago. Miarws había sido aleccionado por el Comandante Raúl.

—No es posible, teniente.

—A otros se les permitió, sin embargo.

—Fue al principio. Ahora no.

—Es una gracia, capitán —intervino el padre Javier—. Si fuera posible.

—Terminemos de una vez —sentenció Miarws—. No es posible.

—Se adelantó un soldado rebelde con un pañuelo grande. El teniente comprendió.

—No... —la mano del teniente rechazó el pañuelo antes que el soldado se dispusiera a cubrirle los ojos—. No quiero morir así. Quiero morir mirándolos de frente, mirándolos a todos, a todos ustedes... Porque soy un hombre.

Un calosfrío pareció recorrer a los muchachos del pelotón. Miarws estaba irritado e impaciente. La actitud del teniente le había desequilibrado lo previsto para la noche. Vaciló. En verdad el reo era lo que en Cuba llamaban los campesinos “un macho de verdad”. Se repuso Miarws, mordiéndose su cólera. Sus ojos brillaron de un modo extraño. El padre Javier empezó a rezar. Su voz subía un poco más alto que la respiración de la noche afiebrada.

—“Padre Nuestro que estás en los cielos... —las palabras eran como un movimiento de alas de una paloma prisionera; al otro lado de la bahía continuaba girando la rueda de luces y estruendosos júbilos.

—¡Pelotón! —la voz de Miarws no temblaba.

—... Santificado sea en tu nombre...

—¡Apunten!

La mirada del condenado vio el último resplandor de la noche venir sobre él como una plancha de fuego. Sonó la descarga y el cuerpo del sentenciado vaciló como si le hubieran encajado las puntas de un arado al rojo vivo. No vio sino una sombra verdeoliva, mezclada con el morado de una voz. Su oído sintió un paso débil, una presión oscura.

El padre Javier miró al caído. El cuerpo se agitó en un movimiento reflejo y luego se inclinó del lado izquierdo mientras la sangre iba empapando el suelo. Se había inclinado como un muchacho que empezara a dormir y la sangre continuaba fluyendo.

—Se portó “duro” el hombre —comentó Miarws, ya tranquilo.

Los muchachos del pelotón tenían la mirada vacilante. Parecía como que querían olvidar. Acaso lo deseaban. El fusilado aún continuaba, roto, caído bajo el paredón.

—Por esta noche no tendrán más trabajo muchachos —dijo Miarws—. Les daré permiso. Podrán salir. Al otro lado de la bahía empieza el carnaval.

* * *

“Son Cubanos”, lucía el carro alegórico, que cruzaba lento. “Son Cubanos” repetían las luces escandalosas, el ritmo de la música sensual y el movimiento de las bailarinas. “Són Cubanos” gritaban desde la carroza del carnaval. Los bailarines lucían pantaloncillos blancos y apretados, blusas blancas con vuelos de colores vivos, como agitadas olas. Sonreían alegres. “Son Cubanos”. Las muchachas bailarinas vestían pantaloncillos color de oro, de una tela brillante que se adhería tanto a la piel que parecía que las caderas, la cintura, los muslos las piernas eran de oro. La

rumbera principal lucía medias color carne, una blusa rosada y roja. Movía las caderas anchas con un compás que imitaba, sin querer, la acción erótica. Era un moler sensual de insinuaciones mentales. Era un ritmo inocente y picante a la vez.

Los adornos de la carroza eran plateados. "Son Cubanos". La cabellera de la bailarina principal —de la rumbera encendida— era de un rubio artificial como la noche sorprendente. "Son Cubanos", se fue perdiendo la carroza plateada. "Son Cubanos". La capital era una serpiente encendida.

El ritmo contagioso parecía hacer arder a los que pasaban y a los que miraban pasar. Muchachas rubias sonreían insinuadoras, muchachas de color rumba nocturna, color tabaco, color canela, color café, color aurora, lanzaban serpentinas, sonreían, a veces gritaban, a veces saludaban a cualquiera. Se mecían, hablaban entre ellas, reían, gritaban, miraban hacia los balcones, dialogaban con el público que se agolpaba en las aceras. Un hombrillo de bigotes de foca creaba en la carroza que desfilaba, ahora, un contraste risueño.

La carroza de las nuevas Fuerzas Armadas resplandecía de luces, de colores, de ritmos y alegría. Muchachas picarescas lucían, adaptados al carnaval, los nuevos uniformes de la revolución. Una muchacha vestía de "policía revolucionario", con pantaloncillos verdes, ceñidos, cortos, las piernas desnudas, camisa color crema, gorra en forma de plato, color verde olivo. Lanzaba serpentinas, era aplaudida, sonreía, hablaba a gritos. Otra muchacha, de pantaloncillos corto, verde olivo, representaba al Ejército Rebelde y otra lucía, coqueta, una gorra de marinero y una blusa que la noche habanera parecía condecorarla con no sé qué estrella, remota e ideal.

El pueblo se arremolinaba, giraba, se empujaba junto a las aceras del Paseo del Prado y a lo largo del Malecón. Vendedores de caretas y de serpentinas, serpenteaban entre la multitud. Todas

las instituciones de recreo social habían organizado bailes y fiestas. Sus balcones parecían un incendio de alegría.

Las graderías principales estaban frente al Capitolio Nacional —construido casi treinta años antes inspirado en el de Washington—. Frente al Capitolio habían sido instaladas las cámaras de las diversas estaciones de televisión, las de los noticieros cinematográficos, los micrófonos de las radioemisoras nacionales, los fotógrafos de los numerosos periódicos y revistas, los camarógrafos y fotógrafos de empresas extranjeras.

En los dos palacios frente al Parque Central —el Centro Asturiano y el Centro Gallego— los balcones de todos los pisos estaban repletos de bulliciosos aplaudidores del carnaval. Dentro de las salas grandes y lujosas, las orquestas interpretaban los ritmos de moda, se bailaba, se reía, se bebía. Toda la ciudad era una fiesta. La Habana ardía de punta a punta, desde los barrios modestos hasta el centro de la capital.

Las comparsas —reminiscencias de los carnavales coloniales— eran el centro de atracción lujuriosa de la noche extendida. Pero había mucho más: muñecons de sonrisas de cartón piedra, carrozas lujuriantes, carros alegóricos, y en todas partes un júbilo desordenado y armonioso a la vez, como un río inmenso salido de su cauce. Lujuria de plumas, de gestos, mujeres en mallas multicolores, sombreros, cascadas de luces, orquestas sobre ruedas, vendedores de frutas y golosinas, indias de piel blanca y muchachas blancas repintadas de esclavas, todo giraba y rodaba, se unía y se separaba, como un milagro de embriaguez propio de un sueño.

Un anuncio comercial, gigantesco, giraba en la noche. El hombre alzaba una B. "Como quiera que se mire la vida se ve mejor con la B. de Bacardí... Empiece con Bacardí. Sano, sabroso y... cubano".

* * *

El desfile de las comparsas iba delante de todo, como una ola de color y de ritmo avanzado impetuosa y abrasadora, folklórica y mágica.

La conga con letra antigua parecía remozada por los tiempos. Era como una etapa de otro siglo, puesta a danzar en el centro de una verdadera alegría.

“Tumba la caña!
Tumba la caña!
Que ahí viene el mayoral
sonando el cuero!

Las voces arrastraban las palabras, decían “mayorá”, con una *a* gangosa y lenta. Se respiraba libertad. El director de las faenas en el campo tendría que guardar el látigo. La caña de azúcar —riqueza principal de la Isla— sería puesta en tierra, pero para la libertad. El mayoral ya era sólo una sombra de la explotación colonial. Los trabajadores azucareros eran, ahora, una fuerza organizada y poderosa y habían conseguido, cuando el gobierno democrático del Partido Revolucionario Cubano (Auténticos), hacía más de diez años, la participación en la venta general de la zafra azucarera, cobrando una parte del precio entre el del mercado azucarero mundial y el preferencial que pagaba los Estados Unidos. A esa participación en las utilidades de la venta del azúcar los obreros la llamaban “diferencial”. La comparsa carnavalesca era, ahora, reminiscencia de la explotación de otros siglos.

Bajo la noche, los negros y mulatos marcaban el ritmo, vestidos de blanco, con pañuelos rojos anudados a la garganta, sombreros de paja y los cuchillos grandes para cortar los tallos de la caña, en alto, formaban parte del ritmo. Esos instrumentos de trabajo eran “las mochas”. Las mujeres vestían sayas de colores vivos, blusas alegres, ligeras y como espumosas. Lucían unos

abanicos blancos y unos sombreros grandes. Todo —abanicos, instrumentos de trabajo, pantalones, blusas, sonrisas, cánticos— era ritmo. El danzarín guía iba con “la farola” al modo de un estandarte iluminado. Parecía hacer girar la noche a compás.

“Tumba la caña,
tumba la caña...”

La noche giraba también, como otra farola enorme, y la tierra era otra farola rodeada de noche que giraba con sus ciudades, con sus países, con sus continentes, con sus mares. Todo se desbordaba y todo volvía a reunirse. La risa contagiosa iba, calle adelante, con frenesí.

“Tumba la caña...”

Lo repetían las estrellas. Lo volvía a decir la noche sudorosa y anhelante. Al fondo, como empujando a los bailarines, como si las mujeres y los hombres fueran la flora y fauna de un paraíso mulato, iban los músicos, agrupados, “arrollando”, es decir envolviéndolo todo con el ritmo mágico. Los danzarines se extendían en forma de abanico, pero los músicos iban apretados, unidos, como espumando oleajes de alegría.

Las mujeres hacían vibrar la noche. Arrastraban los pies con un ritmo sensual. Los abanicos agitados, rápida y rítmicamente, eran parte del tiempo sensual, incesante, que parecía resonar sin fin. Los bongos —tambores grandes heredados de Africa— y las trompetas, le daban a la fiesta un diálogo de cielos roncós y de gallos frenéticos.

* * *

Detrás de los músicos y más allá de los últimos ritmos de la comparsa ante las tribunas y autoridades, después del Parque de la Fraternidad, se empezó a incorporar gente distinta, ya cuando las comparsas empezaban a perderse camino de sus barrios.

—Cuba es única —dijo Antonio—; aquí todo es embriaguez.

Sólo quedaban los músicos de una de las comparsas, pero su ritmo de cueros, trompetas, cencerros y cornetines, iba haciendo bailar la calle.

Los músicos cantaban mientras las manos golpeaban los bongos o hacían sonar los cencerros. Le daban a la noche un particular estremecimiento de alegría mezclada con sexo, júbilo, magia.

“Quítate el zapato
que te lo quiero ver,
quítate el zapato
que te lo quiero ver...”

La letra parecía ingenua, pero era el ritmo que adquirían las palabras el que le daba a la letra una intención especial. Era una emoción que emanaba de todo como un secreto fuego.

“...y vuélvete a poner...”

Se habían ido incorporando mujeres gruesas y mujeres delgadas, un hombre con sombrero alón y que llevaba a un niño trasnochador a modo de canasto, muchachos, adolescentes, niños con los ojos que luchaban contra el sueño y aún eran centinelas ávidos, muchachas sencillas, hombres dicharacheros. Era un ritmo de brazos, piernas, colores simples y bocas.

“...y vuélvete a poner...”

Un bailarín pareció destacarse. Era un negro, fino como un galgo, sonreía con una sonrisa blanca de abierta fruta. Sus brazos eran delgados y su ritmo pedía que se le abriera espacio

aparte entre los bailarines que se habían agregado de entre los espectadores.

—¡Arriba, jarro de leche! —gritó ahogando la risa una mulata avispada y sandunguera.

* * *

Los días giraban como ruedas en un frenesí de luces. Cada sábado y cada domingo, durante todo el mes, el carnaval volvía a incendiar las plumas y los bailes, los ritmos y los gestos. Era como si una mano mágica trazara unos signos de alegría emancipada. “Se acabó el mundo”, decían los muchachos eufóricos, para significar que más allá de esa alegría desbordada no era posible ir ya. Todo estallaba en cohetes de frenesí, en luces de ritmos sensuales. Era como si una represa de acumulado júbilo se hubiera desbordado.

—El escultor Rovira tiene algún conflicto —le explicó Mario Peláez a Antonio Baena—. Me llamó a La Cabaña y me pidió que no dejara de visitarlo. Quiere hablarme con urgencia y me pidió que me acompañaras.

—En esta casa se refugió alguna gente de la Revolución. No creo que esté en desgracia con las autoridades. Rovira no era partidario de la tiranía. Al contrario, ayudó a mucha gente que estaba contra Batista.

—Ya veremos —dijo Mario, presionando el acelerador del automóvil.

Cruzaron el puente sobre Almendares. Recorrieron la Quinta Avenida —la vía elegante de Miramar—. Los palacetes de los reyes del azúcar, de las industrias y de la ganadería competían con las residencias de las embajadas extranjeras. Poco antes de la iglesia modernísima se alejaron de la Quinta Avenida y se internaron por una de las vías laterales hacia una zona tranquila y plácida. Allí estaba la curiosa residencia de Rovira.

Unos decían que Rovira era un genio primitivo que se enfrentaba a una sociedad demasiado hipócrita. Otros opinaban que Rovira era un especie de "escultor maldito" y otros consideraban que era un libidinoso que había convertido sus desequilibrios, obsesiones y concepciones pornográficas, en un extraño arte que había modelado, también, su modo de vivir. Era, en todo caso, una atracción.

No se sabía si la yedra envolvía la casa o si la casa había crecido para justificar la presencia de la yedra. Más que puertas y ventanas la casa parecía tener millares de ojos que brillaban con cierta opacidad en la noche: era yedra que envolvía los muros como un sayal. La casa había ido creciendo en forma arbitraria, su plan era lo inesperado. Cuando se creía llegar a una habitación final, una escalera surgía para conducir a una nueva sorpresa suspendida.

En aquel ambiente sonambúlico, la esposa del escultor asomó su cabeza por entre una pequeña ventana que semejava el ojo de una camarote de barco. Les dijo que Rovira los esperaba en la planta baja.

El escultor surgió del fondo de la sala grande cuyos muros estaban decorados con curiosas máscaras. En aquel clima misterioso, Rovira era casi una máscara más. Parecía un hombre acorralado. Si antes lucía delgado y extremadamente pálido, ahora tenía el aspecto del que está de regreso de una temporada en el infierno. Sólo sus ojos daban la impresión de animarse con una luz antigua, que brillaba con un silencio mefistofélico.

Se alegró de la presencia de Mario y Antonio, pero como si no hubieran visitado nunca aquella casa, inició una descripción de la de máscaras que bien podía ser una introducción para una confesión especial o el ambiente para un diálogo arbitrario.

La esposa de Rovira había entrado a la sala y diversas luces iluminaban, extrañamente las máscaras.

—Esta es, en verdad, una imitación de una máscara del Nuevo Imperio de Tebas. Observen esos ojos de almendra, ese rasgo en los ojos despiertos, donde parece resbalar la muerte —el escultor parecía transfigurado ahora, su voz era brillante, pero crujía cierta velada tristeza interior, algo se había partido en su interior, algo como una almendra amarga—. Siempre la quietud que penetra los siglos, he aquí el milagro egipcio. —Rovira suspiró, miró a los recién llegados con una mirada larga y amarga, que no dejaba de esconder simpatía y continuó su explicación como si un resorte interior lo moviera a ello—. . . Vean, ahora, esta máscara preciosa: es una máscara fúnebre romana no se asusten, los ojos trágicos están como asombrados ante el río de la muerte. . . la nariz está dilatada ante el espanto y la boca rasgada. . . Me inspiré en un viejo grabado. . . Todas estas han sido inspiraciones mías. . . Vean esta otra. Este es un mono, un lucifer, un emperador que sonrío horriblemente. . . ¿De cuál dinastía será? Me he preguntado más de una vez. Me inspiró una hoja de una revista, medio destruida. . . Pero miren esas barbas que cuelgan como pelillos de una mazorca. Es una máscara del Japón. Y aquella es azteca, es de cedro con piedras incrustadas. Ellos solían usar obsidiana y turquesa, pero no tengo dinero para tanto. . . ¡Qué mundo de máscaras! Cada cual podía buscarse la careta que más le acomodara, se aterrorizaba a los demonios y se pasaba el río de la muerte. . . Eso hace siglos, pero ahora creo que es igual.

El escultor se quedó en silencio. Una sensación extraña parecía vagar en ese interior laberinto de espejos que era su vida. Esos espejos estaban, ahora, empañados por un humo raro. Cuando Rovira miraba daba la impresión de venir desde aquel fondo de un pasadizo de niebla reverberante.

—A veces añoro ese mundo —continuó el escultor, como si le dolieran las palabras—. Con esas máscaras antiguas se podía despedir a las epidemias, atraer el invierno, espantar las hojas

de los árboles, como en China, o desterrar las sombras y hasta engañar a los guardianes de la muerte. No sé ahora si esas máscaras nos servirían, pero añoro una máscara para esperar con ella los días que me quedan —volvió el rostro, al que la luz le daba extrañas arrugas, y dirigiéndose al teniente Peláez, agregó casi como un gemido— ...porque, has de saber, Mario, que también he sido acusado...

Calló. Sonrió con un gesto frío y ambiguo. Estaba como abatido en su interior. Les invitó a recorrer, de nuevo, la casa.

—Quiero que lo vean todo por si pronto me convierto en una máscara más de esta colección —dijo con un tono sentencioso y significativo.

Los pisos parecían flotar tanto como los muebles y los muros. Se diría que el insomnio de un soñador había levantado, en unas horas de fiebre, tanta habitación y pasadizo curioso. Todo obedecía, allí, a una hora de ilusión, de fuga de lo establecido, de emocionado capricho, y todo había ido surgiendo con cierta unidad ambiental, no obstante lo arbitrario de los objetos.

La noche traía lejanas olas de perfumes ahogados, silencios de campanas en reposo, oscilaciones de estrellas como naufragadas en un mar irreal. Desde el techo agrietado baja una lámpara inmensa que se abría en múltiples brazos y cada extremo sostenía una máscara labrada en madera. Era otra de las creaciones de Rovira.

De pronto llegaron frente a una habitación cerrada con un sello especial. Mario y Antonio lo interrogaron con la mirada. El escultor sonrió con una sonrisa que era casi la mueca de una máscara trágica.

—Por eso te he mandado llamar —díjole a Mario—. Las esculturas con mis escenas “del prohibido amor” están allí, adentro, pero ya ve que la puerta ha sido clausurada y nada menos que con el sello del nuevo Ayuntamiento de Marianao.

—¿Pero por qué Rovira? ¿Qué sucedió?

—Vinieron unos funcionarios del Ayuntamiento y dijeron que las esculturas, que solía llamar “lo que no se dice”, eran inmorales, pornográficas, y no sé cuantas cosas más dijeron. Un oficial me agregó que la inmoralidad se había acabado en Cuba el primero de enero. Y que en esta casa se habían dado muchos escándalos.

—Pero ¿por qué no me llamaste? —dijo Mario, incómodo—. ¿Por qué no llamaste a la gente de la Revolución que solía venir a conspirar aquí?

—Llamé a unos y se disculparon. Otros dijeron que eran órdenes superiores, de un comandante importante, del nuevo ejército. Otros, que eran órdenes de una de las nuevas comisiones creadas en el Ayuntamiento y que la comisión tenía autonomía, que nada se podía hacer.

—¿Pero por qué? —Mario intentaba encontrar una respuesta.

La señora del escultor, que había permanecido en silencio, intervino.

—Explícale a Mario y a Antonio lo de la caja de fondos...

—Sí —suspiró el escultor—. Acaso fue la caja de fondos el pretexto para intervenir lo demás... Se llevaron el dinero, los dólares que tenía. No los había contado nunca, no sé si eran unos miles. Ellos dijeron que era dinero mal habido. Y no dejaron, ni siquiera, un recibo. Había vendido algunas esculturas que interpretaban los poemas prohibidos de Baudelaire de “Las Flores del Mal” y tenía los dólares ahí. Para mí no era el dinero, era más: era la prueba, el reconocimiento, que mi obra, que unos dicen que es audaz y otros que es un reto a los prejuicios, resultaba interesante para algunos extranjeros que venían a mi casa.

—La Revolución no puede hacer estas cosas —dijo Mario preocupado.

—Pero ya ves que a mí me las ha hecho —comentó Rovira gris, distante, difuso como el humo de su cigarillo, como un dolor plúmbeo.

Bajaron al comedor. Rovira sirvió unas copas de coñac. Hablaron. La noche parecía enigmática.

—Parece que nadie hubiera hecho nada aquí —dijo Rovira sin poder ocultar su desaliento, que empezaba a teñirse de rencor.

—¿Por qué? —Antonio se había quedado meditando.

—El nuevo ministerio de Recuperación de Bienes Malversados cree que todos han robado en Cuba.

—Se exageran las cosas —comentó, pausado, Antonio.

—Se están publicando listas de personas sujetas a investigaciones de sus bienes —la señora del escultor hizo un gesto amargo—. Y todos sabemos quienes son los que han robado: Batista y su camarilla, pero ¿y los otros? ¿Por qué esa desconfianza de todo el mundo como si todos fuésemos ladrones o criminales?

—Son medidas preventivas. Y los nuevos funcionarios que quieren hacer méritos exageran demasiado.

—Hay también una nueva casta de los nuevos oportunistas, de los arribistas que siempre se aprovechan de toda situación de cambio, de régimen o de autoridades. El mundo es el mundo.

—Pero ¿y los otros? ¿Quiénes sostuvieron la lucha en la sierra si no fue gente como nosotros? ¿Cómo fue posible que Fidel y la resistencia interior se sostuvieran si no fue con dinero que mandábamos siempre? ¿Y de dónde sacó él los millones que le sobraron en la sierra?

La noche parecía sola. La casa estaba como más aislada del mundo. La yedra que la rodeaba parecía, ahora, un manto de temor. En el jardín aun estaba la vieja escultura de piedra del dios de la guerra, en actitud feroz. Sobre la escultura se había posado, tranquila, una paloma sin sueño.

CAPÍTULO IX

LOS NIÑOS se habían dormido. En el barrio todo había ido durmiéndose también. No lejos golpeaba la costa del mar Caribe azul, con su cuerpo de vehemente vagabundo. Contra el malecón de La Habana, que parecía la curva sensual de la cadera de una mujer provocativa, el mar golpeaba con la violencia con que, a veces, el adolescente ensaya sus primeras caricias.

Mario había intentado dormirse temprano. Sabía que al día siguiente lo esperaban diversos asuntos que debía atender en la Cabaña. La demasiada fatiga le había impedido cerrar los ojos. El cansancio suele ser así. Nora lo había notado inquieto. Pero entre la discreción de esos muros, que constituían el “recinto sellado”, la intimidad del hogar, podían decirse —todavía— las cosas que afuera era peligro o inoportuno confesar.

—¿Qué te sucede Mario? —la voz de Nora tenía, como siempre, ese matiz sensual que se mezclaba a la ternura, era una voz un poco ronca, pero calurosamente femenina.

—Mi oficio se parece un poco al de las ratas de los albañales —dijo Mario con calma.

—¿Por qué? No te comprendo, a veces.

Estaban de espaldas y las palabras podían ser como la expresión de dos enamorados que reposaban, en sus respectivos sarcófagos. Parecía un diálogo como para el antiguo Egipto, pero

la noche estaba sobre Cuba y no era en 659 antes de la Era Cristiana sino en 1959 después de Cristo.

—Huelo a muerte, Nora. Mi ropa está empapada de muerte, a veces. La muerte tiene como un olor viejo y me sigue en los ojos de los parientes de los que son condenados.

Pero había algo más. Algo que rondaba como la sombra de un raro vuelo opresor, como un buho anunciador, de lo fatal. La sombra pasaba sobre el corazón.

—Anteayer vi a Sotus y a otros compañeros. Fue una triste impresión... Pensar que estuvieron con nosotros en la Sierra Maestra, que fueron nuestros compañeros y que han sido condenados, ahora, como "enemigos de la Revolución", me desvela. Cuando pienso que son tratados como perros rabiosos o como leprosos me angustio el alma y no dejo de preguntarme: ¿en qué pantanos ha caído la Revolución?

—Tú no interveniste en el juicio —dijo Nora.

—No sé si hubiera podido permanecer en calma. Sé que lo que se ha hecho a Huber Matos pone sombras sobre el prestigio de la Revolución. No es posible que Fidel pretenda, ahora, que Huber, que fue delante de Fidel hasta ocupar Santiago de Cuba, sea un "contrarrevolucionario". Y que todos los oficiales de Huber sean traidores a la Revolución, por oponerse al adoctrinamiento comunista. A Díaz Lanz se le hace aparecer como un aliado de los batistianos cuando los combatió sin descanso y por algo fue el organizador y el jefe de la Aviación Revolucionaria. Si Díaz Lanz no nos hubiera llevado las armas a la Sierra, cuando no teníamos casi nada, no sé qué hubiéramos hecho. Ahora ha tenido que huir para no caer prisionero de Fidel. Su único "delito" es haberse opuesto al adoctrinamiento comunista en la Aviación. A veces me pregunto: ¿es que cayeron los compañeros en las sierras y en las ciudades para que el temor vuelva a reinar en Cuba?

—Hay días que las cosas se ven grises, Mario. Hay días oscuros. Pero no puedes arreglar el mundo por ti solo, ni convertirte en lazarillo de la Revolución. Duerme.

—Y sin embargo pienso en todo esto. Todo es como una tembladera, como un pantano, como una nueva noche sin fin. Algunos hablan ya sin disimulos. Dicen que Camilo Cienfuegos no cayó al mar, como ha hecho creer Fidel, sino que fue asesinado por Fidel y Raúl, por la misma razón que tuvo que huir Díaz Lanz y que está en prisión Huber Matos y todos los oficiales de Camagüey. Y por la misma razón han sido asesinados otros —cada palabra era como sangre del alma y le dolía.

—Cumple con tu trabajo, con tu deber, con tu responsabilidad, Mario... A veces el deber es duro y doloroso... —la voz quería ser como el brazo desnudo capaz de rodear la cabeza fatigada del hombre que amaba.

—Empiezo a asquearme de ver morir, Nora. La muerte me empieza a dar náuseas.

—Duérmete... —la voz quería ser ya no la de la esposa que era la amante, sino la de la esposa que se sentía, a veces, como compadecida de ese especie de muchacho crecido que era su esposo, a través de los años, y que la estrechaba a ella en sus brazos, hasta casi hacerle daño, por entre tormentas y reconciliaciones—. Necesitas un descanso, Mario. Necesitas unas vacaciones. Me prometiste que tendríamos vacaciones al volver de la sierra, y no has descansado.

Pero Mario Peláez comprendía que no eran vacaciones breves las que necesitaba.

* * *

Una tarde, al regresar a su casa, encontró Mario a uno de los ayudantes del comandante Martínez que lo esperaba a la entrada del edificio. Un automóvil del Estado Mayor estaba cerca.

—El comandante quiere verte, ahora mismo —en la voz del ayudante había un tono familiar, las jerarquías habían sido impuestas en una escala “de confianza” en el nuevo ejército, pero en la voz del ayudante había algo más, una especie de premonición.

No alcanzó a decírselo Mario a Nora. Creyó que se trataba de alguna misión rutinaria. Cruzaron, rápidos, las nuevas avenidas hacia el campamento que ahora se llamaba Ciudad Militar y que se había anunciado sería entregado, un día, a los niños.

Las postas habían sido reforzadas, los centinelas estaban ahora, como en permanente tensión. Desde que había desaparecido el comandante Camilo, estaba en prisión el comandante Matos y había sido condenados “por conspirar contra la Revolución”, docenas de oficiales y soldados del Ejército Rebelde, reinaba una tensión que no parecía disminuir, sino que aumentaba cada día. Nuevos conspiradores, nuevos “agentes enemigos”, nuevos “infiltrados contra la Revolución” eran denunciados, en espectaculares cintillos periodísticos y espacios radiales y televisados especiales, de tiempo en tiempo. Era como una pirámide. En las “conspiraciones” habían sido incluidos, juzgados y condenados, centenares de cubanos que denunciaban determinadas maniobras políticas del nuevo régimen o sostenían que la revolución cubana más que verdeolivo era ahora roja y que los comunistas se habían ido adueñando de puestos clave en el gobierno.

—¿Qué hay Augusto? —dijo Mario, en un tono simple y amistoso.

—Comandante Martínez, se dice —rectificó con cierto énfasis socarrón el comandante— ¿No sabes que soy tu superior en de jerarquía militar?

—Perdona —dijo Antonio—. Digo, perdón comandante Martínez... A tus órdenes —confundía el familiar “tu” cubano con el “usted” rígido que intentaba imponer, ahora, el comandante.

—Estamos disciplinando el Ejército Rebelde —dijo el comandante, con doble intención y remarcando la idea de disciplina.

—Lo se —comentó Mario— pero ¿qué hay con eso?

—Que tu parece que quieres competir con nosotros... —la insinuación tenía algo de lengua de serpiente, los otros ayudantes del comandante parecían estar en el secreto y aguardaban como perros de presa tensos y leales.

—No te entiendo. Quiero decir: no le entiendo comandante Martínez.

—Que parece que todos quieren ser escritores ahora, en la Cuba liberada... Y no todos tienen madera de escritores...

—No sé a qué te refieres... —apuntó Mario, dudando.

—A lo que te está diciendo el comandante Martínez —intervino uno de los ayudantes; el comandante le hizo un gesto comprensivo como pidiéndole que “aun no era la hora”.

—Pero es que no sé de lo que se trata... —insinuó Mario.

—Mira... —con un gesto rápido el comandante abrió un cajón de su escritorio, tomó un paquete de un centenar de cuartillas bien presilladas y lo arrojó, con cierto desprecio, sobre la mesa— ...tu diario... tu diario y tus nuevas observaciones... Desde que fue publicado el documento de nuestra Revolución, que es el diario de campaña del comandante Raúl y su informe sobre el Segundo Frente Oriental, todos quieren escribir diarios... o intentan publicarlos... —había rudeza en sus palabras, el comandante parecía obedecer una orden del “Jefe Máximo”.

Mario vio sobre la mesa el producto de noches desveladas y de horas cargadas de experiencias, esperanzas y riesgos. Eran sus anotaciones de los días de la Sierra. No era, precisamente, un escritor, pero era un testigo. La carrera de abogado le había obligado a redactar escritos, informes y le había adiestrado en la manera de ordenar hechos y presentarlos.

—¿Qué creías? ¿Qué esperabas? —dijo el comandante—. Ya ves que tu *Diario* se puso a caminar solo, o casi solo. Tu lo diste a un editor, sin consultarnos. Fatalmente el *Diario* tuyo debía venir a nuestras manos. Todo viene a nuestras manos, más tarde o más temprano.

El teniente Peláez estaba desconcertado. No había imaginado que el editor iría a pedirle autorización al Ejército Rebelde. Para algo distinto a lo que sucedía en los días de la tiranía se había luchado en las sierras. Ahora, el inesperado encuentro de sus manuscritos sobre aquella mesa del comandante, le aclaraba, de repente, muchas cosas, le revelaba hilos que parecían sutiles, le aclaraba por qué siempre había alguna carta, algún documento, en manos del Jefe Máximo o de los “comandantes de la cima”. Es que toda la intimidad de las personas estaba siendo vista como a través de rayos especiales. Era como la fluoroscopia de la intimidad. Ni cartas, ni conversaciones telefónicas, ni papeles personales podrían ser del dominio privado. Todo empezaba a ser examinado por un ojo invisible. Sintió ira y una indignación parecida a la del que es engañado.

—Si hemos luchado por la libertad, no veo por qué esta libertad tenga que estar condicionada.

—Está condicionada a la discreción —fulminó el comandante.

—Pero si no hay libertad para que se pueda decir lo que fue nuestra lucha...

—“Tu” lucha, querrás decir —el comandante parecía impaciente—. ¿No comprendes que al contar lo que allí cuentas le estás dando armas al enemigo? Y nuestro enemigo es “el imperialismo yanqui” que acusa a la Revolución de estar manejada por el Partido Socialista Popular. El imperialismo yanqui es el que dice que los comunistas se han adueñado de la Revolución. Es lo que cuentas en tu *Diario*, lo aprovecharán el *Time* y *Life* y le servirá al imperialismo yanqui.

—En mi diario hablo de nuestras luchas en la sierra, digo nuestras dificultades.

—Pero hablas de Carlos Rafael cuando fue a la sierra enviado por el Partido Socialista Popular... Dices lo que Carlos Rafael decía en la sierra cuando estaba con nosotros y lo que otros decían de Carlos Rafael y los comunistas que llegaban y eso es servir a los “batistianos”...

—Pero si Carlos Rafael fue ministro de Batista la vez anterior y tú mismo... —el teniente Peláez se detuvo.

—Carlos Rafael es uno de los hombres de la Revolución, un hombre de confianza de Fidel y en cuanto a mí...

—Nada...

—Fui candidato a las elecciones del 54, pero puedo decírtelo ahora, es un asunto que hemos conversado con Fidel y él sabe por qué y para qué fui... En cuanto al *Diario* tuyo, ya es otra cosa... No hay publicidad, no hay exhibición. Aquí hemos cancelado los métodos de antes...

—No comprendo... —el teniente intentaba ganar tiempo.

—Que esto no se publica y tengo autoridad para acordarlo... Debes saber que Fidel me ha autorizado, expresamente, para hablarte así.

—¿Y qué más?

—Que has faltado a la disciplina y a la discreción.

—Por ejemplo...

—¿Qué te importa a tí y con qué derecho escribes la historia de lo que llamas la infiltración comunista en el Segundo Frente Oriental, diciendo que todo se hizo con el visto bueno del comandante Raúl?

—Es una opinión, comandante.

—Tu has querido hacer mal uso de tus barbas... Habrá que examinar toda tu actuación en la sierra... Por algo Fidel se negó a que te ascendieran... —era una amenaza y ahora el

comandante Martínez, colocado en la cima del poder, podía inventar cualquier historia que sería creída.

Mario Peláez comprendió que estaba perdido, pero pensó que un gesto de audacia podía salvarlo. Calculó, rápido, el momento psicológico.

—He visto que preguntó el barbero si podía entrar, dirigiéndose a tí y alguno de estos compañeros... Pues bien —había tranquilidad y clara intención en la voz del teniente— hazlo entrar... Pero será para mí y no para cortarme el pelo sino para afeitarme la barba.

El comandante Martínez comprendió.

—Anda a afeitarte la barba y vuelve. Es, justamente, lo que queríamos... Que entre Serafín.

El barbero recibió instrucciones del comandante y comprendió que algo grave había sucedido.

Cuando Mario Peláez regresó a la oficina del comandante Martínez, éste había colocado sus pies sobre el escritorio, se había desabotonado la camisa y parecía dispuesto a lanzarse a algo inesperado. Sobre la mesa había un desorden de papeles, de libros con hojas dobladas y de revistas abiertas en determinadas páginas y marcadas con signos especiales. Los ayudantes del comandante aun estaban con él.

—Te mandaré el uniforme o los galones —dijo Mario que, sin las barbas, volvía a lucir el mentón recio y el gesto meditativo de antes.

—No hace falta —dijo el comandante—. Puedes guardarte los porque, en adelante, no te sirven de nada. Y es mejor, para tí, que te vayas así y que no tengamos que aplicarte las medidas disciplinarias que hemos aplicado a otros compañeros... Te vas, así, por una resolución que aquí hemos tomado. No serás sometido a juicio y podrás irte donde quieras... Bastantes problemas tendrás con los familiares batistianos de los condenados en

la Cabaña. Pero, eso sí... —había como una amenaza recogida.

—No sé si puedo hablarte como civil ahora...

—De todos modos soy un ministro del gobierno revolucionario y me debes respeto como ministro, ¿estamos?; —el gesto era cortante.

—Deseo salir del país... con mi verdad...

—¿Con tu verdad? ¿Con cuál verdad? —el comandante vaciló unos segundos, pero, luego, como si recordara instrucciones precisas, sonrió amenazador y triunfante—. Pues mira, te vamos a hacer dar los papeles, la autorización para que puedas abandonar el país. El DIER no te pondrá dificultades en tu salida. Podrás irte mañana mismo si quieres... pero irás a reunirse con los batistianos, los "rosablanqueros", los imperialistas yanquis, los vendepatria, los lacayos y servidores de los enemigos de la Revolución, con los asesinos y traidores... Pero oye una última vez: Vas a salir desprestigiado. Y de que cada día aumente más el desprestigio sobre tí, y de que cada día quedes más desprestigiado nos encargaremos nosotros. Tenemos en cada país donde tu vayas, amigos incondicionales de la Revolución, y enemigos intransigentes con nuestros enemigos. Ellos harán lo que a nosotros nos convenga que hagan. ¿Entendido? ...Nadie te publicará el manuscrito nuevo que escribas, porque también nos encargaremos que nadie crea lo que dices en él. Y si lo publicas por tu cuenta y riesgo, nuestros amigos se encargarán que el libro no llegue a nadie y te desenmascararán... no lo dudes...

Sobre la mesa quedó el manuscrito del ex teniente Mario Peláez. Mario salió a la noche. Sabía que, en adelante, el exilio sería algo más que el dolor de un desesperado destierro.

Antonio Baena escuchó en silencio la acontecido a Mario Peláez. Le dolía que su amigo hubiera sido empujado a un exilio que parecía abrirse casi definitivo, pero, al mismo tiempo *ne-*

cesitaba aferrarse, con angustia, a una esperanza: que la revolución era superior a cualquier injusticia. No quería pensar que una injusticia mayor está hecha de la suma de las injusticias menores. Quería olvidar la realidad que la noche parecía extender sobre el paraíso.

SEGUNDA PARTE

EL FUSIL Y LA PALOMA

CAPÍTULO I

—A ESTAS alturas creo que no podemos engañarnos. No nos engañemos, Antonio. Aun es posible hablar aquí, pero pronto ya no será posible...

—Creo que usted exagera, Ricardo.

—Usted lo sabe —se acomodó en la silla de la pequeña terraza—. El DIER, y el nuevo G-2 tienen ya grabadoras pequeñas, tan pequeñas, que caben en un bolsillo. Disponen de grabadoras tan potentes que pueden grabar nuestra conversación desde distancia. Todo se ha perfeccionado. Es como si estuviéramos en manos de las grabadoras. Como si las grabadoras vigilaran nuestras palabras.

Antonio llevó a sus labios el vaso del cocktail que tomó de la mesita de cristal vecina. Empezó a beber con lentitud. Era una mezcla agradable, conocida como "Cuba Libre": ron, coca-cola y hielo. Le parecía que la historia de las grabadoras del tamaño de una estilográfica era una fantasía, pero no quería disgustar a su amigo.

—Se dicen cosas, Ricardo...

Cruzó un ómnibus de la ruta 30, con el lento ruido de la marcha que empieza a ser acelerada. Algún otro automóvil cruzó, silencioso, como una pantera. El silencio era como de goma. Rebotaba. El parque de enfrente permitía cierta discreción en el

diálogo. Estaba en la terraza del apartamento moderno donde vivían Ricardo Quesada y su familia. Era un tercer piso de uno de los edificios nuevos en el antiguo Vedado.

—Usted me trae estos originales —dijo el editor extendiendo la mano y tomando de un mueble auxiliar un paquete de hojas escritas a máquina— pero, ¿de qué sirve un libro que no puede circular libremente?

—Fidel ha dicho que se puede escribir.

—Bien, pero una cosa es escribir y otra cosa es publicar.

Cruzó otro ómnibus, más apagado, en su ruido. Los rumores de la ciudad, en su sueño oscuro, se iba haciendo cada vez más lentos, todo iba como a un ritmo de humo o como con pisadas de fantasma.

—A veces la vehemencia y las exageraciones son propias de las revoluciones, Ricardo, y usted lo sabe.

—Pero estamos para decir verdades y no para decir mentiras. Y es falsear la historia decir que Cuba empieza ahora, como pretende nuestro amigo Fidel. No soy un enemigo de la revolución, bien sabe usted que serví, incansablemente, de correo hacia Miami, arriesgándome siempre, interrogado por el SIM, por los agentes del Buró de Investigaciones de Batista y tuve que esconderme y, finalmente, huir. Y no he estado con esta revolución solamente. Mis luchas empezaron cuando comenzó, realmente, la revolución cubana: en los días de la lucha contra la tiranía de Machado. Entonces era sólo un muchacho. Han pasado casi treinta años.

—Todo esto lo sé, Ricardo.

—Lo más grave de todo esto es que Fidel declara una cosa y hace otra. Y ahora no se deja ver por sus antiguos amigos o conocidos. ¿Usted ha conseguido verlo?... ¿No, verdad?

—Debemos esperar, Ricardo.

El diálogo fatigaba a Antonio, pero Ricardo era su amigo y lo respetaba. Era un amigo de más experiencia y le debía al-

gunos favores. Le era deudor de algunos trabajos especiales que le había encomendado el director del semanario que, a su vez, era buen amigo de Ricardo. Pero Antonio no había imaginado que la visita de la noche derivara hacia estos terrenos ásperos y no encontraba cómo salir de ellos. Estaba como cuando alguien cae a un pantano en la oscuridad.

—Por ejemplo, pudiera mostrarle esto, Antonio —la mano de Ricardo tomó la “Guía” o el ideario del “Jefe de la Revolución”. Aquí Fidel afirma cosas que está desdiciendo, ahora, con los hechos.

—Aun no podemos juzgar la historia de estos años, Ricardo. Habrá que dejar que la historia hable, pero con cierta perspectiva. No podemos aspirar a ser actores y espectadores a la vez —su tono quería ser comprensivo.

Ricardo se quedó silencioso. Acaso pensaba que estaba golpeando con sus ideas contra un colina de arena. El viento parecía agitar la arena sólo en la superficie.

—En el discurso en la Sociedad Norteamericana de Editores de Periódicos, en Washington, declaró Fidel que no es comunista, pero todo se lo está entregando a los comunistas. Vea lo que declaró Fidel entonces: “Respecto al comunismo —dijo— sólo puedo decirles una cosa: no soy comunista, ni los comunistas tienen fuerza para ser factor determinante en mi país”.

—Los comunistas han avanzado, ahora algo —apunó Antonio, moviendo uno de sus pies y jugando con el perrito de la casa.

—Los comunistas se están infiltrando como un gas, pronto lo ocuparán todo. Fidel no es ajeno a la maniobra. Parece tolerarla. No en vano dice la gente de la calle que el Movimiento 26 de Julio es como el melón: verde por fuera, pero rojo por dentro.

—El cubano es burlón. Somos burlones, Ricardo.

—Cuando el cubano dice algo en broma es porque el asunto es demasiado serio. El sentido del humor del cubano es como una

puerta de escape. ¿No cree usted, Antonio, que en el fondo del chiste hay, casi siempre, una situación desesperada? La gente de la calle se pregunta: ¿Por qué Fidel ha hecho salir del gobierno a Ray y a los ministros que son revolucionarios, pero que no ven con buenos ojos la influencia de los comunistas? ¿Por qué, como en una cadena sin fin, han ido cayendo desde el Presidente Provisional, el magistrado Urrutia, hasta Felipe Pazos, pasando por el comandante Matos, por Agramonte, por Elena Mederos y por los otros ministros? ¿Y por qué, Antonio, han sido reemplazados por figuras gratas a los comunistas?

—Se dicen siempre muchas cosas, Ricardo. Se exageran otras... —la mano insinuó como un dibujo en el aire, no sabía Antonio qué pretendía con aquel gesto suyo involuntario, pero era, acaso, el deseo de salir de aquella conversación que parecía trabar el motivo de su visita: hablar de los originales y del libro que había llevado a Ricardo.

—Escúcheme, Antonio. Hay algo más fundamental que lo que podemos editar o no editar ahora. ¿Sabe cómo se extienden las manchas de vino en el mantel? Esa es ahora nuestra situación. Fidel nos está ofreciendo un mantel con un mapa que se parece a una mancha y cada día la mancha de vino se extiende más. Eso es todo —bebió, lentamente, como midiendo los latidos del tiempo.

—Fidel dice que es humanismo.

—El humanismo, Antonio, murió hace tiempo estrangulado por el propio Fidel. Estamos todos en una ratonera. Ellos son los dueños de la trampa, porque son los dueños, de las armas. Por eso con las armas pueden determinar si tales o cuales libros pueden ser o no ser ofrecidos al público. ¿Sabe que llamaron a los que editaban "La Nueva Clase" de Djilas y "La Gran Estafa" de Ravines? ¿Sabe qué les dijeron a los editores? Lo sé confidencialmente. Les dijeron: No queremos que editen ni un ejemplar más. ¿Y qué pueden hacer los editores? ¿Protestar ante

quién? ¿A quién?... El propio Fidel es el que ha dado la orden.

Antonio pensó en las grabadoras diminutas y en las grabadoras a larga distancia de que había hablado Ricardo. Sintió que el filo de la noche podía ser una cuchilla gigante, que la noche tenía ojos y oídos, que los ojos y oídos de la noche eran grabadoras del tamaño de hojas, de estilográficas, de cajas de fósforos, de cigarrerías, de encendedores, de cámaras fotográficas, de ojos humanos. Cruzó, de pronto, en el silencio, como una sombra de temor.

Antonio tomó el vaso con el cocktail agradable y bebió su "Cuba Libre" lentamente. El sabor le pareció refrescante. Quedaron en silencio. Volvió a beber. Era casi un alivio. Un ómnibus cruzó, abajo, frente al parque.

* * *

Regresar a Bayamo, para las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes, fue para Antonio como una vehemente necesidad para su espíritu. No le fue difícil obtener una autorización para escribir "algunos reportajes", y poder trasladarse a la provincia de Oriente. Algunas dependencias oficiales —todo o casi todo empezaba a ser del Estado— parecían estar en permanente renovación y las comisiones, las inspecciones o las autorizaciones para "defender la Revolución" se multiplicaban. La pirámide burocrática empezaba a parecerse a algún relato de Kafka.

Era como si una corriente invisible hubiera cambiado, inesperadamente, la trayectoria inicial de la revolución. Antonio imaginó que el contacto con la Sierra Maestra le devolvería la fe, porque recordaba una de las últimas cartas de Juan Manuel Cervantes: "En cuanto vengas en Navidad, con Diana y Elisa, iremos al santuario de la Revolución: las Mercedes. Veremos la Sierra Maestra, la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, visitare-

mos las cooperativas campesinas y los sitios donde se está haciendo la verdadera Revolución”.

* * *

Los pueblos y ciudades, a lo largo y a lo ancho de Cuba, habían sido engalanados con un primor que no dejaba de ser un frenesí. Todos hablaban de “La primera Navidad con libertad”. Era casi una consigna aturdidora. Se pretendía que las fiestas fueran inolvidables. La alegría empezó a ser convertida en un acto político. Pero ¿quién lo sospechaba? Había vehemencia que, a veces, parecía un deseo de aturdirse, desesperadamente, de algo. Se repetía tanto que se había conquistado, al fin, la dicha y la paz, que el modo de insistir en esa alegría la empezaba a convertir, un poco, en una representación. La Navidad empezaba a ser un escenario al servicio “del cambio político”. La gente parecía tan aturdida que se aferraba, con desbordado entusiasmo, a la esperanza que las injusticias habían sido canceladas para siempre en Cuba.

Obedeciendo a un llamado de las autoridades, la mayoría de las casas habían sido pintadas en una especie de emulación de colores. Todas las casas estrenaban nuevo traje. De un lado y del otro de las calles habían sido tendidos adornos de papeles brillantes, luces y símbolos de felicidad. Para recordar que la revolución era “un cambio en todo”, algunas casas habían sido pintadas color chocolate con el zócalo verde y rojo, otras lucían tonos acero hirviente y rojo o rosa, o unían el verde y el ocre, el café y el azul eléctrico. Unas pocas intentaban, casi en vano, defender los tonos calmados del trópico vivo, como un descanso de la vista tan encandilada por una luminosidad desbocada. Los colgajos chillones suspendidos sobre la calle competían con las casas recién pintadas.

Bayamo había adquirido el color de las ferias. De noche era más particularmente viva esa impresión. Luces verdes, rojas, amarillas, azules, habían sido instaladas en los árboles del Parque de la Revolución. La Radioemisora CMKX, el Teatro Elpidio Estrada, el cine Bayamo, los hoteles “New York”, “Senado”, “Santiago Habana”, el Ayuntamiento, el Liceo, el Círculo de Bayamo, la Colonia Española, Bayamo Social —todas las sociedades surgidas en el último cuarto de siglo, o antes— competían en adornos, iluminaciones y sortilegios.

Una pizarra, instalada en el Parque de la Revolución, anunciaba al pueblo las recaudaciones del nuevo ayuntamiento revolucionario. Todavía los comisionados del “26 de Julio” continuaban frente al poder municipal. La gente decía que los comunistas, que ya estaban infiltrados en los manejos municipales y que “estaban garantizados desde muy arriba”, pronto serían los únicos dueños del ayuntamiento. Se decía que ya habían conseguido producir el desacuerdo entre los tres comisionados. Se murmuraba que los comunistas apoyarían a uno de los tres comisionados del 26 de Julio lanzándolo contra los otros y que, más tarde, empujarían, a su vez, al comisionado único. Era también una ruleta. Algunos tenían reservas. Otros sonreían. A la hora de las resoluciones, todos querían aturdirse. Casi todos querían olvidar, ignorar lo que sucedía. Todos querían esas fiestas como si fuera la última Navidad sobre la tierra. El pueblo había enterrado a sus muertos. No quería oír de más muertos, de más traiciones, de más catástrofes. Reclamaba paz y se embriagaba con una desesperada alegría, como si algo supiese, como si sospechara que bajo el júbilo había sótanos oscuros y prisioneros.

En el Parque de la Revolución de Bayamo habían sido instaladas unas gigantescas P que indicaban los sitios donde los ómnibus debían detenerse. Eran unos letreros pintados. La gente decía que la P podía significar, también, presos o paredón. Era

como una broma cruel, pero algunos temblaban al volver los ojos hacia las P enormes.

Los árboles estaban recortados como si un peluquero de señoras hubiera sido encargado de peinar a los árboles para un baile de gala. La estatua de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria Cubana, había sido iluminada desde los costados. Céspedes fue aquel que el 10 de octubre de 1868 se puso al frente de un grupo de hombres blancos y negros para iniciar la independencia de Cuba. Céspedes empezaba ahora a ser un poco arrinconado, no en Bayamo donde había nacido, sino en otras poblaciones. La marea de la propaganda por el "Jefe Máximo de la Revolución" y los retratos de "Fidel, Nuestro Máximo líder", lo iban cubriendo todo, como una marea ascendente, de un alquitrán delirante y sonoro.

La ciudad era una fiesta. Un río de luces, de tiendas, de comercios callejeros, se extendía hasta los espacios amplios de la estación del Ferrocarril Central. Allí habían sido instaladas las grandes ferias. Las ruedas mecánicas giraban con sus luces y sus colores, sus barquillas y la música de los altavoces. Abajo podía comprarse de todo: desde un pan con tajadas de cerdo asado hasta una imagen para alejar los maleficios, desde una muñeca hasta el número de una ruleta que ofrecía, al azar, toda clase de objetos para el hogar. El ron, la cerveza, el coñac, la "coca-cola"; la "materba", la "iromber", la "pepsi-cola", los helados, las frituras, eran ofrecidos en abundancia y a precios módicos. Era el festín de Baltasar. Cada cual quería repetir el banquete descrito en la Biblia.

Los centros sociales, los bares, los clubes nocturnos habían organizado bailes. Se bailaba con orquestas, pero también con música de discos que era lanzada por bocinas estratégicamente colocadas. Los espacios, aun no construidos, habían sido aprovechados como sitios de diversión y baile.

La ciudad se aturdía, se embriagaba, bailaba, deseaba ser estrechada fuertemente, con ese abrazo desenfrenado de la pasión. La ciudad reía, bebía, decía malas palabras, sonreía, se propasaba, se dejaba enamorar. Uno de los comisionados del nuevo ayuntamiento revolucionario lucía una melena de nuevo apóstol. Algunos decían: "Este ha sido el año de los barbudos y de los melenudos, pero los demás, ¿qué somos? ¿parias? ¿castrados de la revolución?". Antonio sonreía.

A la salida de la ciudad, en los jardines de "Cautillo-Club", junto a uno de los ríos que era, como de la ciudad, habían sido instaladas mesas. Los adornos eran como un incendio congelado en luces de feria. La gente se alegraba con escándalo, bebía con desesperación, se embriagaba con frenesí, sonreía y reía hasta con un jubiloso dolor. Si hubieran faltado vasos, los bebedores hubieran utilizado los zapatos, Juan Manuel había prevenido a Antonio que no bebiera mucho para que estuviera lúcido al otro día. Juan Manuel Cervantes sentía una embriaguez distinta. El paisaje de Cuba era quien lo había embriagado. No necesitaba beber ron o cerveza para sentirse borracho. Su vehemente fe en la justicia de la revolución era embriaguez.

* * *

El río Buey —afluente del Bayamo— se había soltado a correr con algo de adolescente en vacaciones. Las palmas reunidas en grupos, quietas y serias, lo miraban pasar. Estaban las palmas allí, inmóviles, con la gracia de las muchachas que sueñan o piensan en el amor o en la poesía o en el recuerdo. Estaban en esa quietud donde el silencio es como una palabra cargada de un mensaje lírico. El agua que pasaba ante ellas era lo fugaz, lo transitorio, aquello que al ir al mar parecía cumplir su único destino.

El cielo estaba limpio, como pizarra escolar a la que hubieran eliminado letras y números. Era un cielo ingenuo. Pero el borrador parecía haber contenido algunos residuos de ceniza. El blanco y el celeste estaban un poco unidos a un tono ceniciento, que no dejaba de ser amable. Se respiraba un mundo abierto con algo de eternidad.

El color del río Buey era de un verde tranquilo. A esa tonalidad contribuían las palmeras y los árboles que crecían a la orilla y solían asomarse al espejo de sus aguas. Junto a los árboles crecían yerbas y todo era de un verdor calmado, plácido como si el mundo fuera un muchacho que se hubiese quedado dormido junto al río.

La soledad parecía acompañar al hombre en esos campos. Era una soledad no estéril sino inspiradora. El hombre y el paisaje se comprendieron como hermanos que no desean separarse.

—Por aquí llegaremos más pronto... Una Revolución no es cosa de juego, Antonio. Como ves la carretera de Manzanillo está en muy buen estado, la hemos reparado. Ahora hacia Yara va el camino de la Revolución... Las compañías habían abusado mucho, por eso les cayó la Reforma Agraria como una cuchilla. Fueron descabezadas por la Revolución. Está bien... No podíamos esperar más. La gente estaba cansada de esperar... La Reforma Agraria la estamos aplicando a fondo. Es lo que quiere Fidel. Las cooperativas del llano van al ritmo de la Reforma Agraria. Se multiplican, Las cooperativas crecen como un milagro; —Juan Manuel Cervantes mezclaba las indicaciones de la ruta con sus opiniones y trabajos en las nuevas medidas revolucionarias, mientras el jeep iba veloz por la carretera.

—He oído a algunos —comentó Antonio— que se quejaban que con el pretexto de formar “zonas les han quitado, indebidamente, las tierras. Eran propiedades de menos de treinta caballerías de terreno y estaban dentro de lo permitido por la Ley de la Reforma Agraria. Dicen que se ha atropellado la Ley Agra-

ria y que nueva Ley dice una cosa, pero que los encargados de ponerla en práctica han hecho otra cosa... Hay ganaderos que dicen que les han quitado el ganado aunque estaban dentro de lo que autoriza la Ley. Y hay otros que tenían unas pocas caballerías y se las han sido quitadas también.

Juan Manuel aceleró. Estaba incómodo. Era como si un hierro al fuego vivo lo hubiera tocado la carne del alma.

—¡Eso se arreglará! —había énfasis en Juan Manuel, y también había irritación. Los errores se arreglarán... Hay gente que quiere crearle problemas a Fidel y a la Revolución. Son los inconformes de siempre, los que no quieren la justicia social. Pero Fidel lo dijo bien claro: “La Reforma Agraria Va”. La consigna se ha cumplido pésele a quien le pese... —Juan Manuel había perdido su buen humor.

—A Manolo González, que sólo tenía cinco caballerías de terreno, se las quitaron porque sí.

—Se las darán en otra parte —Juan Manuel hizo un gesto de fastidio con la mano y esquivó un camión que venía en sentido contrario.

—Antenoche estuvo en casa y nos contó que las cinco caballerías que tenía eran el producto del sacrificio de su vida. Que le ofrecieron darle cinco caballerías sin agua y para que las arreglara como las que le quitaron. Manolo les dijo que él tenía una sola vida y que los años que le quedaban no le alcanzaban para volver a preparar la mala tierra que le ofrecían a cambio de la suya que le quitaron.

—Manolo es un soberbio... No es revolucionario. Si fuera revolucionario de verdad, aceptaba sacrificarse por la Revolución, por Fidel, por los ideales de Cuba.

—Manolo luchó contra la tiranía de Machado y contra Batista... Es un revolucionario...

—Pero, ahora, está contra la revolución porque le quitaron las cinco caballerías.

—Era lo único que tenía.

—Una golondrina no hace verano. La Revolución necesitaba hacer esto. Debía avanzar. La Revolución es más importante que las cinco caballerías de Manolo.

Juan Manuel se había quedado serio y Antonio no quiso poner nuevas nubes en la mañana. La historia de Manolo González se quedó atrás, como otras historias. No era posible reunir las. Sucedían aquí y allá, parecían “excepciones”, pero era sólo una impresión primera, solamente. Si hubiera sido posible reunir todas esas historias dispersas hubieran formado una montaña y hubieran nublado el cielo. Una golondrina sola no hacía verano, pero todos los casos parecidos al de Manolo González podían hacer un invierno. Mientras el jeep iba hacia las montañas, Antonio no dejaba de pensar en todo esto. Volvía a ver el gesto desalentado de Manolo, sus botas todavía con fango, el sombrero estilo tejano que dejó sobre una silla al entrar, su piel quemada por el trabajo constante bajo el sol, su rostro redondo de muchacho como arrojado de la clase, injustamente, aunque en su cabellera habían demasiadas canas y ya no podía ser un muchacho. Antonio volvía a recordar las palabras de Manolo a don Efraín: “Esta Reforma Agraria de Fidel es como una aplanadora, don Efraín... Y lo más malo es que los comunistas son los que andan con uniformes de oficiales y son los que aplican la Ley... No crea que es exageración... El que fue a notificarme, por todo lo que habló, supe quien era. Lo mandó el INRA, pero alguien más... ¿Dónde iremos don Efraín, si esto continúa así?”

El camino era ancho, pero las lluvias le habían dejado poco espacio transitable. Sólo el centro era aprovechable para el viaje. Juan Manuel lo había elogiado como obra de la revolución, pero Antonio vio diversos letreros que decían que el camino estaba en reparación. En otros carteles se indicaban los desvíos de la carretera. En otros había consignas revolucionarias: propaganda del INRA, letreros en los que se afirmaba que la revolución iba

adelante, que no la detendría nadie y que todo era para el pueblo. Donde no había un letrero del INRA había uno que proclamaba: Obra de la Revolución. Y todo, hasta el paisaje, parecía estar marcado o por el INRA o por el sello del nuevo Estado. Era una marca de fuego, como la que se pone sobre el ganado.

Del color café oscuro al casi negro iban las tonalidades de la tierra aprensada, pero el verde siempre terminaba por imponer su presencia. Un color de hoja de otoño o de tabaco se extendía a un costado de la carretera, pero el verde irrumpía después a relámpagos. Los arbustos parecían aislados. La tierra estaba siendo despejada. Se respiraba soledad.

—Esto va a ser una nueva cooperativa —informó Juan Manuel, maniobrando en el timón del jeep—. Aquí empieza una buena tierra, bien trabajada.

Los cerros del fondo eran azules, vivos, altos. Un azul verdoso surgía de la tierra como una hoguera que intentara unirse con las nubes plumbeas. Las nubes eran como una humareda vagabunda empujada por los soplidos de un gigante.

—No hay cuidado... El cielo cambia aquí de repente, como a capricho... Más allá estará despejado —opinó Juan Manuel.

* * *

Habían cruzado por un cuartel incendiado, se habían detenido en el “Estrada Palma” —una fábrica de azúcar—, habían hablado con la gente que iba o volvía de la Sierra. Juan Manuel se movía en su terreno. Todo estaba en sus manos y cerca de su entusiasmo. Continuaron la ruta. Más allá pareció volver a retornar su hilo la soledad del paisaje.

El jinete iba solo. Su caballo, color de tierra sombría, daba la impresión de ser tan solitario como el jinete. Frente a ellos las montañas se levantaban como inmensos paredones vivos y mudos.

Era posible, desde esa breve cima de la carretera, medir la pequeñez del hombre de la sierra frente al gran escenario de su destino. La sierra parecía devorarlo todo, se imponía a todo, lo complicaba todo, desde el insecto hasta la historia.

Las cadenas de montañas estaban dispuestas en forma de proas varadas. Eran como quillas verdeazules severas, orientadas en forma tan caprichosa como la naturaleza vehemente.

Las palmeras eran casi una erupción en la piel de paisaje. Ascendían y descendían con los accidentes de las colinas. Parecían extasiadas sobre los llanos. ¿Cómo habían crecido en tan radiante profusión? ¿Quién las había esparcido, aquí y allá, como puñados de semillas gigantes abiertas en troncos derechos y elegantes plumas? ¿Qué mano del destino había velado por ellas? Eran como el sueño de un pródigo sembrador.

El gris tenía el resplandor del acero de la guerra. El cielo adquiría un color de batalla. Sobre el dibujo de las últimas montañas se esparcía una viva luz blanca de paz. El tinte inesperado que hacía más azul morado el perfil de la montaña del fondo. El hombre parecía más solo.

A un costado había piedras, grandes como si fueran residuos de una era ya desaparecida en el planeta. Más allá el tajo que mostraba una pequeña loma parecía haber sido el punto de partida para ensanchar el camino.

—Fidel quiere que la Sierra no esté nunca más aislada. Esto será un día una gran carretera. Será la mejor carretera de Cuba, puedes estar seguro. Es un sueño de Fidel y Fidel quiere siempre lo mejor para la Revolución.

Antonio se quedó como sumergido en lo que acababa de explicar su amigo. Juan Manuel continuaba repitiendo el nombre de Fidel. Antonio también lo nombraba. Millares como Juan Manuel repetían casi las mismas palabras. Era como una polea que no era detenida nunca. Era una rueda que giraba sin fin, era un círculo que todo lo envolvía. Cada uno en su sitio y a su

manera remachaba el poder del nuevo caudillo. Y el caudillo recién creado era como una voluntad sobre la voluntad de todos. La vida nacional empezaba a ser dirigida como desde una oficina con tableros mecánicos capaces de mover "robots". Las personas actuaban por reflejos. Los reflejos eran creados por el tablero de controles. Y entre todos parecían haber creado al "Jefe Máximo" para que manejara lo que aun se llamaba "Revolución", con R mayúscula, pero que parecía empeñada en eliminar a cuantos la habían hecho posible.

Un aire misterioso, como si se ascendiera a una soledad suspendida, lo iba llenando todo. Antonio no podía dejar de pensar en esa otra atmósfera moral que estaba sobre ellos con la presencia del límpido cielo. Se ascendía a la Sierra como por gradas. El cielo tomó de pronto, algo del cristal misterioso. La sierra inspiraba paz y sobrecogía, a la vez. Su grandeza física, sus anchas espaldas de soledad hacían sentir a la ciudad grande como una bola de tierra empujada por un escorpión.

* * *

Juan Manuel había detenido el "jeep" a un costado de la carretera. "Hay que llenar el corazón de este paisaje único", afirmó con emoción. "Uno estira las piernas, camina un poco, y es como si, al mismo tiempo, el paisaje caminara dentro de uno, o entrara, más hondo, al corazón".

Antonio empezó a caminar un poco, también, sin alejarse del vehículo y sin descender la colina. Desde esa altura era posible repasar algunos pensamientos de su vida, antiguos anhelos que la vida se encargó de dejarlos incumplidos. Por ejemplo uno, muy querido para Antonio: la vida en el campo. ¿Por qué había ido a la ciudad grande y se había dejado absorber por ella?

El recuerdo de su Santa Cruz del Sur natal, con su aire secreto de intimidad, mitad cielo marino, mitad corazón de tie-

rra, se le había ido durmiendo como en una caja donde se guardan recuerdos que duelen. Bayamo había sido su segunda ciudad, como si fuera una segunda madre, pero no se había quedado en Bayamo y en cambio La Habana lo había apresado con sus palabras, con su luz, con su destino. Mientras caminaba sobre la colina y su sombra seguía sus pasos con la lealtad del recuerdo o con el ritmo con que la sangre circula, Antonio volvía a pensar que los caminos del hombre no suelen ser, a veces, los que el hombre busca sino lo que la vida le da o le consiente. Entre lo que quiso ser y lo que pudo ser, había un espacio que era una invitación al desvelo. Pero no quería culparse, ni acusar a la vida, de lo que no había alcanzado a hacer. Esa autoculpabilidad suele ser dolorosa e inútil como el que se autocondena por estar en prisión. Antonio se había contentado con lo posible, dentro del espacio de su ideal. Lo que no había realizado quería ahora acallararlo para que su vida no le pareciera el silencio que flota sobre un naufragio.

Como muchos, había conocido que las victorias obtenidas en la capital suelen ser a costa de las propias entrañas. Había padecido los sueños truncos, los ideales rotos, las batallas en la sombra, los anhelos no realizados. Especialmente Cuba, la patria, había sido el constante desear de una nación grande en el decoro y la generosidad de todos, levantada hacia la inteligencia, la sensibilidad y la justicia.

—“Estamos como en una cima... pero ¿y la otra? ¿la de la patria? —Antonio caminaba mientras el monólogo angustiado iba con él—. Esta fe sin límites es la nueva situación de Cuba, pero si no nos atrevemos a criticar lo que hacemos en la Revolución, ¿es posible que podamos llegar a la grandeza que hemos deseado? ¿Por qué hay temor a levantar la voz? ¿Por qué nadie se atreve a criticar lo que se está haciendo? Esta unanimidad a encontrarlo todo bien, ¿no es un deseo reprimido de aturdirse, de embriagarse, para no ver lo que “realmente” está su-

cediendo en Cuba, debajo de lo que nosotros alabamos? ¿Es por esto y para esto que hemos esperado tanto y hemos luchado tantos años? ¿Es para que el aturdimiento del constante “sí”, reemplace el antiguo temor?” —Antonio quería alejar estos pensamientos, le parecía que traicionaban ese momento y esa amistad de Juan Manuel.

El aire de aquella altura era fino. Tenía algo de esa sutileza de la “Pavana” de Ravel. Era un paisaje con una dulzura melancólica si se miraba su sombra. Esa melancolía tenía cierta transparencia.

Los tonos verdes se mezclaban al naranja. El verde tranquilo estaba delante del azul morado de la cordillera. El paisaje, de pronto, parecía quieto en su azul de brumas.

Las nubes iban con cierto atropello de tiburones que fueran olfateando los cerros. Las nubes parecían cabecear como cetáceos que fueran oliendo la soledad. La palmera era siempre el atalaya. Se diría que se oponían las palmeras al paso del viento. La sierra era el cielo filtrado.

Más allá la tierra aparecía amontonada. Esa tierra trabajada. Los hombres buscaban algo, querían cumplir un plan de trabajo, al reunirla así. Las palmas silueteaban el paisaje. Ellas y los cerros constituían un complemento. Se unían la delicadeza erguida y las espaldas de la tierra, la fuerza y la poesía. Parecían formas estatuarias. Las colinas inmediatas eran senos junto al río azul, severo, grave. El azul del río se parecía al color de la lluvia en el otoño. Las palmeras habían sido como atalayas de la libertad cubana, guardianes de una epopeya larga, que arrastraba casi un siglo de luchas, de tormentas, de caídas y esperanzas.

Un verde, con tintes rojizos respunteaba el paisaje más allá. Todo parecía violento y dulce, con un dulzor enérgico. La lluvia se había deleitado, hacía sólo unas horas, acuchillando la tierra.

La lluvia había cambiado algunos de los tintes y coloraciones del paisaje. La tierra, poco a poco, volvía a sonreír.

El tronco alto de la palma, delgada como el cuerpo de una adolescente que se empina a la sensualidad pura, estaba allí con su penacho de hojas, con su donaire grave. El paisaje cubano —tan varón a causa de las sierras y los llanos, las ceibas y los ríos— adquiriría con la presencia de las palmeras un complemento que era un maridaje, una relación sensual de sexos que se oponían y se complementaban.

Juan Manuel avisó que debían continuar hacia una de las culminaciones del viaje. “No hay peligro de agua —comentó—. El cielo parece cargado del mal tiempo, pero es engañoso. La Sierra es así”.

* * *

Cerca de un árbol grande, varias veces centenario, unos tablones habían sido clavados como para formar un esqueleto de animal marino gigante. La ceiba estaba allí, solemne. El enrejado de madera hablaba de planes y construcciones en ejecución.

Las casas eran bajas, en forma de rostros iguales, son sombreros gigantes de cemento, con el ala grande. Habían sido construidas hacia el fondo, y parecían dormidas. Hombres uniformados se movían entre los materiales de construcción y los edificios ya levantados. Los soldados le daban al paisaje una movilidad verde olivo.

La tierra era rojiza. El aire era como un oxígeno de esperanza.

—¿Qué te parece este esqueleto del futuro? —Juan Manuel caminaba con euforia—. Por algo quise traerte aquí.

Habían dejado el vehículo cerca de la entrada. Todo parecía animado de una desordenada fiebre de construir. Era una especie de versión nueva de la vieja Torre de Babel.

—Es grande —comentó Antonio, mirando hacia una pequeña loma contigua donde se empezaba a alzar una nueva serie de edificios que, ahora eran sólo como el esqueleto de una ballena.

—Es la ciudad del porvenir, Antonio... “La Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos”... Podrá albergar veinte mil niños campesinos. Es el sueño de Fidel —todo lo miraba Juan Manuel con vehemencia—. Claro que ahora está solo en el comienzo. Este es sólo el principio, pero verás los planes... Un día podremos verla terminada. Es algo grandioso. No habrá otra igual en América Latina.

Las casas tenían cinco ventanas, los techos estaban casi en el aire, como superpuestos. Las construcciones eran de ladrillo. Un motor norteamericano animaba la construcción, resoplando. Más allá un charco de agua copiaba el motor norteamericano y el cielo. La arena para ser mezclada con el cemento y unir los ladrillos formaba una pequeña pirámide. Las palmeras habían avanzado tanto que parecían curiosearlo todo. Era como si quisieran participar en las faenas. Soldados del Ejército Rebelde, con pantalones verde olivo habían sido convertidos en peones de albañilería. Y como ahora, por las nuevas leyes, no había construcciones privadas sino todo era del Estado y sobraban los albañiles que antes construían casas y otros edificios, habían sido incorporados los más posibles al nuevo ejército, donde trabajaban como albañiles y cobraban el escaso sueldo de los soldados. Todo hacía que se trabajara lentamente, como sin prisa, como si la ciudad estuviera destinada a ser inaugurada por otro siglo.

Los que trabajaban parecían no tener una determinada tarea que cumplir. El patrón era ahora el Estado. Se decía que el Estado era la Revolución, que Fidel era la Revolución y como la Revolución eran todos y era nadie, cada cual se esforzaba en vigilar al vecino y en hacerse vigilar y en desvirtuar la vigilancia del vecino. Mientras eso sucedía el trabajo avanzaba muy lento. La nueva burocracia era como una red tupida y próspera. El

nuevo ritmo del trabajo exigía que se vigilara a los que trabajaban y que, a su vez, se vigilara a los que vigilaban a los que trabajaban.

Unos cerros, donde el follaje se hacía más tupido, se alzaban desde el fondo. Una corona o cumbre de cerro verde se asomaba también con algo de fauno. Era como si Pan, con su flauta, hubiera aparecido para crear una nueva versión de la mitología.

—Aquí se harán no solamente maestros sino revolucionarios —afirmó Juan Manuel—. Los maestros serán revolucionarios y los revolucionarios se harán maestros. No hay otro camino. Ya lo advirtió Fidel. Ahora, los que enseñan en Cuba tendrán que pasar, primero, por aquí. Ahora están en las Minas del Frío, más allá de las Mercedes, los que se están adoctrinando para la Revolución. Luego enseñarán a los niños.

Iban y volvían los trabajadores, pero todo se hacía despacio como la escena que es exhibida a cámara lenta. No se sabía cómo, ni cuándo habían sido construidos unos galpones solitarios. Antonio vio un letrero grande que proclamaba la nueva ciudad escolar y destacaba el nombre del Comandante Camilo Cienfuegos. No pudo Antonio dejar de recordar al Comandante Camilo y de volver a pensar en el curioso destino de los comandantes que habían hecho la revolución. El organizador de la fuerza aérea revolucionaria había tenido que escapar al exilio para huir del cerco tendido por el Comandante Fidel; el héroe de la Columna I, que ocupó a Santiago de Cuba, el Comandante Huber Matos, se pudría ahora en las prisiones, junto a docenas y docenas de jóvenes oficiales del Ejército Rebelde, acusados de “traidores”; el Comandante Camilo, el Jefe del Ejército Rebelde, había sido asesinado por “los comandantes de la cima” y luego se le había hecho ver al pueblo que había desaparecido en un accidente aéreo, se le habían rendido honores nacionales y ahora la ciudad escolar de la Sierra Maestra había sido bautizada con

el nombre de Camilo. No se sabía si por arrepentimiento o para esconder mejor el crimen.

Antonio recordó a Camilo sin barbas, en los días de la tiranía de Batista. Camilo no era aún el Comandante Camilo. Era sólo un joven manifestante, herido, cerca del monumento a Antonio Maceo en La Habana. Volvía a ver su mirada limpia y resuelta, valerosa y desnuda. Después, volvía a verlo, ya Comandante y Jefe del Ejército, y lo recordaba oponiéndose al adoctrinamiento del Ejército Rebelde que desarrollaban los comunistas, a través del Comandante Raúl. Volvía a escuchar las palabras de Camilo, el gesto resuelto, su “No puede ser”. Y en la cima de la ciudad que ahora llevaba su nombre, volvía Antonio a escuchar las últimas palabras que pudo escuchar el pueblo del revolucionario, su elogio a lo que representaba la independencia verdadera de la revolución, su cubanía, su dignidad. Y cuando se pensaba que la revolución estaba siendo traicionada, desde adentro, por “los comandantes de la cima” unidos a los comunistas, las palabras de Camilo eran como una llama en la noche, como una estrella en la tormenta, como una alerta en el umbral de la adversidad.

No en vano el pueblo había convertido al Comandante Camilo en su héroe. Con su sombrero tejano, su sonrisa franca, su manera de mirar franca y honesta, la cubana sinceridad de sus actitudes, le había ganado el corazón de todos. El Comandante Fidel debía estar muy preocupado. Camilo era el único que podía disputarle el sitio que el Comandante Fidel creía ocupar en el corazón del pueblo. Pero la preocupación del Comandante Fidel debió ser mayor: Camilo se estaba moviendo para impedir, con la oficialidad del Ejército Rebelde, opuesta al nuevo adoctrinamiento político, que “los comandantes de la cima” dieran cima a su propósito. Antonio recordaba una última confidencia de Mario Peláez: “Camilo fue a Camagüey porque en Camagüey y en Oriente muchos oficiales y soldados estaban dispuestos a volver las armas contra los que estaban entregando la Revolución

Cubana a los comunistas. Camilo hubiera encabezado la recuperación de la Revolución Cubana". Pero estas cosas sólo era posible hablarlas en la intimidad y con riesgo. Una denuncia al DIER o al nuevo G-2, podía conducir al interrogatorio o a la cárcel, tanto al propagador de la noticia como el que la escuchara. Para impedirlo se aumentaban los honores póstumos al Comandante Camilo. Había caído un telón de estruendosos homenajes nacionales que impedía que el pueblo tomara conciencia de lo que en realidad había sucedido. Era trágico todo y el régimen pretendía que todo fuera alegre. Por temor, todos se esforzaban, furiosamente, en olvidar o en no pensar.

* * *

Unos pocos kilómetros más allá, luego de subir y bajar lomas, el cielo parecía oscurecerse de pronto.

—Así es la Sierra. No se sabe nunca cuando el cielo cambia —afirmó Juan Manuel mientras continuaba conduciendo el vehículo.

El paisaje era grave, imponente. Al fondo los montes adquirían tonalidades desde el azul al plomizo, con tintes cerradamente oscuros y hasta negros. Los soportes de un puente por construir o ya destruido asomaban, como muñones, en el río.

Las piedras grandes, casi gigantescas, estaban allí tocadas como por una luz irreal. Se oía la proximidad de la lluvia. Las piedras, iluminadas de esa manera extraña, adquirirían el aspecto de elementos de un cuadro de Bruegel o Cranach.

El río tenía el color de un espejo, empañado, por tonos graves, de un azul ennegrecido. Todo era como un diálogo que pasaba lento ante los ojos de los montes inmensos: las nubes oscuras, el agua despaciosa y cansada, el cielo como un buey moribundo. Más allá el camino dibujaba una curva. Las palmeras habían adquirido un verde recio y áspero. Parecían aisladas.

Hacia el fondo, por entre las curvas de los cerros, surgía una luz en forma de llama blanca, como un incendio cristalino, irreal y fantástico. El blanco de aluminio parecía flotar como los blancos violentos en las telas de Vlaminck. El resto era azul morado. Lo sensual del paisaje era evidente. Era como una mujer joven cuando recién sale del baño, y su cuerpo está como iluminado por una luz fresca. Entonces la habitación parece animarse de un gozo de poesía extasiada.

El aire no tenía barreras. Era un aire desnudo, elemental, primitivo.

Las nubes flotaban. Los cielos se elevaban en busca de los nuevos mitos. Las palmeras parecían aplastadas por la densidad celeste. Un verde húmedo, sobresalía más allá. El camino era de un color café oscuro. Parecía trazado por la uña de Dios.

El tumulto de las nubes, las espaldas convulsas de los cerros inmediatos, los muros de las sierras que se alzaban entre el grave azul, el verde nítido que, de pronto era sangre o era oro, le daban al escenario una irrealidad llena de fuerza y poesía.

En algunas de sus esquinas, el cielo lucía un azul convalesciente para poetas, para enamorados o para guerreros. La gente vivía apretada, como aplastada por ese huracán de majestad detenida y suspendido sobre todos. La población vivía con sus tormentas domésticas, con sus esperanzas, en un hacer y deshacer las cosas, casi ajena al hervidero de las ciudades y de los planetas nuevos.

—Aquí estuvo, durante un tiempo, la comandancia rebelde, en este mismo sitio. Y aquí trajimos armas con Roberto, tu cuñado... —Juan Manuel sentía ahora, el aire de Las Mercedes con el heroísmo de los días que habían quedado atrás y, sin embargo, surgían desde la evocación como aves en flecha recta desde la tierra al cielo.

Camaron lentos. La tierra era rojiza. El camino tenía las huellas tímidas de la tierra recién removida. Un tronco blanco

de palma resplandecía a causa del choque del sol. Mostraba un blanco dulce y herido, como el anca de un ternero manso.

Tenía sed la tierra. La tierra era dura, fuerte. Tenía algo de matrona. Casi no había agua, pero todo ascendía hasta allí. Era como una corona, como la culminación de la esperanza. La tierra tenía, en Las Mercedes, algo de reposo y de autoridad. Los hombres se movían como vigilados por la mirada de la tierra. Vaciaban las carretillas de mezcla para levantar muros. La inmensidad de lo que rodeaba al escenario era imponente. El poder del espacio de la sierra le daba a los hombres una valoración de sirvientes de un destino superior.

Las hojas eran como de bronce, el otoño del trópico —si es que se puede hablar del otoño en medio de un verano casi continuo— era un velamen agitado por un vendaval al dulce y mágico.

—Aquí parece que uno respira oxígeno de héroes —comentó Antonio.

—Parecía una empresa difícil, casi milagrosa —recordó Juan Manuel— y, sin embargo fue posible, porque la vida es un permanente milagro y la lucha por la libertad consigue siempre victorias concretas que un día parecían imposibles.

Más allá la tierra tenía un color de sangre coagulada, de sangre de sueños, de sangre degollada. El riachuelo corría como una cinta a punto de romperse. Era débil como un niño con hambre. El sol retrasado, tibio, intentaba calentarlo. El verde estaba como repartido en graderías. No faltaban las palmeras con sus penachos, pero la tierra había sido cortada como a cuchillo. El paisaje sensual tenía algo de guerrero con los ojos fatigados por el destino y la soledad.

CAPÍTULO II

DESDE HACIA algunos meses el teniente Peláez había dejado de ser el teniente Peláez. Ahora, mientras caminaba por las ciudades del mundo, era simplemente: Peláez. Un apellido en un pasaporte y en las carpetas de los distintos hoteles. Un apellido de un huésped cualquiera que podía ser un turista, un agente del régimen cubano o un exilado.

Se había dejado arrastrar por un azar de promesas que podían ser cenizas, pero que a él, al menos, le permitían trasladarse de una parte a otra y lo que era más difícil: subsistir. Alternaba los hoteles de vida modesta sucedían con las residencias de amigos, conocidos y recomendados. Mario no encontraba asidero. Escuchaba planes y promesas. Cumplía determinadas labores que le encomendaban algunos industriales y políticos que había conocido en Cuba. Algunos industriales tenían créditos, amigos, negocios e intereses fuera de Cuba. Los políticos tenían algunas relaciones en el extranjero y aspiraban a no perder contactos “a la hora de volver”, que algunos decían que estaba tan inmediata como era “cosa de coser y cantar”.

El poco dinero que, debido a las restricciones impuestas por el régimen, Mario había podido sacar de Cuba, se le había ido como agua por entre los dedos. Su situación se había vuelto incómoda: a veces debía buscar ayuda de los que, a su vez, eran ayudados. Su profesión de abogado, no le servía fuera de Cuba.

Escuchaba planes fantásticos. "Tengo una idea que producirá miles y miles de dólares". Todo el mundo tenía ideas, pero los que las concretaban en actividades productivas ya estaban organizados. Escuchaba decir a los políticos: "Fidel se cae", "el régimen dura menos que un merengue a la puerta de un colegio". Pero, la propaganda en favor del sistema implantado por su ex-amigo Fidel, crecía como la espuma, no obstante la sangre que continuaba cayendo junto a los paredones o en sitio bastante alejados de ellos. Alguien impulsaba, como a través de una corriente misteriosa de simpatía, la incesante propaganda en favor de lo que era calificada, entre los estudiantes que se proclamaban de izquierda, como "la primera revolución de América Latina". A veces Mario discutía agriamente con algún contertulio en algún café. cuando decía que había estado en la Sierra Maestra y contaba las razones por las cuales había tenido que salir del país, el impulsivo contrincante pretendía calificarlo de "contrarrevolucionario" y, el que era más pacífico —pero no menos vehemente— lo ubicada entre "los confundidos por la propaganda del imperialismo yanqui".

Las ciudades pasaban ante sus ojos como las cartas de la baraja de un naipe mezclado al azar. También las aventuras fáciles. Pensaba en Nora, tan ajena a lo que ahora le ocurría a él. Nora había sido, siempre, su aventura difícil, la aventura de su vida. Ahora Nora estaba en el umbral de una incertidumbre que se llamaba La Habana. Pensaba en los niños. Las fotografías de su mujer y de sus hijos parecían haber envejecido, de pronto, en sus bolsillos. Eran imágenes de un tiempo feliz, detenido en un segundo de luz, pero ahora las noches eran extranjeras a sus experiencias de ayer, tenían algo de marea invasora. Volvía a los días de soltero, a sus días de estudiante sin exámenes próximos, con poco dinero y muchas ambiciones.

Mario comprendía que todavía no existía un lugar donde pudiera reunirse con Nora y los niños. La tierra es inmensa y

llena de oportunidades, pero para él los días eran puertas que se cerraban de golpe. Lo consolaba la idea que la solidaridad familiar, todavía no destruida en Cuba, debía estar ejerciendo su bienhechora influencia en torno a Nora y los niños. Pensaba, especialmente, en los padres de Nora y la idea que ellos la podrían ayudar moral y materialmente, cubría algunos de sus desalientos, aunque no dejaba de sentirse disminuido ante ellos por la situación que les creaba. Pero, dónde llevar a Nora y los niños si en ningún sitio había encontrado su casa y si todos los lugares de su tránsito parecían los del andén por donde cruzan los trenes rápido o el puerto que ve partir a un transatlántico de lujo o el aeropuerto con su aire como de clínica para operaciones de despedidas, con bocinas donde se anuncian las llegadas o salidas de los vuelos como confidencias del más allá de la ventura o desventura de los humanos.

Escribía poco a Nora. En ese vaivén donde la vida se iba consumiendo, le parecía —a veces— inútil escribir. La vida era sólo eso: un llegar y un partir desde algún sitio, hacia alguna parte, en busca de posibilidades que se deshacían para volver a surgir en alguna cita inesperada o en algún encuentro con algún antiguo amigo o con el recomendado por algún industrial poderoso.

* * *

Nora, sin cartas, se sentía casi humillada. Su aparente fortaleza —que era hermosa— tenía arquitectura interior formada por pilares de coraje, pero también por desalientos. Su sonrisa tenía, ahora, algo de triste trizadura, de aire huérfano. Se prometía ser fuerte dentro de sí. Quería aparecer, ante los niños, con serenidad y valor.

Las cartas que recibía de Mario eran tan tardías como inseguras. Advertía en ellas que había como un deslizamiento hacia una noche de situaciones ambiguas.

En medio de su confusión había encontrado Nora el calor de sus padres, el apoyo del viejo hogar. Sus padres solían llevarse los fines de semana a los niños, con discreción le pagaban el alquiler y la ayudaban en algunos otros gastos. No podían hacer más.

Nora encontraba cada día más puertas cerradas. Las profesiones llamadas liberales iban, poco a poco, transformándose en apéndices del poder del régimen, que todo lo iba acaparando como a un ritmo lento pero seguro, como si un plan de absorción metódica y meticulosa avanzara con la seguridad de la marea que empieza a cubrir la playa.

Los comerciantes e industriales medianos, y algunos menores, huían ahora como espantados. Parecían los primeros prófugos de algunas de las ciudades malditas que cuenta la Biblia. Se asemejaba al lento y temeroso éxodo de los hebreos cuando la ola parda del "Nacional Socialismo" hitleriano empezó a invadirlo todo. Los grandes amos de las grandes empresas tenían capitales fuera de Cuba y parecían encontrarse, en parte, a salvo. Ofrecían la impresión de estar más serenos. Pero esas "grandes empresas" empezaban también a ser "empresas nacionalizadas". Las nacionalizaba, aparentemente, el nuevo régimen, pero detrás de las resoluciones de los vencedores estaba "el Partido" que argumentaba un hermoso pretexto: el pueblo. El pueblo no podía impedir que otros resolvieran y gastaran por él y a cuenta de él. El "Jefe Máximo" había impuesto un especie de plebiscito que él llamaba ateniense pero que recordaba otros, demasiado recientes. "El Partido" colocaba a sus militantes en primer plano, mezclaba a otros entre la multitud. Cuando "el Jefe Máximo" formulaba determinadas preguntas, los militantes "del Partido" creaban la emoción "multitudinaria" que se expandía como corriente eléctrica. "El Jefe Máximo" había terminado por proclamar: "Elecciones para qué"? El fastuoso palacio del Poder Legislativo había sido destinado a otros menesteres.

Nora no había abandonado el apartamento que habitaba no lejos del mar. Guardaba la intimidad de un inmediato ayer, mientras todo lo que había formado parte de los cincuenta y tantos años de vida republicana —con sus altos y bajos, con sus gobiernos tiránicos y sus gobiernos democráticos, con sus días y con sus noches— empezaba como a desintegrarse poco a poco, o a transformarse en algo que era un nuevo modo de vivir o de reaccionar ante la vida.

Los alquileres habían sido rebajados, pero los propietarios sospechaban que, más tarde o más temprano, perderían los apartamentos y que también el cobrador único sería, un día, "el gran patrón" con el rostro un tanto secreto de "el Partido". Los propietarios no querían dejar de cobrar antes que el régimen se hiciera cargo de la administración de todas las rentas privadas. Nora debía soportar, ahora, a los nuevos cobradores.

Se sentía sola. No había podido sostener a la muchacha que le ayudaba en los quehaceres de la casa. A la muchacha le fusilaron un día al único hermano que tenía en La Habana. Cayó en los paredones donde caían "los criminales de guerra". Nora no supo nunca si el hermano de Rosa era o no un "criminal de guerra". Rosa tampoco lo había sabido y era posible que el hermano hubiera muerto, también, sin saberlo. Pero la muerte era tan rápida que no se detenía a examinar demasiado los expedientes de los que caían en La Fortaleza de La Cabaña. Rosa lloró y, en el natural aturdimiento —porque no tenía sino un hermano vivo, que ahora era el hermano muerto— se había marchado donde unos parientes que vivían en Santiago de Cuba. Había prometido a Nora regresar, pero no había vuelto.

* * *

Aquel sábado Nora se había quedado sola: sin los niños que estaban en casa "de los buenos abuelos" y sin Rosa, que había

huído a Santiago de Cuba. Las antiguas amistades, que ahora estaban con el nuevo régimen —evitaban encontrarse con ella. Ser esposa de Mario se había convertido para Nora en proyectar como una sombra amarga y lejana, pero, en todo caso, enemiga del régimen. Las amistades más fieles la veían muy poco o casi no la veían. Algunas personas ya no estaban en Cuba. Otras, ocupaban su tiempo en ir de oficina en oficina, en busca de documentos y permisos de salida, en llenar formularios, solicitar visados, hacer antesalas interminables o esperar sin saber qué esperaban. La paciencia se estiraba como una goma de mascar. Cuando se creía que no era posible más, siempre era posible hacerlo, aunque solía doler el alma.

Nora había colocado unos discos que le gustaba escuchar para no sentirse tan sola, o para saber a su soledad acompañada. Eran canciones ligeras, pero hablaban de un amor profundo. Era el amor que parecía escapársele, el que casi ya no era de ella.

“Qué manera de querer
tienes tú para quererme,
qué modo de enloquecerme
y de llenarme de tí...

...Qué delirio es el que invade
mi alma y mi pensamiento,
eso lo saben tus besos,
porque sienten lo que siento”.

Era la voz cálida, como color canela, de la cancionera Olga Guillot. Era el ritmo de maracas en el viento ardiente que acompañaba el ritmo de alma enamorada y dolida que asomaba en el fraseo de la cantante. Las palabras podían ser simples, tener el calor sencillo de lo cotidiano, pero el sentimiento era tibio como cuando el alma está sediendo de algo y no sabe si es el amor, y

no sabe si es el recuerdo o el destino. ¿De qué estaba hecha esa melodía? ¿De tristeza, de añoranzas, de lágrimas? Nora sólo sabía sentirlo cuando la escuchaba.

“Pensar que hemos sido tontos tú y yo,
que nunca pudimos hallar la verdad del amor;
que tú, creyendo cumplir un deber,
no me permitiste saber
que era yo motivo y razón de tus ilusiones...”
Mas hoy, que todo por tí se aclaró,
vamos a reírnos los dos
de nuestra torpeza de ayer”.

¿Lágrimas? ¿Por qué, ahora? Mientras Nora escuchaba la canción se iba preguntando para siempre: ¿Fue, en verdad, cobardía? ¿Fue renuncia ciega? ¿Y para qué? Las personas estaban ligadas así, unas a las otras, por posibilidades que no eran, a veces, sino un sí o un no, una sílaba, una resolución o un silencio. Y eso tan sutil era, a la vez tan fuerte y misterioso, que la calidad de un silencio había sido capaz de cambiar un destino. Era posible que Mario nunca lo hubiera sabido o que de haberlo sabido ya lo hubiera olvidado, pero, ahora, de pronto, “eso”, —tan guardado en las galerías de su alma— surgía como la hoja de una primavera prematura flota en el río que se va.

“Yo yo, cobarde o cegada tal vez... / Pude renunciar al placer... / que me deparaba tu amor...”. El compás era como el del cielo cuando empiezan a girar las estrellas. Y el ritmo era tan irreal que parecía que las nubes sonaban, vagamente lejos, como tocadas por ángeles. Así debían sonar los cueros de los tambores africanos en las noches de melancolía solitaria.

Había llovido, pero el sol estaba allí. Nunca se sabe, en el trópico, cuando empieza a ser de oro el sol, cuando el sol empieza a convertirse en rápida lluvia pasajera. La lluvia podía ser, a

veces, la ceniza del sol. Un poeta había hablado, con razón, de los mediodías cuando llueve con sol. Así era Cuba y ahora... Nora sintió deseos de llorar. Qué distintos parecían el tiempo y los hombres, de pronto. Qué lejos resonaban las risas de las fiestas, de las navidades, de los días del "Año Nuevo", de las reuniones familiares, de los cumpleaños de los niños, aun no tan crecidos. En Cuba se bailaba, se reía, se amaba, se desamaba, se volvía a amar, y la esperanza, la desesperanza, la alegría y la preocupación giraban como en una rueda del Eclesiastés, todo el año, pero más que en la sombra, en la luz.

"Como pudiste dejarme queriéndonos tanto cuando habías encontrado en mi pecho, guardado, tanto frenesí..."

La melancolía volvía a girar como una esfera de cristal que, de pronto, parecía romperse en una de las últimas galerías de su alma. Era un bolero. La voz canela de Olga Guillot era "la voz": "Llorabas como un niño buscando el cariño... que te dí".

Nora volvió a colocar el disco en el aparato reproductor automático.

"Anoche aprendí a quedarme sola sin ti,
a sentirme sola sabiéndote cerca
y a llorar por tí..."

Nora lo encontraba hermoso. Retenía unas palabras: "el sentimiento tiene que rendirse a la realidad". Pero ¿cuál era la suya? Esa escoba que había apoyado contra el muro, el cuadro con la reproducción de Renoir —recortada de una revista de modas— y que reemplazaría el que le parecía menos expresivo y sentimental. También su realidad era ese apartamento amue-

blado ayer con tanto primor de intimidad, dispuesto en cada mueble, en cada objeto, en cada adorno, para dicha del ambiente familiar, pero hoy tan solitario, como un nido con sangre invisible, porque era sangre del alma.

El bolero continuaba repitiendo "tal vez te tenga que olvidar"... tal vez te tenga que olvidar...". La guitarra era un temblar de cristal del cielo. Sonaba a hilo de lluvia tenso, agitado bajo el sol. La lluvia tenía una lágrima. Nora se la enjugó —en realidad— después que la sintió rodar un poco en su rostro que era bello, pero que un día —más tarde— no lo sería. Y ¿por qué todo tenía que ser así? La vida fusilaba, a veces, ante paredones, pero otras veces fusilaba sin descargas, en lo íntimo del ser, a puro silencio, a incomprendiones, a soledad, a desdichas.

El sonido del timbre la sacudió como una descarga. ¿Quién sería? —Nora pareció vacilar y preguntarse por alguna cuenta aún impaga, pero recordó que los sábados nadie cobraba, que los sábados eran aún para el cine, para "darse unos tragos" como decía la gente o "para irse a la playa", aunque ahora empezaban a realizarse marchas y concentraciones que le quitaban a los sábados y domingos su espíritu anterior.

El rostro del antiguo ayudante de Mario estaba allí en el umbral. Sonreía con afecto y sorpresa. Nora se arregló un mechón de su cabellera.

—Pasa, Aníbal.

La puerta volvió a cerrarse. Nora sintió cierta confusión. No sabía explicársela. Era como si Aníbal la hubiera sorprendido, así, de pronto, desnuda y a la salida del baño. Pero su desnudez, de ahora, era una desnudez interior. Estaba aún algo aturdida. Pasaron unos segundos en los cuales tanto el uno como el otro intentaron un especie de rápido inventario. La mirada de Aníbal parecía recorrerla, sin prisa. Nora advirtió, entonces, que el traje del antiguo combatiente de las sierras era un uniforme nuevo.

—Siéntate —Nora no pudo disimular cierta nerviosidad, pero por dentro frenó su turbación.

—Gracias —dijo Aníbal, dejando la gorra del Ejército Rebelde sobre la mesita junto al cómodo sofá.

—¿Es que debo felicitarte, Aníbal? —dijo ya más repuesta, Nora, advirtiendo una insignia nueva en el uniforme del antiguo soldado.

—El Comandante Ernesto me trasladó a los servicios especiales y estoy siguiendo uno de los cursos para los nuevos oficiales—. Aníbal había perdido la inseguridad y ese especie de candor de sus primeras experiencias en la capital, ahora comprendía que pertenecía a una maquinaria poderosa y que algo seguro lo apoyaba en sus acciones hacia el futuro.

Nora pareció observarlo casi por primera vez. No es que antes hubiera dejado de reparar en él, pero ahora en ese sábado donde todo parecía flotar, la inesperada visita de Aníbal contribuía a darle al día algo que Nora se esforzaba en definir en medio de tanta sensación indefinible que parecía rodearlo todo.

—Pensé que como era sábado... —Aníbal dejó la frase como en el vacío.

“Tú seguirás pensando
que es inútil vivir, siempre lo mismo...”

—Olguita Guillot canta “como es” —murmuró el hombre.

“Porque va siendo tiempo
en que podamos, por fin,
estar de acuerdo...”

—Canta con el corazón —dijo Nora, lentamente, casi un poco ausente.

—Y con algo más que el corazón.

Los ojos de Nora se volvieron lentamente, entonces encontró la mirada del hombre que pareció chocar contra la suya, internarse en ella casi hasta desnudarla con un silencio cargado de una fuerza seca caliente y temblorosa.

Estaba Nora allí, con su blusa blanca de seda y su monograma azul. Era una sola letra. Una N, bordada cerca del seno firme. Aquel sábado Nora se había colocado sus cómodos pantalones deportivos blancos, que le ceñían las caderas generosas, apretaban los muslos sensuales, insinuaban las rodillas dulces, las piernas hermosas de Nora. La mostraban como si estuviese en la playa. Era ligera la blusa y cómodos los pantalones deportivos. A Nora le agradaba sentirse ligera. Pero no había contado con lo imprevisto y la visita de Aníbal la había turbado.

Le era difícil a Nora apartar esa mirada que hablaba mejor que las más ardientes palabras. Intentó desviar la vista de Aníbal. El “Ud.” de ayer —que le daba como una distancia— había sido reemplazado, más tarde, por el “tú” familiar, cuando el ex ayudante le trajo las primeras noticias de Mario. Primero había sido por el “tú” de la gratitud. Así le había dado intimidad a esa sílaba que ahora parecía atarla, de un raro modo impresentido. Esa gratitud de ayer le parecía embarazosa y como ni las circunstancias ni los días habían podido desatarla, ahora el “tú” era casi una trampa. Sólo que el “tú” tenía ahora algo más. Nora no quería pensarlo.

Para romper el cerco y huir de esa mirada desnuda, que la penetraba y como que la sacudía, sujetándola a la vez con fuertes manos, Nora intentó ganar tiempo. Pero la mirada del hombre era como una boca, casi como un abrazo que la rodeaba.

Nora se disculpó con un mohín donde no pudo disimular ni la sonrisa, ni atajar la leve coquetería que ahora tenía como un raro temblor de paloma sorprendida.

—Voy a buscar algo para celebrar tu nuevo trabajo.

—No hace falta... —empezó a murmurar Aníbal, pero se quedó a medio camino, porque, en verdad, hacía falta el trago de ron cubano o de coñac fuerte, para calentar un poco la garganta que se le había reseca de pura emoción.

Aníbal sonrió para sí. Las cosas que tiene la vida —pareció decirse en su interior—. Soñé tanto con esta mujer, la miré siempre con tanta ansiedad que ahora casi me parece mentira que esté aquí ella y aquí yo, que sea sábado y que nadie pueda venir. Antes me pareció orgullosa, me desarmó con su modo de ser, que siempre puso entre ella y yo un espacio que ninguno fue capaz de cruzar. Y recordó a Nora bailando en "Tropicana" en "el paraíso bajo las estrellas"; recordé la noche que fue a avisarle a Mario que había una reunión urgente en La Cabaña y uno de los comandantes quería verlo. No había podido olvidar nunca aquel traje negro, brillante, ceñido, que dibujaba todo el cuerpo de Nora, que le daba una agresividad victoriosa y casi salvaje en su hermosura, que la hacía complicada, más sensual y deseable aún, destacando el color dulcemente blanco de la piel de Nora. No había podido olvidar el gesto de incomodidad de Nora, ni sus palabras a Mario, "Era *nuestra* noche, Mario... *nuestra* noche... ¿Cómo puede terminar así?". Así había tenido que terminar.

"Pensar que hemos sido tontos los dos...
que nunca supimos hallar la verdad del amor..."

El disco había vuelto a caer, automáticamente, en el plato de la electrola. Ahora giraba llenando de palabras cálidas la intimidad de la hora. ¿El amor? ¿El deseo? Aníbal sentía la cabeza como pesada. Se sentía turbado. Con otras mujeres le había sido siempre fácil el asalto y el beso. Pero Nora era como una muralla blanca, como un muro de espuma o de plumas. Era un muro de palomas dormidas. Aníbal sintió que había algo de tigre

en celo en él, que el muro de las palomas estaba solo, indefenso y hasta imaginó que alguien —él— debía derribar el muro con todas sus consecuencias.

Antes había mirado a Nora como el niño hambriento ve una vidriera de una dulcería en Navidad. Antes la había mirado como el niño sin recursos contemplaba una vitrina donde se exhiben juguetes para niños de padres adinerados. Había pegado su cara contra la vidriera, pero el tesoro del juguete soñado no había podido ser nunca de él, ni una vez. Se hubiera podido romper la frente contra el cristal y nada hubiera sido suyo. Recordó una noche en la que acompañó a Gisela cerca de su casa. De pronto le había parecido que Gisela tenía algo del aire sensual, distinguido y fascinador de Nora. Se habían detenido. Gisela lucía un traje negro, que la ceñía casi provocadoramente. Lo demás lo habían hecho los árboles que filtraban sombras en la noche, que ocultaban los focos de la avenida bastante solitaria. Recordaba que entrecerró los ojos al besar, esa noche a Gisela, y que sintió en el aliento entrecortado de Gisela, en su respiración sensual y tibia, como el aire que le evocaba el modo con que había imaginado que Nora besaría. Ahora el tiempo parecía haber girado, de repente, como un tiburón. Y todo parecía azul y tibio. El agua del Caribe era pródiga en aventuras y destelladas, en luchas y afanes, en combates y...

—Perdona, Aníbal —dijo Nora, reapareciendo—. Como comprenderás no te esperaba. No podía imaginar tu visita... —Nora no sabía por qué hablaba así.

—Ya te dije que vine porque pensé en tí y porque era sábado... —Aníbal tragó un poco de saliva.

Bebieron. Aníbal, rápido. Nora, lenta. Aníbal volvió a beber. Quería aplacar no su sed sino su impaciencia. Y era como arrojar fuego a la hoguera.

La voz sensual parecía también embrujarlo. No era sólo Nora,

o eran Nora y la voz, Nora y el ambiente, Nora y el destino del sábado.

“Anoche aprendí a quedarme sola sin tí
a sentirme sola
sabiéndote cerca... y a llorar por tí...”

—Linda música —dijo Aníbal—. ¿No te pone triste?

—Me gusta —Nora volvió los ojos hacia él. No podía esquivar su mirada, la sentía pegada en su nuca, cuando se volvía a buscar otra copa; sabía que la mirada la palpaba, cuando intentaba quedarse en silencio.

Nora sentía que esa mirada se le pegaba como una mano y que la recorría toda entera, que bajaba por sus caderas, que le abrazaba las caderas casi hasta hacerle daño. ¿Hacía calor afuera? No lo sabía. Nora estaba sofocada de aturdimiento, de incertidumbre, y también de debilidad.

“Anoche aprendí que existen momentos así
en que el sentimiento tiene que rendirse a la realidad...”

“Esta hembra está hecha para el beso en el lecho revuelto, para el amor frenético a la hora de la siesta, para ser besada en el campo, a pleno cielo, bajo la sombra de un árbol y para ser desnudada en la noche donde no hay otra música que la de las estrellas... Así, en la soledad, donde dos pueden decirse todo o no decirse sino frases mordidas entre los besos, el jadeo, el silencio o el placer...” —los ojos de Aníbal eran un desafío y su pensamiento era como sus ojos.

“Estabas tan cerca de mí
y había algo tan bonito en tu mirada...”

La mirada de Nora era la de la paloma en el paraíso, pero su cuerpo era el cuerpo para el amor bajo los árboles del Paraíso. Mirada y cuerpo se complementaban. Los pechos parecían un tanto agitados, como la paloma que respira bajo la noche sofocada. Pero era el mediodía. El silencio parecía, también, tener manos.

Fue entonces que Aníbal recordó las instrucciones del Comandante Martínez al encomendarle esa curiosa misión de “Servicio Especial”, que ahora estaba cumpliendo a su manera. “Tú no eres un extraño para Nora. Cuando eras ayudante de Peláez ibas a la casa con frecuencia. Ya sabes lo que tienes que hacer. Hemos leído las cartas que le envía Mario a ella, pero hay algo que no terminamos de saber y debes indagarlo tú: de dónde saca Peláez el dinero para los viajes y qué contactos tiene todavía aquí. Los sábados Nora se queda sola. Los niños salen temprano. ¿Me entiendes? Nos encargaremos de que no entre nadie y que no suene el teléfono. Tendrás el campo franco. Queremos averiguarlo todo sin escándalo. Por eso no voy yo. No queremos hacer un registro formal, todavía. Pero fíjate bien en todo lo que hay en la casa. Averigua si hay armas. Nos interesa saber qué piensa hacer Nora. Dáale a entender que no estás muy de acuerdo con nosotros, que simpatizas con los antiguos compañeros de Mario. Así ella hablará más fácilmente y entrará en confianza. Pero, sobre todo, no pierdas la cabeza”.

Cuando Nora vio a Aníbal, en el umbral, le sorprendió su visita. Sin poder explicárselo, sintió temor. Su primer impulso fue buscar un pretexto para evitar que Aníbal entrara. Pero la conmovió el golpe repentino del azar. Recordó la nueva orden del régimen, leída en el periódico el día anterior: era indispensable un nuevo permiso del DIER para salir de Cuba, los anteriores habían sido anulados. Era como la puerta de una jaula que se cerraba con estrépito. Pensó en los niños, en su afán de huir con ellos hacia la Florida, antes que fuera demasiado tarde. Aníbal

se le apareció como el inesperado puente hacia el permiso de salida. Advirtió que había sido ascendido. Tembló en su interior, pero sabía que debía sonreír. Fue entonces que pensó en franquearle la entrada y ofrecerle una copa de licor. El azar también tenía su hora, como el paredón o como el éxodo desesperado. Hay un minuto en el cual las criaturas se sienten sacudidas por el aletazo de lo imprevisto y lo desconocido, tienen miedo, no saben qué hacer y tiemblan, pero —al mismo tiempo— procuran defenderse, desesperadamente, con dientes y uñas del alma.

—Hace calor aquí —dijo Nora, por decir algo.

El silencio de Aníbal, que había vuelto a beber otra copita de coñac, y sentía que la garganta le pedía más, la envolvió como un desafío. Ella también sentía más sed. ¿Dónde ir? Se acordó que cuando llegó Aníbal iba a reemplazar el cuadro con la reproducción de Renoir que había recortado de la revista "Vanidades".

—¿Quieres ayudarme? —dijo con cierto temblor, Nora.

—Como quieras...

—Cuando llegaste iba a cambiar ese cuadro... a reemplazarlo por otro —quiso dulcificar el ambiente, intentó sonreír sin malicia.

Aníbal ya estaba en pie a su lado y sus ojos la seguían como adueñándose de ella. Le miraron los senos que palpitaban bajo la blusa de seda y Nora sintió sus senos desnudos. Le miraron otras vez las caderas, que eran sensuales, que prometían el amor, y sintió Nora que un temblor invisible la recorría. ¿Era miedo? ¿Era cobardía? ¿Era instinto? ¿Era el llamado del Paraíso?

Aproximó la pequeña escalerita y subió unos peldaños. Aníbal se había aproximado y ahora Nora escuchaba casi junto a ella la respiración del hombre. Las manos de él, poderosas y rudas, sujetaban la pequeña escalera para faenas de la casa, pero sus manos parecían apretar tanto la madera para no abrazar las

caderas de Nora. El perfume sensual de Nora se le había subido a Aníbal a la cabeza, como si estuviera mezclado con el licor.

—¡Ay... perdona! —Nora se apoyó en el muro, pero aún se sintió vacilar.

Nora intentó volverse y quedó, entonces, frente a Aníbal. Los brazos de él eran como una bahía que sentía que el fuego era superior al agua. La reproducción de Renoir vacilaba en las manos de Nora. De pronto se sintió como suspendida y atraída, como levantada y estrujada. El dulce peso del cuadro llevó la mano de Nora hacia abajo y su otra mano bajó, también, como al mismo ritmo. Quedó sin defensa.

Entonces los ojos de Aníbal la paralizaron con imperiosa fuerza y como con una seguridad dominadora. La mano de él inmovilizó la cara sensual y sorprendida de Nora. Los labios de él buscaron, en un frenesí salvaje, los labios de Nora. Ella sintió que la boca del hombre caía sobre sus labios como si en ellos buscara devorar un racimo de uvas color sangre. Los labios de Aníbal casi la ahogaban. Ahora aquel fuego había pasado a los labios de Nora. Su cuerpo era como un montón de trigo en primavera en los brazos de Aníbal. Y su cuerpo estaba ya casi como soldado al de él. Los labios del hombre habían buscado su cuello. Una ola de tormento, delicia, éxtasis, y frenesí pareció recorrerla. Se sentía como la gardenia abierta, de pronto, en el día inesperado.

—Me haces daño... —murmuró sofocada Nora.

Pero ya la mano de Aníbal había desabrochado la blusita de seda de Nora. Ella no pudo evitar el asalto de esa ola que era ruda como el cielo irritado y ansioso.

La escalerita había caído, casi sin ruido. El cuadro de Renoir había caído también y no importaba. Y el tiempo tampoco importaba, ni el día, ni la tarde, ni mañana. El disco seguía ahora solo, repitiendo la embrujadora melodía, las palabras

“Voz de susurro de frondas
y arrullos de mar.
Besas como brisa
y tu abrazo es calor tropical.

El mar estaba un poco lejano. El día había vuelto la mirada hacia otro lado porque en el trópico hasta la luz tiene algo de complicidad.

CAPÍTULO III

—QUIERO un informe revolucionario y bien completo, que pruebe que nunca ha trabajado esta oficina mejor que ahora. Un informe capaz de impresionar, capaz de romperle los dientes a los enemigos de la Revolución. Usted me comprende, Antonio.

La mirada del licenciado Suárez era como una orden acuñada no por él sino por sobre él, y a pesar de él. El licenciado era sólo el alambre conductor. Era la alta dirigencia la que, a través del hilo telefónico ordenaba. El licenciado, delgado y vehemente en su incondicionalidad sabía que sirviendo ahora a “la nueva política de la revolución barrería su tibieza anterior cuando la tiranía de Batista. Para algunos había cumplido su tarea mayor al derrocar la tiranía. Pero para el licenciado Suárez y el Partido, la caída del tirano sólo había sido el trampolín. Con la complicidad poderosa de “los comandantes de la cima” los comunistas estaban asesinando la revolución como en una acción con gatillos silenciosos.

Antonio no supo qué responder. Sabía —como el licenciado Suárez— que el trabajo de la oficina iba como los naufragos entre las olas. Eran frecuentes las detenciones del trabajo, en prueba de solidaridad hacia el régimen. Así éste recontara sus fuerzas, amedrentara a los tibios y cohesionara a los otros. Los empleados que formaban en las milicias tenían autorización especial para ausentarse del trabajo. Los actos de masas, las nuevas campañas para “armas y aviones” y las que ahora se enhebraban a

la de las "armas y aviones" no permitía concentrarse en estadísticas.

—Haré lo posible, licenciado... —Antonio habló lento, sin saber cómo coordinar una respuesta sin caer en el vacío.

—Usted sabe, Antonio, que la Revolución tiene demasiados enemigos. Debemos callarlos en cada sitio donde trabajamos. Así es el verdadero trabajo revolucionario. Vendrán a hacer un reportaje especial para el periódico *Hoy*. Será enviado, a través de "Prensa Latina" hacia América y el mundo. Quiero que puedan llevarse la mejor impresión del trabajo que realizamos para la Revolución en esta organización revolucionaria.

El licenciado miró a Antonio como hurgando en su conciencia su pensamiento. Antonio sabía que debía escribir los informes. Se sintió como una bestia acorralada. "Si la revolución tiene que mentir para ser la Revolución —pensaba Antonio— entonces, ¿dónde vamos? Una mentira trae otra mentira. Llegará el día en que la Revolución empezará a ser, también, una mentira". Pero se arrepintió de su pensamiento. La mirada del licenciado Suárez sonreía comprendiendo.

—Sé que usted hará un buen trabajo, Antonio —dijo el licenciado Suárez antes de retirarse a su oficina—. Sé que nos dejará contentos a todos. No olvide que los enemigos de la Revolución no descansan. El informe queda en sus manos...

Antonio parecía ahogarse. Creía ahogarse. Deseaba abrir no una ventana sino muchas ventanas. Necesitaba respirar. Era el aire de la fe el que empezaba a faltar. Comprendía que el buitre de la duda picoteaba en su corazón. Estaba en una rosa, pero atado. El mar era el solo elemento libre. La revolución se estaba convirtiendo en prisionera de sí misma.

* * *

En la oficina de estadísticas e informaciones culturales se trabajaba con un eufórico desorden. Las horas de trabajos habían sido aumentadas, como un homenaje a la revolución y "sus tareas impostergables", pero la eficacia del trabajo disminuía. Se perdían muchas horas en discusiones, autocríticas, reajustes, inspecciones, censuras y juicios al personal, aunque todos se esforzaban por dar una impresión de un trabajo vehemente. Se terminaba el horario del trabajo en la oficina con cierto frenesí, pero esperaban otras tareas. Se empezaban a organizar nuevas asambleas y se estudiaba la organización de unos comités de defensa de la revolución que funcionarían en cada barrio, en cada manzana, en cada cuadra, en cada edificio. Para arrinconar a los católicos había sido fundada una organización de combate: "Por la Cruz y con la Espada". Cambios importantes estremecían el subsuelo social y político.

—Han venido con la exposición los intérpretes que tuvimos en la URSS —comentó Aurora mientras ordenaba un fichero en una mesa no lejos de Antonio.

—A nosotras, en la milicia universitaria, nos han dado instrucciones especiales —apuntó María, risueña, hermosa, inquieta.

—Venderán radios, relojes, dulces, licores, discos, muñecas soviéticas —informó Aurora sonriendo.

María entornó los ojos, hizo un mohín un poco ingenuo. Su piel estaba levemente tostada, su cabellera era negrísima y abundante, sus ojos grandes y expresivos.

—Compraré una muñeca soviética —afirmó María—. Y no perderé ni una sola película de la semana del "Cine Soviético".

Antonio se esmeraba en dar la impresión que estaba abstraído en su trabajo.

* * *

De repente, Antonio recordó que era viernes y, justamente, "el día elegido". Lo recordó porque advirtió que el tránsito en las calles contiguas al Parque Central había sido desviado. Pero había algo más: como una nerviosa animación.

—¿Qué sucede? —la gente corría inquieta al lado de Antonio Baena.

—¿No oyes los tiros?

—Ahora sí...

—Es en el Parque Central... Unos muchachos quisieron romper la ofrenda floral que colocó Mikoyan ante la estatua de Martí.

—Vi pasar unos automóviles —comentó Antonio.

—Vi a los soldados disparar y a los muchachos corriendo... Hirieron a varios de los muchachos. Parecían valientes —comentó un hombre que continuó rápido el trayecto, venía agitado.

—A los fotógrafos los apresaron también —informó una mujer, algo gruesa, mientras se enjugaba la transpiración y pedía un vaso de refresco en el pequeño negocio contiguo a la esquina.

—¿Qué decía la corona, señora?

—No sé qué decía, joven... Apenas la vi. Pero tenía una hoz y un martillo. Y una cinta roja.

* * *

Después del almuerzo el ambiente en la oficina de Antonio estaba muy caldeado. El licenciado Suárez había sido llamado con urgencia desde la dirección general.

—Son los "jovencitos", "los niños bien", los de la "high life", los "pepillitos" contrarrevolucionarios... Pero el pueblo de Cuba les dará su merecido... Es necesario un gran escarmiento... un gran escarmiento... —afirmó Aurora, indignada.

—Los odio —agregó María, arreglándose el cabello y dejando el lapicero sobre unos papeles—. Son agentes del "imperialismo

yanqui", pero los tienen presos a todos y les partieron la cabeza. ...Todos son unos agentes de la CIA...

—No te exaltes así —medió Aurora, más tranquila—. Tendrán su merecido, porque Fidel tomó cartas en el asunto. A un huésped ilustre del gobierno de la Revolución, a nuestro invitado de honor, no se le pueden hacer contramanifestaciones. Es nada menos que el Vice-Primer Ministro de la Unión Soviética, la nación amiga de nuestra Revolución.

—Eso mismo digo yo —concluyó María y, luego, advirtiendo que Antonio había dejado de trabajar y las escuchaba—. ¿Qué piensa, usted, Antonio?

—No escuché la radio este mediodía, ni tuve tiempo de ver la televisión en casa a la hora del almuerzo. Tenía una reunión urgente en la mañana en el semanario y salí de la reunión y me fui a casa. No sé, en realidad, lo que pasó.

* * *

La asistencia o inasistencia a la exposición soviética fue considerada como un barómetro para medir a los leales y a los tibios. Había una espada invisible de temor sobre cada uno. Las banderas rojas y las letras URSS intentaban envolverlos a todos.

Antonio Baena y Diana, junto al escultor Federico Gutiérrez y su esposa, estaban entre los primeros que esperaban turno para entrar a la inauguración pública de la exposición. El escultor estaba eufórico. Antonio lucía curioso; Diana, tranquila. Había olor de feria y el pueblo se empujaba. Unos letreros gigantes cubrían la fachada del alto y moderno Palacio de Bellas Artes. Las letras como un desafío. Eran cuatro letras de un rojo vivo que afirmaban que la Unión Soviética estaba allí, en el corazón de la capital.

—Es un gran espectáculo— dijo Antonio para no aparecer indiferente ante su amigo.

—Y deja que veas las esculturas. Hay cosas prodigiosas — afirmó Federico Gutierrez, como si ya estuviera en el secreto de todo.

El amplio palacio, con los desahogados jardines, parecía estrecho. Era como si un panal gigante, de incesantes caras se estuviera vaciando, minuto a minuto en la exposición. Costaba avanzar. La gente se empujaba. Las escaleras parecían que no podrían contener tanto público. Los asistentes iban y venían como un río rugiente y oscuro, subían y descendían en un movimiento de vaivén. Desde el patio grande y las salas del primer piso hasta los pisos superiores, todos se empujaban.

Las maquetas de los nuevos barrios de Moscú, de la ciudad deportiva, de la universidad, atraían la atención de los visitantes. Todo giraba, todo movía a curiosidad o a comentarios y los activistas del Partido Comunista se encargaban de regar una especie de pólvora de entusiasmo que era casi una ceguedad.

—Ve esas esculturas —indicó Gutiérrez—. Maravilla de armonía, maravilla de espacio creado. Parecen sostenerse en el aire. Son puro vuelo. Son la vida, Antonio.

Representaban a unos atletas. Eran una copia casi servil de la realidad.

—Pero aquí no hay arte abstracto —argumentó Domingo Fernández, que se había incorporado al grupo y se mostraba impetuoso en sus afirmaciones, aunque decía que era un vehemente revolucionario y no un enemigo de la URSS.

—¿Para qué le sirve a un pueblo que va hacia el futuro un arte como el abstracto? —preguntó Gutiérrez con sorna.

—El arte abstracto es una expresión humana, es una expresión de nuestro tiempo, de nuestra época... Es una exploración verdaderamente revolucionaria —afirmó el muchacho—. No podemos decirle al arte: "Sólo se puede llegar hasta aquí". El arte como la vida están siempre en movimiento. No se puede caminar

hacia el pasado siglo XIX cuando estamos en el siglo XX y vamos hacia el siglo XXI.

—La URSS puede darse el lujo de despreciar el arte abstracto —afirmó, rotundamente, Gutiérrez.

—¿Por qué es una exploración?

—¡Eso! —señaló el escultor Gutiérrez con un movimiento de dedo—. ¡Eso! —y era como si hubiera clavado un arpón—. Eso es el arte abstracto: una exploración... No podemos perder tiempo en él.

Se habían reunido otros amigos y curiosos.

—Pero eso es dogmatismo —afirmó el joven escritor—. ¿No cree usted, Antonio, que eso del "realismo socialista" es puro dogmatismo?

—Depende... —Antonio vacilaba.

La conversación continuó por el mismo camino. El joven escritor se marchó, con el cabello un tanto revuelto, el paso brioso, afirmando que "no se puede parcelar el genio creador del hombre, que no se deben cerrar las puertas a las posibilidades de la imaginación y que no es posible pretender ser revolucionario en la industria y en el cosmos y ser, al mismo tiempo, reaccionario en el arte y en las letras".

Cuando Antonio Baena y Diana Leiva regresaron a su apartamento se miraron en silencio. Antonio sabía lo que la mirada de Diana le reprochaba. Solamente entre esos muros era posible hablar.

—¿Qué podía hacer? —dijo Antonio con calma.

—Decir lo que me has dicho aquí. Lo que hemos conversado tantas veces.

—¿No viste a uno que me saludó y se acercó a observar la discusión?

—Se acercaron varios. Se fueron acercando otros. ¿Qué me iba a fijar en alguien determinado, cuando estaba furiosa, dentro de mí, con lo que decía tu amigo el escultor?... —Diana

volvía a mostrarse agitada—. ¿Y yo qué podía decir, qué podía hablar en medio de esos argumentos de Gutiérrez que eran tan demagógicos? En cambio el muchacho escritor, Domingo Fernández tenía razón. Pero tú no lo apoyaste. Buscaste una evasiva...

—Te hablé del que se acercó. De uno alto, delgado, pálido, de traje café claro, el que dijo “el arte abstracto es un arte pequeño burgués, es un arte podrido”...

—Ah... Ahora me acuerdo —Diana volvía a recomponer la escena— ...Pero ése era mucho más dogmático que tu amigo el escultor...

—Pues ese es el licenciado Suárez, el nuevo Director en Jefe de la oficina... Y está buscando algún “hueco” en mi “lealtad” a la revolución, para arrojarme quién sabe dónde.

—¿Fue por eso que no hablaste?

—Ahora que han cerrado el semanario, ya casi no hay trabajo particular. Todo empieza a ser de un solo patrón: el Estado... Gentes como el licenciado Suárez son los nuevos patronos...

—Si te dejas cercar así, terminarás como ellos —comentó Diana, como con una trizadura en la voz.

Se quedaron en silencio. Algo grave acontecía no solamente en las relaciones de las personas sino en el destino de la revolución.

Los titulares de los periódicos de la tarde publicaron con altas letras el nuevo suceso. Un tratado a largo plazo entre Cuba y la URSS y la venta inmediata del azúcar cubano a la URSS. Otros países comerciaban con la URSS, pero en el caso de la revolución Cubana la noticia adquiriría una significación demasiado especial y a casi nadie escapaba, en Cuba, el alcance futuro que esa noticia del pacto y la venta comercial significaba. Era la culminación de una maniobra inteligente, sutil, de una habilidad táctica parecida a una obra maestra: desde hacía más de un año “los comandantes de la cima” maniobraban para romper todo lazo económico con los Estados Unidos de América,

la nación vecina, y habían conseguido que las provocaciones del nuevo régimen cubano, contra el vecino poderoso, aparecieran ante los ojos del pueblo y de las otras naciones, como “una agresión” de los Estados Unidos y no como una maniobra del Comandante Fidel y sus nuevos asociados para provocar ya no sólo una ruptura sino para asumir un papel de víctimas, y, entonces abrirle las puertas a la Unión Soviética y enganchar el destino de la revolución cubana a la servidumbre extracontinental, con el pretexto de “liberar a Cuba”.

Antonio leyó la noticia del pacto Cuba-URSS al cruzar el ómnibus el Parque Central. Los voceadores de periódicos llenaron el ómnibus. Eran como palomas gigantes que aleteaban con las hojas de novedad. Las colocaban delante de los ojos de los viajeros que parecían silenciosos y aturdidos. El pueblo parecía comprender que el tratado era el primer gran anzuelo y que por él sería traspasada la economía de la Isla hacia la dependencia de Moscú.

Antonio continuó silencioso. La noche parecía absurdamente extraña.

* * *

El campo de tiro no estaba lejos del sitio donde habían sido aislados los condenados a los nuevos fusilamientos. Aníbal Gálvez ya no era el soldado campesino bonachón y aturdido que llegó una noche a La Habana, con uno de los primeros grupos del Ejército Rebelde que venía de las sierras. Ahora había en la actitud de Aníbal un gesto de aplomo. La ciudad se había instalado, definitivamente en el antiguo combatiente de la sierra.

Aníbal se sentía seguro de sí. Había conocido el placer de la gran ciudad sensual, que ahora unía la fiereza a la sensualidad, y ya nadie lo haría cambiar. En tiempos agitados los cambios de situación suelen ser rápidos. Aníbal había realizado el tra-

yecto, hacia su situación actual, a la velocidad de un automóvil lanzado en una noche ciega. Se había dejado llevar. Sirviendo a unos, ayudando a otros, cumpliendo, con firmeza, los "cursos especiales de preparación política", sirviendo al Comandante Ernesto en "los servicios especiales" contra los "contrarrevolucionarios" había ascendido rápido. Luego había continuado deteniendo a unos, interrogando a otros, atrapando como a ratones asustados a hombres y mujeres que parecían estúpidamente cazados en las trampas de "las conspiraciones contra la revolución" o la "obra en favor del imperialismo yanqui". Aníbal lucía no solamente un traje nuevo de militar, sino galones significativos. Era uno de los cientos de oficiales de la nueva promoción. Ahora era el dueño. No se dejaría despojar. La vida crecía, para él, como la espuma.

—¿Quieres decirnos algo? —preguntó con gesto frío Aníbal Gálvez.

—No soy contrarrevolucionario. Es una injusticia. Tú lo sabes tan bien como yo —los ojos de Genaro, el campesino, parecían desorbitados.

—La Revolución no comete nunca ninguna injusticia.

—Conmigo sí .

—Tú estuviste en la sierra, con nosotros... Cuando luchábamos contra las alimañas a las que prestaste oídos, después...

—Eso es mentira, Aníbal. Tú me conoces desde Babiney.

—Creía conocerte, pero le prestaste oídos a los enemigos de la revolución y eso quedó bien probado...

—Me dejaron ir de La Cabaña, sabiendo que me iría la sierra de nuevo, que no tenía para donde ir...

—Y en la sierra quisiste enfrentarse a tus antiguos compañeros... Pero los tiempos han cambiado, Genaro. Es en lo que tú no pensaste cuando te fuiste a la Sierra creyendo que la lucha empezaba otra vez... Y una equivocación así no podemos per-

donarla... Tú naciste en el campo, te criaste en el campo y te aliaste a los enemigos de la revolución...

—Eso no es verdad, Aníbal... por mi madre, te lo juro...

—¿Y por qué te enfrentaste, entonces, a nosotros cuando te cercamos?...

—Porque creí que me iban a matar entonces...

—Es ahora, Genaro... La revolución juzga primero y castiga después. Te hubiera hecho falta pensarlo bien cuando resolviste, ahora, irte a la sierra y cuando ya no hacía falta, ahora, que te fueras... Te olvidaste que estamos en el poder... Pero hay cosas que no entendiste nunca. Te dejaste llenar la cabeza de humo por tus nuevos amigos que te hablaban mal de la revolución y te decían que había que "rescatarla". —Aníbal rió, mordaz, hiriente, mientras Genaro guardaba silencio—. Aquí hay un sacerdote, Genaro. Dice que quiere verte ¿no lo vas a recibir?

—¿Para qué? ...No creo en eso...

—Allá tú.

—¿Nos defiende eso?

—¿En qué? —había desprecio en el enviado del Comandante Ernesto.

Los hombres se miraron. Genaro parecía aturdido.

—¿A qué hora nos fusilan, Aníbal?

—Más tarde.

—¿Cuándo es "más tarde"?

—Ya lo sabrás.

Aníbal fue a la celda vecina, pero Felipe Suárez no quiso hablar con él. El sacerdote estaba en la celda de Domingo Alvarez. La mujer de Genaro lloraba en silencio. Genaro encontró dos billetes y unas monedas. Eran dos pesos y setenta centavos. No servían ni para una corona de flores.

—Mira. Toma. Guarda eso. Quédate con ellos —la mujer de Genaro guardó los dos pesos setenta centavos sin dejar de llorar. Más tarde trajeron comida.

—Sólo queremos café y agua —dijo Genaro, la mujer estaba más tranquila.

A las cuatro y cuarenta de la madrugada Aníbal Gálvez reapareció frente a los hombres encargados del traslado de los condenados. El campo de tiro de San Juan iba a tener blancos vivos, humanos.

Todavía el ex capitán del Ejército Rebelde Domingo Alvarez vestía su uniforme, pero estaba esposado como los otros dos sentenciados. Vio una ametralladora.

—¡Qué buenas son estas Thomson! —se asía a la vida.

—¡Colóquenlos al frente! —la voz de Aníbal Gálvez no tembló, se acordaba, acaso, de la experiencia recibida en los días en los que el capitán Miarws mandaba los pelotones de fusilamientos.

Les quitaron las esposas. Los fusileros estaban preparados. Esperaban la voz de "Apunten... ¡Fuego!". El ex capitán Alvarez pidió hablar por última vez. Era como si sintiera cierta misteriosa ebriedad. Aníbal aceptó. Era, en todo caso, un ex compañero. El ex capitán no parecía vacilar.

—Ustedes tres me tiran a mí y los otros a Genaro y a Felipe.

No dijo más. Los otros no dijeron nada. A las 5.23 de la madrugada se escuchó el último disparo y se advirtió el último estertor de los sentenciados.

—Así acabarán todos los contrarrevolucionarios —afirmó Aníbal Gálvez—. Los fusileros guardaron silencio. La madrugada asomó con todos sus colores. Era un color de poesía milagroso el que iluminaba a los sentenciadores y a los nuevos sentenciados. El alba parecía transparente, suave, tranquila, como un rostro que tenía algo de máscara impasible ante los nuevos sacrificados.

CAPÍTULO IV

LA VIDA de Nora Benítez pareció enderezar rumbo hacia un puerto menos inseguro que ese vivir esperando lo que nunca terminaba de llegar. Sintió que una energía nueva, insospechada, la animaba ahora a romper ese difícil muro que parecía alzarse ante los que intentaban abandonar la Isla. Ella estaba dispuesta a cruzarlo. Era el mar. Era el cielo. Pero antes del mar y el cielo estaban los papeles y las autoridades.

Mario Peláez ya estaba "en su nueva vida". En las cartas hablaba de esperanzas, describía perspectivas risueñas "en el nuevo país" aunque a veces no disimulaba que "la vida es dura como una maestra de la vieja escuela de campo". Nora y los niños habían tenido que prolongar el día de la partida, para reunirse con él, porque ahora todo se dificultaba: el Ministerio de Estado estaba sobrecargado de trabajo con las solicitudes de pasaportes. Las gestiones se convertían en lentas y desesperantes para los que las emprendían. La burocracia hacía lo demás. Se empezaba a jugar y a comerciar con la desesperación de los que querían partir. La oficina de pasaportes del Ministerio de Estado pedía papeles y nuevos papeles. Los solicitantes se angustiaban. La oficina de pasaportes quería vengarse de antemano de la enemistad de los resueltos a partir. Por eso las demoras, amenazas y dilaciones eran piezas de la maquinaria del régimen.

Por otra parte la Embajada de los Estados Unidos —que era el país más inmediato hacia donde era posible partir— se encontraba en una situación embarazosa: las miles de solicitudes de visas amenazaban con agotar al personal burocrático y el espacio para recibir a los solicitantes. Fue necesario organizar turnos. Finalmente quedaba la autorización del DIER, el cuerpo de policía política, que era quien podía autorizar o no la salida de un ciudadano al extranjero.

* * *

Como otros días había ido Nora a buscar sitio en la desesperante espera a que obligaba la afluencia de solicitudes de los que querían abandonar la Isla.

Era como un éxodo desesperado y sin límites. Las palabras del libro segundo de Moisés parecían grabadas en los muros del edificio modernísimo, elegante, alto, como un muro de cristal y cemento con vocación de cielo y que albergaba a la Embajada de los Estados Unidos.

“Y partieron los hijos de Israel de Rameses a Succoth...
“...Y también subió con ellos grande multitud de diversa suerte de gentes”.

Pero era un éxodo sin un Moisés. Y era un viaje sin las ovejas. Y era un imperio de mano más dura que el que oprimió al pueblo de Jehová. Habían pasado demasiados siglos.

Había cierta inquietud en la mañana habanera. Los que esperaban la oportunidad de un sitio, dentro del inmenso salón destinado a atender a los que solicitaban visas hacia los Estados Unidos, tenían que afrontar el sol. En las aceras, a ambos lados de la entrada, aguardaban los solicitantes. Era una labor de paciencia. De tiempo en tiempo la sala principal dejaba algún espacio para que unos pocos de una y otra hilera de solicitantes pudieran ser introducidos con sus papeles.

Entre los que aguardaban solían establecerse relaciones de simpatía, pero era más bien un éxodo silencioso porque el miedo parecía cercar toda aquella zona. Automóviles de la policía de patrullas del régimen permanecían estacionados cerca de las esquinas estratégicas. Otros policías estaban estacionados y tenían armas largas en actitud vigilante. Era como si un rencor flotara sobre la hermosa mañana. Y esa sensación parecía más viva por el contraste entre los ojos del odio que miraba desde los fusiles y pistolas y el mar de un azul de poético entusiasmo.

El barrio de la Embajada de los Estados Unidos era una zona de altos edificios, de audaces construcciones que se levantaban junto a la espaciosa avenida del Malecón. El mar azul intensísimo le daba a aquel inmenso espacio una realidad de un venturoso sueño. Era como una piscina de un azul añil, propia para los dioses de la mitología griega y romana. La ciudad había crecido en busca de cielo.

Allí estaban esos edificios altos, acribillados de ventanas, que habían sido construidos como dedos gigantes de cemento hacia el sol. Unos años antes, la propiedad horizontal o construcción para múltiples propietarios, no sólo había hecho crecer el número de personas dueñas de un mismo edificio de apartamentos sino que había impulsado el crecimiento fabuloso y moderno de la ciudad. El crédito había hecho lo demás. Treinta años atrás había empezado, lentamente, la renovación. En los últimos veinte años el nuevo rostro de La Habana se había hecho presente.

Allí estaba el “biombo” gigante o las dos puertas de cristal y cemento del nuevo edificio no lejos de la calle 23; allá las construcciones de apartamentos como índices inmensos, “La Rampa” era la entrada modernísima de El Vedado, el barrio que inició la expansión de la ciudad. Detrás se alzaba el lirismo de los espacios, el alto y ancho edificio Chibás, color rosa y hacia el mar el edificio López Serrano con su altísima torre, hacia las

nubes. La ciudad estaba como recién salida del baño. Debía oler a sonrisa entre el sueño.

El edificio Somellán se alzaba como buscando entre el cielo y la brisa el punto de mira más alto para medir el mar. Su color gris claro era el habitual para las nuevas construcciones de la capital. Otros, como el "Hotel Habana Riviera", al otro extremo del Malecón, tenían tonalidades verde claro. Los colores del campo, del cielo y las nubes jugaban a combinarse.

En el Malecón —y no muy lejos de la Embajada de los Estados Unidos— se encontraba el monumento de dos columnas altas, muy simple y simbólico, con viejos cañones del siglo XIX como vigías y una águila sobre las columnas. El monumento recordaba que norteamericanos y cubanos habían combatido juntos, como aliados, pero más de medio siglo antes, en la etapa final de la guerra de la independencia cubana. El 15 de febrero de 1895 estalló en la bahía de La Habana el acorazado norteamericano "Maine". Estados Unidos rompió relaciones diplomáticas con España y luego fue la guerra en la que cubanos y norteamericanos combatieron contra el dominio poderoso español en la Isla. La tragedia de la voladura del acorazado "Maine" fue el Pearl Harbor del siglo XIX.

La Habana había crecido como una ola que se hubiera quedado detenida en el aire. A través de ella se filtraba la luz, por eso la ciudad tenía tanta vocación de cielo.

Pero un rencor oficial, que ahora agitaba al nuevo régimen cubano, flotaba como una bandera de desafío y todo lo había envenenado. Los que esperaban, silenciosos, junto a la Embajada de los Estados Unidos parecían saber que para las autoridades cubanas ese deseo de solicitar una entrada como visitantes o residentes en el país vecino les daba, mientras aguardaban en Cuba, una particular condición como la que en la Edad Media tenían los leprosos. Sin embargo todos los que podían se arriesgaban a afrontar las iras del régimen cubano porque era como si unas

palabras fatídicas hubieran sido escritas con sangre en el cielo. En verdad era el plomo el que había empezado por escribir contra los paredones, descascarando fragmentos del viejo muro y enviando a los hombres a tierra, dándoles más tierra aún sobre la tierra hasta sepultar con tierra el último sueño irredento de la sangre.

Los vendedores ambulantes habían proliferado tanto como los agentes de la policía política que, como en la tiranía de Batista, vestían como vendedores ambulantes para infiltrarse entre la población. No se sabía quiénes eran agentes de la policía política del régimen y quiénes vivían de lo que ofrecían para beber o comer.

De pronto, desde las dos calles adyacentes al edificio de la Embajada norteamericana, surgieron grupos agresivos que avanzaban resueltos. No iban a solicitar visados para salir de Cuba sino que iban a gritar contra los que pretendían salir.

—¡Patria o muerte!... ¡Venceremos!... ¡Abajo los vendepatrias!

—¡Abajo los cobardes!

—¡Fidel! ¡Seguro!... ¡A los yanquis, dale duro!

Los policías uniformados sonreían aprobando a los manifestantes. Los agentes de la policía política se movieron no para proteger a las mujeres y hombres que eran amenazados por los que vociferaban, sino para dejar el campo expedito a los agresores

Nora sintió temor. Otras mujeres también sintieron las ráfagas secretas del miedo. Pero, ¿qué podían hacer?

—Nos están provocando —dijo la mujer de edad ya madura y que esperaba turno después de Nora—. Pero no hay que dejarse provocar. Son las brigadas comunistas las que quieren agredirnos. Los conozco bien.

—¿Qué haremos? —preguntó Nora, intentando disimular su inquietud.

—No perdamos la cabeza... Esperemos serenas... No les demos el gusto de darles a entender que podemos tener miedo.

Las palabras de la mujer —cuyo traje y actitud revelaba a la cubana de clase media inferior o más bien del sector proletario de la población— fortalecieron a Nora. El policía uniformado de la Embajada ¿qué podía hacer contra una turba que gritaba desenfrenada y parecía tener el apoyo de los carros de la policía del régimen cubano?

Los insultos y las consignas de los activistas del nuevo régimen llovían, con frenesí, en medio del cálido sol, tan benigno en la mañana. Las injurias contra los que aguardaban turno para entrar a la Embajada eran como las pedradas de alguna escena bíblica.

—¡Vendepatrias!... ¡Vendepatrias!... ¡Vendepatrias! —gritaban, adolescentes, chiquillos, hombres y muchachas que, posiblemente, ignoraban lo que es vender la Patria y denigrarla.

De pronto, los que parecían orientar la manifestación, empezaron a gritar la consigna que en todos los teléfonos del país sonaba, automáticamente, mientras se respondía a una llamada:

—¡Ni cobardes, ni traidores, caben en nuestra Revolución!... ¡Ni cobardes ni traidores caben en nuestra Revolución! —era un ritmo que crecía como un frenesí, impetuoso, arrasador—. ...¡Ni traidores ni cobardes caben en nuestra Revolución!... ¡Ni traidores, ni cobardes caben en nuestra Revolución!”.

La lealtad hacia el poder soviético había sido sellada oficialmente. Las consignas de la nueva fase del régimen cubano eran agitadas como banderas de victoria. Los activistas las orientaban hacia la multitud que crecía. “¡Fidel! ¡Jruschof! ¡Estamos con los dos...!” “¡Fidel! ¡Jruschof! ¡Estamos con los dos!” “¡Fidel! ¡Jruschof! ¡Estamos con los dos!”.

Nora se arrojó, nerviosamente, un mechón de su cabellera que le caía, con cierta gracia, sobre la frente. Se estiró su chaquetita rosa, que era uno de sus lujos. En la cartera llevaba los

documentos solicitados. Estrechó la cartera contra ella, como si la cartera con los documentos, fuera un hijo.

Los manifestantes se acercaban más y más con frenética audacia. De pronto sobre los que aguardaban en las hileras dóciles, empezaron a caer no sólo palabras sino tomates y huevos podridos. El griterío era como si una rueda de cuchillos girara a toda velocidad.

—Vendepatrias!... ¡Vendepatrias!...

Nora sintió un golpe en el hombro. Quiso gritar o llorar, pero quedó como paralizada por el asombro. Era un tomate podrido el que, lanzado con odiosa violencia, le había golpeado cerca de su hombro. El tomate chorreó el vestido rosa y le salpicó la cara como si una grana de sangre hubiera sido arrojada por el fanatismo ciego. Había confusión.

De repente, entre gritos, injurias, bocinas y algazara, las hileras de los que aguardaban empezaron a avanzar con rapidez hacia el interior de la gran sala del Consulado General. Las puertas habían sido abiertas con amplitud y diversos empleados del Consulado norteamericano ayudaban a entrar a los que aún aguardaban en la calle.

—El Embajador está indignado —comentó una mujer al lado de Nora. Es el que dio la orden que todos entráramos y ocupáramos los pasillos y todos los espacios disponibles.

Con el traje aún chorreando por el impacto del tomate podrido y otros proyectiles que le cayeron entre la lluvia iracunda de improperios y agresiones, Nora trató de reparar, como pudo, el daño. Lo sentía por su vestido y por su dignidad.

De los pisos superiores habían descendido otros empleados de la Embajada y del Consulado. Los manifestantes se empezaron a retirar y la policía del régimen cubano, aunque sin prisa, empezó a despejar los alrededores del edificio. Era que la Embajada había protestado, enérgica y rápidamente, ante el Ministerio de Estado cubano, por los atropellos cometidos. Pero ya los que so-

licitaban visados se encontraban dentro del salón y en los amplios corredores del primer piso se atendía a los que habían sido humillados en la calle.

—El Embajador ha pedido que nos entreguen visados a todos —dijo alguien junto a Nora—. En la tarde nos iremos a la casa con la autorización para poder entrar en los Estados Unidos. Estamos salvados.

Nora sonrió y no se lamentó que su traje rosa hubiera sido manchado por los manifestantes agresores. Bendijo la furia de aquella mañana, el azar que le permitió contarse entre las mujeres agredidas, porque aquel incidente doloroso de la mañana le permitió obtener, más rápidamente, el permiso para que ella y los niños pudieran entrar hacia el país próximo, al otro lado del mar.

* * *

Aquella noche era la última que vivía Nora en La Habana. Diana le había dicho por teléfono que irían con Antonio a despedirse. Antonio —mientras Diana terminaba unos arreglos hogareños— se adelantó a casa de Nora. Ya Diana lo seguiría.

Subió con cierta melancolía la escalera blanca que conducía hasta el departamento de Nora. Era una escalera ancha, con unas macetas con flores y un espacio amplio entre la escalera y la puerta.

En el salón comedor del departamento de Nora estaban amontonadas las maletas, los bultos de mano y unos libros. Todo estaba como aguardando como una invisible balsa que pasaría en la corriente del adiós. A la mañana siguiente el avión debía trasladarlos “hacia el otro lado” y ya no habría más Cuba, ya no habría más paisaje con palabras cubanas, “ya no habría más Nora”. Todo se rompería como un hilo de oro roto, de pronto,

mediante el golpe de un hacha oscura. Y todo esto sería en medio de la luz, del bullicio, del frenesí de la revolución.

La muchacha que cuidaba a los niños le dio la bienvenida y le informó a Antonio que los niños “se habían recogido temprano” y que Nora estaba en su habitación arreglándose, pero que los esperaba. Antonio golpeó débilmente la puerta.

—Soy yo, Nora.

—Espera un momento, Antonio —la voz venía como con cierto dejo sutil de coquetería y nostalgia—. ...Entra...

—Nora.

Ella sonrió. Lucía una belleza íntima y silenciosa, pero a la vez provocativa. Era semejante a esa cristalina soledad de la gardenia. Su traje blanco de fina tela parecía ceñirla como una delgada ola que se hubiera convertido en espuma. Una rosa azul, de fantasía, era como una pálida llama de misterio cerca del agitado corazón. La habitación rosada y elegante lucía ahora desarreglada. Había sido despojada de objetos íntimos, retratos, pomos y cuanto había sido guardado en las maletas. Todo aquello que antes le había dado un alma. Ahora era casi una máscara sin el rostro que la animaba. Nora parecía comprender que la despedida tiene un minuto inaplazable y que la vida suele ser, también, un decir adiós.

—¿Diana no vino contigo? —Nora se había recogido la cabellera y ese extraño peinado le daba a su cabeza un aire vagamente solitario, su mano delicada repasó, con un movimiento elegante, el complicado peinado que contribuía a aumentar ese aire de inconfesable y delicada soledad interior y de elegante sensualidad de que estaba hecha Nora.

—Vendrá un poco más tarde —dijo Antonio sentándose en una pequeña banqueta cerca del espejo donde ella terminaba de observar su cabellera—. Nora le había dicho mostrándole el asiento junto a ella: “Aquí te sentirás más cómodo”.

Nora sonrió, pero en su sonrisa había algo confuso y melancólico. En vano intentaba esa sonrisa ser una prueba de ánimo. Pero no era muy seguro frente a la incógnita de la nueva vida, en un país extraño. Ahora no tan remoto porque era "mañana mismo". Aquella especie de fragilidad donde había algo de coqueto fingimiento y desesperación parecía llenar la habitación perfumada.

—Ya ves como estoy, Antonio... Y ahora será hasta quién sabe cuánto tiempo... —se volvió para tomar un poco de carmín, porque se veía un poco pálida y su dedo tembló un poco al esparcir, lenta y suavemente, ese poco de carmín en sus pómulos bien perfilados.

—Mucho he pensado en tí, Nora... En este viaje... La vida es áspera.

—Tendremos que afrontarla, Antonio. Eso es todo, ¿no te parece? Mario está allá solo, y si estuvimos juntos en los buenos tiempos, ¿por qué no ahora? En todo caso no será tan terrible como cuando Mario estaba en la Sierra y no tenía noticias de él... Fueron terribles esos días y esas noches para mí, Antonio. Sufrí para mí sola, para mí misma, casi sin nadie, mientras los niños dormían. Y sin saber si Mario estaba vivo, combatiendo... o había caído. —Nora ahogó un gesto de dolor como si quisiera disimular el recuerdo de aquella angustia.

—Yo estaba lejos, Nora, entonces. Todos estábamos lejos. Pero, ahora, todos estamos cerca de tí y por eso nos preocupamos por lo que harás allá, donde no te servirá ni tu carrera, ni tus relaciones...

—Trabajaré en una fábrica —lucía valerosa.

"En el último peldaño de una despedida así —pensó Antonio— todos parecemos desesperados y tenemos miedo. En cada ausencia y en cada adiós perdemos, siempre, algo de nosotros mismos. Nora es como la flor errante que intenta desafiar el huracán".

Sonó el teléfono. La mano de Nora tomó el audifono. Era una mano fina y lánguida, sus uñas tenían algo de lunas pequeñas y rosadas, parecían dulces escamas o petrificadas flores. No eran manos para el vendaval difícil de la clase de vida que la esperaba.

La voz debía serle grata a Nora, porque sonrió complacida al reconocerla.

—Yo me decía: No ha querido llamar para despedirse... ¿por qué? (La voz de Nora lucía mimosa, aunque levemente velada por la pena). Sí, lo comprendo... ¿Y Mirtha?... ¿Así es que era por ella? ¿Está contigo ahora?... Me alegro Jorge... Te lo digo sinceramente...

Nora hizo un gesto a Antonio como si quisiera disculparse de aquella llamada telefónica o como para que comprendiera. El cordón del teléfono rozaba el cuello desnudo de Nora y era como si la voz ajena palpitara, también, no sólo cerca del oído sino rodeándola en su garganta.

—Claro que no... ¿Es porque le dijeron a Mirtha que nos habían visto juntos?... Tonto (la voz de Nora era un reproche ingenuo y coqueto y, de pronto, parecía ahogar una lágrima)... Pero es que tu profesión te exige también entrevistas y citas, ¿no es verdad? Mirtha debió haberlo comprendido así, ¿no crees?... Dile a Mirtha que debió llamarme ella o que debió venir ella contigo... Hay gente, tú sabes, que vive pendiente de lo que hacen o dejan de hacer los demás. Parece que no tuvieran nada que hacer. Y esa gente es la que enreda siempre las vidas ajenas...

Antonio adivinaba el diálogo, las sugerencias, los recuerdos, las alusiones, hasta las palabras. Y sentía esa sensación curiosa, extraña y melancólica, como cuando se está al final de un parque solitario y comienzan a caer las hojas y la soledad empieza a caer con ellas.

—Haz lo posible, Jorge... Donde tú sabes... Sólo me quedan unas horas. . . Bueno, sí... Es un compromiso. Me vienen a buscar en un cuarto de hora o media hora más... No. No sé dónde iremos... Sí. Le debo muchas cosas, Jorge... Tú sabes. Sería una descortesía de mi parte... Tonto... No tienes por qué decirme esas cosas. Tú sabes como soy...

La voz de Nora quería enjugar una trizada ansiedad, como el licor derramado para siempre de una copa fina y frágil. Colgó el teléfono y se quedó en silencio. Acaso para disimular una lágrima miró Nora hacia el muro. Pero Antonio adivinaba que otra lágrima invisible parecía rodar por dentro y sintió una ternura especial por aquella viajera a la que adivinaba valerosa, pero infortunada. Intentó reconfortarla.

—El exilio, Nora, es una manera de recorrer el mundo, como empujado por una curiosidad, por un destino.

—Pero para Mario no ha sido un viaje así, Antonio... Tú lo sabes... Para conseguir una relativa y modesta estabilidad han tenido que pasar muchos meses. Han sido meses bastante tristes para todos —su voz era un poco ronca y parecía temblar como una pequeña llama enardecida por una ansiedad irremediable.

—Era una manera de hablar, una manera de decir, Nora...

“Estamos solos —pensó Antonio— y a veces tememos confiar nuestra soledad. Nos parece que no seremos comprendidos, pero la soledad continúa existiendo. A veces intentamos cubrir esta soledad con actitudes que nos alejan de las personas que podrían comprendernos. ¿Por qué? Nora ha querido acallar esta soledad, aturdirse un poco, y lo que en ella parecía vanidad u orgullo herido, ha sido sólo dolor de soledad”.

La mano de Nora debía temblar un poco a causa de un repentino frío, como la nueva soledad que se acercaba a su corazón.

Golpearon, discretamente, a la puerta. La voz de la muchacha advirtió:

—Los niños se han despertado y no quieren dormirse. Están nerviosos.

Nora dijo simplemente a Antonio: “Ya ves... Así es nuestra vida”.

CAPÍTULO V

POR LOS PORTALES de calle Reina empezó a rodar como una bola de alegría o de sueño. La gente se apresuraba, los rostros se asomaban a las ventanas, los balcones parecían sonreír. Había una inquietud como de hormigas que quisieran escapar antes que una cuchilla de luz cerrara la entrada del hormiguero. Ahora todos salían.

Las bocinas ponían un ritmo nervioso a esa parte de la capital que un día fue casi el trasmuro, pero que se había convertido, ahora, en parte del centro de la ciudad. La Habana vieja quedaba hacia el mar. Se había ido extendiendo hacia las modestas alturas, como miradores provincianos hacia el ritmo moderno que corría aún más allá.

Los retratos del Comandante en Jefe se multiplicaban tanto como las banderas. El rostro del Líder Máximo reemplazaba ahora los de los héroes de las guerras patrióticas de la independencia de 1868 y 1895, cuando en aquel entonces los cubanos se enfrentaron a una de las grandes potencias de la época: España, dueña de Cuba. La bandera del "26 de Julio" era exhibida, ahora, más que la bandera cubana. El himno del "26 de Julio" antecedió, al himno nacional. La bandera del "26 de Julio" tenía el rojo y el negro, en partes iguales, pero en algunas banderas el rojo parecía más extenso que el negro, como si quisiera, un día, quedarse dueño de todo el campo.

—¡Una hora durará el paro!

Antonio se volvió al que acababa de recordar la noticia. Hizo un gesto indefinible. Antonio había encontrado, entre el montón de discos, una buena grabación de la Sinfonía N° 1 en re mayor op. 25 de Prokoffief —la "Sinfonía Clásica"—. La Orquesta Filarmónica de San Francisco, dirigida por Jordá, la interpretaba.

—Tenemos que cerrar —dijo el dueño—. Empieza el paro. Son las once.

La gente aún recibía, como una fiesta, las órdenes superiores para detener las actividades por una hora tal día; o media hora, tal otro; o por tantos minutos. Los muchachos y adolescentes se lanzaban a "las demostraciones de solidaridad" como los que se zambullen jubilosos en el agua clara de una piscina tibia. Sin embargo había algo más que la simple orden de detener las faenas. Generalmente la consigna del paro local o nacional la iniciaba la CTC-R o sea la Confederación de Trabajadores que estaba ya en manos de los hombres incondicionales de la nueva situación nacional.

El régimen quería pasar revista a las fuerzas. Quería cohesionar en torno al "Jefe Máximo" a la población. Se ensayaba a acostumbrar a todos a obedecer a una voz, a latir a sólo un ritmo, a ponerse en movimiento o a detener toda actividad a una orden dada. Era un especie de reflejo de larga onda, un resorte que ahora impulsaba el júbilo, pero que —al mismo tiempo— inmovilizaba a mucha gente por el miedo.

Era necesario afirmar aquello que el sistema llamaba "la conciencia del pueblo". El régimen pretendía ser un gatillo para disparar esa conciencia hacia un blanco elegido hacía tiempo. Todos se iban entregando, con una inconsciente sensualidad, a ese especie de totem que un día sería el único amo del país. Los que necesitaban que les fueran disculpadas faltas contra la solidaridad social, encontraban ahora la oportunidad de adherirse "a sangre y fuego" a lo que el régimen ordenaba. Los que no

habían hecho carrera en la vida, hallaban la ocasión de hacerla. "Si demostramos que servimos, nos darán autoridad" —parecían pensar, y con esa idea se lanzaban como los náufragos a asirse a las consignas a las que servían con un frenesí ciego.

En la oficina de Antonio Baena y en centenares de otros departamentos, habían anunciado que impondrían "una doble jornada de trabajo" porque "la Revolución" necesitaba "todo el apoyo" y "estaba en peligro". La doble jornada de labor no iba aparejada con el aumento del sueldo, de tal modo que el sistema obtendría doble trabajo sin aumentar el capital invertido. Ningún capitalista era capaz de obtener con un solo golpe de mando, con una sola orden, con una sola firma, una plus-valía semejante. En la oficina de Antonio la noticia había sido recibida con cierto silencio, pero todos fijaron, luego, en voz alta, que aquello era "hacer Revolución". El ojo vigilante de la policía política en la oficina, el incansable Reinaldo, parecía retener, como una placa fotográfica, los rostros de los tibios o de los indecisos. Y nadie quería caer en desgracia. Por eso, todos se esforzaban, y hasta competían en esa carrera de entusiasmos burocráticos "para el apoyo a la Revolución". Este "paro de solidaridad" era uno de los últimos antes de intensificar "las dos sesiones", aparte del "trabajo voluntario" que sería organizado los domingos y días festivos.

Antonio había entrado a curiosear al negocio que vendía libros y discos de oportunidad. El establecimiento de "compra-venta" ofrecía el aspecto de un bazar del Oriente Medio. Situado en Belascoain, no lejos del entronque de Reina y Carlos III, daba a una calle angosta y a Belascoain. Era una esquina estratégica y como íntima. Se podía entrar por Belascoain o por la calle lateral. Prácticamente no había puertas. Era como estar en la calle, estando bajo el techo del viejo edificio. Era una sala no muy grande, pero la multiplicidad de mesas, de estantes giratorios, de rincones, de libros que subían como enredaderas gigan-

tes hasta el final de los muros, le daban un aspecto mucho mayor. Antonio era amigo del dueño del establecimiento. Cuando el tiempo y el dinero se lo permitían iba a revolver discos y hojear libros. Disfrutaba de las ventajas de los antiguos clientes que eran amigos "de la casa". Sin necesidad de ser expresamente invitado por el dueño, podía ir al fondo y probar algunos discos en el pequeño tocadiscos que estaba ubicado al final del último estante con libros. Ahora, el anuncio del "inicio del paro" lo había sorprendido como el golpe de un hacha. Todo había terminado de repente. Había que cerrar.

Antonio salió a la calle. El bullicio, unido al sol del mediodía, a los rostros y a la agitación de las gentes, le dio la impresión de formar parte de un hormiguero que hubiera recibido, de repente, un tajo de misteriosa iluminación. Entonces recordó que dos cuadras más allá vivía Caridad García, a quien hacía tiempo que no visitaba. Para él y para cuantos la conocían, Caridad era simplemente Cachita García. Era el nombre familiar que lucían las que habían sido bautizadas o inscriptas con el de la Patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad del Cobre. Cachita García era vivaz.

El puesto ambulante que vendía tajadas de melones de agua, pedazos de piña y naranjas, había cerrado también, obedeciendo a la orden del paro. Antonio tenía sed. El paro no tenía en cuenta la sed de nadie.

Se encaminó a la casa de Cachita García, en esa calle transversal. Las casas eran de dos pisos. Parecían colegiadas de una escuela de barrio desordenado, alineadas con cierto desaliño y desparpajo, con los rostros sucios, pero sonrientes aún. Así eran las fachadas. La vereda era estrecha. La imprenta pequeña de los bajos había enmudecido. Antonio subió las escaleras. No fue necesario que golpeará la puerta, porque la sonrisa de la muchacha bulliciosa le dio la bienvenida con espontánea alegría.

—¡Muchacho!... Si no es por la demostración de hoy, no vienes —gritó Cachita mientras abrazaba, efusiva a Antonio, empujándolo a entrar y ya más tranquila—. ¿Por qué te habías perdido, Antonio? ¿Estabas disgustado con nosotros, muchacho?

(Muchacho era expresión de cariño, poco o nada tenía que ver con la edad. En Cuba todos eran “muchachos”. Las muchachitas, en sus conversaciones familiares, entre sí, hablaban de este modo, también: “vieja, hazme tal o cual cosa; quiero decirte esto o lo otro “vieja”; “figúrate, vieja, cómo te estábamos esperando”. “Vieja” —al igual que “muchacho” o “muchacha”— era un modo cariñoso y familiar en el trato. Ahora, por primera vez, los que se empeñaban en el nuevo rumbo de la revolución, intentaban reemplazar el “muchacho” y “la vieja” por la palabra “compañero”).

—Cachita, vieja no seas atrevida —el tono de doña Angela intentaba recordarle a su hija vehemente la necesidad de una compostura que Cachita atropellaba, riendo.

Antonio empezó a saludar a las otras jóvenes que estaban sentadas alrededor de la mesa. Comían melón de agua y hablaban, atropelladamente y con entusiasmo. Cachita hizo las presentaciones con palabras estridentes y una final sonrisa cálida. Eran muchachas de una tienda cercana. Continuaron comentando y comiendo. Saludaron a Antonio sin dejar de comer melón de agua. El agua del melón chorreaba de los labios sensuales con una especie de fruición de primavera.

—¡El 26 a la Sierra con Fidel! —gritó una de ellas.

—¡Patria o muerte!... ¡El 26 a la Sierra con Fidel! —gritaron las otras.

Todas lucían unos sombreros campesinos con una fotografía del “Jefe Máximo”. Todo era sensual, provocativo, ligero como la carne del melón de agua, sonrosada, fresca.

Cachita tomó su tajada y miró a Antonio ofreciéndole otra:

—Antonio... quiero hacerte una consulta —la mano exten-

dió el pedazo fresco de la fruta—. Pienso irme el 26 a la Sierra, pero quiero quedarme allá... ¿Qué tú dices?

Las voces se atropellaron.

—Ahora es una oportunidad, “chica”, porque la Revolución busca quienes enseñen —explicó la joven más próxima.

—Cachita sigue tan loca como siempre —argumentó doña Angela, mientras se movía en la cocina contigua preparando café y sin dejar de atender a la conversación.

—Claro que hay que ir a seguir un cursillo, primero —informó otra de las vecinas.

—Si yo no estuviera trabajando, ahora, me iría a la Sierra a enseñar —argumentó la que parecía más reposada, mientras se arreglaba, con cierta coquetería, el sombrero campesino que lucía el retrato del “Jefe Máximo”.

—Primero creo que hay que ir al campamento de las Minas del Frío —dijo Antonio escupiendo unas semillas de melón roado—. Cuando llueve, la Sierra no es muy agradable...

—¿Usted ha estado? —los ojos de la muchacha más seria se agrandaron con amable curiosidad.

—Estuve en las Mercedes... pero como periodista, no como combatiente —aclaró él.

El café estaba servido. Doña Angela fue recogiendo platos con cáscaras de melón y sirviendo café. Sobre los platos quedaron un poco de jugo de la sandía o melón de agua y las semillas que tenían algo de fiesta, como una risa repartida en simbólica pepillas blancas y negras. Eran como dientes de una boca cansada de reír.

Las muchachas continuaban charlando, sonriendo, a veces gritando su entusiasmo. Así ardía la hora “del paro” en solidaridad con la revolución. Antonio fue hasta el corredor que asomaba al patio de la casa de los bajos.

Doña Angela, delgada, casi como un suspiro en el otoño, consumida no se sabía si por las penas de la vida o su constitución

nerviosa, vehemente y siempre insatisfecha, suspiró. Era como elevar un suspiro desde una vida como un arbolillo, empinado y delgado, que estaba hecho de suspiros. En el rostro pálido bailaba un ansia de pasión y ternura nunca cumplida. En los ojos ardía, sin consumirse, el fuego más secreto del otoño. Los labios habían sido hechos como para ser estrujados por el beso ávido y apasionado. El cuerpo debió temblar un día, en la rendida pasión. Había en ella como una dormida sabiduría amorosa, como una gracia quejumbrosa que Cachita había heredado sólo en alguna medida. Doña Angela sabía obtener ventajas de esa situación que ella exhibía, con cierta exageración y sin recato, de ser una mujer "herida en sus sentimientos y en su soledad, en su amor nunca satisfecho, abandonada en la primavera... por un desliz pasional o sentimental...".

El hermano menor de Cachita asomó sus ojillos de ratoncito con sueño. Eran dos semillas más entre las del melón de agua.

—Esta muchacha quiere ir a la Sierra, el 26, dice que a enseñar, pero no ha querido terminar sus estudios... —suspiró doña Angela.

—¿Vas a empezar, mamá? —gritó, como herida, Cachita.

—No puedes hablarle en ese tono a tu mamá —intervino Antonio.

—Todo es el 26 con Fidel —continuó, más segura de sí, la dueña de casa—. El 26 con Fidel, y los demás ¿qué somos?... Esta revolución lo que ha hecho es revolverlo todo...

—¡No seas, contrarrevolucionaria, mamá! —intervino Cachita—. ¡No hables así!

—Tengo que hablar así, porque yo hubiera querido para tí otra cosa...

—¿Y qué hay de malo con ir a enseñar a la Sierra a los que necesitan ser enseñados? —el tono era más moderado.

—Ya no sabes qué hacer, Cachita... Desde que el capitán

vino el otro día... no sé... —la mujer se secó las manos en un paño de cocina y suspiró.

—¿Qué hay con Gilberto, mamá? —sus ojos evidenciaban irritación.

—Nada... pero desde que el capitán estuvo el otro día y te estuvo entusiasmando con la Sierra, ya tú no haces otra cosa sino hablar como si nosotros no fuéramos nada tuyo...

—No exageres, mamá...

—Porque nunca te formalizas... porque sólo me dices que no te comprendo. Yo sé —casi sollozó la madre— que terminarás por hacer tu voluntad, por irte a la Sierra, como dices, no sé adónde, a enseñar no sé a quiénes y no sé qué... Y tu casa será nada... Nosotros seremos nada... Todo lo demás será nada, para tí... menos el capitán...

Se escondió en la pequeña cocina, como si quisiera ocultar alguna lágrima. Las muchachas habían bajado el tono de su conversación. Había caído como una llovizna inesperada, invisible, sobre todos. Había cruzado como un aire frío.

La situación nacional lanzaba —en las familias— a los unos contra los otros. Hacía chocar sentimientos, costumbres, anhelos, frustraciones, esperanzas. Era implacable, fría, destructora, para unos; una puerta de escape, para otros; una escuela de oportunismos, para los de más allá; guerra entre vecinos, batalla entre hermanos; sorpresas, deslealtades y hasta delaciones por personas a las que nunca se hubiera creído capaces de semejantes aventuras.

Antonio había regresado al comedor e intentó poner un poco de calma en la tormenta hogareña. Ignoraba si entre las muchachas había alguna confidente de la policía política del régimen o una "activista" influyente en algunos de los nacientes, pero ya poderosos "comités de barrios" a los que se llamaba "defensores de la Revolución".

—Toda revolución produce cambios —Antonio hablaba para calmar cualquier susceptibilidad de alguna de las muchachas confidentes—. Y especialmente en el primer tiempo estos cambios suelen afectar a muchos y a otros parecerles injustos, pero es precisamente porque la revolución quiere remediar las injusticias que parece, para algunos, poco justa. El pueblo cubano ha padecido demasiado y algunos quieren solucionar en un día lo que es tarea de años.

—Así se habla —dijo entusiasta, acomodándose el sombrero campesino con el retrato del “Jefe Máximo”, la muchacha que parecía más tranquila y que hablaba menos. En sus ojos brillaba una mirada de comprensión.

—No te vayas a enamorar de Antonio —dijo Cachita, en un tono de alegría recuperada.

—Simplemente le hago justicia a sus palabras —apuntó la muchacha serena. El imperialismo lo que ha hecho es explotar a Cuba, tener a Cuba como si fuera una colonia, pero eso ya se acabó. Lo dijo Fidel. Hemos vivido cincuenta años de desgobierno, de saqueos, de corrupción. Hemos sufrido muchas calamidades. Hemos recibido una triste herencia... Por primera vez podemos proclamar que somos enteramente libres... Y esto es un orgullo para nosotros los cubanos... Sólo los malos hijos de Cuba se opondrán a que nuestra Revolución desenmascare, de una vez por todas, al imperialismo yanqui, a sus lacayos y servidores.

Era, en verdad, el argumento que iba y volvía como por unas correas de transmisión.

La muchacha seria consultó su reloj.

—Debemos regresar, compañeras... Faltan diez minutos. Fidel y la Revolución necesitan de nuestro trabajo.

Se despidieron. Salieron con menos sonrisas, con más disciplina.

—Apoyo a Cachita —dijo la muchacha guía a Antonio, ya casi en la puerta—. Hay todavía mucha gente desorientada que tiene el pensamiento en tiempos que ya pasaron —la alusión no era difícil advertirla, aunque doña Angela no podía escucharla.

La mano de Cachita lo detuvo, con una mezcla de afecto y confianza.

—Tú te quedas un poco más, Antonio, porque tenemos que hablar.

El rostro de Cachita pareció alegrarse de pronto. Hizo un mohín de ternura. Sus labios insinuaron un gesto como de pequeña niña caprichosa.

—Tú dirás... —Antonio imaginaba algo, pero no quería precipitar nada.

—¿No sabes, Antonio, que el capitán me preguntó el otro día si había algo entre nosotros?

—¿Y qué le dijiste?

—La verdad. Que nuestra amistad es una amistad sin interés mezquino. Que yo te envié unos versos que había escrito para que tu me dijeras si eran buenos. Que, luego, te fui a conocer a la radioemisora donde trabajabas, que salimos alguna vez, que fuimos a algún café, que viniste un día a mi casa, y nada más.

—¿Nada más, Cachita?

—Nada más, Antonio... Creo que el capitán estaba un poco celoso...

—¿Y Alfredo?... ¿No te preguntó por Alfredo?

—El sabe que me disgusté con Alfredo y que rompí con él, porque no me convenía. No iba a llegar a nada con él. Alfredo es un hombre que no puede desligarse de la familia. El sueldo no le alcanza para atender a los hijos y ahora, imagínate, en vez de mejorarlo va cada día para atrás... Creo que van a cerrar la radioemisora donde trabaja, o la van a reestructurar... Aquí —dijo Cachita, cambiando el tono de la voz, y con una sere-

nidad que Antonio no le conocía— hay que estar demasiado claro, como dijo Fidel...

—Ojalá esté claro para tí —Antonio hizo un gesto vago y un ademán como para marcharse, pero la mano de la muchacha presionó el brazo de Antonio, con nerviosidad.

—Gilberto me estuvo aconsejando —explicó Cachita—. Es muy bueno. Quisiera que lo conocieras mejor, Antonio... Serían amigos. Estoy segura.

La revolución había cambiado, también, a la muchacha. Los había cambiado a todos. A unos los había cambiado para bien, y a otros para mal. Pero, ¿quién era el que juzgaba?

En las calles era el ruido, la ola girante de retratos, de consignas, de temores, de explosiones, de fulgores, de esperanzas. Eran campanillas de teléfonos que sonaban como dentro de las personas. Eran timbres de alarma, eran también bocinas llamando a la acción, a la actividad militante por la Revolución. Eran rostros, caras, sueños, desventuras, balas, asesinatos, resurrecciones. Lo era todo y era nada.

Antonio se quedó meditando un poco melancólico. Cachita había cambiado, también. Como él, como todos, pero en otra forma. Aquella primavera trémula, ingenua, como cruzada por la imaginación hecha ternura, aquella manera de vehemencia ante el mundo, ante la poesía, aquel hacer de la vida un sueño tembloroso de imaginarios viajes y proyectos de tal o cual libro de versos, "capaz de estremecer el mundo", ya no era nada para aquella vida. Ahora el rostro había sido maquillado como cualquier muchacha de feria y había una capa de falsedad en el maquillaje, como si la crema sofisticada y engañadora hubiera cubierto algo más que el rostro: el alma. Ahora no era la muchacha que decía jubilosa: "Déjame soñar un poco con que nos conocimos antes, un día cualquiera en una ciudad cualquiera... y yo no estaba sola... y tu ibas como de paso, como de viaje..." Ahora no era la Cachita García vehemente, tiernamente irres-

ponsable y distinta, que rogaba de pronto: "Quiero que conmigo seas distinto... Yo se que has sufrido y que a veces no te comprenden y que hay cosas que no puedo comprender en tí... y que estoy en desventaja... Aunque tu pudieras moldearme si quisieras... ¿No te gustaría?...". Ahora no era la muchacha a la que se podía decir, sonriendo, como jugando con las palabras "Eres, Cachita, como una "Lolita" más crecida y más vehemente e irrespetuosa con la vida" (para aludir a la adolescente de la novela de Nabokov). Ahora todo estaba resuelto. todo era un decorado que se desprendía de los fondos de la vida. Ahora había como la huella de la sangre, de una sangre invisible, en el alma.

La muchacha se aproximó. Antonio no sabía si quería provocarlo —acaso pensando en los celos que había despertado la amistad de ellos ante los ojos del capitán del Ejército de la Revolución.

—Hueles a perfume francés...

—¿Te gusta? —había picardía en la voz de ella, mientras se aproximaba y Antonio podía escuchar la respiración de su corazón agitado.

Estaba ya en el umbral. La boca de la muchacha se ofreció como segura de que sería besada.

—Huele el perfume... —el seno parecía una fruta en primavera y cerca de la caricia posible... ¿Sabes quien me regaló el perfume? —quería picar la curiosidad y el desafío—. Pues me lo regaló Gilberto... Gilberto, el capitán... para que me lo ponga cuando salga con él...

—¿Vendrá a buscarte ahora?

—Vendrá...

Se hizo un silencio, que Antonio cortó con una sonrisa un tanto forzada. Era una expresión que le dolía, casi como una mueca, casi como un definitivo adiós.

Unas semillas de sandía, o melón de agua, habían rodado al suelo y desde el corredor parecían una sonrisa casi desdentada.

—Tengo que regresar a casa —dijo Antonio— se hace tarde.

—¿El 26 a la Sierra con Fidel? —dijo la muchacha con picardía.

—Irá demasiada gente a la Sierra y creo que ya no hay transporte...

—Será algo estupendo, Antonio... Yo iré con Gerardo... aunque mamá no quiera... La Revolución nos ha hecho libres... ¿Verdad?

Antonio hizo un gesto vago, penumbroso, como inútil y vano.

—¿No me dices nada, Antonio?

—¿Qué te voy a decir, Cachita?

—Te vas serio. Estás ahora, serio... Antonio... ¿Disgustado conmigo? ¡Dímelo!

La mano de él estrechó la de ella, como si aquello fuera lo que la muchacha no esperaba.

—Estoy simplemente cansado, Cachita...

—No trabajes tanto, Antonio... —la mano de ella hizo un gesto de adiós, mientras Antonio cerraba la puerta y salía.

La ciudad había recuperado su ritmo habitual. Los escalones de madera crujieron un poco. La calle llegó, con sus ruidos, como una bocanada de luz repentina y fatigadora.

Antonio empezó a caminar en dirección a Carlos III. Al cruzar frente al negocio de víveres de la esquina, unos muchachos uniformados y otros sin uniforme, reían, bebían, gritaban.

En el aparato mecánico de música, como un catafalco de colores, iluminado, sonoro, una música de intimidad llenaba la esquina, se repartía, un poco por la calle y la música fue, de pronto, para Antonio, como una mariposa pálida flotando sobre un laberinto. Era la melancólica y dulce voz de la cantante Blanca Rosa Gil.

“... Cuando tú te hayas ido...
me envolverán las sombras,
cuando tú te hayas ido
con mi dolor a solas,
evocaré el idilio de las azules horas...”

El ruido desde la gran vía próxima parecía alejar las palabras. Antonio se detuvo a encender un cigarrillo. Y acaso mas que para encender el cigarrillo fue el pretexto para escuchar la melodía que desde la caja de música ponía un aire sentimental a aquella hora de la revolución desenfadada:

“... te buscarán mis brazos, te buscaré tu boca,
y aspiraré en el aire como un olor a rosas...”

Al mirar hacia la esquina, los muchachos continuaban hablando, pero algunos tenían un aire como si quisieran recordar algo, sin saber que.

CAPÍTULO VI

ELISA BAENA comprendía que muchas cosas habían cambiado de color y que otros cambios se estaban produciendo. A la hora del almuerzo o de la cena los rostros ya no se parecían a los de otros días. Había como una agresiva reserva, como reprimidos contrarios que, sin embargo, se sentaban allí a cumplir con una necesidad, movidos por una costumbre. Entre Antonio y Diana había cierta distancia que no era posible, para Elisa, deshacer con una frase cualquiera o con una sonrisa oportuna. Se iba el sol del hogar, aunque ardiera allá afuera. El ambiente familiar se parecía, cada vez más, a un acuario. Los peces que cruzaban frente a los recios cristales eran como las sombras de resentimientos que habían aparecido sin que nadie supiera como. El silencio no era ya risueño o tierno. Tenía algo del filo de los cuchillos enemigos.

Pero no era un cambio que ocurría solamente dentro de sus padres. Elisa advertía que en su carácter, en sus aspiraciones, en lo que podía llamar sus impresiones, habían ocurrido también, situaciones que parecían modificar su vida o que, al menos, la estaban condicionando. No en el rumbo en el que se producían las nuevas experiencias que, como un oleaje inesperado, chocaban contra la vida de sus padres. Mas bien en Elisa el proceso era en otro sentido. La atracción no era la de la costa sino la

del mar. Y ese gran oleaje la atraía con una fuerza irresistible. Estaba en todas partes. Parecía llevarse a las personas y a las cosas, a los acontecimientos y a los planes en sus remolinos, en sus tormentas, en sus corrientes.

Elisa no sabía, en un comienzo, cómo recibir ese nuevo cambio. Parecía un tanto aturdida. Primero intentó bailar, fatigarse en las reuniones que organizaban las muchachas y los muchachos que eran sus amistades en el barrio. Pero la "pachanga", el nuevo ritmo que empezaba a opacar al "chá-chá-chá", no era capaz de comunicar toda su alegría a esa otra parte de ella que parecía no danzar.

"¿No podemos almorzar sin que tengan que discutir a cada instante?" decía ahora Elisa en medio de las disputas de sus padres. "Esta casa se está volviendo un infierno", comentaba otras veces. Pero algo sucedía no sólo en los demás sino dentro de sí. tenía la impresión que los telones estaban transformando el ambiente o que más bien era un nuevo sistema el que había surgido, como esos escenarios giratorios del teatro japonés.

Desde que la educación nacional fue modificada y desde que los colegios particulares y de enseñanza religiosa recibieron un golpe aturdidor de parte del régimen, Elisa empezó a ir con menos frecuencia a misa, hasta que dejó de asistir. Tuvo que iniciar, en cambio, un nuevo curso en las que ahora eran llamadas "Secundarias Básicas". La diferencia del ambiente anterior de su colegio, con el vendaval de la revolución que se agitaba en las "Secundarias" la estremeció. Fue como pasar de un tranquilo jardín a un campo sacudido por el vendaval. En las Secundarias Básicas rugía la fiebre de la revolución. Actuaban los jóvenes activistas para apoyar el cambio de rumbos que había tomado la situación política.

El nuevo sentido de la revolución había penetrado en las Secundarias Básicas como un aire caliente. Todo lo modificaba. Elisa encontró que el grupo de sus conocidos del barrio era como

una isla blanca en comparación a ese continente que estaba formado por la muchacha de los antiguos institutos y nuevas promociones. Hizo otras amistades. Dejó de criticar a la revolución. Sus nuevos compañeros y compañeras le explicaron cosas sobre la justicia, la generosidad, el sacrificio, que le interesaron. Su tía Juanita la apoyó en ese cambio. Venía para invitarla a tal o cual concentración, a éste o a aquel acto de solidaridad con alguna nueva medida revolucionaria. La llevaba en su automóvil. A veces la dejaba a almorzar o a cenar en su casa. Su tía demostraba un carácter independiente y le decía que con la revolución había llegado la verdadera justicia para todos. Que los males de ayer eran muchos y que serían enmendados. Que la revolución era generosa y que solo se oponían a sus nuevas medidas: los egoistas, los afectados por las nuevas reformas, los retardatarios o los faltos de horizontes. Los argumentos le interesaron a Elisa.

Las opiniones y orientaciones de los periódicos "Revolución" y "Hoy" eran comentadas, en forma entusiasta en las "Secundarias Básicas..." "Revolución" era el órgano, inicial, del Movimiento 26 de Julio y "Hoy" el órgano del Partido Comunista —que se llamaba Socialista Popular—. Pero ahora las palabras de "Revolución" y "Hoy" eran idénticas. El trasvase se estaba efectuando también, en la cumbre, y en la base de los partidos hacia el Partido Unico. La palabra revolución estaba siempre delante. Todo lo justificaba, todo lo podía.

Los muchachos y muchachas de los antiguos colegios particulares, que se negaban a apoyar "la nueva línea de la revolución" eran calificados de "vendepatrias", de "siquitrillados", de "contrarrevolucionarios" y de "reaccionarios". Elisa no quería estar entre ellos. Asistió a algunas concentraciones en las cuales se pidió terminar, en nombre de la revolución, con la enseñanza privada. Era una resolución del régimen, pero antes quiso darle calor popular y para ello movió a los jóvenes activistas. Elisa se

dejó arrastrar y una tarde participó en una manifestación contra los que se oponían a "los avances de la revolución". Del otro lado estaban sus antiguos compañeros y compañeras del barrio. La nueva vida abría fosos y grietas que ya nunca podrán ser cerrados.

* * *

Después de participar en una asamblea de estudiantes de enseñanza secundaria, Elisa llegó a su casa con un aire de encendida vehemencia. "Nos vamos a alfabetizar, pero antes nos darán un cursillo en Varadero". Era una resolución.

Diana intentó argumentar que era un cambio brusco de vida y que Elisa era de salud delicada. Antonio trató de convencerla que para alfabetizar no era necesario ir hasta el final de la Isla. Diana invocó otras razones. Antonio opinó que eran tareas para gente especializada y un poco mayor, pero no para adolescentes, demasiado inexpertas aún. Le explicó cómo había sido la campaña alfabetizadora que promovió en México, con mucho éxito, un poeta y un educador: Jaime Torres Bodet. No retrocedió Elisa en su demanda: "¿Tú no me dijiste, siempre, que había que defender la Revolución?" Antonio respondió que había muchas maneras de defenderla, pero que sacar a los hijos del hogar era deshacer el hogar y no construir la revolución. Los argumentos se estrellaron ante la presencia de Juanita que llegó, a hora oportuna, para apoyar a Elisa.

Las palabras de Diana y Antonio se quedaron, finalmente, ante ese paredón de niebla que era "caer en entredicho". La actitud de oponerse al viaje de Elisa —como lo había insinuado Juanita— podía ser considerada como una acción contrarrevolucionaria. "Oponerse a que los campesinos sean alfabetizados es oponerse al avance de la Revolución" —había sentenciado Juanita. "Pero, ¿por qué tienen que ir adolescentes como Elisa que

no saben alfabetizar?” —había insistido Antonio—. La respuesta había sido como el rodar de una aplanadora: “Nadie tiene el derecho a oponerse a los objetivos de la Revolución. Sólo la práctica puede confirmar a la teoría”.

Antonio guardó silencio. Entre Diana y Juanita había existido, siempre, un cariño hecho de sencillez y de sinceridad. Pero el matrimonio de Juanita con uno de los técnicos del nuevo régimen había radicalizado las ideas de Juanita aunque sus sentimientos hacia Antonio y Diana parecían los de antes. No dejaba de visitarlos y de hacerles invitaciones que, generalmente, Antonio y Diana rehusaban con algún pretexto, a veces, a poca substancia. Elisa, en cambio, siempre las aceptaba. Elisa también había cambiado. “Parece que le hubieran lavado el cerebro a Juanita y la hubieran transformado” —comentó Diana cuando Juanita se despidió—. Antonio quedó en silencio. Quería a Juanita con un afecto que era tierno en su sencilla inocencia. La sabía inteligente, sensitiva y cariñosa. Y le costaba comprender que aquella bondad tranquila, que siempre había visto en Juanita, y que tenía algo de llama simple y cándida, se hubiera convertido, ahora, en el calor constante de una activista del nuevo rumbo de la revolución.

Reapareció Elisa y no hubo otro camino que aceptar su viaje. El ojo del Comité de Barrio estaba vigilante. Antonio y Diana comprendieron que Elisa ya no les pertenecía o, más bien, que dejaba de pertenecerles. Era imposible oponer la vehemencia de su amor de padres, al frío designio de la autoridad estatal de la nueva cara del régimen. Comprendieron que a ellos les había llegado la hora de perder como a otros. La nueva situación tenía la característica de ser un cuchillo que se separaba las carnes y lo iba seccionando todo hasta dejar el hueso puro. Lo que dolía más era que esa acción estaba separando, como en carne viva, los sentimientos. Había un dolor como el que se pa-

dece en una operación sin cloroformo. Pero era más agudo aún, porque era un grave dolor del alma.

* * *

En la Estación Terminal de Omnibus el movimiento era incesante. En extenso semicírculo habían sido colocados los ómnibus que llevarían a los contingentes adolescentes y juveniles a Varadero. Cada uno de los muchachos y muchachas conocía a los responsables de sus grupos respectivos. No obstante había en todos esa vehemencia de lo muy estudiado que parecía improvisado: se llamaban a gritos.

Los viajeros llevaban maletas ligeras, maletines variados, cajas de cartón bultos de mano. Todo era confuso. Las voces resonaban en el gran salón y en los espaciosos corredores claros. Los guías, que lucían brazaletes especiales, parecía que no se hacían entender. Era la confusión del día último en la construcción de la Torre de Babel, pero esta vez era una Torre de Babel juvenil. Para Antonio y Diana la despedida tenía algo de oscuridad frente a un precipicio.

Los vivas y los cantos revolucionarios se confundían con las voces de los parientes que llamaban a los muchachos y muchachas. Era como un estridente entrecruzarse de vuelos. Era como un mercado de aves que resonara, multiplicando los ecos, las resonancias.

“¡Cuchillo, cuchara...
que viva el Ché Guevara!...”

Los ómnibus empezaron a partir. Ya no había un minuto que dijera “podemos esperar”. Los gritos continuaban resonando: “¡Fidel!, Seguro... A los yanquis dale duro”... “¡Fidel, Kruschov... Estamos con los dos!” “Cuba, si ¡yanquis, no!

Antonio creía que todo aquello tenía algo de un confuso sueño. ¿Qué relación podía tener alfabetizar campesinos con derrotar a los “yanquis” y con abrazarse a Kruschov? De pronto, desde distintos ángulos de la estación empezó a elevarse una especie de marea de banderas, pero eran, en realidad, voces, voces que resonaban como dentro de una concha acústica.

“¡Adelante, cubanos, que Cuba premiará nuestro heroísmo!...”

Era el himno del “26 de Julio” que volvía a cubrirlo todo, a justificarlo todo, pero que ya no era lo que el 26 de Julio había representado. Sin embargo las voces de esa primavera rugiente juvenil y adolescente hacían vibrar la Estación Terminal de Omnibus. Las voces cuando nombraban la palabra “Revolución” parecían exaltarse hasta el victorioso delirio. Era un confuso clamoreo.

Diana besó a Elisa. Antonio contempló a su hija por última vez. Había crecido en su carácter y en su presencia física. Era aún la adolescente con aire de niña, pero la joven se empinaba ya en esa figura que era atractiva, victoriosa, cálida. Antonio no pudo menos que recordar otro día, pero tan distinto: aquel en el que vio a Diana, por primera vez, en el Parque de Bayamo. Todo había cambiado ya. Había cruzado años como hojas movidas por el viento de distintas estaciones, y el río de la vida estaba allí, pasando sin pasar, camino al mar que nadie veía, pero que todos sospechaban.

—Olvidemos lo que ha sucedido, Elisa... —en su voz había emoción y era como si una lágrima temblara en su garganta.

Se abrazaron. Elisa no dijo nada, pero había un sentimiento grave, en la nerviosidad de sus gestos. Comprendía Antonio que era el último abrazo. Elisa lucía el traje azul, con rayas blancas como de plata, que le había confeccionado Diana para su último cumpleaños. Elisa, un tanto mortificada por la recomendación de Diana de que “se cuidara”, había agregado: “Mamá, yo no soy

una niña”. Era cierto. Por eso Antonio no había podido decirle sino esas pocas palabras que seguía repitiendo en su corazón, pero que era ya inútil repetirlo —“olvidemos lo que ha sucedido”—. No. No era posible olvidar. No sería olvidado, porque las cicatrices graves no se borran, fácilmente, del alma.

“Hay siempre un límite para los padres. Hemos franqueado ese límite y ya nada podemos hacer sino rogar por Elisa” —había pensado Diana—. “Esto empieza a ser como el deslizarnos hacia un despeñadero disimulado por consignas. Los seres amados se empiezan a perder para nosotros y no podemos hacer nada por retenerlos. Todo se va y todo parece tener prisa” —se había dicho, en su interior, Antonio—. Pero ya todo el monólogo desvelado en su angustia, ¿de qué servía?

El ómnibus, donde iba Elisa, lentamente se puso en movimiento. Asomaban rostros, manos, gritos, cantos, voces, por las ventanillas. Vieron el rostro de Elisa. Una mano de ella. Una mano que decía adiós.

“Adelante, cubanos
que Cuba premiará nuestro heroísmo...”

“Es como una carrera hacia la nada —pensó Antonio— ¿pero quién podrá detener ahora esa carrera? ¿Quién lo sabe? ¿Cómo sería posible una conciencia distinta en mentes entregadas ahora al vendaval?”

Juanita había ido, también, a despedir a Elisa y se ofreció para llevarlos, en su nuevo automóvil, de regreso a casa. Antonio se disculpó diciendo que querían ir en ómnibus hasta el centro de la ciudad. “Los llevo”, propuso Juanita, pero finalmente ante el nuevo argumento de Antonio comprendió que lo que deseaban Antonio y Diana era estar solos. Al fin y al cabo Elisa —que era lo que importaba para la revolución— había partido. Ellos no habían podido detener el curso de las cosas y se quedaban

ahora mordiendo la impotencia de una derrota doméstica, que para ellos era una especie de tragedia familiar. Juanita se despidió comprendiéndolo, "Se quedan solos, porque quieren" —se dijo para sí—. La Revolución es más importante que los viejos sentimientos familiares.

Una lágrima silenciosa empezó a rodar por dentro de Antonio Baena. Era como si rodara por el lado inverso de una máscara y como si no se pudiera saber cuál era ahora el rostro y cuál la máscara, o donde terminaba la máscara y empezaba el rostro.

—Vamos. Ya no podemos hacer nada —dijo Diana, como si intentara acudir a la realidad para salir del círculo del dolor ciego—. Ven, Antonio, a que tomemos café, allí. Nos hace falta.

Fueron hacia el mesón del pequeño establecimiento que tenía, entre el tránsito de los viajeros, una máquina automática para preparar el café. Funcionaba a presión, constantemente, porque beber café era un hábito repartido en el día en forma casi mecánica. Se servía automáticamente a los que se acercaban y éstos, bebían casi como autómatas. Colocaban sobre el mostrador cinco centavos por cada taza pequeña. Se conversaba, ahora, casi de manera mecánica.

La partida de Elisa les dolía a Antonio y a Diana como una derrota sin sangre visible. Era como el vacío de la rosa en la mano. Era parte de ellos. No habían tenido otra hija. La vida les había separado en temporales y había tenido la vida algo de vendaval ciego.

Les faltaría algo y, sin embargo, en adelante, tendrían que continuar viviendo. No era sólo la partida hacia Varadero primero y hacia las sierras después, lo que les atormentaba. Era que esa partida "era" como la grieta insalvable abierta para siempre entre ellos y Elisa.

Se quedaría el sitio de Elisa vacío. La silla estaría, en adelante, sin Elisa. La mesa, en vano, esperaría por su presencia. Las

horas tendrían que acomodarse sin ella, hasta sin los pleitos familiares, hasta sin las incomprendiones. Y había una hora, entre todas las horas, que terminaba de sonar. Antonio recordó que en una de las acaloradas discusiones por el viaje de Elisa a la sierra, la muchacha había amenazado con "si vuelvo, iré a casa de tía Juanita, para vivir sin oír discusiones todo el día", no quiero que me amarguen la vida, ahora es la Revolución la que manda y nadie puede oponerse a ella ni a lo que queremos ser". Era una hora como de pie, herida. "Somos mundos diversos, ahora, mundos que necesitábamos estar unidos —dijo en su interior, mientras terminaba de beber el café, Antonio— "Elisa no sabe hacia el mundo que va. Pero nadie, sino ella misma, en la medida que acumule experiencias, podrá comprenderlo. Nadie quiere escuchar las experiencias de los otros. Estamos como en compartimientos sellados, y la experiencia de uno no quiere oír la del otro, ni a los padres quieren ahora escuchar los hijos".

—Vamos —dijo Diana, terminando de observar su rostro por el espejito de su cartera—. Necesitas descansar. Mañana debes estar temprano en la oficina, porque comienza el nuevo horario... que ha impuesto, como sacrificio, "la Revolución" —dijo esta última palabra con cierto desgarramiento interior, aunque había intentado que tuviera una intención de leve burla o de ironía.

Antonio comprendió que aquella era una despedida mucho más dolorosa que la que había tenido como escenario la estación de los ómnibus, porque era una partida interior, un adiós sin regreso. Empezaron a caminar junto a los otros parientes de los adolescentes y jóvenes que habían partido. Algunos de esos parientes parecían contentos y reían. Otros, enjugaban algunas lágrimas, o simplemente, las dejaban rodar. Podía ser una reacción excesivamente sentimental, pero, también acaso otros callaban el mismo drama interior de Antonio y Diana.

* * *

Varadero era el paraíso de arena y mar azul. Era la poesía de la naturaleza que podía medirse en bienestar para los ojos fatigados de la ciudad tumultuosa. El azul idílico del mar entraba en el corazón.

Varadero era sólo una como delgada lengua de tierra. Se internaba como una raya delicada, pero no quebradiza. Al extremo del cabo de Hiquicos era una línea de un lirismo de encantamiento que resguardaba la entrada de la bahía de Cárdenas.

Aquel corredor de tierra y arena hermosa era un regalo de la generosa naturaleza cubana a la bahía inmensa. Lo que le había sido negado en anchura le había sido otorgado en la belleza de la línea esbelta y prolongada. Era casi como un tronco de palmera colocado en el suelo hacia el mar. Era como tener dos veces el azul: de frente y a la espalda.

Esa belleza de líneas perfectas parecía, a veces, irreal. Sin embargo, era accesible, estaba allí como si la fantasía se hubiera convertido en ola y arena, en azul y espuma y todo aquello que invitara a la vida.

Era una belleza alimentada de su propia soledad. Como la belleza de ciertas mujeres que está hecha de un silencio donde se adivina la contenida pasión y la ternura. El tiempo parecía en Varadero hecho de arena silenciosa. Solamente unas dos horas y media de viaje por carretera, a velocidad normal, separaba a Varadero de la capital. Esas dos horas y media significaban como el viaje a las playas del Paraíso Terrenal. Los más hermosos colores de los anuncios de la propaganda turística no habían podido decir, con justeza, el bienestar que emanaba de aquella extraña —que parecía tan natural— hermosura.

Entre cielo y mar había una conversación lírica. Las tonalidades azules y verdes se extendían y entremezclaban para pro-

ducir una cálida y extensa variedad de tonos verdeazules. La palidez de la arena casi era la presencia de un rostro femenino como contraste.

La llegada de las muchachas y muchachos que iban a ser adoctrinados para la campaña de alfabetización en las montañas, le dio a Varadero, de pronto, como la presencia de una fiesta multicolor de centenares de papeles esparcidos por el viento de la primavera.

Después de recibir las iniciales instrucciones y consejos y luego de escuchar la primera conferencia con las normas de la disciplina, de la nueva vida, del entrenamiento y de lo que se esperaba de “esa vanguardia de la juventud valerosa y dispuesta a todos los heroísmos y todos los sacrificios”, pudieran correr hacia la playa.

La arena fina era el verdadero traje de Varadero. Hasta cerca del mar avanzaban los pinos, como si quisieran mojarse las raíces en el agua. Las sillas de madera, ubicadas con cierto grato desorden, le daban a la playa una intimidad particular. Las sombrillas de colores alegres eran como girasoles de poesía variada. Algunas hojas de cocoteros se tostaban al sol. El mar reverberaba, parpadeaba, se estremecía, blanco, azul. Las nubes viajaban lentas, esparciendo un resplandor claro al ofrecer una sombra dulce que casi no tocaba a la naturaleza y a cuanto la acompañaba. Era una competencia de olas lentas y nubes despaciosas, de azul calmado del mar y azul cristalino del cielo. Pudiera haber sido colocado un letrero justo: “Entrada libre al Paraíso”.

Entre Elisa y el paisaje se estableció —al igual que en casi todas sus compañeras— una especie de amistad callada y vehemente. Entre ella y el mar hubo un inmediato entendimiento. Era casi un noviazgo en nombre de la revolución. Todas habían llevado sus trajes de baño. La playa permitía nadar como si se estuviese en una piscina tibia e inmensa, sus dimensiones parecerían perderse donde la vista no alcanzaba.

El mar traía olas débiles. Llegaban a la playa con cierta pezeza. Sólo las dos últimas olas se extendían en la arena como velo de bailarinas entredormidas. En la arena quedaban algas, desperdicios, algunos caracolillos, el tiempo sucio del mar. Al fondo, el horizonte era algo vago, una línea delgada, de un azul más intenso. Parecía trazada como el último regalo de Dios fatigado de que nunca ocurriera nada en esa belleza extendida que había creado.

Elisa sintió que el contacto del agua azul le entrega como una caricia cálida y sorpresiva; ese modo acariciante del agua en ganarla poco a poco mientras sus compañeras y los muchachos reían, nadaban, se llamaban, jugaban a salpicarse con más espuma.

Más allá era el gozo inefable del agua envolviéndola, levantándola, como si dos manos enormes sostuvieran su cuerpo sin hacerle daño. Sentíase dichosa al entregarse así al mar, al dejarse invadir por su fuerza ronca. Más tarde ya podría reclinarse en la arena como sobre una almohada. ¡Qué dulce y plácida le parecía la acogida del agua. Era una sensación blanda y tibia. Parecía que un pecho inmenso se volvía líquida colina para un soñado reposo cuyo fondo tenía el lento vaivén de una hamaca.

Algunas olas daban la impresión de ser un poco más crecidas. Las muchachas las vencían como queriendo montar sobre ellas, como si las olas fuesen las ancas de los caballos blancos en una pista azul. Las risas, las sonrisas, copiaban la alegría de esos abanicos de espuma.

Para aquellas muchachas y aquellos adolescentes y jóvenes, todo era un mundo de sorpresas agradables. Era una caja de milagros ofrecida como un premio anticipado antes de haber sido cumplida la tarea que esperaba de ellos la revolución. Ese encuentro con Varadero no era sólo el adoctrinamiento sino también una especie de liberación interior. La sensación empezaba

con el mar, por la sinceridad y simplicidad de los torsos desnudos de los muchachos y de las risas y gritos de las muchachas.

Dulcemente fatigada de aquel juego, Elisa corrió hasta la playa. Se recostó para que el sol fuera dorándola como a fruta en primavera. Entrecerró los ojos. Todo lo pareció remoto. Las antiguas discusiones en la casa, los conflictos interiores, las dudas sobre lo que le habían predicado en el colegio, tantas veces, los temores de niña, los desvelos, el despertar sentimental. ¿Pero qué era esa nueva vida que era capaz de ser como una esponja humedecida sobre un pizarrón lleno de nombres, de fechas, de preguntas, que eran borradas, ahora, rápidamente, como para empezar una lección muy distinta o una nueva caligrafía?

Elisa se volvió de cara a la arena. Ahora quería que el sol fuera dorando sus espaldas. Sus manos tomaron un poco de la arena fina y esa arena blanca empezó a escurrirse suavemente, por entre sus dedos. Era como una harina de la luna. Así iban ahora las horas. Así iba el tiempo. No había prisa. Todo eso permanecería. O ya no importaba que se fuera si se había vivido. Se quedó un poco pensativa. Acaso un tanto melancólica. ¿Era que las horas se parecían a esa arena delicada que se escurría entre los dedos? Se había prometido cambiar, radicalmente, y cambiaría.

El Hotel Internacional le daba a Varadero un ambiente de mundana elegancia de cara al mar, Eran dos cuerpos grandes de edificios modernos. Los cuatro pisos de las dos alas lucían colores rosa y café claro. Toda esa masa de cemento y cristales había sido levantada contigua a la arena fina. Era una arena tan blanca que parecía arena de poesía. Era tan fina y clara que parecía molida por algún molino irreal suspendido en el aire de un sueño. Pero estaba allí para decir que la realidad es, a veces, superior a toda fantasía.

Las muchachas corrieron hacia los quitasoles de colores, que como hongos rojo-amarillo y amarillo-azules, habían surgido como

decoraciones para un ballet en un escenario fastuoso o irreal. El sol calentaba la playa como a una lámina de oro.

Elisa miró el pequeño muro que destacaba mejor la masa de edificios del Hotel Internacional. Ahora le parecía que todo le pertenecía. Se les había dicho que puesto que todo era del pueblo y ellos eran el pueblo, todo era de ellos. Ahora podía entrar al Hotel Internacional como a una pertenencia. Y antes, ¿por qué sólo había podido asomarse como una no invitada a una fiesta? Y entonces vio a su padre levantarse temprano y llevarla, de la mano al colegio, y continuar él a su trabajo en el noticiero radial. Lo volvió a ver almorzar rápido, casi a la hora que ella debía regresar a las clases de la tarde. Escribir, volver de noche al semanario donde él trabajaba. Cenar en casa o cenar afuera y llegar, tarde, en la noche, de regreso del semanario, cuando había que "cerrar las páginas" para que al día siguiente estuviese en los puestos de periódicos o fuese voceado en la calle. ¿De modo que todo ese trabajo no había alcanzado, antes, para ir los fines de semana al Hotel Internacional de Varadero? Entonces, ¿cómo estaba organizada la vida si todo ese trabajo no les había permitido tener automóvil? Elisa volvía a escuchar palabras y unas entre ellas —se las decía su padre a su madre una noche, pero Elisa las había escuchado—. "Aquí el que no baja la cabeza y no acepta las cosas como están, no tiene nada o casi nada. Sólo están bien los que aceptan la tiranía o los que hacen como si ella no existiera, o los que la sirven de alguna manera. Los demás, no tenemos nada o no podemos aspirar a nada".

—¿En qué piensas, Elisa? —la voz de una de sus compañeras la volvió a la realidad de la arena, del mar y del edificio del Hotel Internacional, que había estado contemplando.

—Pensaba en cosas... —dijo Elisa como si no pudiera concretar en una idea síntesis todo aquello que la preocupaba.

—Ahora una piensa en muchas cosas que antes no pensaba —comentó la amiga, mientras jugaba con la arena—. Y es natural. La Revolución nos ha hecho crecer. Ahora pensamos por nuestra cuenta y la Revolución nos ayuda, porque somos parte de ella. Somos las hijas de la Revolución, Elisa.

—Pensaba que la vida no fue justa con nosotros.

—Recuerda que nos dijeron, en la conferencia, que no se podía culpar a algo vago, como a la vida, de cuanto había ocurrido antes. Recuerda, Elisa, que nos dijeron que el injusto era el sistema que habíamos padecido hasta que llegó la Revolución.

—Sí —agregó Elisa—, pero no me acordaba de la palabra y ahora la tengo: es el sistema.

—Repítelo, Elisa: es el sistema... el sistema... o el régimen político social económico que imperaba en Cuba, con sus injusticias, con sus lacras, con sus repugnantes divisiones. El imperialismo yanqui nos había ahogado. Debemos repasar los apuntes, Elisa.

—He leído el Manual dos veces.

—Pero debes leerlo otra vez, estudiarlo atentamente. Ahí está todo. Responde a todo lo que nosotras nos preguntamos.

—Lo volveré a leer. Te lo prometo.

—Tenemos que estar "muy claras, como lo dijo Fidel —comentó la compañera de Elisa—. La Revolución es lo más serio que ha ocurrido nunca antes en Cuba. Y por la Revolución valen todos los sacrificios porque la Revolución será generosa con todos.

Era una muchacha de más edad que Elisa y a Elisa le parecía que bien podía haber sido su hermana mayor, si hubiera podido elegirla. Recordaba la recomendación de su tía Juanita la última vez que almorzó con ella: "En el grupo de ustedes va una muchacha muy inteligente. Si tienes dudas confíaselas a ella. Tu la conoces. La encontraste aquí, en casa, el otro día. Y se hicieron buenas amigas. Es Marianela Fernández. Ha vivido más

que tú y es muy leal a la Revolución. Con ella no habrán equivocados”.

Elisa pensaba que era como un afecto nuevo de un compañero fraterno, esa vigilancia que sobre ellas parecía ejercer Marianela. Pero no era una autoridad impuesta sino consentida por todas las del grupo, puesto que todas parecían unidas ahora como por vínculos de una familia mayor. Esa familia era la Revolución que parecía estar en todas partes, vigilar por todas y guiarlas. Comprendía que la Revolución la sostendría en sus vacilaciones, que le explicaría lo que para ella había resultado confuso, que le iría alejando, poco a poco —como había dicho su tía Juanita una tarde— “las ideas falsas de un mundo falso y corrompido, para dar paso a una sociedad mejor”.

Marianela se puso de pie. Era una muchacha simpática, alta, seria, hermosa. Su cabellera era renegrida; su piel, ligeramente tostada, su cuerpo armonioso y delgado. Sus ojos eran grandes, oscuros y rasgados, la nariz fina, la boca sensual, el rostro ovalado. Cuando sonreía despertaba una natural simpatía. Cuando permanecía en silencio había en ella una gracia grave e inteligente. Cuando hablaba, era necesario escucharla por la autoridad que sus palabras le daban a todo. Había, en ella, una responsabilidad con el nuevo régimen unida a una inteligencia bien entrenada en la dialéctica de la revolución.

—Vamos —dijo Marianela— debemos estar a tiempo para cuando nos hable el instructor de las brigadas. La conferencia será en el Hotel.

* * *

El entusiasmo colectivo, contagiaba. Elisa no se sintió aislada, ni perdida. Le pareció que su tía Juanita tenía razón cuando le había aconsejado afrontar todas las consecuencias que pudieran derivarse de la defensa de la revolución.

“El infierno y el cielo están en la tierra. Nosotros podemos convertir el infierno en un paraíso si luchamos para que la Revolución triunfe definitivamente de sus enemigos” —le había dicho Marianela. Encontraba justas las palabras. Las pesaba, en silencio, en su corazón. Era un sermón, pero distinto a los que el padre Adolfo había predicado cuando Elisa era pequeña y era diverso a las recomendaciones de la madre Dolores en las sesiones de los viernes. Ya todo aquel tiempo de antes había quedado demasiado atrás. Era como si una compuerta de acero hubiera separado el “antes” del “ahora”. El “ahora” no tenía mucho tiempo, pero sus experiencias habían sido tan intensas y variadas, tan fuertes y definitivas que valían por muchos años.

“Esta es como una red de acero” —había dicho al instructor en una de las últimas conferencias—. “De una cosa pueden estar ustedes seguras. Que vayan donde vayan, pase lo que pase, no serán abandonadas por la Revolución... Pero donde van es a los hogares que siempre han estado abandonados. Allí donde ustedes son esperadas como se espera el pan... Ustedes van a dar luz. Tendrán el cariño y el respeto y se ganarán el corazón de nuestros campesinos.”

Todo le pareció justo y claro a Elisa. Se asomó por la ventana de la habitación que compartía con Marianela y dos compañeras más. Vio no solamente las sombrillas de colores sino las palmeras. Como en una confusión de brumas, como si fueran muchos surtidores de hojas verdes y elegantes, para resguardarse del sol.

El mar estaba tranquilo en su azul cristalino. Tenía mucho de poesía rodante. Pensó en su padre. ¿Por qué si antes él defendía a la Revolución y discutía en la casa con los que decían que era injusta, ahora él parecía haberse distanciado de la Revolución? ¿Sería, como le había dicho Marianela, que no todos tienen el privilegio de comprender a tiempo la grandeza de la Revolución?

Elisa comprendía que debía ser fuerte. Se sentía liberada de muchas cosas y no estaba dispuesta a renunciar a su verdadera aventura. El paso del colegio religioso a la "Secundaria Básica" había sido, primero, un choque de sentimientos pero luego la revelación de un mundo nuevo. Había encontrado que los muchachos y las muchachas estudiantes parecían vivir sin temor. Eran osados, parecían impetuosos ante la vida. Además, existía la camaradería entre los sexos, ese mundo que la sorprendía porque se respiraba el mismo aire en la clase, se escuchaban las mismas palabras, se decían las mismas lecciones. Todo parecía unirlos y todo era fácil a algunos sentimientos.

Se había sentido más compañera de sus compañeros en las ruidosas manifestaciones callejeras "de solidaridad con el gobierno de la Revolución". Se habían multiplicado las huelgas "de adhesión revolucionaria". Era una manera de ser fuerte: saber que todo el país podía inmovilizarse a una orden, cuando el régimen lo ordenaba.

No se sabía islada, pero a veces sentía que una espina de soledad le hería. Le faltaba aquel ambiente del hogar, que aun con las discusiones tenía algo cálido, indecible. Entrar a lo que era su habitación, la amistad de los objetos y los recuerdos, los muebles y el ambiente, era un agrado, porque era lo suyo, por que respiraba lo que había sido ordenado por sus preferencias o por el cariño de los que la querían. El estilo de la cómoda, el color de las cortinas, la forma del espejo, las muñecas de la infancia —colocadas sobre la repisa, como una presencia de ternura—, las fotografías y el sitio para los trajes y vestidos que había sido arreglado con coquetería por su madre, los recordaba como algo próximo y lejano a la vez. Las cortinas que cubrían aquello, todo eso tenía un ambiente, como su retrato en la sala.

Todo eso también parecía pertenecerle como la atmósfera que rodea a la tierra. Y ella era, a veces, un planeta en busca de su

destino. Pero, se preguntó, un poco inquieta. Estaré traicionando, con esos recuerdos, la nueva vida a que me ha encaminado la Revolución?

La tarde había caído espléndida sobre Varadero. El crepúsculo fue como un incendio. Después de la última sesión de lectura colectiva vino la cena y quedó un poco de tiempo para charlas y distracciones colectivas antes de que sonara la orden para retirarse a dormir.

Algunas muchachas y muchachos se fueron a la playa. Era como un campo abierto hacia el temblor de la noche sensual y fantástica. La sal del mar era una invitación a la osadía.

Elisa sentía una tristeza melancólica. No le habían faltado invitaciones. Prefirió, sin embargo, quedarse en el hotel. Marianela se acercó. Sonrió a Elisa.

—Estas compañeras quieren oírte tocar el piano —dijo Marianela, con voz agradable y tierna.

—Toco el iano de memoria sólo. Creo que te lo conté. Y sólo sé unas cuantas cosas, nada más.

—Vamos... Allí hay un piano esperando por tí. Elisa.

Fueron. El sitio era acogedor, tibio, agradable, alfombrado. Quien sabe cuantos otros, en años anteriores, habían estado ante el piano. A veces había servido para que el pianista acompañara la plática o la digestión de los turistas adinerados, de los políticos influyentes, de los comerciantes ricos, de los grandes burócratas, de los industriales y ganaderos con recursos, o de las personas que habían tenido "su día" en Varadero. Ahora todos se sentían ricos, no en dinero sino en estrellas, entusiasmo, arena y pasión.

Elisa ensayó los dedos sobre el piano. Algunos sonidos hicieron tintinear el aire de la sala. Y luego, la música cubana, la melancolía, el paisaje derecho, rítmico, evocador empezó a llenar el ambiente. Parecía que el aire se mecía, que el paisaje del exterior entraba. Era un amanecer. La ternura vagaba como el sin-

sonte en busca de la rama de la aurora. La música hablaba de palmeras, de paisajes, de cielos.

—Es música de Eliseo Grenet —dijo en voz baja una muchacha.

Las conversaciones próximas se habían ido apagando casi hasta ser silencio. Algunos que estaban más allá, se habían aproximado. Una calurosa e íntima tempestad de aplausos siguió a la última nota.

Elisa sonrió. Cuando levantó su mirada hacia el fondo del piano la mirada de uno de los compañeros se encontró con la suya como si la hubiera estado buscando, como si al fin la hubiera encontrado.

Elisa se sintió como penetrada por esa mirada osada, desnuda y a la vez candorosa. Estaba hecha de ternura y de violencia. Se sintió cercada. Y un ligero temblor, un leve calor subió a su rostro, movió sus labios.

Le pedían que interpretara algo más. Afuera las estrellas temblaban como sostenidas por una red de un azul invisible, una red de un acero de sombras. Las manos de Elisa volvieron a despertar sonidos al piano —esa harpa horizontal capaz de llenarnos de sueños—. Se sentía vivir y, ahora acompañada. Marianela se había quedado seria y pensativa, pero sonrió como aprobando a Elisa cuando la mirada de ella se encontró con la de Marianela.

Afuera el oleaje azul nocturno tenía algo de compañía y de promesa.

CAPÍTULO VII

AQUELLA TARDE de cansada lluvia lenta la pequeña hoguera parpadeaba como desafiando la mano helada que parecía apagarla. En el trópico suele llover con día claro, pero aquel día había sombras, no sólo en el símbolo de aquella hoguera, casi ignorada, sino en el día.

Antonio comprendió muchas cosas, en esa faena de vigía del fuego y meditó en otras. Había tiempo. Tiempo para remover lo que ardía sin prisa y tiempo para remover el asco que iba aposentándose en el alma, confundido con la ceniza. Había tiempo para mirar, por dentro, esa especie de desazón que iba ahogando como una enredadera la última luz de la libertad y tiñéndolo todo de una frustración interior.

—Si no arde bien, aquí hay otra botella de gasolina —dijo el muchacho del Ejército Rebelde.

El muchacho no era mala persona y acaso no sabía lo que hacía. Cumplía la orden terminante del capitán y todo era para él como una rutinaria misión. Hasta el gesto de rociar, con el líquido inflamable, el montón de libros y folletos entregados al fuego, era en el soldado una actitud mecánica.

Antonio pensaba, mientras hojas y llamas se abrazaban consumiéndose en un arder que era la destrucción, que ese fuego iba devorando, al mismo tiempo: sueños, dolores, sacrificios, espe-

ranzas. ¡Cuántos años de cárceles, persecuciones, soledades, quebranto, miserias, desfallecimientos, para escribir esas páginas que ahora consumía el fuego!

“Antes de hacer entrega del almacén a la nueva organización que viene aquí, deben desaparecer todas esas porquerías que encontramos el otro día. Se que las mandó la Embajada americana. Pero es literatura y propaganda del imperialismo yanqui y el imperialismo yanqui es el enemigo de nuestra Revolución”. La orden de capitán era una sentencia.

Antonio pensó que alguien vigilaba al capitán, que el capitán vigilaba al soldado, que el soldado lo vigilaba a él y que él debía vigilar la hoguera. En cada organismo se procuraba “probar” la lealtad de los que trabajaban en las oficinas. Había muchos medios, pero el más eficaz solía ser el de las humillaciones. Se deseaba saber hasta dónde podía llegar la “lealtad” del que estaba en entredicho. No faltaban medidas para someterlo a prueba.

Antonio pensaba que era “literatura del imperialismo yanqui” —como la había calificado el capitán— había sido escrita en el Este de Europa. Era una literatura no conformista y, por eso, un grito de libertad desde la noche. Djilas, Pasternak, Nagy, eran eso: un testimonio de luz desde el dolor, la incomprensión y la injusticia.

Pero esos escritores no estaban solos. En el índice de libros condenados —por la autoridad del capitán que obedecía a la voz del “Ojo Superior”— había otros que no sabía por qué habían sido incluidos también en la fogata. Un folleto sobre el poeta Robert Frost ardía con un pequeño manual de cocina. “Todo lo que mandó, un día, la embajada yanqui es propaganda imperialista” —había afirmado el capitán. Por eso ardió también el libro de recetas hogareñas, como si la cocina pudiera tener sabor político.

La hoguera continuó siendo alimentada. La tarde parecía cansada. “Mala llovizna”, murmuró el muchacho del Ejército Rebelde. “Mala tarde” murmuró Antonio. Pero el muchacho soldado y Antonio tenían diversos motivos para reprocharle a la lluvia menuda su presencia.

—¿Por qué mala tarde, Antonio? ¿La fogata no arde bien?... Al menos acompaña... —la voz de Plácido Martínez quiso ser reposada, pero algo traicionaba, sutilmente, aquella aparente naturalidad.

Antonio se volvió hacia el recién llegado. Plácido fue a sentarse al lado de Antonio, en el pequeño muro que iba a ser un día, según los planos del arquitecto, el comienzo de una nueva ala del edificio, pero que —de acuerdo a nuevos planes— se había quedado en muro enano y solo.

Plácido era gordo, parecía eufórico y estaba siempre vigilante. Era uno de los hombres de confianza del licenciado Suárez. Y, naturalmente, era uno de “los nuevos agregados” a la organización. Tras los cristales finos su mirada podía ser cautelosa y lenta. Plácido, en los días de la tiranía de Batista, había vivido en Nueva York donde había intentado convertirse en un escritor en inglés. Estos vanos esfuerzos le habían impedido participar en las luchas contra el régimen de Batista y Plácido había terminado por desalentarse. El licenciado Suárez —que le conocía desde los días de estudiante secundario en La Habana —afirmó que Plácido había fracasado en Nueva York porque era negro y porque “el imperialismo yanqui” oprimía a los negros. Pero el propio Plácido, en una de sus raras confidencias, le había confesado a Antonio que no era posible improvisarse escritor en una lengua que no era la suya. Plácido quería ganar gloria y ganar dólares. No había ganado dólares, ni gloria, pero había ganado la confianza del licenciado Suárez, y era lo que parecía importar en la organización revolucionaria burocrática donde Plácido laboraba.

—Tengo una misión de nuestro compañero el licenciado Suárez, que es nuestro jefe, Antonio. —Miró Plácido la hoguera y, luego volvió la mirada, lentamente, hacia Antonio, como buscando algo más que la resonancia de unas sílabas, midió lo que iba a agregar, como el delineante que regula el compás—. El licenciado me dijo: Habla con Antonio Baena y pregúntale por qué él no ha firmado los últimos pronunciamientos de los periodistas y escritores en favor de la Revolución. Pregúntale por qué no ha aparecido su nombre entre los periodistas y escritores que celebraron la Exposición Soviética y por qué no ha escrito en favor de la Declaración de La Habana.

—Estoy un poco retirado de las actividades periodísticas —dijo Antonio—. El semanario, donde antes colaboraba, dejó de aparecer. El periódico radical quedó sin director y la radioemisora tu sabes que dejó la programación que antes tenía. Ahora forma parte de la cadena nacional.

—En esta hora no hay retiros posibles, Antonio. Es una hora de definiciones, sin retrocesos. Tu has visto bien la diaphanidad de las nuevas consignas revolucionarias: “O con la Revolución o contra la Revolución”. “Con la Patria o contra la patria”. —el tono era tranquilo, pero enérgico a la vez.

—Tengo, ahora poco tiempo. Salgo muy cansado del trabajo, con el nuevo horario. No he terminado de sentirme bien de salud.

—¿O será que ya no eres el de antes? —los ojillos de Plácido miraban desde abajo, con una atención escrutadora.

Las palabras de Plácido dejaban las huellas de la serpiente en la arena. Los “lavados de cerebro” como a cámara lenta proliferaban ahora en todas las oficinas y solían empezar por una conversación que tenía la apariencia de ser baladí.

—Algo más, Antonio —la voz era insistente como la tarde que caía— El otro día una de las compañeras dejó sobre tu escritorio una proclama. Tú no la hiciste circular.

—Estaba mal redactada, Plácido...

—Pero hablaba, correctamente, de la Revolución, hablaba del compañero Fidel y de la Unión Soviética, nuestra aliada... Luego, estaba bien redactada.

Se hizo un silencio. Antonio no quería dejarse atrapar, pero la atmósfera era espesa, confusa, amarga.

—Te doy un consejo Antonio —dijo Plácido sentencioso—. Esta es una hora de definiciones. Queremos que “te definas” de una vez. No puede haber términos medios. Tú sabes lo que quiero decir.

La tarde había ido cayendo insensiblemente. El soldado del Ejército Rebelde, que cuidaba la hoguera, se había retirado. Ya no había fuego que cuidar. Plácido, se marchó a su vez. Se quedó solo Antonio. La llovizna había cesado. La llama había consumado su obra y no quedaban libros o folletos por quemar. Quedaba sólo un montón de ceniza. Antonio se quedó meditando. Se sentía solo. Comprendía que sus esperanzas, de hacía solo dos años atrás, se parecía a ese montón de hojas chamuscadas y a ese pedazo de tierra cubana que nos obstante la atmósfera tibia del trópico, parecía sentir vergüenza y frío.

* * *

Era un miedo distinto, demasiado sutil y, sin embargo, penetrante como una daga. Era como un alquitrán que se adhería casi invisible. Producía malestar en el alma.

Las conversaciones tenían algo del mirar de los ojos de las serpientes. A veces no se sabía si se podían decir determinadas palabras o expresar ciertas ideas. Y era una persona, conocida de toda la vida, la que escuchaba.

Las personas habían dejado de hablar, con cálida comunicación y familiaridad, en los omnibus. Habían desaparecido las sonrisas. El temor, en cambio, miraba con un silencio grave. A ve-

ces, casi como desafiando lo prohibido, dos labios se movían sutilmente y parecían murmurar, hacia el alma, una oración. Sólo conversaban los que elogiaban a la revolución. Y aún el demasiado vehemente en el elogio podía ser un simple provocador que andaba a la caza de alguien que respondiera con alguna crítica, para no perderlo de vista y denunciarlo. De lo demás se hablaba en la intimidad, como en una cueva, en el descanso de una escalera o en el rincón de un parque.

—Y se han unido los de afuera...

—El trabajo ha aumentado en estos días.

—Digo que lo sé de buena fuente, porque escucho la radio... de onda corta.

—Pero no sé como seguirá esto...

—Y hay un manifiesto. Se habla de campos de entrenamiento y de anuncios de invasión. Los sabotajes continúan en todas partes... ¿No sabe lo que ocurrió ayer en Santos Suárez?... Claro, como ahora no hay prensa, y como todas las informaciones están controladas...

—Fidel hablará mañana...

No. No eran conversaciones. Eran fugas. Se había perdido el sabor de la amistad. No se sabía con quien se hablaba. Y menos se podía afirmar algo, contra el régimen, si se trataba de una persona extranjera. Podía ser un invitado del nuevo Estado. Algunos informadores espontáneos habían sido apresados por los agentes G-2, poco después de sus confidencias. Los teléfonos lo podían todo, lo ataban todo. La ciudad parecía una red de oídos. Nadie estaba seguro de sus palabras. A veces se delataban, los unos a los otros, por simple temor. Era el infierno con un sudor de "lealtad y entusiasmo".

Sólo muy de tarde en tarde Diana y Antonio salían ahora, a caminar un rato por el parque vecino. Los parques empezaban a servir para el entrenamiento de los milicianos. En cada cuadra vigilaba el llamado "comité de barrio", que era el ojo del G-2.

La milicia se había hecho obligatoria para obreros y burócratas. Antonio había podido librarse de ella mostrando una lesión en un pie que le impedía, al menos durante un tiempo, caminar con normalidad. Pero el "Comité de Defensa" no lo perdía de vista. La capital empezaba a ser un gran patio donde los que no estaban adoctrinándose eran vigilados.

Los milicianos del barrio habían partido hacia alguna concentración importante. Como todas las concentraciones eran anunciadas con gran despliegue de propaganda radial, altoparlantes callejeros, volantes y agitación de los activistas, y como eso ocurría con tanta frecuencia como son las comparecencias ante la televisión y las radioemisoras en cadena —el FIEL, que se proclamaba FIEL a Fidel, FIEL a la Revolución— ahora nadie sabía cuáles concentraciones eran más importantes que otras, como ya casi nadie podía comprender cuál de las nuevas comparecencias radiotelevisadas era superior a las anteriores. Era como una fábrica de imágenes y palabras que funcionaban sin detenerse.

El parque se había quedado casi solo. Todavía quedaban los ecos, que parecían entrechocarse contra los árboles, del himno brioso con que se habían alejado cantando los milicianos, mientras sus pies golpeaban con resuelto frenesí el pavimento.

"Viva Fidel, Viva Raúl
y todos los que cayeron
por nuestra Revolución."

Cruzó un automóvil de la policía revolucionaria. La gente las continuaba llamando "perseguidoras". Aunque no eran azules como en los tiempos del régimen de Batista sino de un color claro o verdeolivo. Entre los pocos paseantes del parque, de esa hora, no se sabía quienes podían ser confidentes del G-2. Parecía que el aire se llenaba de ojos invisibles, que los ojos eran tantos como

las hojas y que esos ojos asomaban a todas partes como si formaran muros de gelatina. El aire cristalino de la Habana se había convertido en una capa de plomo. Misteriosamente, parecía flotar. Sin que nadie se explicara por qué la ciudad parecía, de pronto, una máscara en busca de un rostro desconocido.

—Los delatores, cuando la lucha contra la tiranía de Batista, se llamaban, simplemente, “chivatos”. Ahora se llaman “colaboradores cívicos” —comentó Diana.

—En la oficina todos quieren hacer “méritos”. Nadie quiere quedarse atrás. Se que un “colaborador cívico” en su fiebre por hacer méritos, no vacilaría en denunciar a su madre en las oficinas del G-2. —Antonio bajó la voz, aunque no había nadie cerca.

—A eso hemos llegado. —Diana suspiró, no dejaban de caminar.

—Y aun llegaremos a más. En las oficinas todos compiten a ver quien es “más leal”. Ayer se fueron a las manos los dos empleados de más edad, porque se acusaban mutuamente de “negligencia revolucionaria”. Daba lástima. Se golpearon como niños y terminaron por amanecerse de muerte, pero hoy los llamó el G-2 y los hizo darse la mano. En adelante los dos irán por el mismo lado. Esa prueba de lealtad debió emocionar al G-2 de la oficina.

—Parece increíble que esto pudiera ocurrir en Cuba. Si me lo hubieran pronosticado, hace dos años, no lo hubiera creído.

—Ha desaparecido la crítica. Es como un temor aplastante, aturdidor. El G-2 está en manos de los militantes comunistas y no hay posible apelación. Se hace lo que ellos quieren.

—No se por qué la gente siente como un placer un rebajar la dignidad.

—Es una gimnasia movida por el terror.

Antonio y Diana callaron. Se acercaban unos pasos firmes, demasiado conocidos. La gente empezaba a mirar en los vecinos

a posibles delatores. Era una centrifuga donde todos se espían. Había que hablar, sin embargo. A veces las conversaciones en voz baja en los parques o contiguas al mar estaban más protegidas que las que podían ocurrir entre los muros de la casa. Las paredes escuchaban. Había que hablar como sin hablar, decir lo que uno no quería decir. Y sin embargo, había que confiar en alguno para que la existencia humana no se convirtiera para siempre en un basural.

* * *

Aquel mediodía no había mucha gente en las calles de La Habana y Antonio, como quien va a un confesor, llegó a la consulta de su amigo Leonardo González. Era mayor que él, con más experiencia que Antonio y con una vida de combates, de azares, rebeldías morales e intransigencias con los acomodaticios, que Antonio estimaba con especial cariño. Leonardo era un rebelde y era un amigo.

Su consultorio de médico no era próspero. Leonardo era el médico de sus amigos y, luego, el médico de los demás. Sus amigos no solían ser adinerados, estaban casi siempre contra el régimen imperante en Cuba, eran revolucionarios sin recursos o soñadores sin asidero. Leonardo no había podido reunir una fortuna, ni siquiera modesta. Era honesto y su rebeldía le había convertido en un postergado permanente. Los exilios políticos le habían impedido la atención continuada de sus pacientes y había sido poco práctico a la hora de elegir una clínica productiva. Las cooperativas de asistencia social habían crecido en Cuba en los últimos treinta años. Había preferido ser médico de una clínica que atendía asociados de muy modestos recursos.

Sin embargo, la sonrisa de Leonardo era franca y fiel y ahora desbordaba entusiasmo, porque decía que había retomado el hilo de la Revolución que iniciaron los de su generación en 1933.

“He cerrado mi consultorio hoy. Sólo quiero oír hablar de la Revolución” —dijo riendo a Antonio—. Cuando Antonio le explicó que deseaba hablarle de la revolución, pero acaso no como Leonardo quería, el médico lo invitó a entrar a la habitación pequeña, que servía como auxiliar de la sala principal de su consultorio. La habitación tenía un escritorio, unos ficheros, unas sillas y unos aparatos científicos, que Antonio intentaba definir. Sólo reconocía el pequeño que servía para medir la presión arterial. Antonio podía confiar en Leonardo. Sabía que Leonardo era casi un hermano y que ahora podía ser como su confidente y confesor. Por eso le explicó sus dudas, sus problemas, sus angustias. Leonardo no pareció sorprenderse de las palabras de Antonio. Más bien le dio la impresión a Antonio que Leonardo esperaba sus argumentos. Leonardo miró a su amigo y buscó un tono reposado. Ya no sonreía.

—Tu nunca fuiste partidario de la tiranía de Batista. Te expulsaron del trabajo cuando llegaron “los batisteros” al poder. Pero, además, Antonio, la Revolución no te ha quitado nada, ningún bien, ni casa, ni automóvil, porque has vivido como yo, sin casa, sin automóvil. Otros se han ido de Cuba porque la Revolución les quitó sus bienes materiales. A tí, en cambio, te ha dado cosas, te ha ofrecido oportunidades. Al fin pudieron instalarse el teléfono que habías solicitado hacía años. Con la nueva ley sobre alquileres, te rebajaron el alquiler y, ahora, con la ley de la reforma urbana podrás ser propietario del apartamento que pagas, que es modesto, pero que será tuyo.

—También lo se —apuntó Antonio, midiendo sus palabras.

—¿Entonces? Nunca has sido “batistiano”, no estás entre los “siquitrillados”.

—Pero hay algo, más Leonardo... esta revolución ya no es la revolución.

—Expíciate —Leonardo hizo un gesto duro—, tomó en sus

manos sus anteojos de aumento para limpiar sus cristales— ¿Qué querías de ella?

—Que creciera sin desvíos e hiciera una justicia social para todos.

—Lo ha hecho, lo está haciendo.

—Pero se ha entregado, por ejemplo... —no hacía falta insinuarlo mucho.

Leonardo sabía por donde venía la idea de su amigo y saltó, rápido, como el torero con la espada en alto.

—¿Lo dices por lo de la Unión Soviética? ... Pues sí. Estamos con la Unión Soviética, porque es la que le ha dado la mano a la Revolución y a Fidel y, óyeme bien: estamos con Rusia porque nos conviene —Leonardo había subido el tono de la voz y parecía que había puesto especial calor en sus palabras.

—Esto no fue por lo cual luchó Antonio Guiteras, tu compañero. No fue por lo cual combatieron ustedes en 1933. Entonces, los comunistas decían que ustedes y Guiteras, los verdaderos revolucionarios de entonces, eran “lamebotas del imperialismo yanqui”.

—Eran otros tiempos, Antonio.

—¿Pero tú crees que era necesario para que la Revolución subsistiera, creciera y se realizara, entregarla a la Unión Soviética, como se ha hecho? ¿No podíamos ser como la Yugoslavia de Tito o la Arabia de Nasser?

—Aquí no hay más que dos caminos, Antonio. O Estados Unidos o Rusia y si Fidel y la Revolución están con la Unión Soviética y contra los Estados Unidos, yo estoy con Fidel y la Revolución, hasta el fin y con todas sus consecuencias.

Se hizo un silencio. Antonio miró a Leonardo y en la mirada de Leonardo vio como el fulgor del acero caldeado.

—A veces no comprendo este modo de pensar, Leonardo. O cara o cruz. O sí o no. Pero la vida, tú lo sabes, no es así. En

política mundial se habla de una tercera posición. Se habla de los países "no comprometidos". Lo hemos hablado otras veces.

—Déjame decirte lo que quería decirte, Antonio —la mano de Leonardo se había posado sobre su rodilla—. Quiero hablarte como un hermano. Pero veo que te has dejado influenciar de mala manera. Déjame decirte que se ha esperado de tí, este último tiempo, una adhesión al nuevo rumbo de la Revolución y no se ha producido tu adhesión pública. Han venido aquí, a mi consultorio, a decírmelo. Les dije que esperaran. Te aconsejé. ¿Cómo respondiste? En el noticiero radial, donde trabajabas en la mañana, no quisiste dar toda la importancia que tenían unas noticias que te llevaron.

—Eran informaciones parcializadas.

—Pero a otras les diste más importancia. Por eso, cuando todo fue reestructurado, ascendieron a otros, te rebajaron de categoría y no encontraste trabajo en otra parte.

—Es una sucia historia, Leonardo.

—Tú mismo te has buscado estos problemas.

—Creo que cada uno, Leonardo, tiene derecho a su conciencia.

No se entendían. Las palabras parecían tener distinto sentido. Antonio miró el reloj. No era posible hablar más. Leonardo creía que Antonio estaba ciego y Antonio pensaba que Leonardo se había dejado invadir por la selva de consignas hasta hacer enloquecer el alma. Leonardo se puso de pie. Comprendió que una amistad y un cariño de años se rompería allí. Pero aun quiso hacerle a Antonio la confidencia final del amigo y era sincero al hablar así. Lo dijo con un raro énfasis sombrío:

—No daré un paso atrás. Estoy enfermo, Antonio. Tú lo sabes. Sé que cuando venga la invasión no podré ir donde quisiera: a la primera línea, pero te juro que pediré una sola cosa: que me dejen en la calle, que me den una ametralladora de mano, que me la amarren bien, por si me faltan fuerzas... Y caminaré

hacia adelante... Me iré calle adelante disparando hasta que caiga allí.

La puerta de reja, estilo colonial, se cerró tras Antonio. En la calle había sol, pero no era capaz de entibiar aquella sensación de humedad y de frío que parecía gotear en alguna de las galerías de su alma.

* * *

Diana le comunicó, aquella tarde, que Ricardo Quesada había enviado un recado urgente: quería ver a Antonio, pero no se atrevía a llamarlo por teléfono porque sabía que, ahora, todos los teléfonos estaban interceptados.

Antonio encontró a Ricardo con un vaso de whisky, un legajo de papeles, su camisa a cuadros, su pantalón gris y zapatillas para estar en la casa.

—Se trata de buscar asilo diplomático a dos oficiales del Ejército Rebelde. Han sido descubiertos y no hay tiempo que perder.

—¿Cuánto tiempo?

—No puede pasar de mañana.

—¿Tan grave es?

—Ya usted comprende. Trabajaban en el INRA, pero no son comunistas, ni quisieron admitir sus métodos. Se les enfrentaron —Ricardo lanzó una bocana de humo, parecía preocupado.

—En la esquina hay gente vigilando... Creo que es un G-2, me pareció al pasar.

—Es de la resistencia —informó Ricardo—. Y el de la esquina debe saber si es posible la gestión. Vendrá él después aquí. Pero no deben verlos juntos. A usted no le será difícil llegar hasta donde el Embajador que usted conoce. Sabe dónde puede ubicarlo. El secretario de la Embajada es amigo suyo y le ayudará... Como cuando los días de la tiranía de Batista.

Antonio aceptó. Cuando la tiranía de Batista había hecho parecidas gestiones en busca de asilo político para hombres que estaban en riesgo de ser asesinados. Recordaba que a uno de los combatientes del "26 de Julio" pudo conseguirle asilo político con el Embajador. También a un muchacho de la "Organización Auténtica", que estaba herido. Y a uno de los dirigentes obreros de la "Organización Revolucionaria Triple A".

Discretamente, Antonio se movió para poder ubicar al Embajador. La vigilancia era ahora extrema y toda tentativa de aproximarse a la Embajada se hacía sospechosa de los policías y G-2 que vigilaban la entrada y salida de la Embajada. La amistad con el secretario de la misión diplomática le franqueó a Antonio el camino. "No espero que puedan tener éxito esta vez —le confesó el secretario—. El Embajador dice que no puede recibir más asilados".

El Embajador se hizo esperar, porque quería marcar su importancia. Antonio esperó. Finalmente aceptó recibir a Antonio a la insistencia del Secretario de la Embajada. Los tiempos habían cambiado. Sólo a la mañana siguiente pudo Antonio encontrarse frente a un rostro que parecía hinchado. Los ojillos estaban como perdidos y los párpados eran dos bolsas que parecían colgar como las de un ídolo envejecido por los siglos. El rostro había sido sobado por manos expertas en afeites, pero ya ni siquiera era la edad del otoño: eran los colgajos del invierno inmisericorde. La boca estaba gastada a fuerza de sonreír, de decir de mañana lo que había negado en la noche y de negar en la noche lo dicho en la mañana. Sonrió. Y el contraste entre ese rostro —como de goma vieja y rosada— y el traje de elegante y costoso corte, a la última moda, pareció más lamentable. Una corbata finísima, afirmada con un broche caro, una camisa de seda alba y un pañuelo de seda completaban la presencia. Pero era ese rostro arrugado y grande, como un plato rayado o exprimido, el que lo presidía todo. Las manos sobre los papeles de la mesa

—papeles que acaso sólo ojeaba, por la fatiga de leer— eran las manos de un viejo marqués de un inexistente castillo. Estaban primorosamente pulidas, pero eran, también, unas manos desastrosamente apergaminadas.

El Embajador escuchó. Ahora sólo sabía escuchar. Movi6 la cabeza.

—Imposible... verdaderamente imposible... De ninguna manera... No quiero más dificultades con mi amigo el Canciller... No quiero que el gobierno del Dr. Castro me siga poniendo más dificultades con los asilados que ahora tengo y me llenan la casa... Ya no se puede ni vivir. Usted comprende... No dan los salvoconductos para la salida de los asilados. Me lo invaden todo... Y si no fueran recomendados por mis amigos, o antiguos conocidos míos, no sé qué haría... Mire —la mano intentó alargarse hacia un cajón del escritorio, pero se quedó a medio camino— en este cajón tengo listas interminables de aspirantes a asilados... Verdaderamente estoy muy disgustado con esta situación, porque los asilados me ensucian la Embajada.

Antonio miró al Secretario de la Embajada y el Secretario de la Embajada volvió a mirar a Antonio como diciéndole: "Yo se lo había prevenido. Esto es imposible, tal como están las cosas ahora".

Antonio se marchó. El derecho de asilo era, en la nueva situación, una pieza más dentro del mercado. Era una transacción sujeta a la ley de la oferta y la demanda. El Embajador era un buen "liberal". Dejaba hacer y dejaba pasar los acontecimientos. como cardumenes de peces se movían los que luchaban por asilarse. Luego, entre esos aspirantes a asilados que giraban en torno de él —a través de sus enviados o intermediarios— podía elegir a los que "realmente" él consideraba que "valían la pena". Todo su valor en ese nuevo mercado del derecho de asilo. Naturalmente el Embajador prefería a los que representaban una mejor utilidad. Por eso comprendió Antonio el alcance de la última

frase explicativa del Embajador: "Es gente que ha tenido mucha influencia, antes... Son mis amigos...". Pero no eran solamente amigos: eran también sus buenos clientes, porque tenían algo más que ofrecer, a cambio del derecho de asilo.

Ricardo tenía pocas esperanzas en nuevas gestiones. El informe de Antonio le confirmó sus sospechas sobre la nueva situación que se creaba.

—La Embajada está colmada de asilados, Ricardo... No le dan los permisos al Embajador para que pueda sacar del territorio cubano a los que ya tiene asilados. El Ministerio de Estado se niega a darle los salvaconductos con la esperanza que los asilados se pudran.

—Pero esos muchachos deben asilarse de alguna manera... De algún modo... Vinieron a decirme que algunas embajadas venden, descaradamente, el derecho de asilo. Que los escándalos y la fetidez de los negocios para permitir asilarse a alguien, llegan a grados increíbles. Sin embargo esos muchachos no tienen otro camino que asilarse.

—Pero cómo, Ricardo... El Embajador dice que no les da asilo...

Ricardo miró, sin prisa, a Antonio. Los ruidos de la calle llegaban más amortiguados. Sabía que en la esquina el contacto de la resistencia esperaba las instrucciones finales. Cuando Ricardo tomaba una resolución hablaba siempre lentamente y sin dejar de penetrar el fondo de la mirada que tenía delante, como si quisiera, así, asegurar la justeza de su resolución.

—No queda otro camino, que el extremo: que los muchachos abran la entrada a tiros... que usen las ametralladoras.

* * *

Las paredes parecían sudar una angustia espesa y verde. La vida era el camino hacia una ratonera. Había que vivir dos vidas

o dos muertes, poco importaba. Se vivía muriendo. Se moría para que otros pudieran vivir más tarde. La Habana se había hecho grave. Había borrado su sonrisa. Era una ciudad-acuario. Y todos andaban por sus calles como por entre galerías turbias. Las casas también empezaban a adquirir un ambiente extraño. Las palabras empezaban a convertirse en peces. Los comités de barrio lo vigilaban todo, lo espiaban todo, lo miraban todo y tenían ojos como de tiburones. Se llamaban "comités de defensa", pero eran organizaciones agresivas.

—¿Crees que vendrán? —preguntó Diana, como queriendo atenuar su inquietud.

—No sé. A lo mejor sí —Antonio se disculpaba.

No era posible recibir ningún recado por el teléfono, porque ahora todas las comunicaciones eran rigurosamente vigiladas, como lo era la correspondencia o algunas conversaciones callejeras.

El tiempo pasaba, el reloj marcaba invariable un tiempo distinto, un tiempo que parecía no suceder o que se iba a una dimensión no esperada, a un espacio que se entretenía en extraviar ese tiempo manual, de los relojes.

—Con el fanatismo que ahora hierve en todas partes el sometimiento es como una enfermedad. No pensé que los cubanos fuésemos tan fanáticos. Acaso porque aquí todos somos extraterrestros, todos vivimos hacia afuera.

La gente parece que se ha cansado de pensar por sí misma —opinó Diana.

—A lo mejor se ha cansado antes de ponerse a pensar. Porque para muchos resulta más cómodo, más simple y sencillo, que otros piensen por ellos.

—Nos pueden oír —dijo Diana bajando la voz—. Las paredes oyen.

—Acaso sea una manera de salir del infierno: que las paredes nos juzguen, porque en este tiempo que nos ha tocado vivir, las paredes parecen ser los mejores jueces, casi los únicos jueces. Y

son los tribunales y... también los que hacen cumplir las sentencias, porque las paredes se convierten, también, en paredones.

Sonaron unos golpes a la puerta. Se sobresaltaron. ¿Sería la persona a la que esperaban?

—Demórate un poco —aconsejó Antonio—. Mira por la ventana primero.

Pero no había tiempo. Diana abrió.

—¿Ustedes no ponen el noticiero? Hoy habla Fidel y hay que oirlo —la voz de Zoraida parecía chillar como una rueda rota en una cueva de piedras.

Era la “inesperada”, pero se había ido convirtiendo en algo esperado y casi habitual. El “Comité de Defensa”, al que la gente llamaba simplemente “Comité de Barrio”, giraba en torno de ella, de su esposo y de una antigua militante comunista y su familia, que vivían en el edificio del lado. Zoraida vio que en el aparato reproductor de discos sonaba una música que le pareció “no revolucionaria”.

—Oír esta música cuando los vendepatrias y los imperialistas yanquis están conspirando contra la gloriosa Revolución, es contrarrevolución —sentenció Zoraida.

—Pues no es una música cualquiera, Zoraida —Antonio había avanzado hasta tomar una cubierta del disco, donde entre colofes vivos había sido escrito un nombre destacado.

—¿¡Cómo así!? ¡Esa música es del imperialismo yanqui!

—No —la atajó Antonio—. Es la sinfonía clásica de Prokofiev... el gran compositor de la Unión Soviética —Antonio destacaba bien estas últimas palabras—. Puede usted preguntarle, Zoraida, a la doctora Dolores quién es Prokofiev...

—Bueno —se disculpó Zoraida— si es así... entonces disculpen... Me había equivocado... Sigán tocando, entonces, a ese Pokolofiefief...

—Prokofiev, Zoraida...

—Sí, a ese gran compositor de la Unión Soviética... porque, oíganme bien: ¡Esa sí es música!

Salió Zoraida con su cuerpo cansado, con su vida cansada, con su rostro con las huellas de las viruelas de su infancia, con su cabeza como labrada en un tosco madero del bosque pobre, y con su boca que sonreía casi sin dientes.

—No siempre cuando se lucha se está seguro de vencer, Diana, pero se lucha. Y lo que importa es luchar más que vencer. Alguien vendrá después y vencerá. Mientras tanto somos como un puente.

—Pero, mientras tanto, van creciendo los hombres y mujeres “robots”... Ya has visto a la pobre Zoraida... es una “robot” completa...

—Son las más fáciles en caer, Diana.

—¿Y los niños adoctrinados? ¿Y los “pioneros” dónde irán? ¿Qué será del niño “pionero” que se negó a decir lo que su mamá hablaba en la casa, para que no la acusaran de “contrarrevolucionaria”? ¿Qué será de Cuba, dentro de dos, tres o cuatro años, si esto continúa?

—Esto es como una sesión de hipnotismo para siete millones de cubanos. Supón que todos sean “robots” mañana, que los siete millones de cubanos seamos “robots”. Y supón que todos los millones de la tierra sean “robotizados”: siempre habrá *uno* que no podrá ser hipnotizado. Ese permanecerá despierto... El hipnotizador nunca podrá hipnotizarse a sí mismo... Ese es el final de la cadena...

Las horas y los días empezaron, en Cuba, a ser como “robots” hipnotizados; la demagogia crecía como una selva envenenada por el odio; la improvisación, el oportunismo, la delación, se habían convertido en virtudes; el decoro humano era como un pecado. La garganta se había convertido en enfermedad colectiva y el temor era como la lepra del alma.

* * *

Antonio Baena sentía detrás de sí, en la sala, tan próxima, la angustia de Diana. Pero comprendía que nada podía hacer. Estaba él allí, delante de la puerta —que era “su” puerta— y tenía como un presentimiento que era una daga que lo hacía temblar como un perro mojado y vacilar como un beodo. Los segundos parecían resonar en galerías interiores. No se atrevía a abrir y sabía que no podía dejar de abrir la puerta. Diana le había dicho “también están en la esquina y miran hacia la casa”.

Sabía que cuando llegaban así, con esos golpes, era porque habían tomado de antemano todas las precauciones. Como cuando habían venido, antes que ellos, los hombres de la tiranía de Batista. No era posible huir, ni tampoco resistir. El minuto tenía una consistencia como la tela delgada que rompen los tigres cuando saltan sobre el aro tendido en la pista del circo.

Golpearon de nuevo. Esta vez con furia. Era como si golpearan en la piel del corazón. Antonio llevó la mano a la cerradura. Tres “G-2” se lanzaron violentamente, con la rapidez del trabajo habitual. Mientras la metralleta de uno apuntaba hacia el pecho de Antonio, el otro encañonaba a Diana, mientras que el tercero, como un gamo entrenado, recorría de unos pocos saltos las dos habitaciones dormitorios, por si había otra persona. No había nadie más. El departamento era pequeño.

Diana se llevó la mano a la boca en gesto de dolor interior. El agente de la policía política que había inspeccionado las habitaciones se aproximó a la puerta de la pequeña cocina. La abrió y entró otro G-2 que estaba aguardando en el descanso de la escalerilla de hierro de emergencia.

—¿Pero ustedes tienen orden de detenerme? —Antonio quería ganar tiempo, pensar—. ¿Con qué derecho...? —La frase quedó rota.

—¿Con qué derecho?... ¡Con este derecho! Míralo bien, para que no lo olvides... Y no perdamos tiempo —el G-2 que hacía de jefe mostró la metralleta con gesto de amenaza—. ¡Flo-ro! —ordenó rápido, mientras el rostro del G-2 que encañonaba a Diana respondía—. Tú te encargas de ella... A ella no la necesitamos. Es a éste al que nos vamos a llevar... ¡Manolo! Ve bien, primero, lo que hay.

Fue derribado un estante con libros. Se produjo un confuso ruido.

—No hay nada —dijo el agente que había entrado por el fondo— luego de arrojar al suelo el colchón y revolver cajones y volcar un pomo de cristal que se estrelló contra el suelo, más allá, como una pequeña bomba de aire y fantasía.

—No importa —la mano del jefe no soltaba la metralleta y ahora hablaba con calma—. A éstos les llegó su hora como a todos...

—Ustedes no respetan a nadie... ¿Creen que es esto la Revolución? ¿Creen que para esto sufrimos los siete años de la tiranía de Batista?

—¡A callarse! —gritó el jefe de los G-2—. Para discursos está Fidel y no tú... Y para sermones... —rió, con una sonrisa helada y cínica—. Para sermones les hemos cerrado los sermones a los curas imperialistas... y todos sus colegios y madrigueras... Ya esto se acabó... La Revolución empieza ahora y no cuando ustedes querían que se acabara... Hay que estar muy claros... ¡Vamos!

El gesto era imperioso. El jefe de los G-2 vestía un traje oscuro. Bajo las cejas pobladas tenía una cicatriz que se hundía como una grieta geológica en el rostro pálido y como trasnochado.

—Flo-ro... avisa que al tipo lo tenemos ya y que vamos para allá... Ahí está el teléfono... Y a ésta —el jefe de los G-2 señaló a Diana— déjala aquí, *por ahora*... Las órdenes son contra

este contrarrevolucionario —el cañón de la metralleta hacía, esta vez, de brazo de hierro acusador—. ¡Vamos!

Descendieron la escalera. Alguien que parecía mirar desde la puerta del almacén de víveres de la esquina, se introdujo de pronto en el establecimiento para no irritar a los G-2.

Desde el final de la cuadra los responsables del “Comité de Vigilancia” o de Defensa, miraron como si sentenciaran: “Acabaremos con todos los que están contra nosotros”.

Antonio fue introducido en el primer automóvil grande y largo del G-2. El otro automóvil G-2 puso también su motor en marcha. Antonio fue ubicado entre el agente largo, alto y de traje oscuro, que no soltaba la metralleta, y un G-2 que había esperado abajo. Tenía un revólver grande y amenazador.

Se entreabrió una persiana de una ventana de la casa de enfrente. La curiosidad o la solidaridad se expresaban, ahora, casi temblando. Los ojos, detrás de la persiana, tenían la mirada de los animales condenados al matadero.

Partieron. Cruzaron unos carros militares, unos automóviles con altoparlantes que irradiaban el último discurso del “Jefe Máximo” o repetían alguno anterior.

“En marcha un gran movimiento de instrucción revolucionaria... aspiramos a utilizar algún día lo mucho que estamos formando... el régimen despiadado que padecemos desde la Colonia, obligaba a vivir sin porvenir, sin esperanza...”.

El G-2 que conducía el automóvil creyó necesario acompañar las ráfagas de las palabras que difundía el altoparlante. Parecía interpretar al “Jefe Máximo”.

—Creo que gastamos demasiada energía en tratar a estos tipos. . .Lo mejor es llevarlos al paredón —rió.

—Lo interrogaremos y le daremos *la medicina* que merece... Nosotros hacemos justicia revolucionaria —dijo el jefe de los G-2, terminante.

Los automóviles se detuvieron frente a la casa de aspecto amable que albergaba la sede de la organización de investigaciones y torturas de la policía política. Una bandera cubana ondeaba en un mástil alto, a uno de los costados.

La bandera era hermosa. La luz parecía tan viva y tan lírica que casi obligaba al día claro a entrecerrar los ojos. La luz del trópico es como el color vivo en la paleta de un pintor delirante de emociones fuertes.

Pero todo parecía girar, ahora, como en una relojería contraria. Los paredones continuaban funcionando, con su cuerda de descargas, aunque ya había sido agotada la cuota de los que antes eran llamados “criminales de guerra”. Ahora eran otros hombres los que eran empujados a los paredones. Estos habían luchado, padecido, esperado, por la revolución. Habían sufrido el asedio de los días de la clandestinidad áspera y como desesperada, sin gloria; otros habían subido a las sierras y habían formado parte de las guerrillas; otros habían cooperado en la tarea de desmoronar la tiranía de Batista desde adentro, infiltrándose, a la manera de topos angustiados; otros tenían parientes, hermanos, camaradas, que no habían podido —como ellos ver el derumbe de los siete años de la tiranía del General, porque habían caído en las calles o en las sierras, o habían agonizado en las prisiones sin poder resistir las torturas. Eran esos antiguos combatientes, que se habían negado a aceptar la traición —desde adentro— a la revolución en el poder, los que ahora ocupaban los sitios que, en los primeros meses estuvieron designados para “los criminales de guerra”. Ahora la revolución traicionada les había dado un nombre: “contrarrevolucionarios”. Y no se sabía, en esa especie de Torre de Babel de equívocos, de contrasentidos, de vocablos que habían sido como pasados de contrabando, quiénes eran los traidores y quiénes los traicionados.

TERCERA PARTE

LA CARCEL DEL ALMA

CAPÍTULO I

EL EDIFICIO principal del G-2 había servido en otro tiempo de residencia pacífica. Un portal ancho, acogedor era como un símbolo residencial. Arriba, el balcón extenso se abría a la Quinta Avenida de Miramar.

Ahora la residencia, color cielo acerado, era el palacio de los hombres capaces de convertirse en bestias y donde las bestias se parecían a los hombres. Era el edificio donde eran introducidos hombres que podían ser convertidos en un temblor de gelatina. Un hombre puede soportar el castigo físico, casi hasta el límite de la locura, pero cuando la tortura es mental es como atravesar la línea del sonido. Las torturas del G-2 eran mentales. Un retrato del "Jefe Máximo" presidía, como en las oficinas importantes, las actividades del "G-2". "CON LA PATRIA O CONTRA LA PATRIA".

El ambiente que rodeaba la sede del G-2 en La Habana, era no sólo grato sino hermoso y caso idílico. Era más bien el escenario para que dos enamorados pasearan tomados de la mano o se abrazaran apasionados como en los umbrales de un cielo de amor. En realidad servía para algo distinto.

El G-2 se fue extendiendo, de residencia en residencia, de edificio en edificio, como un negocio próspero. Es que las torturas producían dividendos al régimen: lo afirmaban a través del miedo que se extendía a la colectividad.

“PATRIA O MUERTE. VENCEREMOS”. Decía la consigna clavada en el muro, pero torturado estaba el hombre, como vencida estaba la verdadera patria, la muerte era el final de un pasadizo oscuro. La muerte a veces se llamaba “Paredón”, a veces la muerte se llamaba “interrogatorio”, a veces se llamaba “sacrificio por la Patria”, a veces se llamaba “huída” a veces “cuerpo de locura”. Y siempre se llamaba sangre, ya brotara junto al paredón —como una mancha que se extendía como un grito— o ya la consumiera el mar de las Antillas, dejando sólo el golpe del cuerpo contra el agua y el silencio sin fin de los sacrificados.

Los rostros del G-2 parecían flotar en un acuario de sangre pálida. Una mirada podía empujar a un hombre a la desesperación. Una sola orden en un teléfono podía conducir a las torturas secretas. Los gritos rebotaban contra las paredes del alma, sin encontrar salida.

* * *

El teniente G-2 sonrió. Antonio Baena era, en esos momentos, como un animal atrapado en un laberinto.

—Siéntate —ordenó el oficial, sin dejar de sonreír.

Había una silla para el detenido. Las otras dos correspondían a los interrogadores. La habitación estaba desnuda de adornos. Sólo el retrato del Jefe Máximo y la consigna del día presidían —con un silencio amenazante— el ambiente estrecho y sobrio.

—Pon todas tus cosas aquí —la mano señaló la mesa que los separaba.

Antonio comprendió que a su espalda debía estar el jefe de los G-2 que los detuvo.

—También esos retratos... También esas fotografías.

—Son de mi mujer y de mi hija.

—No te servirán —el gesto era preciso, rápido, como el golpe del hacha—. También los papeles del otro bolsillo... Todo...

Sobre la mesa ya habían sido depositados la billetera, el monedero, el pañuelo, los papeles, las fotografías que tenían esa intimidad del corazón.

—También el libro pequeño del bolsillo... De seguro que no es un discurso del Comandante Fidel... —rió con una risa mordaz.

El pequeño libro quedó abierto, era como un puño cortado, expuesto ahora a la pública burla.

—¡Martí!... ¡Un librito de Martí!...

—Sí. —Antonio quería ganar tiempo, pero no sabía cómo.

—Yo sé que has escrito sobre Martí... pero —los ojos del agente recorrieron la figura de Antonio como si quisieran medirlo desarmándolo moralmente con la mirada— ...pero a Martí lo estamos haciendo ahora... ¿entiendes?... ¡Ahora!

—No veo a qué viene todo esto... —se encogió de hombros.

—A que sabemos quién eres. Te hemos seguido... Aquí todo lo sabemos... Sabemos más de lo que tú imaginas...

—No imagino nada...

—No te adelantes a sacar conclusiones. Debes atenerte a lo que te pregunten —el “tú”, tan cubano, tenía en su familiaridad de ahora, no la confianza o la simpatía humana sino la autoridad de la amenaza.

—Está bien —tragó saliva y la sintió amarga.

El teniente G-2 encendió un cigarrillo. Esperó, como si se deleitara en manejar a voluntad los minutos. Lanzó una bocanada de humo con cierta violencia, como si una idea le hubiera removido algún resorte.

—Sabemos que uno de tus amigos te saludó desde “Radio Swan”. Parece que te estiman bastante esos traidores —carraspeó y sus dedos tocaron el bigote bien poblado—. Hablan siempre más de la cuenta... siempre dicen mentiras, y terminan por

ponernos en la pista de sus agentes y lacayos... Porque lo que todos ustedes son es eso: lacayos del imperialismo yanqui, renegados de la Patria... —su mirada se había hecho dura.

—No sé a qué se refiere —apuntó Antonio intentando aparentar inocencia.

—No seas ingenuo —rió el teniente G-2 y no perdamos tiempo... —. Tú creías que te habíamos perdonado... ¿verdad? Tú no has aprendido a conocernos todavía... Ahora sí lo sabrás...

—No sé a qué se refiere... —el gesto era evasivo.

—Te estábamos cazando... Te teníamos en la lista —el índice apuntó un imaginario papel, los ojos miraron fijos como clavos remachados con violencia—. Es mucho lo que tienes que contarnos... ¿me oyes? Sabemos que fuiste hace un tiempo como un perro a la Embajada americana, que anduviste buscando asilo para dos contrarrevolucionarios del Ejército Rebelde... Todo lo sabemos... Sabemos que le aconsejaste a tu amiguita... que se fuera de Cuba... que se fuera a los Estados Unidos con los imperialistas...

—No sé nada de eso...

—Contra los enemigos de la Patria la ley cae siempre implacable... Ya lo dijo el compañero Fidel... Los agentes del imperialismo tendrán todos, su merecido.

El aire se había ido enrareciendo. El agente que estaba en la puerta fue renovado. El jefe de los G-2 que lo detuvo, avanzó hasta colocarse junto al Teniente.

—Una cosa que sabías es que la muchacha de la que andas enamorado es novia de uno de nuestros compañeros —rió con naturalidad, como si hubiera cerrado la trampa—, y supimos siempre todo lo que le decías. Sólo que no teníamos tiempo, entonces, de atenderte, porque buscábamos a “pejes” más gordos. ¿Entiendes?... Te dejamos a tí con tus discursos de lo que pasó o no pasó en Polonia o Checoslovaquia... ¿te acuerdas? —la mirada del G-2 era de frío desprecio.

Antonio comprendió que había sido traspasado como por un arpón.

El teniente G-2, de una ojeada, comprendió que debía dejarle clavado ese arponazo mental. Ya le iría sangrando el alma.

—Pásalo a la dos —la voz era terminante y como fastidiada—. Lo interrogaremos mañana... Otero, traéme el que sigue.

Antonio fue sacado de la habitación y en su reemplazo fue empujado un muchacho delgado y pálido que sangraba por la boca.

Cuando Antonio era conducido hacia un corredor interior escuchó las últimas palabras del Teniente G-2 como dándole la bienvenida al “nuevo turno”... “Pero si es el del sabotaje a la “Standard”... ¡Queríamos verte!”... La risa estrepitosa del “G-2” se quedó rebotando en la habitación donde había sido empujado el nuevo detenido. La puerta fue cerrada con violencia. Antonio no escuchó más. “Ahora tratarán de desnudarle el alma —pensó mientras recorría corredores vigilado por los ojos de las pistolas— y cuando estén cansados de torturarlo mentalmente, acaso lo golpeen”...

* * *

El olor a orines y a excrementos recientes era mareador. Se adhería al alma. Parecía que el espíritu se convertía, de pronto, en una habitación húmeda de detritus humanos. Un vaho de desesperación flotaba en el ambiente, deteriorando la resistencia de las personas.

—¿A qué hora nos sacan de aquí? —los ojos del hombre parecían desorbitados—. ¡Aquí nos asfixiamos!... ¿Cuándo nos llevan?

No había ventana en la habitación. La puerta estaba cerrada. No había ni siquiera un hueco en forma de posible ventilación, por mínima que fuera. Antonio calculó que cuarenta o cincuenta

hombres habían sido amontonados como bestias. Ahora eran sus compañeros.

El que insistía que debían sacarlos pronto de ese encierro, perdió la paciencia. Su angustia lo hizo gritar.

Antonio quiso calmarlo, pero la mano del hombre, aún forrado a pesar de sus huellas de insomnio, lo rechazó con cierta violencia.

—¡Sáquenlos de una vez!

Se movió otro de los detenidos.

—No le hagas caso, —el tono era fraterno y vencido.

—¿Qué le pasa?

—¿No lo estás viendo?

—¡Sáquenlos de una vez! —el grito volvió a rebotar más desesperante aún.

—Habrà que hacerlo callar o hacerlo dormir de algún modo —el muchacho se estaba desesperando—. Habrà que reducirlo, aunque no tiene la culpa.

—¿No ha dormido? —Antonio buscó algún sitio dónde sentarse, y que no estuviera invadido por los orines, aunque ya poco importaba, porque los dos bancos estaban sucios, también.

—No ha dormido y no nos deja dormir, pero ya está más calmado —dijo el vecino de Antonio.

—¿Más calmado y grita?

—Resistió como una semana, pero hace tres noches que la angustia lo tiene desesperado. Dicen que es hijo único. Perdió a su padre en la lucha contra la tiranía de Batista. Está enfermo. . . No se sabe de qué. . .

—¿Pero por qué lo trajeron? ¿De qué lo acusan? —Antonio observó que ahora el hombre intentaba golpear el muro con sus manos, no obstante que se las hería y así perdía energías.

—Nadie sabe aquí, por qué llega. . . Nadie sabe de qué lo acusan. . .

—Pero lo interrogarán a uno. . .

—Eso sí. . . Lo que no se sabe es cuándo uno podrá salir de aquí.

—¿No hay juicios?

El muchacho rió. No había juicios sino carceleros.

—Toma esta media pastilla. . . los dedos del muchacho des-
envolvieron un especie de papelillo arrugado que se extrajo de
un bolsillo del interior del pantalón— o, mejor, toma un cuarto
por ahora. . . —los dedos eran más rápidos— . . . te la tragas así,
en seco. . . la saliva. . . te ayudará. . . tómala. . . que aquí es un
especie de tesoro —varios ojos parecieron detenerse en el gesto
del muchacho, como si los ojos quisieran extenderse como si
fueran manos.

Antonio no comprendía bien. Vacilaba.

—Tómala. . . con confianza —la voz del muchacho lo ayudó—
tómala, que te hará falta esta noche. . . para cuando te lleven a
interrogar. . .

—¿Qué es? —Antonio creía que sería alguna droga extraña.

—Es "ecuanil" . . . ayuda mucho. . . no es dañina. . . Tenía
la presión mala y el médico me dio varias pastillas, antes que
me detuvieran. . . Me quedan pocas. . . por milagro pude escon-
derlas en el registro.

Los cuarenta o cincuenta detenidos hablaban en voz baja.
Algunos intentaban dormir, otros se quejaban o simplemente no
hacían sino esperar.

Fue entonces que Antonio comprendió la función que tenía
el bombillo gigantesco que contribuía a hacer más caluroso el
recinto. Era que estaban siendo sometidos a la prueba del calor
y que los excrementos y los orines debían contribuir a desmo-
ralizarlos al hacer más evidente la impresión de suciedad y aban-
dono.

Antonio no supo cómo las horas se unieron a las horas. Acaso
ya el día había dado paso a un nuevo día. ¿Cómo saberlo? Allí
era siempre día. Cuando uno de los G-2 entreabrió la puerta

para darle un recipiente con agua para beber y algo espeso que bien podía ser una sopa o simplemente un condumio de cieno, Antonio sintió alivio más que por el alimento que había sido introducido en la habitación de los detenidos, por la ola de aire no tan viciado que inundó por unos minutos el recinto. El hombre que reclamaba que los sacaran pronto ya no pedía nada. Se había ido debilitando por los gritos.

—Pronto habrá que llevárselo... se lo llevarán —dijo el compañero de Antonio—. ¿Te acuerdas de lo que escribió Martí sobre el infierno colonial de lo que era el presidio político?

—Me acuerdo.

—Pues ésto es pálido comparado con el infierno que describió Martí... ya lo verás —el tono era sentencioso— por eso hay que estar fuerte y no perder energías... Los católicos pueden rezar. Un rosario ayuda mucho aquí... Eso lo irás aprendiendo...

Antonio no comprendía bien. El muchacho fue más explícito.

—Los que tienen rosarios se defienden mejor, porque pueden elevar su pensamiento a Dios... Los otros —el tono fue más tranquilo— se encuentran, casi siempre, más desarmados... ¿Tú sabes rezar?

—Algo...

—Pues, aquí, tendrás que recordarlo para poder defenderte...

La puerta se abrió. Asomó otro G-2 y esta vez aparecieron unos milicianos armados. No sabía, Antonio, por qué se esmeraban en ese derroche de metralletas, revólveres y armas de diversos tamaños cuando todos los detenidos estaban desarmados y, dentro de la habitación del hirviente verano de orines, estaban casi todos semi desnudos. Habían ido quitándose hasta la camiseta para poder soportar mejor el calor que agotaba. En un rincón que había sido respetado por los orines y los excrementos habían sido amontonadas las prendas de vestir.

El G-2 leyó unos nombres, unos pocos nombres. Entre ellos estaba el de él. La mirada de Antonio buscó a la del compañero

de banco para preguntarle si sabía a dónde serían conducidos.

—Es para las huellas digitales, las fotografías... las "generales" como las llaman —le explicó en voz baja.

—¡A callarse! —el G-2 fue determinante.

Antonio fue conducido por corredores. Fue introducido a una habitación donde varias muchachas, con trajes de milicianas, ayudaban a recoger huellas digitales, a fotografiar a detenidos y a escribir nuevamente, todos los datos personales —nacimiento, profesión, estado civil, estudios, trabajos desempeñados, parientes, servicios a la Revolución y otros.

Las muchachas hablaban poco. "Serán las madres de los cubanos y las cubanas que nacerán mañana" —pensó Antonio mientras sentía que sus dedos eran untados con una tinta negra.

—Afloje la mano... suelta, floja... ahora haga presión —la voz de la muchacha miliciana quería ser gris y distante.

Hubo un momento en que la mirada de Antonio y la de una de las muchachas milicianas se cruzaron. La muchacha desvió la mirada y habló a una de sus compañeras. En el umbral algunos milicianos observaban el trabajo. Estaban armados y todo lo recorrían con la mirada.

Pero Antonio imaginó, que en la mirada de la muchacha había como una piedad guardada, como un temor lleno de silencio, como un asco de todo aquello y que, sin embargo, nunca sería denunciado. Antonio pensó en su hija.

—Ahora no se mueva —la voz de otra de las muchachas lo inmovilizó, sintió Antonio el golpe del disparador de la cámara fotográfica y la hostilidad—. ¡Pueden llevárselos!... —dijo la muchacha que actuaba como responsable del departamento.

Fueron conducidos por los mismos corredores. Al regresar a la habitación de la ampollita gigantesca encontró que habían algunos detenidos que antes no estaban y que faltaban otros que habían sido conducidos a alguna otra habitación. Ya no estaba el muchacho que le había obsequiado el cuarto de pastilla de

ecuanil. Hampoco estaba el hombre desesperado que gritaba como a compás. El calor era igual. Los orines se habían renovado. Las voces eran más vagas, como si todos hablaran debajo del mar.

Antonio ya no encontró sitio en el banco. Procuró sentarse en el suelo, buscando el lugar menos mojado.

Pasaron horas. Antonio no supo si pasaron días. Las horas parecían días. El tiempo había perdido la cabeza. El reloj no servía. Nadie tenía un reloj. Sólo estaba allí la ampollita como un astro del infierno.

Se abrió la puerta. Dijeron unos nombres. Estaba el de él.

—Andando...

Antonio pensó en Diana. La imaginó perpleja, abandonada, oprimida. Empezó a llorar por dentro, suavemente, aunque su rostro nada dijera a sus verdugos.

* * *

Antonio fue conducido a un nuevo interrogatorio. Esta vez el interrogador era un agente mulato que tenía algo de pirámide y algo de esfinge. Hablaba poco. A veces sonreía pero no para el interrogado sino para el otro hombre pálido, algo temeroso, que le servía de ayudante.

Las preguntas eran como resortes. Las contestaciones se producían de manera mecánica. Los silencios fueron parecidos a los de otros interrogatorios. Antonio se dijo que lo que intentaban no era conocer la verdad sino aumentar su tensión. Lo que él dijera poco importaba.

El agente había redactado una acusación que Antonio debía firmar. Era una hoja igual a la que le era presentada a los otros acusados. Tenía la misma dimensión, las mismas palabras y sólo variaba el nombre del acusado y la fecha.

—¡Firma aquí! —dijo el mulato, alargando el papel con desprecio.

Anutonio sabía lo que decía el papel. Pero lo tomó para ganar tiempo. Pensaba: "Son unos segundos más... pueden ser unos minutos más".

—No puedo firmar —dijo Antonio.

—¿Por qué?

—Porque no soy agente de la CIA como se dice aquí. No conozco a nadie del Servicio de Inteligencia Norteamericana... No puedo aceptar firmar cosas que no he hecho, ni referirme a personas que no conozco.

El mulato lo miró. Vestía una camisa a cuadros roja y negra. Un pantallón claro, zapatos de dos colores. Se había colocado un palillo entre sus dientes. El codo estaba sobre la mesa, la silla hacia atrás. Con el palillo se escarbaba los dientes. Parecía haber comido opíparamente. De vez en cuando escupía algún fragmento de carne. "Parece que es una nueva forma de tortura —pensó Antonio— demostrarnos que mientras no nos dan nada, ellos lo tienen todo...".

—¿Con que no quieres firmar? —dijo aparentando cólera el mulato.

—No. No puedo firmar lo que no es verdad.

—Eso es lo que dicen todos... y terminan firmando... Aquí no hay quien deje de firmar...

El diálogo debía repetir centenares y millares de otros diálogos. La cólera del agente debía repetir también los mismos gestos de otras cóleras suyas.

Hubo un silencio. Apareció otro agente.

—¡Llévate a este a la siete!

El número correspondía a una nueva sección de detenidos o condenados.

El ambiente en la siete no difería demasiado del de la dos. Los detenidos se amontonaban como en un rebaño fatigado. Algunos tenían el torso desnudo. Otros estaban enteramente desnudos, otros vestían sólo calzoncillos. Algunos sólo tenían una

prenda: una camiseta. La habitación tendría unos seis por cinco metros o seis por siete. La aglomeración de los presos le daba a la habitación una dimensión mayor. Era un efecto psicológico.

Algunos parecían entontecidos. Otros daban la impresión de flotar. Era casi increíble que en ese oleaje tan dispar pudiera, de pronto, producirse un silencio lleno de atención humana. Cuando entró Antonio, el que explicaba una conferencia sobre derecho internacional se detuvo. Debía ser un abogado. Cuando terminó, ocupó el centro un muchacho bastante escuálido. No tendría más de catorce o quince años. Recitó un poema de Martí. Acaso lo había aprendido en la escuela. Antes.

—Está aquí y no sabe por qué —le dijo uno a su lado—. Lo detuvieron con su padre, que es ese de allá, el del rincón. Ninguno sabe por qué.

—Debe haber sido alguna denuncia del Comité de Barrio... —apuntó otro.

—Como no tienen nada que hacer: denuncian. Pero terminan denunciándose a sí mismos... Los comités de barrio no sólo han creado una histeria colectiva sino que han creado una histeria entre ellos —sonrió—; ahora se acusan unos a otros...

Un hombre tosía con cierta desesperación.

—Dicen que lo han condenado y que lo sacan esta noche —murmuró a Antonio su nuevo informante. Su informante actuaba con cierto pudor para que el condenado no lo advirtiera—. Le hemos regalado la mejor camisa...

—¿Pero, para qué le puede servir ahora? —Antonio no comprendía.

—Un jesuita que también está detenido aquí, y es el que ahora habla con él, nos dijo que le haría bien, psicológicamente, sentirse limpio de alma y de cuerpo.

Trajeron café en un jarro grande. Era un café aguado. Echaron un poco en una lata para cada uno. Les dieron un pan pequeño y duro. La mañana fue pesada, densa. Los hombres pen-

saban en la comida. El almuerzo desalentó a los que habían abrigado alguna esperanza de comer un poco mejor.

—¿Esto es arroz? —preguntó a Antonio el que le había informado sobre el condenado y el jesuita detenido.

—Al menos lo parece...

Antonio sentía náuseas, pero ensayó probar el arroz. Luego empezó a devorarlo. Era como una masa que parecía un engrudo. La ansiedad no preguntaba por sabores. El hambre tampoco. Igual hubiera comido fango.

Repartieron un plátano o banana a cada uno. La fruta estaba podrida.

—Para no perder la costumbre... —comentó el nuevo amigo de Antonio— ...Creo que eligen la fruta podrida de La Habana para destinarla a nosotros. Un día sí, y el otro día... también —sonrió con pesar.

—Afuera empiezan a faltar las cosas... Me han dicho que preparan tarjetas de racionamiento como si estuviéramos en guerra... Las carnicerías y los almacenes tienen ahora casi un mismo nombre todas...

—¿Qué nombre?

—Se llaman "No hay" —rió.

El malestar hacía perder a Antonio el sentido del humor. El cansancio le dormía la inteligencia. Ahora hacía preguntas estúpidas. Tragó saliva y se quedó en silencio.

Pero en la habitación los hombres hablaban. Movían los labios. Era como para entumecer el alma, para continuar despiertos en su interior. Era un ejercicio. Dos veces al día habían organizado conferencias. El jesuita detenido solía iniciar lo que ellos llamaban "las sesiones de cultura". Era como un intento de pasar el puente, de quemar horas, de cruzar los predios del infierno. Los que no habían aprendido en la Universidad o en el bachillerato o no tenían algún tema especializado, contaban historias

personales. Pero después de una hora terminaron por declarar finalizada la sesión de cultura.

—No sé dónde meterán más gente... —comentó un muchacho de unos 15 ó 16 años que parecía aturdido aún.

—¿Por qué?

—Detienen como a quinientos o más por día... Un día de 500 nuevos detenidos es normal.

—¿Cómo lo sabes?

—Aquí todo se sabe...

—¿Mucho tiempo aquí?

—Figúrese... —hizo un gesto vago, podía significar todo.

En el muro del fondo alguien había ido anotando los nombres de los detenidos que habían sido condenados a muerte. Algunos nombres aparecían con lápiz, otros con tinta y otros grabados a uña y hasta, algunos, con sangre. Eran solamente apellidos. Al lado decía: fusilado. Los hombres sentían cierta tensión interior. Cuando Antonio vio la cuenta fue como si un cuchillo al fuego vivo rasgara su garganta. Sintió calor y frío a la vez.

—Son brutales —dijo.

—Creo que son estúpidos —murmuró uno a su lado—. Esta revolución es una carnicería... Y en esta revolución Fidel es el Führer... Fidel es el Führer... Fíjate, Fidel y Führer tienen la misma letra. Y como a Fidel le dicen "Jefe Máximo" y es lo que quiere decir Führer... Fidel es el Führer... Sólo que quiere ser el Führer de América Latina y no se contenta con Cuba ahora... Ahora prepara agitadores para todos los países de América Latina. ¿Te acuerdas del Congreso Latinoamericano de Juventudes que se celebró aquí?... Pues era para eso.

La atmósfera era pesada. La idea del tiempo parecía flotar como el residuo de alguna de las industrias que trabajaban cercanas al río Almendares. Esos residuos despedían olores fétidos y parecían navegar en el río hasta donde el nuevo Instituto de

Turismo —el INIT— había hecho trazar unos agradables y hasta poéticos jardines.

* * *

Era llamada "La Casa de los Malos", pero pudiera haber sido designada como "La Residencia de los Buenos" y nada la hubiera hecho ni peor ni mejor de lo que era.

El G-2 la había elegido un poco al azar. Era una de las mansiones ocupadas a alguno de los altos funcionarios del antiguo régimen. Estaba situada en la calle 14 de Miramar y era una de las varias sucursales del G-2.

Le pareció a Antonio que el aire de la naciente madrugada era como un inesperado premio. Caminó como un muñeco que tiene algo roto en la cuerda. Sentía mareos. Acaso era el encierro, acaso la falta de alimentación adecuada, acaso la desesperación. Había olvidado afeitarse y la barba le había crecido más de lo habitual en aquel encierro caluroso y angustiado.

—¡No te distraigas! —la voz imperativa de uno de los G-2 le hizo comprender que ya habían llegado a la entrada de "La Casa de los Malos".

Las armas parecían multiplicarse a la entrada, pero también los detenidos. Los había en todos los sitios. Miraban como bestias condenadas. Ninguno parecía saber qué hora le estaba destinada. Todos esperaban. Acaso no sabían para qué esperaban, ni por qué.

A poco de ser empujado hacia el interior de "La Casa", alguien le hizo señas a Antonio para que se aproximara. Avanzó un poco inseguro.

—Siéntate aquí...

El recién llegado encontró sitio en uno de los descansos de la escalera que conducía al piso superior.

Pronto estableció esas lentas amistades del encierro en común, amistades que podían durar un día, una noche o unas semanas,

porque el tiempo tenía allí palpitations discontinuas, como un corazón enfermo.

Algunos dormían. Muchos se habían olvidado de todo. Otros rezaban. Los que podían intentaban olvidarse de sí mismos.

—Aquí cae uno como la bolita en un número cualquiera de la ruleta —le explicó el hombre alto y con la barba crecida y la sonrisa cansada. Se parecía un poco a don Quijote.

—¿Pero por qué la llaman “La Casa de los Malos”?

—Habla más bajo. Hay que dejar dormir a los que han podido quedarse dormidos... El nombre no significa nada. Suelen venir aquí algunos que están ensayando nuevos métodos.

—¿Cómo lo sabe?

—Soy un poco veterano. Además soy un poco viejo. Luchamos contra la tiranía de Machado desde el Directorio Estudiantil. Después luchamos contra las dos tiranías de Batista y luego contra...

No había que decirlo. Esta era peor. Era la del círculo que se cierra como a un golpe de hierros.

Pasaron unas horas. De pronto irrumpieron unos hombres armados.

—Todo el mundo a levantarse... Levántense cochinos... ¡Levántense degenerados!

Los que estaban en pie se agruparon. Algunos despertaron a los que dormían. Fueron reuniéndose.

Un sargento G-2 gritó reclamando silencio y empezó con voz ronca un extraño pase de lista.

—¡Ramiro Pérez!

—¡Negativo! —dijo resuelto el hombre alto que había hablado con Antonio.

—¡Feliciano Rodríguez!

—¡Negativo! —volvió a responder el detenido, delgado y tranquilo.

—¡Américo Martínez!

—¡Negativo!

—¡Justo Soto!

¡Negativo!

La lista continuó junto al rebote de la palabra “negativo”.

El sargento G-2 se marchó con los que lo acompañaban.

—Esto es una desorganización —comentó Antonio—. ¿No saben quiénes estamos y quiénes no están detenidos?

—Lo saben —dijo el nuevo compañero de Antonio.

—¿Entonces?

—Te explicaré por qué lo hacen... Ya te irás acostumbrando —su mano cayó, fraterna, sobre la rodilla de Antonio—. No sé si habrá un cigarro todavía. Todos han desaparecido. Es una tortura más que hay que vencer.

—¿Pero, lo de las listas? —preguntó Antonio intrigado.

—Irás aprendiendo muchas cosas... Siéntate más cómodo —el hombre le indicó a Antonio un peldaño más ancho de la escalera que llevaba al piso donde otros detenidos se desesperaban—. Toma un poco de agua, a pequeños sorbos, antes que se caliente... la lata no está muy limpia, pero, al menos es un consuelo.

Antonio bebió lentamente. El agua corrió por la barbilla y le pareció de un sabor casi a jugo de melón. Era la sed.

Quedó más tranquilo. Ahora podía escuchar la explicación de su nuevo amigo. El detenido, alto y enjuto, parecía imponer una autoridad moral sobre los otros quince. A Antonio le pareció que era un médico, porque le dijo a uno de los G-2: “Tengo que atender a un muchacho enfermo” y uno de los agentes uniformados fue menos autoritario con él que con los otros detenidos.

—Quisiera me explicara lo que empezó a hablarme hace unos momentos —pidió Antonio.

—¿Has visto dormir a un gato? —preguntó el hombre alto de figura quiijotesca.

—Sí. He visto dormir a un gato —dijo Antonio un tanto vacilante, porque imaginaba que la pregunta podía ser una broma, pero la sonrisa de su nuevo compañero lo tranquilizó.

—No. No es una broma —díjole el detenido a Antonio, como si hubiera adivinado su pensamiento—. Se trata de una observación científica... Créeme. Recuerda esto: el gato duerme, parece que sonríe, se agita cuando sueña, hace ciertos movimientos, ¿verdad? —Había bondad en el tono de voz del hombre alto, una bondad mezclada a una tranquila luz de inteligencia humana— pues todo eso es lo que pudiéramos llamar “la fase paradójica en la actividad onírica”...

—¿Pero qué relación puede haber entre el gato que duerme y los detenidos?

—No te impacientes —hablaba el hombre alto como si estuviera ofreciendo una golosina en sus palabras—. ¿Qué te parecen cincuenta horas sin dormir?

—Algo grave... —Antonio dudaba aún.

—Es la peor tortura —afirmó el nuevo amigo que empezaba a ser un hermano mayor—. Créeme: es la peor tortura y conviene que uno esté prevenido de esto, porque *ellos* también lo saben... y científicamente. —Decía “ellos” con una acentuación especial, con un énfasis muy significativo, porque “ellos” eran los orientadores de las torturas.

—Es una tortura que ahora que recuerdo la han aplicado, con eficacia, los chinos, como una de las torturas más desesperantes... como la gota de agua —dijo Antonio.

Pero es motivo de investigación muy seria todo lo que ocurre aquí dentro —el hombre alto indicó el cerebro y el cerebelo—. La fatiga produce una disminución de la voluntad. Tú lo sabes.

Antonio asintió. No quería perder la explicación y lo invitó con el interés que demostraba su mirada, a que continuara.

—¿Cómo se va midiendo la fatiga en los centros de experimentación científica? ¿Cómo se miden los reflejos o la reacción

a ellos? Al paciente se le distrae, se le hacen hacer ejercicios, se le mantiene despierto. Luego se le indica que realice tales pruebas de atención, que apriete por ejemplo el botón rojo, primero; el verde después; o, luego, el amarillo... Y se va midiendo el tiempo en que demora en reaccionar... La primera noche sin dormir aún no es muy grave en las manifestaciones a través de los reflejos, pero luego empieza el deterioro. El sueño es un deseo, una angustia, una necesidad de nuestra vida y cuando el sueño es interrumpido o alterado o roto, aparece un curioso cuadro psicológico porque el hombre desea satisfacer un deseo. Entonces aparecen la angustia y la desesperación.

Otros dos detenidos se habían acercado silenciosamente. Escuchaban con atención. El hombre alto, de mirada inteligente, pómulos bien marcados, cabellera muy escasa y entrecana continuó explicando:

—Hay algo más. Y es que el hombre, a través del sueño intenta manifestar un deseo. En el sueño el hombre expresa cosas que no puede expresar en la vida ordinaria. Es pues una necesidad, un desahogo, si quieres llamarlo así. Pero además es una función física del organismo. Existe una permanente actividad eléctrica cerebral en la persona, mientras duerme, cuando sueña. En el 80 por ciento de los casos los que duermen o sueñan no tienen conciencia de esta actividad eléctrica... El sueño es pues una reconciliación, una restauración, un equilibrio o una recuperación... Imagínate —se dirigía ahora a Antonio— lo que todo esto significa cuando nos torturan obligándonos a despertarnos sobresaltados o a dormir poco o dormir mal o a casi no dormir...

Guardó silencio. Antonio comprendió, entonces, esos llamados mecánicos, a detenidos que no existían, pero la lectura de cuyos nombres obligaba a los presos a permanecer en tensión y a responder “Negativo”. Era como una cola de tiburón golpeando, con ritmo sordo, contra un bote vacilante.

El hombre alto habló del Instituto Pavlov de Moscú. Explicó cómo los reflejos condicionados o reacondicionados, descubiertos por el sabio Pavlov, por simple amor a la ciencia y al conocimiento humano, habían sido convertidos en la Unión Soviética en arma política de tortura.

Pasaron unas horas. El hombre alto y tranquilo le había dicho a Antonio que iría a hablar con el joven enfermo. "Le ayudaré a desahogar su angustia. Está al borde de la desesperación".

Vino un nuevo amanecer. Los detenidos habían aumentado. Unos hombres tirados en el suelo parecían bestias moribundas. Antonio quiso acercarse a ellos. Respiraban con dificultad. Quiso buscar la mirada del hombre alto y bondadoso, pero ya no lo encontró. Alguien le informó que se lo habían llevado y no había vuelto y que los muchachos que parecían bestias eran oficiales del Ejército Rebelde.

—¿Por qué están aquí así?

—Nadie sabe.

—¿Pero qué les hacen?

—No sé cómo los rompen. Se los llevan y vuelven así... A algunos los fusilan con salvos... Pero estos son valientes... Algo más deben hacerles...

El desayuno volvió a ser un poco de café aguado y un pan viejo.

—Ten cuidado —le habían recomendado a Antonio— porque suelen introducir agentes G-2 para hacernos creer que ellos también están detenidos. Les interesa saber no lo que nos preguntan afuera, en los cuartos de interrogatorios, sino lo que podemos conversar aquí... —el joven era despierto.

Los "confidentes" infiltrados era una tortura más entre las otras torturas, porque podía sembrar la desconfianza entre los detenidos.

Recibieron como alimento un arroz que parecía una masa ingrata y mal cocida y un pedazo de boniato, un tubérculo pa-

recido a la patata. Antonio sentía que sus oídos zumbaban. Comió, sin embargo, y encontró que aquella comida impropia le mantendría. Con los días, la comida continuaría siendo tan escasa como inadecuada, pero Antonio la iría encontrando cada día mejor. El infierno suele ser, también, una costumbre.

Un día lo llamaron. Lo condujeron por distintos corredores hasta una habitación pequeña. El rostro serio de uno de los agentes pareció penetrarlo como con rayos X.

—Siéntate —ordenó el agente—. Te veo de cabeza en el paredón... de modo que vamos a ahorrarnos cumplidos... —rió.

—No sé de qué se me acusa... —Antonio se prometía no desmayar por dentro, intentaba aparentar serenidad, aunque en lo íntimo de sí tenía miedo.

—Tú estabas trabajando con los grupos de acción del movimiento clandestino cuando te detuvieron —la voz era fría como un puñal.

—No es verdad —dijo Antonio, comprendiendo que mientras negara toda acción estaría salvado.

—No sacas nada con negarlo, porque otros han hablado por tí...

—No sé qué puedan haber hablado...

—No perdamos tiempo. Tienes pocas oportunidades de salvarte del paredón.

Se hizo un silencio. Era como si un reloj marcara el ritmo del tiempo con un sordo sonido de madera. Un invisible movimiento pendular batía el aire de la habitación, la tensión y hasta la sangre. El agente sacó un cigarrillo. Lo encendió con lentitud. Una bocanada de humo ascendió, dibujando una extraña y pequeña nube de fantasía. El policía daba la impresión de pensar en algo ajeno, de haberse alejado del motivo del interrogatorio. Estaba abstraído, ausente. Tomó unos papeles. Antonio tuvo, de pronto, la impresión que el G-2 se había olvidado de él. Era extraño, después de haberle amenazado con el paredón, pero era así.

De pronto, Antonio intentó no mover sus músculos, inmovilizarse, casi ser una momia. El agente terminaba de dejar una de sus pistolas sobre la mesa. Fue un gesto tan natural y descuidado que nada pareció delatar la presencia de esa arma que podía ser la salvación de Antonio. Era como, si al cabo del diálogo, el G-2 hubiera tratado de zafarse de esa realidad. El silencio tenía una plasticidad especial. A Antonio le pareció que al final de la cesación de todo ruido se abría una voz: "Apodérate pronto de la pistola. Calcula bien. No puedes fallar. Es menos de un metro. En un segundo puedes estar sobre ella. Lo demás es cuestión de otro segundo. Un breve movimiento. Aprietas el gatillo. Cae el G-2. Tienes otras balas en el cargador. Te abres paso a tiros". La sangre batía como un redoble de tambor. Le parecía a Antonio que su idea podía delatarlo. Calculaba rápido. El pensamiento era como el hilo eléctrico. "Es seguro que los disparos crearán una confusión. Es el azar. Hay que tentarlo. La confusión puede abrir la puerta hacia la libertad. Luego, la calle y correr, correr, con el alma, como el viento, o más que el viento, cuanto se pueda. Será la libertad". Antonio calculó lo que pudiera separarlo de la calle. Podía ser mucho o poco. Valía la pena arriesgarse.

De pronto su mano inició un movimiento, pero casi antes que su mano lo iniciara, o al mismo tiempo, la mirada del G-2 chocó con la suya. Fue cuestión de menos de un segundo. La mano del agente saltó como el rayo, rebotó contra la mesa como un látigo. Sonaron dos disparos. Retumbaron como si dos montañas cayeran desintegrándose hacia el mar. "Si la muerte es así —pensó Antonio, rápido— es un alivio". Debía estar herido, Por dentro la sangre debía estar buscando el camino final. Acaso se iría derumbando por dentro. Era el final.

Una risa brutal, áspera, alumbró la sala como el cuchillo que es esgrimido en una riña callejera y relampaguea al final de un callejón. Era una risa como rama agitada contra la tierra.

Sabía que no eras capaz de llegar a la pistola antes que yo... Eres demasiado ratón... Todos ustedes, los que escriben, son iguales... Te queríamos probar... Creíste que la pistola estaba cargada de verdad —volvió a reír— y ya vez... —parecía ahogarse en una risa falsa, que era ya desnudo desprecio— eran salvas... como de juguete, pura pólvora y miedo... Pero no quisiste jugarte la vida... o te demoraste... Los que se llaman intelectuales son unos cobardes... Pero ahora se acabó, ¿me estás oyendo? Ahora mandamos nosotros...

Antonio guardó silencio. El agente volvió a sonreír. Sólo admitía como escritores a los que escribían en el órgano oficial del Partido —el periódico *Hoy*—, o a los que "el Partido" decía que debían ser considerados escritores. Nada existía fuera de la voz o de los intereses "del Partido". Parecía que la vida había sido parida por "el Partido" y que nada podía subsistir si "el Partido" no aceptaba su existencia.

Pasó un minuto, luego otro y otro más. El G-2 hizo una seña. El que había entrado, silenciosamente, se acercó hasta la mesa.

—¿Quieres tomar algo? —la mirada del agente parecía hurgar en Antonio.

—No deseo nada.

—No seas terco... Tómate un café con leche que te hará bien.

Era como el cambio de ritmo en un match de boxeo y Antonio estaba preparado para estos tránsitos entre las presiones "duras" y las "blandas". Estos tránsitos sólo buscaban como objetivo el ablandar su resistencia. Llegó el otro oficial de la policía. Ocupó el lugar del que se marchó, posiblemente para iniciar otro interrogatorio. El reemplazo se hizo normal y el asedio volvió a empezar como si todo fuera un estreno.

—¿Con quién trabajaste?

—No sé a qué se refiere.

—Dime el nombre de tu jefe.

—No sé a cuál jefe se refiere.

—Tienes que cooperar con nosotros.

—No sé de qué cooperación me habla.

Las horas continuaron. Los interrogadores volvieron a hacer las mismas preguntas. Antonio se sentía cada vez más débil. Sentía sueño, estaba como aturdido por dentro, flotaba, pero continuaba negando, repitiendo "No sé a qué se refiere". Le dolía la nuca, los ojos se le cerraban. Le costaba un mundo de esfuerzo interior permanecer despierto, pero continuaba afirmando —con voz un poco más débil—. "No sé a cuál jefe se refiere".

Fue devuelto a la habitación donde unos gemían, otros dormían, otros suspiraban y otros conversaban y mantenían la fe de los que eran como náufragos de una tragedia que parecía recomenzar cada hora y cada día. Fue vuelto a interrogar. Volvió a ser devuelto al sitio donde estaban los otros compañeros de infortunio. Era como una maquinaria de elásticos que le azotaban el alma. Sentía que las palabras lo habían ido triturando. Los rostros de sus compañeros eran casi los mismos, pero ahora los veía distintos. Se acercó un joven delgado y tembloroso. Buscó las manos de Antonio.

—Toma... Te hará bien —era un rosario, Antonio había olvidado rezar.

—¿Qué hora es?

—¡Imagínate! Aquí nadie sabe qué representa el tiempo. Los relojes no sirven —comentó el joven.

Más tarde trajeron arroz con frijoles. Hubo como un despertar.

—Está buena la comida hoy —comentó Antonio más repuesto.

—Es un regalo para ustedes —dijo un miliciano que había entrado—. Se han portado bien. Nosotros no somos como ustedes piensan...

Pronto "la casa de los malos" se convirtió en "la casa de los vómitos" y "la casa de los vómitos" empezó a convertirse en "la casa de los locos".

—Le han puesto jalapa a la comida... —Los detenidos no ocultaban su indignación. El olor que subía del piso era agrio, ingrato, como de corral de puercos.

—Más vale que nos maten de una vez —gritó, furioso, un muchacho con fiebre.

Vomiten, ahora, hasta los intestinos... A ver si viene la CIA, con el imperialismo yanqui a salvarlos —los milicianos reían.

Se hizo de noche, pero no cesaron los vómitos, ni las impresiones.

CAPÍTULO II

TODO PARECIA desbordarse. Hacían falta más sitios para detenidos, más agentes represivos, más salas de interrogatorios, más habitaciones para amontonar a los acusados como “contrarrevolucionarios”. Eran necesarios más edificios que, pronto, se convertían en corrales de presos políticos. La capital era como una gran pirámide de consignas y los corredores, numerosos, desembocaban siempre hacia nuevos rebaños de detenidos.

Fue necesario buscar nuevos espacios en las grandes prisiones, ya tan repletas de acusados. Se tuvo que recurrir a habilitar los fosos, galeras, sótanos y a las celdas clausuradas, hacía mucho tiempo, en las viejas fortalezas coloniales. Fue preciso improvisar cárceles, ampliar otras, encontrar nuevos sitios de encierro y tortura, porque los detenidos no cesaban de crecer y la marea de inculpados crecía y crecía sin que nadie pudiera imaginar su término. Pronto sería la hora de organizar campos de concentración en los islotes casi ignorados, sin nombre, o en sitios antes alejados de la mano y el ojo del hombre. Los presos por delitos comunes empezaron a ser amnistiados o, simplemente, arrojados a la calle. El nuevo Estado del “Jefe Máximo” necesitaba espacio para los presos políticos. Al régimen no le interesaban los condenados por delitos comunes. Estos se convertían en milicianos, como gratitud al “Jefe Máximo”, y así el régimen aumentaba

sus milicias. Los nuevos presos políticos, que ocupaban el espacio dejado libre por los presos comunes, se convertían en bestias, gracias también al nuevo sistema político del “Jefe Máximo”, y todo parecía —dentro de la nueva situación creada— tomar su ritmo normal.

Cuando, con otras docenas de detenidos, Antonio Baena fue sacado de “la casa de los malos” y empujado hacia uno de los camiones que iban siendo llenados con los acusados de “contrarrevolucionarios”, el aire de la madrugada fue como una bendición. Inundó su rostro como de una caricia de gracia. Sintió la sensación de bienestar no solamente en la cara sino en el alma. Al respirar el aire fresco pareció inundarse, de una olvidada dicha, lo que aún podía seguir llamando “su vida”. Estaba débil, se sentía enfermo, casi un subhombre, pero el aire de la madrugada fue para él como las manos de la madre para los ojos de un ciego.

Antonio se sintió, de pronto, en un mundo de vivos. Fue sólo una impresión breve, porque estaba demasiado aturdido. Esa sensación duró lo que el trayecto desde “la casa de los malos” hasta el otro extremo de la ciudad y al otro lado de la bahía. “Nos llevan a La Cabaña” murmuró uno de los detenidos. La Fortaleza de La Cabaña era el aire nuevo, pero también era el sitio de los paredones.

Lo destinaron a una de las galeras. En adelante fue un número del número de una galera. Nada más. Pero Antonio encontró, que en el nuevo hacinamiento de presos políticos, había menos caos. En la galera había algunos detenidos dueños de una experiencia acumulada en sufrimientos y meses de detención. Eran los veteranos. Habían conseguido organizar un poco, por dentro de la galera, aquel infierno de los condenados. Era posible subsistir.

Antonio encontró rostros que lo miraban con una curiosidad crecida desde el dolor compartido; escuchó palabras nacidas de

un infortunio hermano; oyó voces de alerta, como surgidas desde la adversidad y el sacrificio. Estaba muy débil, pero la vida colectiva en la galera le pareció que era como una fertilidad humana y recordó una sentencia que lo había acompañado desde los días de su adolescencia inquieta y estudiosa: "El dolor que no me mata me hace más fuerte". La había encontrado, un día ya lejano, en un tomo de cartas de Nietzsche y lo había ayudado mucho, en difíciles circunstancias de su vida.

Se sentía decaído. La enfermedad era casi una palabra que no tenía sentido en la prisión. Todos estaban enfermos, incluso los carceleros. Y estar "un poco más enfermo" —como lo estaba Antonio— era como padecer sólo un poco más dentro del padecimiento general. Así sufría, como desmoronándose en su interior. Como si estuviera sobre una colina de arena y rodara.

Sentía que esa delgadez y esa transparencia de cielo visto al trasluz, que hay en los rostros, en las manos, pintados por el Greco, pasaba a él, se le incorporaba. Y advertía, dentro de sí, que el Cristo crucificado volvía a ser clavado en la cruz cada vez que un hombre sufría. Comprendía, entonces, que no había vivido en vano.

La vida continuaba girando como un molino de aspas viejas y ennegrecidas por el humo de los días ingratos. Comer era como una obsesión desesperada. Se sabía enflaquecido. Su rostro no era el mismo. Le parecía que el color pálido, como arena del desierto, era su color. Todos empezaban a ser hombres del desierto, hombres desiertos, no obstante el secreto afán de reconfortarse y de poblar la adversidad con palabras, gestos, lecturas casi clandestinas, ideales y esperanzas.

El tiempo era como una prueba. "Fuimos ligeros como el aire que juega —se dijo por dentro Antonio—. Nos reímos del huracán, dijimos que nunca llegaría y ahora hace de nosotros lo que quiere... Ha habido una pasión de morir. Acaso podrá haber, más tarde, una pasión de vivir..."

El día se uniría a la noche y la noche a un nuevo día, como en una cadena sin fin, como en un círculo de eslabones. Nada tenía final. Nada parecía haber tenido principio. Se condenaba como en una ruleta donde el azar marcaba las penalidades, los años, los sufrimientos, las esperanzas. Se flotaba en esa atmósfera donde todo, salvo el odio, había sido clausurado. La gota de agua en el frío patio vecino continuaba sonando monótona y sorda. Era como un péndulo de cuerda interminable. La noche era dura como el ébano.

Afuera resonó una descarga. Nadie supo si era una víctima más que caía ante el paredón descascarado por las picaduras de las balas o si se trataba de un simulacro de fusilamiento, método que solía emplearse para romper la moral de los prisioneros.

La Habana era una ciudad histórica a fuerza de muertes efectivas y muertes simuladas, de venganzas y asambleas delirantes, de consignas y silencios de fieras, de vigilancia y desbordada sensualidad, de propaganda y jolgorio, de fusiles y temor.

Antonio Baena se habituó al sonido de las llaves como cuando cierran una reja de hierro, al silencio cuando se reúne a la soledad, a los quejidos —como de animales ahogándose— de los que se desesperan, a los gritos de los que son torturados; al silencio de túnel que gotea humedad cuando alguno era condenado al confinamiento del "chinchorro" o sótano dentro del encierro; las piedras, a los muros, al estómago como necesitado de consuelo, al olor de orines estancados, a la lucha contra el desaseo y al consuelo de poder lavar sus camiseta, sus calzoncillos o sus calcetines. Ya casi había olvidado el olor de una camisa recién planchada, porque en la prisión la tela era otra y casi se vivía con el alma desnuda.

Los cuidados de algunos de sus compañeros le hicieron sentirse mejor, ya casi no sentía fiebre. La enfermería era un raro privilegio y negársela, a los que caían enfermos, era una nueva

forma de tortura. Pero todavía escuchaba con dificultad, como si estuviese debajo del mar, las palabras de las conferencias o lecturas colectivas que sus compañeros organizaban cada vez que había alguna oportunidad. Era una manera de no dejar morir el alma.

Se fue acostumbrando a distinguir las diversas miradas de los carceleros. Los ojos del miliciano que no está contento y los del cuadro responsable del partido. La no lejana presencia del mar era, de noche, como un regalo de Cuba, también prisionera. Aunque no se pudiera ver, no estaba lejos. Era el mar como un latido invisible de consuelo. Entendió mejor la secreta relación entre la compañía del mar al doloroso Prometeo y por qué Jesucristo buscó a pescadores como discípulos y por qué predicó junto al mar y un día caminó sobre las aguas.

La humedad empezó a serle familiar como la oscuridad y la pobre alimentación. La ciudad amada le era ahora ajena. Debía aprender las calles de esta otra ciudad sinuosa de padecimientos y sombras, donde tomar un poco de sol era como un premio insospechado. Pero era la fraternidad humana la que mejor los alumbraba. En la misma galera se encontraba, condenado, un padre jesuita. El sacerdote procuraba enseñarles cuanto sabía de historia, de matemáticas, de francés. Antonio pensaba que mientras el hombre albergara dentro de sí la voluntad de luchar contra el destino adverso, no podría ser verdaderamente humillado en su interior.

* * *

Los presos políticos que habían recibido cigarrillos, en la última visita de sus familiares, podían amortiguar la angustia con los resortes, casi inútiles, de las breves bocanadas de humo.

Las órdenes para "los juicios", donde —en un breve final— eran firmadas las sentencias para los paredones, se alternaban

con las voces que anunciaban "la requisa", que obligaba a los detenidos a salir desnudos para "la revisión" de sus pertenencias. Y lo que se tenía allí era sólo la vida pendiente del hilo de "los juicios" o del silencio de los que nunca serían llamados a ningún juicio porque les había sido señalada otra condena: la espera interminable. Todo aquel clima viciado, sombrío, tenía algo de sucia gelatina.

A Antonio no le quedaba, ahora, otro destino que permanecer casi inmóvil en lo que pudiera llamar "su cama". Era difícil calificarla, porque no es fácil clasificar el entarimado o encastrado de hierro que sirve para no acostarse en el suelo frío.

En las galerías de La Cabaña parecían girar lentas hélices de agonía. Era como si una niebla se arrastrara, aturdida, empujada por un vaho de inmóviles miradas. El ritmo de los paredones rajaba la noche como con un ruido de cuero. "Pelotón!... ¡Fuego!..." Y parecía que el cerebro se vaciaba cuando la descarga descascaraba la noche. Los labios murmuraban oraciones o una angustia sin puertas, que rebotaba como otra descarga en el alma. La muerte era sorteada así en esa rápida carrera que iba "de los juicios" a los paredones. El heroísmo se enfrentaba con gritos de "Viva Cuba Libre" a la mirada fría de los ojos de los fusiles. La bolsa de valores se había convertido en una ruleta de cotizaciones singulares, porque la vida y la muerte giraban por igual, como el temor y el heroísmo. Pero se era héroe para el silencio, para la cadena de compañeros encadenados, para los que aguardaban turno y probarían un día el sabor de la saliva de la pre-muerte frente a las imprecaciones de los que acudían a los juicios para gritar contra los condenados. Ahora se hacía asistir a los fusilamientos; asistían hombres vestidos con blusas azules deslavadas, pantalones verdeolivo, boinas negras y cinturones militares. Ante sus ojos pasaba la muerte vestida de paredón y los ojos no parpadeaban. Injuriar a los que

iban a morir era una prueba destinada a fortalecer el carácter de los "leales" al "Jefe Máximo".

* * *

Había empezado a llover no solamente sobre la ciudad y sus alrededores. También caía la lluvia en el interior de las personas. No había donde guarecerse. Todo lo empapaba la lluvia. En algunos sitios las gotas de la lluvia parecían de plomo. Los que morían delante de los paredones de los fusilamientos sabían que la lluvia de las balas no perdona a los elegidos.

"Es como si nos amenazara un segundo diluvio", pensó Antonio. "En el interior de muchos de nosotros ya no llueve la esperanza sino la sangre". Afuera las bocinas de los carros esparcían consignas de adoctrinamiento. La vida se había hecho demasiado pública. La vida había cambiado demasiado rápidamente de vestiduras.

A veces Antonio creía que el corazón estaba comunicado con el infinito y que sonaba como una campanilla de teléfono dentro de sí. Acaso era una llamada del infinito. Una llamada desde larga distancia.

La cabellera de la noche del trópico se derramaba en el aire. La noche de La Habana olía a hembra y perfume. En la prisión olía a temor y a sangre. La noche caía como una máscara de hierro sobre los condenados a los paredones. Caía en el instante en que los amantes se reúnen con felicidad mientras afuera suena la lluvia.

Las horas parecían tener ojos de piedra. A veces las horas tenían el brillo de las pantallas de televisión que reverberaban en la Isla. La mirada de la propaganda era demasiado conocida. Fuera de la prisión ya no asombraba a nadie, que "el jefe" anunciara que podía cambiar en cualquier momento el latido del mun-

do. Antonio pensó que todos parecían vivir como al otro lado de las mareas de las horas.

El destino empezó a parecer un reloj viejo al que todos habían olvidado darle cuerda. El futuro se convirtió en una droga y ya no hacía falta que cada uno pensara por sí mismo. "El Jefe Máximo" parecía pensar por el destino de todos los que se encontraban afuera. Así la vida era como un círculo ciego.

* * *

Avanzaban todos, lentamente, como un ganado, en dos filas, dispuestas como los surcos que sostienen una cruz. La mañana era de lluvia. El sol se había ocultado como detrás de la ceniza que debió caer en las ciudades castigadas, según el relato de la Biblia.

Los carceleros debían conducir a los presos de la galería hacia el patio grande. Nadie sabía por qué. No era día de visita, ni era día de registro, ni de inspección general.

Del otro lado venía una doble fila de presos, conducidos también como el ganado a la hora del ordeño. Eran menos que hombres y hasta menos que bestias.

Al cruzar unos y otros se observaban en silencio, algunos se reconocían, se saludaban (no estaba permitido hablar). Se miraban buscando una fraternidad callada y fertilizadora confirmando "si aun estaba allí" el amigo o el conocido, si no había sido sorteado entre los números marcados para el paredón ciego.

En las filas había antiguos revolucionarios, hombres del "Movimiento 26 de Julio", combatientes del "Triple A" de la "Organización Auténtica", del Directorio Revolucionario, libertarios, de la CTC Revolucionaria, y hombres sin partido, muchachos de Acción Católica y jóvenes anarquistas. Pero entre los revolucionarios que ahora padecían como "contrarrevolucionarios", como

“agentes de la CIA”, “vendepatrias” y “criminales de guerra”, había rostros de campesinos, rostros de hijos de la clase obrera.

Al cruzar las filas, Antonio reconoció una cara amiga. Fue una impresión violenta. Casi gritó el apellido: ¡“Cabrera”! Sí. Era el campesino de los llanos, el que había combatido por la revolución. Se acordó de la tarde que lo visitaron con Juan Manuel Cervantes. Lo recordó todo. Y le pareció que en la mañana el ahorcado por los guardias de la otra tiranía volvía a mecerse en esta de ahora.

Unos días más tarde pudo Antonio cambiar algunas palabras con el campesino. Cabrera lo reconoció sin mucho esfuerzo. “¿Quién nos iba a decir que usted y yo nos encontraríamos aquí, un día... y encerrados aquí por los que se decían libertadores de Cuba?...”

Era como si un manto gris, como si una lluvia sucia, plúmbea, como de siglos, hubiera caído en el interior del campesino.

La historia que le contó a Antonio, breve y deshilvanada, se refería a la aplicación de la Reforma Agraria, que aparecía tan clara y justa en el papel, pero que en la práctica poco o nada tenía que ver con la ley aprobada en la Sierra Maestra.

Se empujaba a los campesinos, de determinadas zonas, a incorporarse a las “granjas colectivas”, donde se convertirían en siervos del Estado. Y los que habían soñado con trabajar su propia tierra debían trabajar ahora la tierra que se decía era de todos, pero que en realidad era de la nueva clase del nuevo Estado. Otros, que eran dueños de pequeñas propiedades, podían continuar cultivándolas siempre que una zona del INRA no tocara o pasara, en su trazado, por una de ellas. Si eso ocurría, si el azar intervenía, en esa forma, adiós tierra. El INRA se la incorporaba. Las zonas del INRA devoraron así millares de esperanzas y millares de sueños de libertad. Algunas tierras —que no quedaban dentro de “las zonas”, fueron distribuidas y se fotografió a los poseedores de ellas. Debieron pagar en propagan-

da lo que se les debía como un derecho, o lo que les pertenecía hacía tiempo.

Pero Cabrera fue despojado de su tierra, porque el INRA resolvió ampliar los cultivos de la zona. Protestó. Dijo que se iría, otra vez, “a la lucha”. Pero no eran los tiempos de antes. Se fue a La Habana. Lo atrapó el G-2. Lo acusó de contrarrevolucionario y fue a dar a La Cabaña. No supo explicarle a Antonio ni qué había hecho, ni de qué lo acusaban. Sólo le dijo en el último momento: “El que no tiene el visto bueno de los “ñángaras” (quería decir de los comunistas) más vale que se ahorque”. Antonio pensó en el otro ahorcado. Un carcelero ordenó a Cabrera regresar a la galera. Cuando Cabrera caminaba lento, como confuso y vencido, oyó Antonio que el carcelero lo inculpaba: “Tú has sido un ‘batistiano’... por eso estás contra la Revolución... pero, oye bien... contra el pueblo... no podrán ustedes nada... nada... ¡contrarrevolucionarios!”

* * *

La bahía estaba enfrente de Diana. Parecía, de pronto, un lago tranquilo. El olor del mar llenaba, sin embargo, la mañana. Era un olor a yodo, un olor sensual. El mar era sexo.

La luz estaba como cernida hacia el fondo, sin embargo, delante parecía reverberar sobre los techos —algunos largos como sombreros de gaupones, otros breves, como cobertura de casas.

De cerca los Mártiles creaban reflejos en el agua. Se alargaban en el agua y la tranquila movilidad del mar calmo de la bahía les daba una poesía singular. Pero más allá de los veleros, al otro lado surgían chimeneas y los volúmenes claros de los barcos que cargaban y descargaban, junto a los muelles especiales. Había cierta suciedad en el aire que iba despejando la mañana.

Los guadaños eran botes simples que transportaban pasajeros. En otro tiempo los enamorados y los que deseaban despejar la cabeza de una borrachera subían a los guadaños. Los boteros eran hombres de piel curtida por la sal marina y de alma triste. Debían ser bebedores también. En algo había que ahogar las penas. La piel era seca, tenía algo de la piel de las fieras, pero la sonrisa era dulce, aunque faltara algún diente.

Aquella mañana los rostros no eran gratos. Se respiraba en el aire el temor que rodea a la selva cuando se siente que el cazador se aproxima. Acaso el grupo estaba rodeado por el miedo. Debían ser conducidas al otro lado "para ver a los presos". Diana era novicia en ese menester.

"Los presos" formaban una especie de sub-capa, eran como los hombres de un leprosario.

Los familiares de los presos políticos debían compartir esa condición de apestados.

—Ay, hija. No sé cuanto tendremos que esperar ahora —dijo una señora de edad dirigiéndose a Diana.

—¿Usted va también a la Cabaña?

—Si hija —suspiró— y usted ¿a quién tiene allá? ¿A su padre?

—No, a mi marido...

—Hay que conformarse hija y tener paciencia...

—La tengo...

Resoplando como si el motor se estuviera cansando, como si fuera una persona, se acercó la lancha que conducía a los pasajeros de una a otra orilla, como sin reposo. El motor tenía algo del vacilar de los pulmones. El sol era alegre. Pero los rostros no.

El diálogo era deshilvanado. Entre los "familiares" podía ir también alguien que no lo fuera. La calle era una sucesión de oídos. Era como si los oídos se hubieran divorciado de los cuerpos y anduvieran solos. No se les podía pedir que tuvieran co-

razón. Por otra parte ya no era la época de los arranques sentimentales sino la de los suspiros como bajo tierra. Había que suspirar hacia adentro. El cubano se había vuelto o fanático o desesperado. El fanatismo suele ser, al fin, una forma de desesperación, una huida de algo.

Diana había aprendido a distinguir la leve sonrisa comprensiva y el silencio cuando encerraba como una bahía que era capaz de consolar de una tormenta, también silenciosa. Pero sabía algo más: que, aquí y allá, rondaban hombres y mujeres con el anzuelo de la frase de doble sentido capaz de engarfiar al enemigo de la revolución. Eran como los sonámbulos subagentes de la policía política.

Un muro invisible separaba, ahora, a los cubanos —los de la "contra" estaban de un lado y los de "la revolución" estaban del otro—. Pero al fin y al cabo todo estaba confuso y los que gritaban a nombre de la revolución ya la habían traicionado.

"Nadie entiende a nadie —pensó Diana—. Esto ha terminado en que todos somos, ahora, enemigos de todos". Subieron al lanchón. Se fue llenando de pasajeros. Quedaron otras personas "para el próximo viaje". Lentamente empezó a despegar. Luego apareció el cobrador.

Separados de ambas orillas podía tenerse la ilusión de un viaje hacia la ausencia. Los que estaban en las prisiones de La Cabaña tenían delante calendarios ciegos, rejas ciegas, meses y años ciegos. No podían ver ni siquiera este poco de mar, ni sentir la ilusión del breve tránsito, que era como un viaje de juguete o de mentira, una pura ilusión.

Cruzó un lanchón grande y el oleaje los zarandeó. Hacia el fondo descargaban o cargaban dos barcos llegados del otro lado del Atlántico, porque tenían letras del alfabeto ruso. La mitad del planeta o mundo y medio había recorrido para llegar hasta aquí. No había, como años antes, barcos norteamericanos. Demasiadas cosas habían cambiado, aunque los Estados Unidos estaban como

si uno dijera, hablando familiarmente, "al doblar de la esquina". Se encontraban a unas pocas docenas de millas, pero era como si estuviesen en Marte o en Venus. Todo se había transformado y era como si el mundo hubiera girado, como un rollo de pianola y hubiera arrojado al otro lado lo que estaba geográficamente cerca.

Lentamente la pequeña embarcación atracó al muelle. El que hacía de capitán y que era, a la vez, alimentador del motor, hizo girar el timón. A los costados había una defensa de goma para que al aproximarse al muelle no se sintiera el choque. Una cuerda tirada con rutinario desgano inmovilizó la lancha. Unas manos la hallaron del otro lado y la ataron a un poste colocado a ese fin. Descendieron. El desembarcadero era de madera envejecida. Miliciano y soldado se mezclaban con sus camisas azules y sus uniformes verdeolivos.

Junto al muro había un banco donde esperaban los pasajeros. Se empezaron a poner en movimiento. Un soldado miró a los que cruzaban ante él. Parecía lejano, ausente. Su rostro evidenciaba al campesino. Los ojos renegridos tenían el color de una vieja tristeza. Sonrió con cierta cansada ausencia. La camisa verdeolivo era de manga corta y le dejaba en descubierto unos brazos velludos. Oprimía un cigarrillo. Las botas eran nuevas. Una mujer lo acompañaba —debía ser su esposa—. Había dos niños.

En el muro, un retrato de la Virgen de la Caridad del Cobre —la patrona de Cuba— había sido medio cubierto por un retrato del comandante Fidel —el "Jefe Máximo"— con su fusil de mira telescópica. Dos banderas —una cubana y otra del 26 de Julio— parecían dos velas de un navío de esperanza. Más abajo otra estampa —recortada de una revista popular— mostraba al "Jefe Máximo" con rostro de redentor. La barba era la del Nazareno. El dibujante había intentado darle a la mirada el sereno dolor de la divinidad. A su lado Camilo Cienfuegos sonreía en una alegoría que recordaba sucesos de un "ayer" que

era casi inmediato. Más allá una fotografía mostraba al comandante Raúl en la actitud de dirigirse a la teleaudiencia. Almeida sonreía bajo su sombrero grande. Y el primer retrato del "Jefe Máximo" en el Campamento Militar de Columbia lo mostraba con unas palomas que parecían cuidarlo.

Un miliciano de boina verde sonrió. El soldado lo saludó. Unos muchachos tenían prisa. La gente andaba con libros "de la Revolución". Querían que se supiese que "estaban con esto". Así creían evitarse sinsabores. El dolor a breva anunciaba que, más allá, debían estar calafateando un barco o algunas embarcaciones menores.

La espera era larga. El día estaba marcado por un sol como a plomada. Era un péndulo fijo de luz que caía y hacía daño. ¿Qué estaría haciendo Antonio a esa hora? Diana parecía nerviosa. Un muro aislaba a los visitantes de los presos.

Los visitantes —que formaban una especie de tribu de seres marcados con un signo particular— llevaban paquetes y, algunos, cestos largos de mimbre —las jabas—. Era difícil poder llevar algo a los prisioneros, porque ahora todo estaba racionado como si estuviera en guerra y aunque funcionaba el mercado negro —con riesgos tanto para el comprador como para el vendedor— tampoco se encontraban alimentos y prendas que antes abundaban.

Los centinelas guardaban la garita. Atrás quedaban los espacios destinados a los automóviles y a los omnibuses. El camino era de piedras, de tierra, como de ceniza recalentada por el sol. Era como recorrer una de las estaciones del calvario, pero sin cruz. Todo ardía. Pero más ardía la sofocación interior, el alma en pena. El mar, tan próximo, era una invitación a la evasión. Dentro de la Fortaleza se tenía la impresión que otra prisión más íntima —como un anillo de acero al rojo vivo— quemaba las carnes del alma.

Todos esperaron, primero, el sol. El sol no tenía prisa; tampoco los carceleros. El mar vecino apenas si enviaba una débil brisa que no modificaba la desesperación, ni atenuaba la angustia.

—Si no se tranquilizan, no hay visita —la voz autoritaria del oficial puso en repentino silencio en los que aguardaban.

En voz baja continuaron hablando las mujeres.

—A lo mejor, como otras veces, a última hora llega una orden de arriba anunciando que no permitirán la visita —murmuró una vecina a Diana.

Pasaron unos uniformados. Hicieron unas bromas a las mujeres. Dijeron una palabras que sugerían el deseo sexual. Algunas mujeres que esperaban bajaron la vista, otras miraron de frente, pero con ira mal contenida. La vecina de Diana le dijo, muy bajo: “Ya les llegará el turno”.

Fueron empujadas a un largo corredor. Las más asiduas decían que las visitas que antes se efectuaban en el patio habían sido cambiadas a otro sitio. El oficial ordenó depositar las jabbas, los paquetes y las cartas. Nada sería entregado directamente. Todo fue recogido. Diana entregó la suya.

—Han estado calumniando a la Revolución —habló el oficial—. Han dicho que les hacemos registros vejaminosos. Ahora tendrán que ver a los vendepatrias y contrarrevolucionarios a alguna distancia. Eso es todo.

La voz sonó como un látigo. Fueron hasta un corredor. Las miradas de los gendarmes, lo penetraban todo, desnudaban los cuerpos, desnudaban, también, las almas. Del otro lado había otro corredor, pero entre uno y otro, un espacio sin nadie. No era posible traspasarlo. Las rejas eran la sola presencia. Y todo parecía en común. La intimidad, la voz particular o confidencial, había sido eliminada. Pero todo era a distancia. Aparecieron los rostros, pero no era posible tocarlos. No era posible ni que los dedos se rozaran. Así vio Diana, al otro lado del corre-

dor y las rejas, a Antonio: desmejorado, queriendo sonreír, pero confuso y como si un árbol en el otoño se hubiera derrumbado en su interior, con un ruido inútil de hojas y de ramas. Se aproximaron todos lo más posible. El muro era el límite y el tiempo parecía hacer daño. Pero era posible verse a los ojos y escucharse mutuamente, aunque todo doliera. Debían hablar casi gritando. Era como si la locura se hubiera adueñado de un mercado primitivo.

—¿Ha escrito Elisa? —preguntó Antonio como si las palabras se le arrastraran dentro de sí como un garfio rastreando la arena del fondo.

—No. Tu sabes que no escribe, que Elisa es así. Es su carácter —Diana era evasiva, no quería mortificarlo.

—¿Desde cuándo no hay noticias de ella?

—Desde que llegaron a casa “a buscarte”.

—Tiempo hace —murmuró Antonio.

—No debemos esperar cartas. Ella no escribe. No escribirá... Ni siquiera sabe que estás aquí. Ni siquiera hay donde avisarle.

—¿Para qué? Es mejor que crea cualquier cosa.

—Me dijeron, primero, que estaba alfabetizando en la zona de Baracoa y después que la habían visto en las Minas del Frío creo que...

—Iba a agregar algo, pero se contuvo.

—¿Tampoco saben de ella en Bayamo?

—Tampoco. Ni siquiera le ha escrito a Juanita.

—¿Y José Manuel Cervantes?

—Ya no está en Bayamo. Está aquí en la Habana. Se hizo cargo de una mueblería intervenida, dirige un Comité de Barrio y no sé qué más. Ahora ocupa la casa donde vivía Sonia, cerca del Malecón y el Parque Maceo, ¿te acuerdas?

—¿No has pensado ir a Bayamo?

—Todo se dificulta ahora. El transporte es difícil. Cada día es más difícil.

—¿Cómo te las arreglas? —había una grieta de ternura dolorosa, en la garganta de Antonio.

—Por mí no te preocupes. Juanita me ve de vez en cuando y también Marta, la mujer de Juan Manuel. Juanita quiere que presente una solicitud para trabajar en el INRA, en las oficinas, pero como si fuera soltera, como si no estuviera casada contigo.

—No es mala idea... —Antonio quería ser fuerte y concreto, pero una angustia que era, también, dolor y ternura, le arañaba la garganta.

—Y tú, ¿cómo estás, Antonio?

—Ya lo ves... bien —no quería alarmla.

—¿No se habla de juicio? —la voz temblaba un poco.

—No. Y es mejor.

Hablaban los ojos, el color como de tierra de la mirada, hablaban la esperanza y la desesperanza, también los segundos que eran como siglos. Todo resonaba como dentro de un embudo de gritos sordos.

—Terminada la visita —gritó un gendarme.

Antonio intentó disimular una lágrima. Trató de sonreír con fortaleza.

* * *

Diana salió desconcertada y como humillada en su interior. Ahora que ella podía moverse del otro lado de la bahía, por entre los carros, los automóviles, los uniformados y los no uniformados, por entre los ruidos de las radios, los claxons y el miedo, se sentía libre. Todo parece cercar a la criatura, pero aun dentro de una prisión puede aprenderse a vivir en libertad. Dentro del espacio de un país prisionero, también es posible sentirse

menos oprimido. Diana sentía una punzante congoja, pero intentaba palpar un aire nuevo.

Fue hasta el paradero de los ómnibus. Ahora se retrasaban. El fastidio y la falta de competencia, el sabotaje y la improvisación, no hacía sino aumentar el número de los autobuses "fuera de servicio".

Diana vio rostros impacientes, pero también caras resueltas. La gente había aprendido a esperar. El silencio era también, una espera.

CAPÍTULO III

LOS MUELLES estaban animados de lentas faenas. Algunos trabajadores merodeaban. Eran los sin empleo, en el nuevo régimen donde el Jefe Máximo afirmaba que los trabajadores eran los dueños de todo. Abundaban los soldados con armas largas. Algunos trabajadores eran alejados de allí. Sólo los que parecían "de confianza" podían penetrar más allá. Y "más allá" todo parecía perderse. El edificio de la aduana mostraba las consignas remachadas hasta el delirio. PATRIA O MUERTE. VENCEREMOS. La bolsa de comercio parecía más sola. CUBA, SI; YANQUIS, NO. Las oficinas empezaban a albergar a otras gentes y todo tenía otros objetivos. LA URSS Y JRUSHOV. La vida se desmontaba. VIVA FIDEL.

Diana subió a un ómnibus blanco, de los pocos que aún quedaban de los que rodaban antes que el Jefe Máximo bajara de la sierra. El ómnibus tomó una dirección contigua al mar. Las rutas empezaban a ser modificadas.

Diana trató de reclinar su cabeza, inquieta, en el respaldo del asiento, pero no era posible. En el ómnibus todos se miraban como extranjeros. También el silencio había ido haciendo su trabajo en el interior de las personas. Las palabras debían ser pesadas como en una balanza antes de ser pronunciadas. Una palabra podía perder o salvar. La indiscreción podía tener alas, el

aire podía tener oídos y escuchar. Era una ciudad de oídos. Tantos oídos había que la gente ya no tenía confianza ni en sus propias palabras. Es que uno mismo podía escucharse y condenarse. Todas las ventanas parecían prontas para retener alguna sílaba indiscreta.

Cruzaron frente a los monumentos. Estaban allí, pero parecían más solos, como despojados de su anterior simbología patriótica. Máximo Gómez estaba ahora aislado. Su empresa de ayer había sido "para otros años y como para que fuera heredada por otras gentes, no por estas de ahora". Una pena silenciosa empezó a ganar el ánimo de Diana. Sin embargo, el mar continuaba tan azul como hacía siglos y tan bello como entonces. El mar no había cambiado. Quienes habían cambiado eran las personas, el país.

Diana descendió en la zona donde la ciudad era más luminosa y donde los pequeños rascacielos y los lujosos hoteles le daban a La Habana un aire de doncella caprichosa —aunque ahora la capital parecía vestida de miliciana.

Se encaminó al edificio moderno donde sabía que era esperada. El día anterior le había dicho Enrique Cárdenas: "Mañana tienes que decidirte después que veas a Antonio".

Ahora ella debía decidirse, pero nada había aclarado. Sabía, sin embargo, que Enrique la esperaba. El mar, delante, agitaba las olas y parecía que algo de esa rota corona de espuma amarga volaba al corazón como un marino azahar. La entrada del edificio era sobria en su elegancia, pero el ojo del Comité de Barrio estaría vigilante. Ya se había habituado a que hubiera siempre un ojo en cada edificio, un ojo en permanente vigilia.

Empujó la puerta del cristal que defendía la entrada de la brisa marina, siempre visitante y viajera. Diana miró su rostro en el pequeño espejo de su cartera. Se esparció un poco de polvo en el rostro y retocó el carmín de sus labios sensuales. La escalera, de forma esbelta, tenía algo de torso. ¿De torso de quién?

¿A quién se parecía? ¿A Enrique o a Antonio? "Tengo que vivir —se dijo Diana, animándose— tengo que vivir, a pesar de todo".

Enrique abrió. La esperaba. Se había puesto la bata azul "de casa". Sabía que tenía el día libre delante. Sabía que podía esperar. Intentó abrazar a Diana, pero se contuvo. Tenía algo de gato que sabe que el ratón caerá entre sus garras. Diana también lo sabía. Lucía agitada, la brisa marina le había dejado en el pelo castaño unas gotas como de rocío. El pañuelo, amarrado para sujetar el pelo, le daba cierto aspecto ingenuo de niña.

—Te he esperado con impaciencia —la mano de Enrique la atrajo—.

—No... Más tarde, Enrique... ahora no —Diana estaba un poco agitada.

—¿Quieres "un trago"?... Te hará bien... Te reconfortará y te sentirás más tranquila.

Lo había preparado todo y ofreció a Diana un vasito.

—Te conviene, Diana... Estás un poco pálida...

El mar estaba allí como una invitación. Dentro el ambiente era grato. Los muebles eran modernos —con esa modernidad en serie, pero confortable con que habían sido amueblados muchos de los apartamentos de La Habana durante los últimos años, desde la época de Grau y Prío —los presidentes constitucionales.

Se estaba bien en aquel departamento que tenía lo indispensable. De las dos habitaciones una de ellas había sido convertida en Bar. Enrique había agregado botellas vacías para que luciera próspero y abundante. Una lamparita roja, con un cierro, lucía coquetona.

—Hay cosas que no tienen remedio, Diana. No puede uno ponerse delante de las patas de los caballos porque lo aplastan.

—Eres injusto.

—Hay demasiados mártires. Yo tengo vocación de vivo, no de muerto o de martir.

—No hables así.

—Tus dudas son una razón sentimental... No me quieres Diana...

—Si supieras como estoy.

—Cuando Antonio estaba en la calle, en otro tiempo, no quisiste.

—Tenía a Elisa...

—Pero ahora ella está adoctrinando campesinos, a su manera, en la ola donde fueron arrastrados todos los de su edad... Ahora ya no tienes esa disculpa... No le haces falta a Elisa y a Elisa no le importa lo que hagas. Ya la has perdido.

—Quisiera esperar, Enrique...

—Esperar ¿qué? ¿Qué vas a esperar?... ¿Qué Ant...? —se contuvo, era herirla por herirla, simplemente, o invocar el aletazo de la muerte a hora descomedida—. ¿Es que no se lo dijiste a Antonio?

—Se lo iba a decir, pero cuando lo vi mirarme como sin mirada, no se lo dije... Era como tirar un puñal contra un muro...

—Has sido débil, Diana...

—No, no fue debilidad, pero simplemente, no pude, Enrique.

—Por otra parte... Hay cosas que no tienen remedio...

—Eres injusto Enrique...

—Aun estando Antonio donde está, hay siempre un equívoco... No quiero equívocos. Han cambiado muchas cosas, Diana. Y a veces tu vienes aquí como si ahora fueran los tiempos de antes.

—No hables así, Enrique... —ella encendió un cigarrillo, Enrique se acercó, la mano de Diana tembló un poco.

Una bocanada de humo llenó la sala.

—No sé... no sé lo que me pasa, a veces —dijo Diana—. A veces todo parece que sucediera lejos de nosotros, en otro sitio...

Empezó a sonar una música suave. La vida parecía ser así, también. Entonces Diana, como vencida, como aislada en una isla de miedo y de niebla, empezó, sin quererlo, a llorar. Afuera el mar era una invitación. Viejo mar de promesas, de fiebre azul y de insistencia contra la soledad de las rocas. Diana, ahora, se sentía incapaz de escucharlo.

* * *

A los condenados se les empezó a amarrar pañuelos en la boca para impedirles que gritaran “Viva Cuba Libre”, “Viva el 26 de Julio”, “Viva la Libertad de Cuba”, “Viva el Directorio Revolucionario” o “Viva Cristo Rey”. A otros condenados se les extrajo sangre “para los bancos de sangre de la Revolución”, como para que los condenados no se llevaran ni la sangre al otro mundo. El régimen del “Jefe Máximo” lo valoraba todo: los dientes de oro de los condenados, los anillos de boda y, naturalmente, también la sangre. En esto no era el sistema político del “Jefe Máximo” un precursor aunque se presentaba como el iniciador de la “liberación de América Latina”.

Los prisioneros tenían que obedecer mecánicamente. Eran trajes que maldecían, a veces por costumbre. El sol tenía, de pronto, con un don benéfico para esos hombres huecos y sangrantes. El sol era mejor que los carceleros. Calentaba, al menos, sin tener que humillar. El sol salía para todos: para los prisioneros y para los carceleros.

Si el preso podía subir sobre el tanque del agua, le era posible contemplar un poco de mar, un pedazo del Malecón y la imagen del edificio de la embajada norteamericana. Al descender volvía a encontrar las dos bocas del “chinchorro” que eran como los símbolos monstruosos del patio.

Los muros de piedra no impedían que los rumores del exterior penetraran en las galerías donde habían sido amontonados los prisioneros. Algo se preparaba, desde afuera. Algo podía ocurrir. Los ánimos estaban tensos, surgía de pronto la ira o la violencia, y había impaciencia en condenados y carceleros.

Antonio unía, como piezas dispersas, conversaciones al parecer deshilvanadas.

—Yo lo que quiero es que terminen “de venir” de una vez... —el muchacho delgado, como alambre dulce, dio una chupada al cigarrillo casi como si se consumiera a sí mismo; había odio en sus ojos como de ratón con sueño, una mezcla de osadía y de mal reprimida venganza.

—¿Qué harás cuando terminen de venir *de una vez*? —los ojos de Antonio se quedaron mirándole.

—¿Qué haré? —el tono de la voz esta vez agudo y a modo de clarín—; tomar una ametralladora y llevarme “de encuentro” a todos estos tipos desvergonzados... —rió, celebrando de antemano el triunfo, pero, acaso, no tendría tiempo de poner en práctica su plan, acaso sería condenado antes y todo su impulso terminaría frente a un paredón oscuro.

Un poco más allá las conversaciones ardían como lentas lenguas de gas.

—Se cansarán de nosotros y nos llevarán a un campo de trabajos forzados.

—Al menos no estaremos encerrados.

—Dicen que en Cayo Largo hay un campo de trabajos forzados que es muy grande. Al menos, si es tan grande, se podrá intentar escapar...

—O en último caso —dijo el hombre sentencioso y tranquilo —se podrá ver, con más tranquilidad el mar...

Antonio escuchó otras palabras. Todas giraban en torno a lo mismo. No había otro tema en la prisión; o la esperanza o la muerte.

—Si no estuvieras aquí, ¿dónde estarías?

—No sé —dijo el hombre de piel oscura—, a lo mejor estaría marchando como un animal, vestido como un mono, y gritando como bestia y adoctrinándome como un energúmeno: sería milicano.

Otros, como si recalentaran viejas iras, comentaban:

—No sé por qué no vienen...

—Porque no tienen pantalones. ¿No lo estás viendo?... Porque cada uno está "acomodado" en Miami, disfrutando la vida, pasándola bien, respirando buen oxígeno y libres de problemas. Creen que hablando por radio, desde allá, nos han salvado, pero le tienen demasiado amor "al pellejo" ¿me entiendes?... No quieren que les agujeren el pellejo cuando "se tiren" aquí.

—¿Y los yanquis?

—Han perdido el tren de la historia, como dice Fidel. Se quedan siempre vacilando, tienen demasiados escrúpulos, aunque Fidel les nombre a la madre a ellos, cada vez que a este "deslenguado" se le ocurre.

—Eso creo, pero son fuertes, tienen armas, una organización poderosa, una economía pujante, levantaron Europa después de la guerra. Tienen de todo...

—Pero, ahora, tienen tantos escrúpulos morales que los rusos les han perdido el respeto. Los rusos actúan y después tratan de dar explicaciones. Los americanos quieren dar explicaciones antes y terminan por no actuar, o actúan a medias o después no hacen nada. Se metieron en Corea, pero dejaron sola a Hungría. Y ahora Fidel los insulta cada vez que se le ocurre y ellos como si oyeran llover.

—Los americanos no quieren perder la cabeza. Son pacíficos. Saben que estamos en un mundo que es un polvorín. Aman la paz. Pero si tienen que pelear, no hay quien les gane en valentía, en coraje, en poderío. Lo demostraron en la segunda guerra mundial.

—Pero en Yalta perdieron la paz. Ganaron la guerra, pero les hicieron tantas concesiones a los rusos, que les permitieron que se quedaran con media Europa, con una parte del Asia y con no se cuantas cosas más.

—Los americanos actuaron de buena fe. Roosevelt era un idealista.

—Pero Stalin era un marxista-leninista y actuó con la cabeza fría, con el chantaje político y fue cínico, agresivo, calculador, mentiroso. Stalin ganó. Y no sólo perdió, a la larga, Roosevelt con su buena voluntad, sino que con Roosevelt perdió el mundo democrático, perdió Occidente y perdimos nosotros. Esos vientos trajeron estas tempestades, porque de Yalta salió una nueva distribución de las fuerzas en el mundo. De ahí nació la guerra fría y nació la guerra ideológica. Ahora las palabras han sido cambiadas de significado. Vivimos en un mundo donde las palabras no corresponden a lo que quieren determinar.

—Explicate mejor.

—¿Los sistemas totalitarios no se llaman a si mismos "democracias populares"? ¿Cree que tienen que ver algo con la democracia los regímenes de Hungría, Alemania del Este, Polonia, Checoslovaquia, los países de detrás de la Cortina de Hierro y la China de Mao Tse-tung? Y ellos dicen que los Estados Unidos son imperialistas. Fidel lo repite en cada discurso. Pero resulta que los que llama Fidel "imperialistas" no quieren ser imperialistas ni actúan como imperialistas, y esto es una desventaja para ellos, frente a los rusos y a Fidel. En cambio los rusos actúan con la fuerza y las tácticas de los imperialistas y han formado ahora el más grande imperio de la historia, como los chinos de Mao lo están creando en Asia.

Las palabras parecían arder como en una sartén ideológica. Cuando Antonio volvió la vista más allá, Onelio Rivera le sonreía. Le hizo una seña. Onelio era un católico que había combatido contra la tiranía de Batista desde los grupos revolucio-

narios "Montecristi". Después formó en los "Comandos Rurales" de la Sierra. Ahora estaba, como otros revolucionarios, en la cárcel de todos. Se habían hecho amigos. A Antonio le agradaba conversar con Onelio.

—Creo que lo único que podemos hacer es esperar —comentó Onelio—. Esperando nos prepararemos para vencer, no en la forma que ellos dicen, sino como nosotros queremos vencer. Lo que vendrá después será superior, porque el espíritu será superior —tomó una piedrecilla y se puso a jugar con ella pasándola de una mano a la otra, la piedrecilla recogida en el patio era como un amuleto, acaso era una manía que le dejaba la prisión; cada uno adquiriría algún gesto que atemperaba la certidumbre de la soledad.

—Lo que vendrá después, ni tú ni yo lo sabemos —Antonio encendió un cigarrillo—. ¿Quién puede medir hasta qué grado los adolescentes y los jóvenes que gritan ahora "Patria o Muerte, Venceremos" no quedarán con una marca definitiva, con un especie de reflejo reacondicionado, que irá saltando en el alma?

—Será necesario un contra-adoctrinamiento.

—Es fácil decirlo, pero la mente es como un surco sobre el cual se arroja semillas. Las semillas son las consignas repetidas hasta el aturdimiento. Acaso más tarde esos invisibles resortes continuarán presionándolos después que todo esto haya pasado. Pero mientras tanto son capaces de crucificarnos como los romanos crucificaron a Espartaco y a todos sus compañeros. Son capaces de crucificarnos frente al mar, sobre esta colina, para escarmiento de todos...

Onelio dejó caer la piedrecilla.

—La desventaja de la democracia —opinó Antonio— es que no ha preparado "cuadros revolucionarios democráticos profesionales". Lenin fue frío y seguro. Ordenó preparar "los cuadros" contra la democracia hace ya más de cuarenta años.

—Usted Antonio, y perdone que le hable así, ahora, ha per-

dido un poco la fe que podamos salir de aquí un día y que Cuba será liberada —Onelio le daba el trato de usted por razones de respeto a la experiencia de Antonio.

—Simplemente calculo, Onelio. Usted ha estudiado filosofía. Piense en la escena de Platón en *La República*, aquella que habla de los hombres que viven en la cueva. Nosotros nos estamos habituando a pensar que toda la vida posible es una cueva. América Latina no nos creería si uno de nosotros saliera ahora a decir lo que realmente aquí sucede...

—Será difícil, un día, definir este tiempo —dijo Onelio.

—Este es un tiempo de adoctrinadores, de "comisarios", y de "lavados de cerebro" individuales y colectivos. A la explotación del hombre por el hombre ha sucedido la explotación del hombre por el Partido Unico. Dicen que están construyendo una nueva sociedad, ¿pero con quiénes, para quiénes? Es una sociedad piramidal. Como la sociedad china de Mao o como la soviética de Stalin y, ahora, de Jrushev. O como esta que vemos aquí. ...En la cima está el "Jefe Máximo", el "Secretario General", el "compañero Primer Ministro", el "camarada" que es el amo del "Comité Central" del "Partido Unico". En la URSS es el PCUS. Aquí es la voluntad "del Partido" —que es el Partido Comunista— con la complicidad de los que traicionaron, desde adentro, a la revolución. Y toda esta organización es una especie de escalera. Hay clases, subclases, nuevas clases, divisiones y nuevas divisiones mucho peor que antes.

Sonaba una sirena. Acaso un barco soviético entraba o salía de la bahía.

—El que está en el último escalón, debajo casi de la pirámide o la escalera —continuó Antonio— no tiene ni siquiera el derecho a la protesta, que tienen los de la última clase de un régimen que no es totalitario. Si esos últimos protestan por el mal trato, en un régimen como este de Cuba de ahora, aunque sean obreros los acusan de "traidores a la clase obrera". Y lo curioso es que

Fidel, Raúl, el "Che", Martínez Sánchez, y los que nunca han sido obreros, los que no conocen el trabajo de la clase obrera, se han tomado su representación porque sí y hablan y deciden por ella, como si hubiera recibido el encargo de la clase obrera de representarla. Aquí, en cambio, hay dirigentes de la clase obrera y trabajadores, que cuando no son calificados de "traidores", por el régimen, son llamados "contrarrevolucionarios". Y como Fidel y los otros hablan "en nombre de la clase obrera" mientras oprimen a la clase obrera, se adjudican, inescrupulosamente, la representación del pueblo cubano y hablan por el pueblo cubano y a nombre del pueblo cubano y dicen representarlo, mientras oprimen al pueblo.

—Pero Lázaro, el viejo y marrullero Lázaro Peña y Blas Roca y los de "la vieja guardia" del Partido Comunista han trabajado...

—Sí. Lázaro Peña era obrero tabaquero y Blas Roca era zapatero... pero, ¿cuándo sucedió eso? Hace lo menos veinte o veinticinco o más años. Luego se convirtieron en "revolucionarios profesionales", en "cuadros dirigentes" y el Partido Comunista les pagó para que no trabajaran. Esta es la otra cara de la historia. Y los que no trabajan, ahora, como obreros, sino como funcionarios del Partido Comunista, esos burócratas de la revolución, toman, porque sí, por el supremo dictado del Partido Comunista, la representación de la clase obrera y hablan en nombre de ella, como si el Partido Comunista fuera la encarnación de la clase obrera y hubiera nacido de ella y para representarla. Como si Marx, Engels, Lenin hubieran sido obreros y no burgueses. O como si aquí Marinello, Carlos Rafael Rodríguez, Escalante y los demás del Comité Central fueran hijos de la clase obrera cubana y no, como lo son en realidad hijos de la burguesía, como Marinello, de la alta burguesía cubana.

—Hay, a veces, una especie de militancia de resentimientos y frustraciones que hace que muchos de esos que pretenden hablar

"por una nueva justicia" quieran deshacer lo que no son capaces de construir.

—Vivimos, en verdad, en una etapa realmente delirante, donde todo funciona al revés, donde se han confundido tanto los sustantivos y adjetivos que, para entendernos, un día tendremos que reordenar o revisar el diccionario. Han empezado por destruir la persona para que pueda reinar el Estado totalitario, pero detrás de ese Estado totalitario está el dominio de "los dirigentes de la cima". Un Estado democrático no destruye la persona humana, se apoya en ella. Un Estado totalitario necesita destruir o amordazar o cloroformizar a la persona, o la individual, para poder subsistir. Pasternak lo vio y lo sufrió. "La principal desgracia —escribió en *El Dr. Jivago*—, la fuente de todo mal que iba a venir fue la pérdida de la fe en la opinión personal". Ha sido lo que ha ocurrido, después, ahora, en Cuba.

—Son ahora esa "Nueva Clase" que describió Djilas, en el libro que ahora persiguen y esconden, también aquí —le dolían un poco los ojos y se ajustó los cristales.

—Querían combatir privilegios, Onelio, y lo que han hecho es crear más privilegios que nunca. Aquí son una "nueva clase", pero no olvide que esta "nueva clase" de aquí tiene, a su vez, patrones demasiado poderosos en Moscú y así vienen a ser una simple clase sirviente, servidora de la gran clase de patronos que manda desde Moscú o desde Pekín. A veces creo que mientras más dependen de Moscú, más alto proclaman que Cuba es el "territorio libre de América". Lo curioso es que le exigen a uno que muera cada día, en estas prisiones, para que ellos puedan tener la certidumbre de que son los que mandan, aunque a su vez son mandados. ¿Es que alguien que conozca de veras lo que sucede hoy en Cuba puede creer que Cuba es un "territorio libre de América"?

Onelio empezó a limpiar los cristales de los espejuelos. Hablaron del hombre y su destino. "Yo me pregunto si el hombre,

no será hasta el fin, un prisionero”, dijo Antonio. Hablaron de los hombres que se preparaban para ir un día hacia los espacios más allá de la fuerza de gravedad de la tierra. “El ministerio es una cárcel. Lo desconocido es una cárcel. El espacio es otra cárcel”, opinó Antonio. Era una manera de entretener el hambre. Un modo de escapar de algo. Eran “cosmonautas mentales”. No querían pensar en la comida escasa y la misma de siempre. Hablar del mundo fabuloso de mañana era como un opio. Distraía el hambre. Se tenía aún a la imaginación por aliada y era como una puerta. Hombres que nunca, en otras circunstancias hubieran llegado a conocerse, se sentían hermanos. “Ellos gritan ‘Patria o Muerte’ porque no pueden estar solos, porque necesitan convencerse que están rodeados del mundo”, opinó Onelio.

—Ellos no conocen la duda. Frente a los que dudamos, a los que nos interrogamos, ellos tienen la reacción intolerante del fanático. Sólo conocen una verdad: “su verdad”, la que les ha remachado el Partido Único. Y todo no es tan simple como ellos quisieran. La vida no es un “cara o cruz”. Ellos pretenden resolverlo todo con el sí o el no. Dicen: “Patria o Muerte”, “Con la Patria o contra la Patria” y lo que quieren decir es: con nosotros y nuestro sistema o contra nosotros y nuestro sistema. O sea que el sistema totalitario es, para ellos “la Patria”. Y así quieren que calcen los hechos nuevos del mundo a sus esquemas viejos: a la teoría de Marx sobre la lucha de clases del siglo pasado, o a la teoría de Lenin sobre el imperialismo, en los días de la primera guerra mundial. Desde entonces, usted mismo me decía el otro día, que los escenarios han cambiado y que el mundo de hoy no es el que tuvo delante Marx, si siquiera el que le sirvió a Lenin para su tesis sobre el imperialismo.

La mirada parecía seguir las palabras, como si las palabras fuesen, de pronto, una bandada de aves marinas lanzadas a cruzar un océano.

—También nosotros, Onelio, pretendemos, a veces, que los hechos “calcen”, “correspondan” exactamente a lo que hemos imaginado como teoría. Pretendemos amoldar la realidad, una realidad una realidad determinada, a nuestra idea previa sobre ella, y esto, para juzgar un hecho político como el que vivimos hoy en Cuba, puede movernos a errores y a equivocar la táctica política para combatirla. Por ejemplo: desestimamos el poder efectivo de los comunistas. Por desconocimiento, indolencia o falta de coraje los dejamos infiltrarse aquí y allá; los combatimos sin cohesión estando nosotros desunidos. Así todo fue más fácil para ellos, contando, además, con la complicidad de Fidel, Raúl y “el Che”. Gracias a ellos los comunistas terminarán por adueñarse de todo. Cuando los infiltrados, los disimulados o los mimetizados se mostraron sin artimañas, comprendimos que todos habíamos caído en una trampa. Pero era tarde. Todos hemos sido culpables, unos por un motivo y otros por otras razones. La tragedia de Cuba, no nos exime, a nosotros también, de culpas.

—A veces pienso que lo que hemos sufrido, que lo que estamos padeciendo, no es perdido —dijo Onelio sereno—. Usted sabe, porque se lo he dicho otras veces, que soy católico y que debo mucho a la formación que recibí en la Acción Católica Universitaria. Creo, sin embargo, como católico, que acaso nos hacía falta esta prueba, este dolor, esta experiencia. El sufrimiento ha preparado una nueva fuerza, un sentido más profundo en nosotros. Acaso tuvimos muchas cosas y hubo católicos que sólo tenían de su acción como católicos un sentido meramente externo. Ahora que hemos perdido los bienes materiales y que somos perseguidos, nos hemos como reencontrado con el futuro.

—El dolor es siempre el gran maestro de la vida y de los seres humanos —comentó Antonio.

—Acaso nos faltaba esta prueba. Eramos ligeros, confiados, superficiales. Una religión, como todo espíritu, como toda fe, debe ser probada, necesita ser sometida a pruebas. No creo que éramos

un pueblo religioso, a pesar de toda la ostentación. Nos faltaba este dolor. Nos faltaba sabernos perseguidos. El régimen creyó aplastarnos cuando empezó a reducir a la Iglesia Católica, cuando empezó por despojar a la Iglesia de sus colegios, de sus talleres de educación técnica industrial, como la escuela que tenían los padres jesuitas en el Colegio de Belén, para jóvenes sin recursos. Cuando el régimen cerró, uno a uno, todos los colegios secundarios, la Universidad Católica de Villanueva, la naciente Universidad de La Salle, y cuando echó a la calle a las monjas y a los sacerdotes que cuidaban a los enfermos, y cuando persiguió a los religiosos y los acusó de “contrarrevolucionarios” y los acosó, y cuando interrumpió, en los templos los santos oficios y envió a “activistas” del Partido Comunista a interrumpir los sermones, a gritar contra las pastorelas dentro de las iglesias y a golpear a los que asistían a los templos, el régimen que padecemos convirtió a la Iglesia Católica en una iglesia perseguida y entonces vimos que renacía la fe, como si hubiera estado aguardando esta prueba necesaria.

—Una nueva etapa ha empezado para la iglesia católica en Cuba, como en algunos países del Este de Europa. La Iglesia Católica en Cuba es ya “la iglesia del silencio”.

—Han enviado a los paredores a jóvenes católicos, creyendo que rompían la acción católica, ¿y qué ha sucedido? Lo que usted ha sentido aquí: las descargas nocturnas, los fusilamientos, no pueden apagar esos gritos que quedan resonando: ¡Viva Cuba Libre! ¡Viva Cristo Rey! Aunque les aten pañuelos en la boca... Aunque...

Las botas de uno de los carceleros estaban delante. Una metralleta los apuntaba. Ya no había más “recreo”.

* * *

El capitán paseó la mirada sobre los presos políticos que habían sido reunidos con ásperas órdenes.

—Quiero que escuchen bien —sentenció el capitán—. ... Si los imperialistas yanquis vienen, ¡quedan! ¡Los enterraremos a todos aquí!... Si los actos criminales del imperialismo yanqui se repiten, quiero que me escuchen bien y que se metan bien esto en la cabeza: son ustedes los que volarán como cucarachas...

El silencio podía sentirse zumbiar como un moscardón gigante. Antonio vio, más allá, a Onelio. No parecía temeroso. Vio otros rostros. Le parecieron que estaban más allá del bien y del mal. No temblaban.

—Quiero que sepan —continuó el capitán— que haremos volar todas las prisiones con todos ustedes adentro y que los que vengan sólo recogerán las cenizas de ustedes... o menos que las cenizas...

Alguien fue presa de un acceso de tos. No era fingida. El rostro del capitán se volvió con rapidez. Su cara era áspera y morena como la de los hijos de los campos y los ríos. El bigote descuidado, espeso, caído, le daba un aire tártaro —de las soleidades asiáticas— y sin embargo era un cubano del oriente de la Isla, de donde habían salido tantos héroes y, también, tantos asesinos.

—Sabemos —continuó el capitán— que el imperialismo yanqui está derrotado de antemano, pero los criminales no se resignan a morir, y por eso el imperialismo yanqui no ha cesado de conspirar una y otra vez contra la gloriosa revolución que es nuestra, que es del pueblo cubano... Pero los imperialistas serán aplastados por los pueblos. Lo dijo muy alto el compañero Fidel, lo dijo muy claro el compañero Raúl: *Si vienen, quedan...* Y quiero que sepan que no *quedarán* solamente ellos: *quedarán*, también, ustedes... ¡PATRIA O MUERTE! ¡VENCEREMOS!

¡PATRIA O MUERTE, VENCEREMOS! —gritaron, encendidos como por una mecha ardiente, los milicianos y los guardias.

Los prisioneros guardaron silencio. Se podía escuchar la respiración de la noche. Antonio comprendió que los que tenían miedo no eran los encarcelados sino los carceleros.

CAPÍTULO IV

EL TELÉFONO empezó a sonar como una flor monstruosa abierta hacia un sonido marino, en un repiqueteo que hacía crecer los círculos de una premonición angustiadora. Como si una gigantesca estrella de mar o un pulpo empezara a extender sus brazos y en cada uno sostuviera un teléfono distinto, así la habitación era sacudida por sonidos que parecían entrechocar en sus círculos.

La Habana era un repicar de teléfonos, un bosque de timbres y de oídos, de frenesí y de odios, de delaciones y esperanzas. El "Jefe Máximo" había remachado todas las consignas. La Habana podía dividirse entre los que reaccionaban con más ira que nunca contra "los enemigos de la Patria"... contra los "lacayos del imperialismo yanqui" y los que eran calificados como "la contrarrevolución", de una parte, y de la otra los que se encontraban indignados, los que temblaban como animales mojados, procuraban comprender lo que estaba sucediendo y no llegaban a comprenderlo y se lanzaban como desesperados a asirse de las consignas del "vendrán pronto" para esgrimir las como tablas de salvación. Se habían declarado contra toda medida del régimen, lo condenaban todo, gritándolo en su interior como en una cárcel; veían en todo la fuerza del mal y de la opresión humana, se sentían esclavos, impotentes, marcados como bestias con una

señal como de fuego. Hubieran querido huir, pero todas las puertas estaban cerradas. Sólo había una manera y era como un espacio donde goteaba un aceite negro: la huida reacondicionada, la salida después de padecer cien humillaciones diferentes y con la posibilidad que todo aquel esfuerzo y humillación fuera en vano.

La Habana había sido sacudida por explosiones como si hubieran querido levantar las raíces de todos los edificios. En el antiguo aeropuerto de Columbia —que se llamaba Ciudad Libertad, aunque toda la Isla era ahora una ciudad prisionera— la muerte, el fuego, la pólvora, el humo habían estallado como si una cloaca del infierno hubiera saltado, como si debajo de la tierra se hubiera despertado un volcán rugiendo.

Todo era un rodar de olas amargas, para unos, de olas sobre nuevas olas, como si la vida fuera una represa de ácidos, agitados por remos fuertes, animados de un ritmo delirante. Para otros todo se reducía al oportunismo de servir, de desahogar un ímpetu como acumulado, no en una vida, sino en millares de vidas.

La Habana había respondido con ira. El estruendo de los bombardeos al aeropuerto militar pareció extenderse, rápidamente, como mecha encendida hacia un tonel de pólvora. Diana tembló como en algún raro día de su infancia. La Habana había sentido el rugido del tiempo como un iracundo mar animado de un ciego frenesí. El régimen decía que el pueblo estaba indignado. Los enemigos del régimen murmuraban que era el anuncio de la llegada del día de la liberación. A veces el alarido era interior y a veces la situación se expresaba en el temor de unos y en la ira de los que comprendían “que había llegado la hora”. Los Comités de Defensa habían recibido consignas precisas. Serían probados como la red de acero es puesta a prueba.

El silencio era, también, como una amenaza. Las órdenes eran como una hélice que giraba loca como para triturar a los enemigos. “Patria o Muerte” sonaba, ahora, como un cañoneo incesante.

Se había volcado hacia la Avenida 23 una multitud, en parte uniformada y en parte constituida por hombres y mujeres movilizados por los comités de barrio y los llamados “organismos de la revolución”. El gentío ennegrecía la vía ancha. Había como un fuego iracundo en “los cuadros responsables”. En los otros el resplandor era moderado y en algunos había simplemente curiosidad y miedo. Pero la hélice continuaba agitando el día: “Patria o Muerte”. En su girar descabezaba tréboles amargos, como si esos tréboles fueran las imágenes contrarias. Los tréboles pronto serían “gusanos”. Y la hélice gigante continuaría triturando “gusanos” y, como si fuesen lámparas de un imperio fastuoso, brillantes de reflejos, los paredones continuarían girando y en las madrugadas o bajo las noches asesinas, bajo la complicidad de las estrellas remotas e ignorantes, los paredones irían chorreándose de sangre y de plomo, salpicándose de ira y muerte. Como si un ramo de relámpagos azotara los muros, aquellos paredones se iluminarían, de pronto, con gritos y con injurias.

El furor de la multitud “fidelista” había crecido a una voz del “Jefe Máximo”. Ahora “el Partido” tenía la oportunidad de mover la centrífuga del odio y no estaba dispuesto a desaprovechar esa oportunidad. Todo era delirio. Todo debía ser rugido y golpe de acompasadas hachas a modo de consignas trituradoras. “Patria o Muerte. Venceremos”.

Todos los aparatos radiotransmisores, todas las cámaras de televisión habían hecho subir el nivel del delirio en los receptores de radio y en las pantallas hogareñas y públicas. Todos debían participar. No había escapatoria para nadie. Ni aun para los presos o detenidos. Todas las bocinas rugían también. Imágenes, palabras, gestos, órdenes, lo llenaban todo. El que pretendiera enfrentárseles sería descabezado. Era el alud.

Diana recordaba, en el vendaval de imágenes, una que la estremeció de veras. Esa imagen era más propia de una Opera del Miedo y del Furor, pero todos formaban ahora parte del coro.

La vida era ese escándalo de rugidos. De pronto, se paralizó el aire. Diana sintió como si el aire se hubiera convertido en un epiléptico en plena crisis. "Es el ataque" pareció pensar la multitud frenética y se quedó como paralizada. Y "era el ataque". El cielo temblaba convulso, también, mientras el mar de piojos, que debió ser ese frenesí contemplado desde la soledad del cielo, parecía no ser capaz de contener la pavorosa histeria aglutinadora.

Como ante un Sumo Sacerdote se había abierto un espacio y habían avanzado, hasta la tribuna donde se encontraba el Jefe Máximo, los portadores de un símbolo que parecía compendiarlo todo. El Jefe Máximo, sudoroso, violento, empapado en transpiración interior y frío en su ira, se había sentido —así, casi petrificado— como al que tocan con una vara santa. Esa vara era la vara de la sangre, la vara del sacrificio. Era como el Sumo, como el Bendito, como el Unico.

Su traje color verde olivo pareció transformarse. Ya no era la ropa del guerrillero. De ese uniforme ya no podía desprenderse porque se le había adherido como a la piel del alma. El traje se había convertido en manto. Los que avanzaban solemnes, temblorosos, con el madero, parecían ser impulsados por una deidad sutil y poderosa como el polvo de la muerte, pero estaban vivos. Se abrió espacio de quietud sonámbula. Todo era magia. Todo estaba teñido de un trágico misterio. Como cuando el toro va a embestir y en el ruedo se hace el silencio, la ciudad se había convertido en redondel, mientras el madero tosco le era exhibido al Jefe Máximo.

En su uniforme verde olivo el Jefe Máximo sintió que el aire sobrenatural lo hacía transpirar y todo se le había empapado —el alma, la tela, la voz, el corazón, el recuerdo— mientras todo permanecía como sin aliento.

Entonces le fue exhibida la tabla, como a un Padre Santo, como a una deidad humanizada. Sí. Era el Dios, el Supremo Comandante de la Vida, el Creador de la Liberación de los Pueblos

Sometidos de América Latina, el Comandante de la Victoria. El era David, el David Campeador, el Cid de la Sierra Maestra del Mundo, el Unico. Y el gesto de mostrarle al madero santo era como para decirle: "Toma tú, Padre de los Pueblos, Padre de todos nuestros pueblos; Libertador más alto que Bolívar y todos los libertadores reunidos, toma esta evidencia que mostrará al mundo hasta dónde ha llegado tu hazaña".

En el madero habían sido escritas, casi con el temblor de la muerte próxima, unas letras mágicas. Alumbaban por el día del entierro a las víctimas del bombardeo con un fulgor escarlata. "FIDEL" había escrito con su sangre, el muchacho inmolado por el azar. Era su "sésamo ábrete", poco antes de morir. FIDEL, decía el madero. La sangre adolescente "del sacrificio" tomaba ya un tinte oscuro. FIDEL con la mano de la muerte, guiándole la mano ya casi sin vida. Así había escrito el que se había entregado con alma y cuerpo a la prédica de su Idolo, de su "Unico".

Allí estaba, ahora, el Jefe Máximo. Era el Absoluto. El joven cubano había muerto bendiciéndole, jubiloso en su sacrificio, reuniendo fulgor, pedazos de energía dispersa, alientos, esperanzas, agonías. FIDEL, decía el madero. FIDEL, con la caligrafía sangrienta del moribundo devoto. Todos los relojes parecían haberse detenido, todo el espacio daba la impresión, ahora, de contener solamente ese madero, multiplicado al infinito. El dedo del fervoroso mártir continuaba escribiendo en el cielo, después de la muerte, ese nombre que para el que había muerto constituía algo más sublime que la misma patria: FIDEL.

El Jefe Máximo comprendió. Ya estaba en la cima absoluta y todo le pertenecía.

Esas imágenes volvían y revolvían en la madrugada mientras el teléfono repiqueteaba como si una lámpara formada por estrellas marinas creciera y creciera descendiendo del cielo. Cada brazo de la lámpara era una estrella marina sosteniendo un teléfono. Giraba el agua del amanecer golpeado por un ramo de sonidos

de teléfonos. Giraba el mundo agitado por esa llamada inapla-
zable.

Diana extendió, aún no del todo despierta, la mano. La mano buscó el auricular. Lo buscó como palpando la sombra que se abría, vacilante, en la habitación.

—¿Qué hay? —la voz de Diana era la voz de la somnolencia.

—¿Qué te sucede? —el acento, al parecer lejano, golpeó su corazón como si lo despertara y lo afirmara, a la vez, sosteniéndolo en su desfallecimiento.

—¿Eres tú, Enrique, ¿Por qué llamas a esta hora?

—Ya llegaron... ¿me oyes?

—¿Llegaron?

—Tenemos que vernos, tú sabes dónde. Lo que iba a ser ya es. Diana no podía, ahora, ignorarlo. “Estaban” .“Era”. “Al fin”.

* * *

Todo era peligroso como el paso del tigre en la selva. El mar respiraba como un corazón oscuro que late sin saber ni el día, ni la hora, ni la felicidad, ni la desgracia.

Los milicianos de la unidad de microonda de Playa Larga estaban intranquilos. La Isla estaba inquieta. Sólo la oscuridad parecía indiferente. Sin embargo un rumor avanzaba como si las sombras empujaran a las sombras.

—Parecen pescadores... ¿No ves nada?

—A lo mejor... No sé —intentó penetrar lo desconocido, la mirada era un poco torpe porque los ojos en las sombras suelen engañarse como los niños con los fantasmas.

—Avisa al Central —se refería al centro que funcionaba en la fábrica de azúcar que llevaba el nombre de “Australia”.

—Dales un alto —las sombras parecían moverse— ¡prepárate!

—Patr... —la sílaba se le quebró junto al cuerpo que se doblaba.

El miliciano sintió que la playa y el mar se convertían, de pronto, en un escándalo de ráfagas de ametralladoras y de sonidos que se abrían como si la noche se hubiera convertido en una negra concha acústica.

—¡Mi madre!... ¡Son ellos!... —había desesperación—. Avisa... ¡son ellos! —la voz se le rajó como un papel estrujado por unas manos violentas.

—Hay que resistir, compañeros... ¡Patria o Muerte!... Fid... —sobre la arena el cuerpo parecía el de un adolescente que hubiera estado jugando. La sangre empezó a dejar un rastro un poco más oscuro. En la noche era difícil separar el golpe de la ola, los disparos de los que desembarcaban, de los dos primeros lanchones, la resolución que demostraban los gestos, la violencia de las palabras y la seguridad de las armas que respondían a esa otra ola del empuje vehemente que saltaba a tierra.

En el reloj del primer miliciano caído, casi junto al carro de la microonda, el horario y el minuterero marcaban una hora ciega.

Las siluetas de las dos embarcaciones fue lo último que vio el miliciano antes de cerrar los ojos para siempre. Se llevó la impresión que eran dos ballenas que escupían muerte a ráfagas.

El jefe del puesto de microonda aún tenía fuerzas para articular palabras. Las balas continuaban picando como cuando las hormigas saltan ante la llama.

—Estamos siendo atacados, compañero... PATRIA O MUERTE.

Esperaba que escucharan en el “Australia”. Estaba seguro que desde ahí lo comunicarían a la Comandancia de Jovellanos. Fidel —el Comandante en Jefe— lo sabría. El Jefe Máximo sabría que el miliciano había caído como todo un hombre fiel a sus prédicas.

—Pa... —la sangre le ahogó, como otra oleada negra, las ideas y ya sólo vio un color rojo como una mirada que le guiñara

algo, y sólo vio unos zapatos y oyó unas órdenes que parecían venir de lejos.

Una embarcación del desembarco había encallado más allá y los combatientes se adueñaron de la Playa de Buenaventura. Los disparos, desde los manglares, parecían nerviosos, como si el pulso de la sombra se hubiera alterado.

Los que desembarcaban corrían a ocupar posiciones. Todo parecían cumplirlo a un ritmo de escena ensayada varias veces. Sólo que ahora era de consecuencias graves porque la vida estaba en riesgo.

* * *

El barco negro, con su vientre sucio y con sus lomos resbaladizos, era como una ballena agitada, que había tenido que detenerse en medio de esa bahía del infierno.

A Mario Peleáz la emoción de la espera del desembarco le había quitado el sueño. Para ese momento se había preparado, con impaciente vehemencia, en los campamentos metidos en los riñones de la selva centroamericana. Ahora "la hora suprema" era su hora. Todos eran cubanos, pero constituían un ejército muy reducido frente al despliegue de material de guerra y tropas que el régimen del Jefe Máximo movilizaría en la Isla. Tendrían que combatir en una desproporción muy grande. Los invasores eran sólo unos mil quinientos cubanos. Calculaban que tendrían que enfrentarse a trescientos mil combatientes. No había proporción, ni lógica, pero confiaban en poder establecer una sólida cabeza de playa, armar al pueblo y ayudarlo a levantarse.

Mario hubiera querido que los barcos tuvieran alas, pero eran barcos tan viejos como las ballenas y tan lentos como los hipopótamos de un parque zoológico.

Mientras aligeraba su equipo pensó en Nora y en los niños. No tenía miedo sino impaciencia. Cerca vio a otros compañeros

de la provincia del oriente cubano. "Los orientales somos como una tribu", pensó. Trató de recordar las últimas instrucciones. Miró el reloj. Ya el desembarco había empezado. Pensó en uno de los profesores de la Universidad. Sin saber por qué recordó una frase de él: "El heroísmo está hecho de paciencia". Iba a probarlo ahora.

A media noche habían partido unos pocos compañeros, como sin sobresalto. Eran los "hombres ranas". Debían cumplir una misión silenciosa y difícil para hacer posible la operación.

Sonrió pensando que Antonio —encerrado sin duda en una de las galerías de la Fortaleza de La Cabaña— no sabría que él estaba ya tan cerca y que la liberación podía poner pie en tierra. "Será dura la lucha —pensó Mario— pero tenemos armamento que nos abrirá un camino hacia La Habana. En unos días dormiremos en La Habana, si antes no dormimos en otra parte".

Sentía impaciencia. La orden final aún no llegaba para él y sus hombres. Ya los primeros combatientes habían establecido un nido de ataque y resistencia en la playa.

"La vida, ¿qué es? —se dijo por dentro—; acaso es como el mar". Pero no era la hora de meditaciones sino la hora de juzgarse el destino de la vida y de Cuba, al cara o cruz. La vida era ese mar en movimiento y era esa acción de guerra del desembarco, que parecía desarrollarse con la terca impaciencia del ritmo lento de diversas escenas para un film con presupuesto desahogado. Pero el movimiento de las manecillas de la cámara tenía más bien el ritmo de la circulación de la sangre. La grasa de la máquina filmadora era sangre. "El film empieza siempre como en la vida" —se dijo Mario—. "Y estamos en la vida".

Miró a los otros compañeros. No parecían temer, pero había cierta nerviosidad en algunos de ellos. Eran los que tenían menos entrenamiento. Otros eran casi novatos.

Mario sentía que le zumbaban los oídos como cuando tuvo su primera pelea de muchacho y lo golpeó uno que era más fuerte y de mayor estatura.

Llegó al fin la orden de deslizarse hacia los botes de goma, que flotaban junto al barco como bocas gigantes esperando alimento, llegó al fin. “¡Vamos!” —dijo Mario a los compañeros— y empezó a deslizarse hacia el bote equipado para el desembarco.

* * *

La pista amanecía rodeada del mismo paisaje como encantado. Hermosura en todo: verde como de sueño, palmeras líricas, cielo para hacer la delicia de los pintores emotivos y los poetas convalescientes.

Los motores eran probados como con impaciencia. Había prisa en partir, pero la orden demoraba. El capitán estaba inquieto. Los teléfonos no dejaban de funcionar. Finalmente se le dijo que debía despegar.

—Es un desembarco, capitán... Vea aquí... Ya sabe lo que tiene que hacer —el capitán se inclinó sobre el mapa y se abrochó la correa del casquete de piloto de la FAR.

—Pierda cuidado. Nosotros nos encargamos de todo. Me imagino que están dejando gente en la costa.

—Usted es el jefe de la escuadrilla, capitán.

—Entendido.

Los pilotos estaban preparados.

—Los “Sea Fury” nos responderán bien. Son rápidos.

El B-26 no había sido bien artillado.

—El objetivo es este... —el dedo recorrió el mapa.

Los muchachos mecánicos y ayudantes se apresuraron. Los pilotos corrieron hacia los aparatos. Era una madrugada que parecía sonreír con inocencia.

Los pilotos subieron a los aviones. Pronto la pista se convirtió en un triple rugido. Los aviones se deslizaron, suavemente, y despegaron, luego de una rápida carrera. Pronto fueron como un adiós escrito con prisa en el cielo.

A los veinte minutos de vuelo la escuadrilla volaba a seis mil pies sobre el objetivo señalado. El capitán se sorprendió. Esperaba encontrar algún barco aislado desembarcando expedicionarios y lo que vio le pareció como una pequeña flota que, allá abajo, se movía como los barquitos de juguete en la mesa de un niño. Así había jugado alguna vez, hacía treinta y tantos años. Era ahora un veterano en comparación con los pilotos que entrenaba la FAR.

Contó, rápido, unas embarcaciones mayores. Pequeñas lanchas se movían hacia la costa. Todo acontecía en el interior de la Bahía de Cochinos. Era como un mapa animado de cuerda, lo que el capitán veía desde los seis mil pies.

El capitán se comunicó con los pilotos de los otros dos aviones de su escuadrilla. Puso el “Sea Fury” en picada y lo lanzó hacia el transporte —tipo “Liberty”— que navegaba hacia Playa Larga. Los otros pilotos imitaron al capitán. Eran tres flechas de muerte que se lanzaban en busca de un blanco seguro.

Cuando el capitán había descendido unos cuatro mil pies apretó unos botones. Cuatro cohetes salieron en busca del barco, como cuatro centellas destructoras.

Su mirada ávida comprobó que daban en el blanco. El barco se estremeció y su herida debió ser mortal, porque empezó a salir humo y porque, como un pobre pez ensartado por un anzuelo feroz, parecía querer recostarse a causa de la herida.

El capitán no disimuló su alegría. Los otros dos integrantes de la escuadrilla enfilaron sus cohetes contra el blanco. El fuego de las antiaéreas no les alcanzó. El capitán dio órdenes de regresar a apertrecharse de más cohetes.

* * *

El miliciano 1222 del batallón 120, tercera compañía, estaba impaciente, como sus otros compañeros. Habían salido un día antes del "Comodoro" y la noche los había encontrado acampados en el "Central Australia".

—Deben de estar por llegar... Cuando hay algo malo vuelan las auras. Es mala señal. Conozco por qué vuelan esos "animales"... Si los lacayos del imperialismo yanqui bombardearon el aeródromo en La Habana, por algo fue —dijo el capitán Aníbal Gálvez.

—Si vienen los yanquis, ya tú sabes que a estas "cuatro bocas" las voy a hacer gritar, bien fuerte, "Patria o Muerte. Venceremos", para que el compañero Comandante Fidel quede bien contento —se rascó el pescuezo y, luego, la cabeza.

Callaron. Presentían que las maniobras habían terminado y que el aire se convertiría en acero o, tal vez, en muerte.

—Te he dicho que si vienen los yanquis, *quedan*. Por algo lo dijo el Comandante Raúl: *quedan* —afirmó Aníbal.

Pero ahora casi sobraban las palabras. El corazón del miliciano 1222 empezó a latir un poco más de prisa. Todo parecía tener prisa ahora. El aire de la madrugada tenía dientes y podía tener alas. Acaso el aire podía convertirse en una boca de tiburón de acero que vomitara fuego.

El ruido del avión les sacudió como un manotazo de aire.

—¡Son los yanquis... Es un B-26... óyelo!

—Cállate y no tires todavía, hasta que no lo tengas bien centrado —la voz de Aníbal le paralizó la mano.

El avión volvió a cruzar. El miliciano 1222 y sus compañeros habían conseguido, siguiendo las instrucciones del capitán, disimular su presencia y la de las antiaéreas, entre los matorrales. El piloto no los vio, pero cuando volvió a cruzar, el fuego de la artillería surgió desorbitado.

—¡Ahora, Jesús! —el miliciano 1222 empezó a disparar la ametralladora de cuatro cañones.

* * *

El capitán aterrizó sin novedad, a pesar de la excitación que lo dominaba.

—Lo toqué, compañero... Se deshizo como si fuera de papel...

—Cálmese, capitán.

—Todo está en apretar botones...

—¿Pero qué sucedió?

—Docenas de baterías nos hacían bailar, como si estuviéramos en una fiesta allá arriba, y nos burlábamos... pero cuando lo toqué se deshizo.

—¿Vienes herido? —se había acercado uno de los "responsables".

—¿Herido?... Aquello era como una neblina, pero una neblina de fuego y balas... Dispararon con todo lo que tenían... Las trazadoras y las explosiones se sucedían.

—¿Pero qué pasó al fin? Dime.

—Que les dí en la nariz.

—Vamos a "Operaciones" para que rindas el informe.

Los otros dos aparatos habían aterrizado. El capitán puso en orden cuanto parecía bailar dentro de su cabeza. Ya un poco más sereno pudo informar, frente al mapa que le extendía "el responsable".

Pronto los muchachos mecánicos anunciaron que el aparato estaba preparado para emprender una nueva misión.

—No me tocaron —gritó el capitán, corriendo hacia el "Sea Fury".

—Llevas esta vez, ocho "caricias" para los mercenarios. Para que le des en la cabeza al imperialismo yanqui.

El jefe de los mecánicos sonrió mientras golpeaba fraterno, la espalda del capitán cuando éste se disponía a subir al avión.

Las ocho "caricias" eran ocho cohetes de cinco pulgadas.

Con su carga de combustible y municiones el "Sea Fury" se lanzó hacia el escenario de la Bahía de Cochinos. El capitán sabía la ruta y ahora la repasaba con impaciencia.

Acaso en menos de veinte minutos estuvo esta vez sobre los objetivos. Distinguió a su víctima. Estaba allá abajo, encallado, herido de muerte. Pero las baterías antiaéreas lo habían saludado con disparos mortales, como si lo reconocieran. No se intimidó. Fijó la mirada en un barco grande que maniobraba frente a Playa Girón.

—Es más grande que el otro, este maldito —se dijo, exaltándose.

Calculó que el barco maniobraba a unas tres millas de la costa. Guió el "Sea Fury" como si fuera un caballo veloz al que conducen para saltar un obstáculo. Descendió, de nuevo, unos cuatro mil metros, afinó la dirección de su ataque y apretó los botones.

El aire parecía de goma y era como si unos elásticos poderosos hicieran bailar al "Sea Fury". El cielo se iba cubriendo de ojos de fuego, pero ya los cohetes habían salido en busca del barco.

El "Sea Fury" se encabritó. El capitán lo enderezó con un movimiento rápido. Abajo se habían abierto, de pronto, las compuertas del arsenal del infierno. El barco era un estallido continuo. Había sido tocado, medio a medio del arsenal flotante, en que había sido convertido. Ahora era un zafarrancho de destrucción y de fuego, de disparos y humo, de muerte irremediable y de caos.

El "Sea Fury" continuó danzando, como una hoja de papel sacudida por las manos poderosas de una deidad más alta que el cielo. El capitán sintió un placer extraño. Acaso un poder invisible guiaba sus acciones.

Giró en redondo. Los últimos disparos quedaron atrás, pero en el aire la muerte también tenía ojos para mirarlo.

* * *

Las primeras impresiones de Mario Peláez, al entrar en combate, no fueron distintas a la sensación del que es sorprendido bajo la ducha.

Primero estuvieron desguarnecidos y era como si el buitre de Prometeo se hubiera convertido en un avión y picara sobre ellos. Poco a poco se había ido como ordenando todo. También se ordena la muerte. También la lucha mortal tiene su ritmo, su cadencia, su respiración uniforme.

Mario sentía la boca seca. La vida era áspera. Era como un ballet de muerte en un escenario de carnicería con piso dulce de playa. Era su tierra. Y sentía que ahora que sus pies volvían a caminar sobre ella, que la amaba con un amor terrible, con un amor de hijo ardiente y desesperado. El peligro era grande, pero el orgullo de estar ya en su tierra —al cabo de tanto caminar por el mundo— lo conmovía como con una explosión de primavera. Era como beber un vaso de leche en el amanecer.

La artillería tronaba y sobre la tierra iban quedando esos ojos de los impactos de la artillería, ciegos, vacíos, ojos de nadie, huérfanos de pupilas. La tierra era una sola pupila. La tierra era ese ojo de la sangre donde, acaso, se reflejaron un día los arcoiris de un paraíso recuperado. Pero ahora, con esa mirada vacía, parecía buscar el destino. Los hoyos que abría la artillería parecían, de pronto, ojos de escualos, de tiburones moribundos, miradas famélicas de una imposible eternidad. Cada disparo era un ojo vaciado sobre la tierra. Y la tierra, la playa, se habían ido cubriendo de cavidades.

La solidaridad de los hombres que habían hecho su estreno juntos, los había convertido en una especie de hermandad for-

jada con hierro. La fraternidad tenía cierto desenfado. Era como retar a la muerte en su más escondida madriguera. Era aceptar el reto y disparar.

Se era heroico por necesidad y hasta por familiaridad con el destino. No se buscaba el heroísmo y estaba allí, en medio del infierno de los disparos. Y no era un heroísmo de un solo lado, porque los cubanos de un bando y de otro morían con un gesto parecido sobre un cielo que debió cubrir un día el sueño del Jardín del Edén.

La gente se había habituado a aquel frenesí y se movía sin prisa. Mario Peláez pensó que sus compañeros del batallón de paracaidistas debían haber cumplido a esa hora su objetivo y que, pronto, por el pequeño aeropuerto conquistado podrían llegarles recursos, alimentos, municiones, los refuerzos necesarios. Era aire para los pulmones de la guerra.

Parecían cumplir una tarea sin impaciencia, en la medida que las horas transcurrían. Mario sintió, de pronto, el alivio de estar en el descanso de una escalera. "Nos hemos afianzado", pensó. Pensó en las horas del combate en Guisa cuando la lucha contra la tiranía de Batista. Pero este escenario era tan distinto y el ritmo no parecía el mismo.

Todo había ido ajustándose a un plan, a una orden. Se habían desplegado bien. Habían adelantado. Uno de los mandos había sido instalado en una de las casas contiguas a la playa. A otra construcción, que parecía reciente, habían sido conducidos unos milicianos prisioneros. Mario recibió la orden de acudir a la casa donde eran custodiados los prisioneros.

Cuando llegó no le pareció que aquello era la guerra sino una especie de reunión familiar. ¿Era, entonces, irreal lo que ocurría afuera?

—¿Con qué tiraron ustedes?... ¡Qué bárbaros! —era una expresión cubana, de admiración, de asombro cordial, el cantante más popular y querido había sido bautizado como "el bárbaro

del ritmo"; así, la palabra, en el mulato grueso y dicharachero, era casi calurosa y fraterna.

El miliciano risueño había salvado la vida y lo que parecía importarle era que todo se arreglara entre cubanos.

Mario lo contempló. Prisioneros y capturadores hablaban de la reciente lucha, intercambiando palabras como si el combate mortal hubiera sido una broma.

—Nosotros creímos que ustedes disparaban con un arma secreta... —comentó riendo el mulato, como si las palabras se le ahogaran, entre la sonrisa, en la boca.

—Mira, esta era el arma secreta —dijo uno de los combatientes de la brigada invasora, mostrando un arma automática.

—Nosotros tenemos de esas —comentó el miliciano ya más serio.

—Iguales no.

Mario Peláez se quedó silencioso. Ni siquiera habían advertido los demás que él había llegado. Puso un poco de orden y, cumpliendo las instrucciones, interrogó a los prisioneros. Los prisioneros parecían muchachos que no sabían bien por qué estaban allí. Uno que otro se mostraba reservado, hosco y como humillado. Después de llenar todos los trámites del interrogatorio y comprender que poco se podría deducir, por las noticias aportadas por los prisioneros, Mario salió a la playa. Allí encontró a uno de sus compañeros de la Brigada 2506 que era responsable de las comunicaciones. La Brigada 2506 había tomado ese número porque era la serie de un compañero que murió en el adiestramiento. La Brigada 2506 era, en realidad, una brigada sin antecedente ni consecuente, no había una 2505, ni una 2507. El solo 2506 era todo su destino. La Brigada 2506 era todo el ejército invasor.

Empezaba a atardecer. Hacia el mar todo parecía vacío. Era un telón de fondo como sin actores. Delante estaba la tierra que había que recuperar sin posible retirada.

El cielo empezó a colorearse con un tono naranja de tibia sangre. El azul parecía herido de una rara armonía temblorosa. Era como un azul que se viera envuelto en el manto de una fiebre espacial. Y era la fiebre de cada tarde. Hermoso atardecer para una hora donde el mar y no la muerte debía ser el invitado.

Mario recordó ese oleaje que sólo un puñado de horas antes se había agitado en torno del barco mientras cumplían la tarea de ir hacia donde ahora estaba. La acción guerrera parecía rugir tierra adentro. Había avanzado como la ola, pero ahora la ola parecía deshacerse, en ese duro chocar con una realidad inesperada. Lo que le informó el compañero, de los enlaces y comunicaciones, no era nada alentador. Los paracaidistas no habían podido cumplir con la misión confiada. Habían caído muy dispersos, en sitios alejados. Algunos se habían perdido del lado de las ciénegas. Las municiones se agotaban. El barco, indispensable para apertrecharlos, había encallado, herido. Los combatientes que transportaba el barco no habían podido desembarcar.

—¿Qué te parece, esto “Ronco”? —dijo Mario con calma.

—Que estamos como el cangrejo, Mario.

—¿Qué noticias tienes?

—Nada de buenas. Y ya tú sabes lo demás...

—¿Qué, “Ronco”?

—Que si no hay apoyo nos “cocinan” a todos.

—¿Cómo?

—Casi no nos quedan municiones, Mario. Y ¿con qué quieres que disparemos? Aquí hay arena, pero no podemos disparar con arena. —rió.

—Pero hay que resistir.

—Eso hacemos.

—Puede ocurrir algo.

—No sé qué... Sé que nos dejan solos con las auras y que estamos entre las auras y los tiros —miró hacia el cielo que tenía,

ahora, tonalidades graves y donde las aves presagiadoras de la existencia podrida, volaban como en círculos agoreros.

Algunos de esos “jotes” del trópico o buitres de la escena de Prometeo, se habían posado sobre los árboles vecinos. Debían percibir el olor a la muerte. Nunca aparecían sino cuando había un animal moribundo o ya cadáver. Pero esta vez no eran animales los que morían, sino hombres.

—Tengo el brazo cansado de disparar —dijo Mario.

—Y yo de hacer llamados que nadie cumple, ni hace caso... Mucha promesa, primero y después, ahora... nada... Creo que nos han embarcado, Mario.

—¿Por qué, “Ronco”?

—¿No estás viendo las auras?

—Sí.

—Lo que no has visto es “el techo aéreo”.

—No.

—Entonces entiendes bien la situación, Mario.

El compañero encargado de las comunicaciones fue a reemplazar al que había dejado para sustituirlo. Mario se quedó solo. En la casa, más allá, continuaban los prisioneros. Pero la tarde abría sus velas últimas como una despedida y todo eso hacía pensar. ¿Por qué debía ir, siempre con él, como la piel de su cuerpo, el recuerdo de eso que podía llamar “su vida”?

Las imágenes de su vida parecían chocar como las olas, en la mañana, contra el costado del barco que los había aproximado a la playa. Había vivido como con cierta prisa, como si la cuota de años que le estaba señalada fuera una cantidad no generosa. No había dejado pasar las oportunidades, sin tomar de la vida lo que la vida puede dar. Vivir, poseer, no dejar la oportunidad sin gustarla. No había sido un buen estudiante en la Facultad de Derecho. Estaba demasiado impaciente por comprender otras cosas de la vida. Confiaba en su memoria que, en los exámenes finales, nunca lo hizo quedar mal. No optó a los premios del curso.

Buscaba premios cotidianos en la vida: el gozo, la pasión, la amistad, los libros y los temas "del día", el amor, el deporte, la intranquilidad.

Y en aquel momento de soledad y de riesgo, cuando la tierra cubana, que era su tierra, parecía tronar con su melena de pólvora, y el cielo se incendiaba —por el crepúsculo, en un estallido final —como un barco fantasma que empieza, todo púrpura, a hundirse en un mar que se va oscureciendo—, pensó, de pronto, en ella. Repitió su nombre. No sabía a quién se lo decía: si a la noche, si al mar, si al crepúsculo o la muerte.

La volvió a ver como la habían grabado en su corazón los años: olorosa a lento sol sensual, conteniendo un erotismo silencioso y lleno de esencias sutiles y ardientes; pronta al lecho, sabia en rechazar y aceptar. La había deseado en noches de oscuridad melancólica, con lluvia lenta como si estuviese en el traspatio del mundo. La había deseado como ella era: con algo de felino en el alma. Su cuerpo le parecía que olía a trópico, a yerbas aromáticas, a leche tibia, a tierra humedecida. Y en su desnudez de alba tenía ella, de pronto, el silencio elemental de la pantera. Era como la capital del amor que se le entregaba con brazos temblorosos de caricias, con sus labios ávidos de ser mordidos por el delirio del deseo sin tacha. Su entrega le había estremecido el alma. Y al tenerla había comprendido que en la vida el sexo contiene como un himno de espiritualidad, como un reflejo de la alegría y del temblor de Adán y Eva cuando se supieron desnudos e inseparables. En su pasión ella le había entregado el secreto de la primera mujer que era la primera amante y Mario había comprendido que la vida no da dos veces el mismo fruto. Después hasta era posible morir sin injuriar a la muerte, porque mucho había recibido —en goce y pasión— de la vida.

Lo llamaban. Se volvió rápido. Se sacudió de su ensoñación. Era el tiempo de la guerra y la guerra —como la estera de acero del tanque de combate— no admite distracciones. La playa pa-

recía haber naufragado, enteramente, en la tarde. El cielo parpadeaba. Pero las detonaciones continuaban más allá. "No sé si habrá un segundo Paraíso —pensó para sí Mario Peláez—. Pero tenemos que combatir para alcanzar a verlo un día", completó su pensamiento. La tierra continuaba desvelada. La muerte preparaba los ojos de acero de los fusiles automáticos. Era la hora de partir, aunque parecía que recién habían llegado.

* * *

En La Habana casi todos tenían prisa. Había como un despertar de relámpagos que se entrechocaban. Los comités de barrio habían despertado como arañas irritadas por ácidos. Todo lo tocaban ahora rápidos, con frenesí. Todo lo sacudían. Las redes estaban tensas y ahora no eran hilos finos tejidos como con el temblor del alba, sino eran cables, cuerdas, líneas de acero. Toda La Habana respondía a esas órdenes, ensayadas —antes— con minuciosidad. Todo el país era, también, una red en tensión.

"Si vienen, quedan... Patria o muerte... Quedan".

"El Partido" (PSP) puso en actividad toda la maquinaria, aceitada, preparada, durante meses y meses por las células de base, por los enlaces, por la maquinaria y las experiencias acumuladas en otras situaciones parecidas y donde los comunistas habían tomado la dirección. Era necesario apretar un solo botón y fue apretado a tiempo. Entonces todas las patas de millares y millares de "comités de defensa", como impacientes arañas, se extendieron rápidas, como si fuesen relámpagos negros, como si cada relámpago fuera una daga capaz de ensartar casas enteras, con sus moradores y sus sueños.

—¡Duro con ellos!... ¡Cada uno a su puesto!... ¡Cumplir!... Cada uno sabe lo que tiene que hacer.

La red de células, los enjambres de "activistas", los panales de "los cuadros fuertes" vibraron como los motores bien prepa-

rados. Despedían chispas. Habían sido lanzados a una máxima intensidad.

—Los comités de barrio funcionan como cuchillos, compañero... como navajas... No se nos escapará ni un “contrarrevolucionario. Antes que pueda moverse uno solo ya le hemos caído encima.

“Contrarrevolucionarios” y personas ajenas a todo, fueron empujados, en la prisa. Así la ciudad y el país se convirtieron, en pocas horas, en una red de trampas, en una sucesión de improvisadas cárceles, de campos de prisioneros y detenidos, en una explosión de denuncias, de ojos de fusiles apuntando a éste o a aquél, a aquélla o a ésta. Y unas horas fueron suficiente para que una marea de gritos de injurias, de rápidas detenciones, de armas automáticas, de campamentos improvisados para “los contrarrevolucionarios” que crecían y crecían, fuera subiendo hasta volver imposible la respiración del día, sofocantes las horas, angustiadores los minutos. No era posible calcular el número de los detenidos como a un golpe de manos. ¿Cuántos eran? ¿Veinte mil? ¿Cincuenta mil? ¿Cien mil? ¿Un cuarto de millón? Todo podía ser. Todo era incontrollable debido a la furia armada que detenía inmediatamente a cualquier persona sospechosa de poder ayudar a los enemigos de “la Revolución”. Habían sido hechas listas interminables, con anterioridad.

—Más vale equivocarse, compañero, que dejar escapar a un enemigo de nuestra Revolución, porque ese puede ser un saboteador.

Corrían camiones con hombres con armas largas. La Habana era una red de postas. Los milicianos eran una red de armas. Los comités de defensa eran una red de delaciones.

Diana fue arrancada de su asombro, sacudida, empujada desde su temor, silenciada en su protesta. “No tenemos tiempo. Los yanquis llegaron y vamos a acabar con todos ustedes que son los

agentes del imperialismo”. Zoraida y la doctora Dolores Alonso daban órdenes a nombre del comité de barrio.

Diana fue obligada a subir a un camión. Más allá en el herido de una estación de policía, los detenidos hacían una misma pregunta. “¿Qué pasa?”. Todos interrogaban lo mismo: “¿Qué sucede?”. Y todos sabían lo que estaba sucediendo.

—Duro con ellos y a la cabeza, compañera... Los acabaremos a todos.

De pronto le pareció a Diana que la capital era una inmensa caja de locura. Todos querían mandar. Las órdenes iban y volvían, pero de repente, todo parecía marchar al ritmo de un millón de relojes que marcaban el mismo segundo, que sonaban, a compás, como un millón de corazones mecánicos.

—Súbelos al primer camión y llévalos a la Ciudad Deportiva, porque aquí apestan y estorban.

Diana fue empujada, de nuevo, a un camión. Algunos hombres rezaban, intentaban acordarse cómo empieza el Padre Nuestro. Algunas mujeres lloraban y otras no lloraban, porque estaban demasiado indignadas en su humanidad ultrajada. “Asesinos... asesinos... asesinos... criminales... criminales... criminales”, iban repitiendo por dentro como una marea de sílabas casi desbordadas. Algunas gritaban.

El hongo gigante de cemento del Palacio de los Deportes era, ahora, un embudo al revés que resonaba como una infernal concha de gritos. Diana fue empujada como los otros. Era una de tantas en la marea sucia de nombres que habían perdido el nombre. Era como al ajada carta de un montón de ajadas cartas de entre millares de naipes marcados con iniciales misteriosas.

El aire se iba congestionando de palabras, de armas, de rostros de pena, de dolor, de ira, de espanto, de impotencia. De repente, resonó un disparo, seco, y el sonido pareció rebotar en un laberinto. A alguno de los milicianos se le había escapado, sin querer, un balazo. Otro lo imitaría más allá.

Pero había órdenes que parecían tiros. Los lamentos se mezclaban a los escupitajos y a las toses nerviosas. Diana trató de orientarse, de comprender aquel infierno. Acaso era difícil comprenderlo.

—No sé qué es lo que pretende esta gente con nosotros —dijo a su lado una muchacha que temblaba y apretaba un rosario.

Un olor a orines, a excremento y a miedo parecía flotar bajo el hongo de cemento y no había salida posible. Las bocas de las puertas laterales arrojaban más y más detenidos dentro del redondel de cemento y delirio. Esa “basura humana” se había ido acomodando, apretujándose de gradería en gradería, en el círculo inmenso y extendido, casi hasta llegar a la máxima altura. Hablaban a la vez, gritaban, protestaban, se llamaban o rezaban. Y todos parecían los espectadores del más siniestro de los espectáculos puesto que toda la parte central, destinada al escenario, estaba cubierta por más y más detenidos. Era un espectáculo donde todos los asistentes eran actores, donde el escenario era todo el círculo de cemento, todo el teatro; donde se representaba una tragedia sin título y donde los milicianos y gendarmes parecían los acomodadores del teatro de las torturas y la muerte.

La fiebre tenía un ritmo de sangre fluyendo de una vena abierta por un tajo nocturno. La sangre y los orines caían, resbalaban de grada en grada, hacia el centro del más grande estadio bajo techo construido, hasta entonces, en América Latina.

Nuevos ojos uniformados intentaban recontar el rebaño agitado. El espectáculo era el de un inmenso hormiguero aterrizado.

Diana creyó ver, sobre las graderías del inmenso círculo de cemento que hombres y mujeres se lamentaban o se inclinaban adoloridos —del cuerpo y del alma— como si una bomba atómica hubiera estallado para convertir a hombres y mujeres en harapos humanos. Tuvo miedo y empezó a rezar.

CAPÍTULO V

ERA POSIBLE ensordecer en una noche. Era posible conocer todo el delirio de un estruendo ininterrumpido, en un día.

—¡Hay que cumplir la consigna, compañeros!... ¡Hay que cumplirla!

—No te demores, entonces. Habla menos y ayuda más.

El miliciano sonrió. Sus compañeros acaso no entendían que hablar así era una manera de fortalecer el espíritu. Para que fuera escuchado por sus compañeros, tenía que gritar como si estuvieran en el centro de una montaña que se derrumbara. ¿Quién podía escucharlo? Tampoco importaba. Lo que era ahora de utilidad era disparar hacia el sitio señalado. “Los taponearemos y morirán como cucarachas” —pensó el miliciano.

—¡Duro con ellos!... ¡Duro, Armando!...

“Armando” pudiera haber sido el cañón, porque respondía a las órdenes. Hombres y máquinas de muerte parecían identificados.

La infantería estaba un poco más adelante. Los milicianos y los hombres del Ejército Rebelde continuaron sirviendo los cañones.

—Que no falte el alimento, compañeros... Mira que “estos” quieren “comida” —rió, las balas eran la “comida”.

Se había dicho: "Duro a la cabeza de los contrarrevolucionarios... Hasta que no quede ni uno"... "Aniquilar a los invasores. Patria o Muerte. Venceremos". Debían estar venciendo. Mientras tanto el estruendo crecía. Los artilleros continuaron alimentando los cañones. Los hombres estaban sucios. Algunos se habían despojado de sus camisas.

—¡Fuego!

La tierra se sacudía, de pronto, como una muchacha con un ataque de risa. Era como si creciera una histeria colectiva.

* * *

En el camino hacia Playa Girón se movía el "ciempiés" bélico. Los combatientes se habían manchado los uniformes, estaban mal comidos, con sueño y angustia. Era una angustia desnuda, un poco beoda. Así debía ser, acaso, el valor.

—Cuando Maceo montaba a caballo lo difícil era montar, según leía una vez. Lo demás lo hacía la suerte del combate —dijo Aníbal Gálvez mientras se quitaba una bota, porque le dolían los pies a causa de la caminata larga. Había sido una lucha contra el tiempo. Un ansia de llegar, cuanto antes, al mar.

Por la carretera venían unos camiones militares.

—¡Arriba!... ¡No se duerman! —gritaron los policías desde los camiones.

Había olor a pólvora y la pólvora era como el polvo que subía de la tierra. El ambiente era el de un infierno que se había hecho familiar. Desde el Central Australia habían avanzado hacia Playa Girón. Aníbal podía respirar aún, en medio de la fiebre de la luz y el ruido ensordecedor de los fusiles, las ametralladoras y la artillería.

Un poco aturdidos se habían vuelto a poner de pie, pero desde el primero de los camiones, que había detenido la pequeña caravana bélica, les gritaron "¡A tierra!... ¡A tierra, compañeros!".

Ya no se gritaba "Patria o Muerte", porque la Patria era ahora el polvo y el humo que parecían flotar como si el mundo estuviera despertando de una enfermedad extraña. La muerte era la cara fea de la vida.

Los hombres de Aníbal Gálvez obedecieron, tratando de disimular su presencia en la tierra. Era señal que se aproximaba un peligroso bombardeo. Aníbal vio que los policías que venían en los camiones también se habían dispersado.

—Parece un paisaje nevado —comentó el sargento.

—¿Has visto nevar alguna vez?

—En el cine... En no sé cuántas películas... Y en fotografías... Pero una nevada se parece a esto.

—Esto se parece a cualquier cosa —dijo Aníbal—. En la sierra fue distinto.

Los hombres del batallón estaban apretados contra la tierra. Mirar el espacio mareaba. Más allá el arenal parecía tener el pellejo calcinado.

—Van a bombardear —gritó Aníbal.

Los milicianos se apretaron aún más a la tierra, como si quisieran hundirse en ella. La tierra empezó a estremecerse como si la estuvieran golpeando con látigos ardientes. Los látigos tenían olor a pólvora.

—Muerde el trocito de madera... Acuérdate de las instrucciones —la voz le llegaba como desde un subterráneo, pero estaba a flor de tierra y muerte.

El miliciano reconoció la voz del capitán Gálvez. "Este hombre está en todas —pensó el miliciano— nos cuida más que si fuéramos hijos de él, y pudiera ser nuestro hermano". La tierra continuó sacudiéndose como si tuviera desesperación.

—Oye lo que encontré aquí... Agacha la cabeza... —el compañero se había arrastrado mientras los cañones continuaban disparando sin tregua como si quisieran moler toda la zona. Aníbal se dio cuenta y se arrastró hasta aquel sitio.

—¿Qué pasa que se mueven tanto?

—Es una "45", capitán... y unos espejuelos oscuros... Mire lo que encontramos...

—Son de algún contrarrevolucionario que se hizo polvo.

—Parece que el barco de ellos empieza a disparar ahora.

Los fogonazos parecían tejer una red de despavoridas estrellas heridoras debajo de las otras. Cruzaban balas trazadoras. Los morteros y los cañones —de distintos calibres— competían en estruendo. Esperaron. ¿Cuánto tiempo? A Aníbal Gálvez y a sus hombres les pareció que un siglo y medio.

Se pusieron en pie. La orden era continuar y continuaron.

* * *

—Ya éste no se levanta más —Aníbal se quedó mirando al caído.

El combatiente de la brigada invasora estaba echado hacia adelante como si estuviera haciéndole la última confianza a la tierra. Era tierra cubana, tierra suya.

—El hombre es cubano —dijo un miliciano—. Mírale el tipo de cubano que tiene.

—Es un contrarrevolucionario, un lacayo del imperialismo yanqui —dijo Aníbal—. Grábense bien esto. Vergüenza le debía haber dado a este cubano servir a los enemigos de nuestra gloriosa Revolución.

El combatiente muerto se había quedado como dormido, pero en realidad ya no podría dormir más, porque lo que ahora le había ocurrido era la liquidación de su sueño. La bala debió entrarle cerca del corazón. Acaso la sangre había empapado la tierra, pero su cuerpo ocultaba, en esa posición semi boca abajo, el sitio de entrada de la muerte.

El miliciano apoyó la culata de su fusil sobre la tierra, como si el fusil fuera un arma primitiva. Así descansaba de la fatiga de la jornada.

—Mira —comentó mientras encendía un cigarrillo— tiene casi todas las granadas en la cintura.

—Este que vino a pelear, no peleó —comentó arrogante Aníbal.

—Oye... Mira el emblema que tiene. Un paracaídas y la cabeza de un águila, qué sé yo lo que es. Y dice: CUBA.

—Y mira la hora. Se le quedó parado el reloj cuando le llegó la hora de la muerte.

—Se puso fatal. A todo enemigo de la Revolución le llega su hora —dijo Aníbal—. En marcha. ¡Vamos!

El caído se quedó allí, con su inútil sueño de gloriosa redención. La única gloria posible para él había sido, cuando lo abatió la muerte con su cuchilla rápida, ese poco de polvo al que había regado una parte de su sangre. Se había quedado así, de cara a la tierra, como si quisiera besarla o dormirse en su falta, como cuando era niño y solía quedarse dormido sobre las rodillas de su madre. No quería menos a esa otra madre, a esa madre Cuba, que los que decían encarnarla. El suyo era un amor distinto a aquel proclamado por los que decían defenderla y, acaso, más trágico. Era un amor de hijo huérfano, desconocido, postergado. Y en esa muerte sin gloria pregonada, el silencio parecía decir que ese que había caído allí, con el nombre de la madre Cuba bordado en su uniforme, era tan digno como los otros que afirmaban que la protegían arrojando a los hombres de la brigada invasora al mar. En todo caso su muerte era mucho más dramática, porque no tendría quién la recordara. Era "uno más" entre otros. Uno sin número, un "desaparecido" entre los desaparecidos. Y cuando toda la propaganda agitada por los militantes de los partidos comunistas en el mundo, con el auxilio de sus aliados y partidarios, proclamara que los cubanos que querían reconquis-

tar la tierra madre eran "mercenarios", y cuando de tanto repetirlo hasta personas de buena fe —y en su candor— lo admitieran, ese muerto anónimo de la brigada continuaría besando la tierra amada, amándola más allá de su muerte, queriéndola con el último latido de su silencio y de su espíritu.

La lucha era trágica porque la soledad de los héroes desconocidos es lo más trágico que puede ocurrir en este mundo.

Aníbal Gálvez miró por última vez al combatiente caído y dijo sencillamente:

—En marcha. Vamos, compañeros.

Los hombres tomaron sus fusiles y emprendieron la acción final hacia el mar.

* * *

El tanque se movía pesado, como un animal de un segundo diluvio. Su piel era de acero. Su figura era fea como la de un sapo gigantesco. Parecía mirar torpemente. Como un ciego. Era un ciego de hierro con la fría mirada de la muerte.

El capitán Aníbal Gálvez lo miró pasar. Otros venían por el camino. Se sentía importante. Sus "muchachos", con trajes de milicianos, habían sobrepasado el primer temor: ese desafío a la muerte disfrazada de emboscada, ante la cual los más valientes temen.

Aníbal debía probarle a los suyos que por algo él era de "Cauto adentro" —de los alrededores del río abuelo de los ríos de Cuba—. Se sentía exaltado por una idea que lo colocaba al borde del delirio: triturar a los que venían. Se los imaginaba muy numerosos: como un oleaje de acero. Había arengado, vehementemente, a los suyos, con palabras que las sentía encendidas como una mecha conectada, ardiendo, con el corazón.

El ruido de los hierros de los tanques era atemperado por la artillería. Uno de los muchachos, que parecía de los más agota-

dos por la marcha apresurada "hacia la playa para aplastarlos" —como repetía Aníbal— se había retrasado. Aníbal sabía que no era por temor sino por inexperiencia. En la mirada de sus hombres el capitán leía, no sin dificultad, que le pedían un poco de tregua. Los combatientes no se improvisan y esta vez no eran pruebas de práctica sino que todo "iba de verdad" como había dicho uno de ellos. Aníbal los había tomado casi "verdes" —como les decía cuando quería estimularlos— y los había hecho "madurar", exigiéndoles más y más trabajos. Conocía a cada uno en sus flaquezas y en su voluntad de servir a la Revolución. Había crecido entre el capitán y los milicianos, a los que había adiestrado sin descanso, una especie de fraternidad familiar, de camaradería fértil.

—Tres minutos solamente y seguimos —dijo Aníbal, autoritario.

Los muchachos se echaron sobre la tierra como perros que hubieran dado la vuelta al mundo. Es que la emoción cansa y fatiga doblemente si se va combatiendo y avanzando.

Vio Aníbal que Roberto Hernández pegaba la cabeza demasiado a la tierra.

—¿Tienes miedo? —la mirada del capitán parecía irritada, porque no podía admitir que hombres entrenados por él sintieran miedo.

—Miedo no... Pero quiero oír lo que dice la tierra...

El paisaje era bello. Parecía irreal que las esteras de los tanques, los camiones de hierro, el ruido de la artillería y el sudor de los combatientes el dieran al paisaje tan lírico y claro un primer plano tan oscuro. Las palmeras se alzaban al fondo como queriendo asomarse al delirio de la pólvora y la guerra. Eran como adolescentes tímidas sorprendidas por el estruendo.

—Esta tierra es nuestra y tenemos que defenderla porque es la tierra de la Revolución —Aníbal se había desabrochado la

camisa militar—. ¡Vamos! Tenemos que seguir hasta la playa... para no dejar ni uno solo con vida.

No obstante el cansancio de todos, continuaron la ruta hacia el mar. Acercarse al mar significaba aproximarse al corazón de la muerte que era el de la guerra.

—¡No den la cara así —gritó colérico Aníbal—. ¿Se han olvidado de lo que tanto les he repetido?

La carretera parecía, ahora, sola. Un avión de los cubanos que habían desembarcado, pasó rociando muerte. Los grupos de los milicianos, del ejército y policía, se esparcieron con rapidez. Algunos se habían hecho un ovillo como si hubieran vuelto al vientre materno. Otros se acostaron en la tierra entre las matas que crecían en el borde de la carretera. No era cobardía sino sentido instintivo de defensa. El hombre lleva siempre algo de niño. Cuando está en peligro, el hombre crece, pero el niño —que vive en el hombre— no desaparece del todo.

La metralla no tenía piedad. No preguntaba por éste o por aquél. Cumplía su cometido de levantar un muro de muerte para prolongar la vida. La vida era como un castillo y la metralla era el viejo foso de agua en torno al castillo. Los que habían desembarcado lo sabían. Los que se les enfrentaban, también lo comprendían así. Cubanos contra cubanos. Era casi el delirio. Un humo se levantaba de la tierra. Era un humo negro apocalíptico. La yerba parecía, también, ardida. Era casi como en el principio o el fin del mundo.

Pasaron dos camiones en dirección contraria a la columna de Aníbal. Los rostros de los hombres y mujeres que iban dentro —evacuados de la zona de guerra— miraban como mira el temor. No tenían armas. No sabían por qué. No preguntaban. También iban niños. Miraban la guerra como si el techo de la vivienda campesina se le hubiera caído encima. Aníbal los vio pasar. Eran casi como su gente de Cauto y sintió ira. Sintió deseos de golpear duro a los que habían llegado a perturbarlos. Sintió

una rabia sorda contra los que habían venido del otro lado del mar a desorganizar lo que ahora pertenecía a Aníbal y a sus combatientes.

El capitán Gálvez se puso de pie. Era necesario que hiciera avanzar a sus hombres. Eran las órdenes. "Hasta la playa. Hasta hacerlos retroceder al mar".

Como quien carga a una res vio transportar a un compañero caído. Lo habían alzado por los pies y los brazos. Vio el gesto de dolor del herido y lo sintió como suyo. El herido era un negro joven y que debía haber peleado con entusiasmo y coraje. Ahora se le iba la vida así como los pasos que lo llevaban rápido hacia una improvisada posta de primeros auxilios. En una camilla vio pasar a otro de los combatientes heridos. Lucía barba, pero la sangre se la había ido enrojeciendo un poco. Tal vez no era tan roja cuando empezó a luchar. Otro se retorció. Se llevaba las manos al estómago o al sexo. No sabía bien.

Vio Aníbal los cascos blancos de la cruz roja. Por entre las hojas grandes advirtió a lo lejos que un barco —de los invasores— se inclinaba como herido y que un humo negro brotaba de su vientre. Hombres y barcos competían en la carrera hacia la muerte. Y también competían aviones y morteros. El ruido era ensordecedor.

Aníbal creyó que estaba cerca del objetivo y ordenó avanzar. Era una mala zona de combate.

Sus hombres parecían cubrirse como podían. El fuego del enemigo era tan activo como efectivo. "Están disparando, ahora, con todo lo que tienen" —pensó Aníbal—. Enfrente parecían escupir muerte los morteros. ¿Era, en verdad, el infierno que se había destapado con su furia para inundar el paraíso verde de la belleza de Cuba? ¿Qué tromba de fuego parecía amedrentar la tierra paradisíaca?

—¡Cúbrete del fuego, animal! —gritó Aníbal exasperado, viendo que uno de sus hombres avanzaba de manera torpe e imprudente.

Se levantó un poco, como si quisiera acompañar con su gesto a sus palabras, para que el compañero descuidado comprendiera y se cuidara a tiempo. Era un gesto de responsabilidad y de autoridad a la vez, de fraternidad y vigilancia. Luego sintió como un chispazo. O mejor que un chispazo: como un sol que le quemara con sólo rozarle, en fracción de un segundo. Somo una lámpara encendida de pronto con la fuerza de un sol. Ese relámpago de la muerte pareció sacudirlo como una revelación. Luego ya no vio nada. No sintió nada.

—El capitán —gritó Roberto Hernández—. ¡Compañeros!... Han herido a Aníbal!

La metralla continuaba cayendo. El sol seguía dardeando con la metralla. La muerte continuaba salpicándolo todo, como la metralla y el sol. Era difícil retirar, ahora, el cuerpo del capitán. El infierno no dejaba ni ver los rostros, ni el día, ni la sangre. Pero todo era muerte, todo era rostros, todo era sangre. Y, por lo demás, todo parecía transitorio: la vida y la muerte, el destino y la esperanza. Y hasta la tierra misma parecía en tránsito.

No era posible mover, ahora, a Aníbal Gálvez. De nada valdría moverlo. A un muerto no se le mueve si no es para ponerlo a dormir bajo la tierra y hubiera sido su último escudo. Ahora se confundiría, al fin, con ella, como el que la había amado, con una pasión ingenua en su vehemencia, ardiente en su fe, amorosa en su ternura. Y sus acciones, buenas o malas, parecían también hijas de la tierra.

El nuevo régimen había lanzado a unos cubanos contra otros, los había hecho entrechocar con furia, con ira, con desesperación, con tragedia. Y la tierra cubana —madre al fin— había sido quien había padecido las consecuencias de ese desangrarse sin

término, de esa carrera de odios y agonías, de ciegos amores y de infortunios.

En un pueblo de buena fe había prendido el fanatismo por “el nuevo orden” y por “el Jefe Máximo”, como se enrosca la boa al árbol o la yedra al muro. Y todo lo abrazaba ahora ese frenesí de adoctrinados y adoctrinadores y ese furor de los que se les enfrentaban. Y en esa cuota de víctimas, no eran sólo los cubanos de una clase los afectados, eran también los campesinos despojados de sus tierras, con el pretexto de “que formaran en las cooperativas” o eran los “afectados por las leyes de la Revolución” —que no eran sólo los de clase media superior sino también obreros que ya no tenían trabajo y estudiantes expulsados por sospechosos de no decir “amén” a la consigna del día.

Todo estaba revuelto. Y estas tormentas habían tenido un principio. Aníbal Gálvez había experimentado el comienzo de su historia. Fue a causa de los abusos y crímenes de la tiranía de Batista, que subió a la Sierra. Luego, en la Sierra y después de la Sierra encontró a quienes impulsaron la lucha anterior de Aníbal hacia los nuevos moldes que habían prefabricado para la revolución, para sacarla de su cauce. Así Aníbal pasó de una lucha a otra, sin saber nunca que no había hecho otra cosa sino cambiar de tiranía.

* * *

Los tanques del ejército del “Jefe Máximo” avanzaron lentamente por la carretera. Debían evitar caer en una trampa. La carretera estaba cruzada de ásperas huellas como si el acero hubiera arañado con uñas gigantescas de monstruos anteriores a la época del diluvio.

Avanzaban despacio, como si el vientre de acero les pesara. El cañón, a modo de trompa, apuntaba hacia arriba. Los hombres habían abierto la torrecilla.

Luis Ramón, el conductor, iba pensando en la orden del "Jefe Máximo": "Que los tanques lleguen hasta el mar". Llegarían. A Luis Ramón le dolía la cabeza. Acaso era el casco que le apretaba demasiado. Era como si fuera a estallar. Pero pensó que lo que había estallado era la guerra y que el casco que le oprimía la cabeza poco era en realidad. En las jornadas de práctica había sido todo distinto. Ahora todo parecía congestionado, tenso, casi caótico.

El ruido de las esteras rodando sobre el asfalto le producía la impresión de una prolongación del ruido mecánico de su corazón. El muchacho estaba resuelto a enfrentarse a todos los obstáculos, a desafiar todos los peligros y llegar con el tanque al mar, como "el Comandante Fidel" había ordenado.

A un costado de la carretera vio los interrumpidos trabajos de obras que habían acumulado grandes depósitos, cajas y maquinarias removedoras de la tierra. Las palmeras, con sus melenas sueltas y verdes, parecían escucharlo todo.

"Se ha peleado hasta la muerte" —pensó Luis Ramón, enderezando el tanque con el golpe seco del control.

Por la carretera venían unos hombres con cajas, canastos y diversos bultos. Iban en dirección opuesta a la marcha hacia el mar. Se quedaron mirando el tanque y algunos saludaron. Parecían aturridos. Habían visto la muerte demasiado cerca. Vestían camisas de diversos colores, simples, pantalones viejos y zapatos gastados. Algunos llevaban sombreros campesinos, otros algún gorro que parecía militar. Habían sido evacuados de la zona donde se combatía.

Las ametralladoras antiaéreas "cuatro bocas" sobresalían por entre la tupida vegetación de los costados de la carretera, en esa zona donde todo parecía salvaje. Algunos de los servidores de las antiaéreas lucían el torso desnudo. Algunos eran negros, otros eran mulatos y los había, también, blancos. Saludaron. Las "cua-

tro bocas" habían vomitado muerte contra los B-26 de la brigada invasora.

Por los bordes mismos de la carretera marchaban hacia el mar algunas compañías de milicianos. Todos llevaban botas fuertes y lucían boinas. Llevaban los fusiles de muy diversa manera. El que parecía oficial lo llevaba sobre el hombro, como si fuera un remo, asido del cañón.

Los morteros y los morteristas se habían instalado más allá. "Es para defender la carretera", pensó Luis Ramón. Sentía necesidad de comunicarse con sus compañeros que iban observándolo todo desde la torre del tanque.

Más allá ardía un camión. Una ambulancia se había proyectado contra una cerca. Policías y soldados del Ejército Rebelde caminaban entre esa atmósfera de sol, cansancio, tensión y humo.

Un avión con las letras FAR yacía no lejos. Milicianos y policías hormigueaban cerca. El avión —acaso un B-26— había sido cortado y mostraba su vientre quemado. Pero Luis Ramón sólo pensó en llegar a la playa para obedecer la orden del "Comandante Fidel": "Los tanques... hasta el mar".

* * *

¿Qué podía ser la muerte para los que esta vez habían jugado el cara o cruz de la consigna "Patria o Muerte" proclamada por "el Jefe Máximo"? ¿Pero que podía ser para los que se habían lanzado desde el mar hacia la Isla verde, ahora erizada de fusiles, consignas, terror y esperanza?

No había tiempo para pensar. Ahí estaba simplemente la muerte, en el miliciano que disparaba las antiaéreas o en el combatiente de la brigada que cumplía el plan de internarse hacia el control de la única carretera que daba acceso a la lengua de tierra.

No había dónde retroceder. Hacia el lado derecho estaban las ciénegas. Atrás estaba el muro del mar, ignorante de cuanto acontecía, pero peligroso como siempre.

Solamente el cielo alto, las nubes de figuras caprichosas, los disparos y los estruendos de la artillería y los morteros —que habían superado el ruido del mar— parecían ser los verdaderos amos.

La vida y la muerte habían perdido sus distancias. Todo era próximo. Nada estaba aislado. Los muertos y los vivos se confundían en medio de la tierra agitada, coronada por la vastedad del cielo agujereado de disparos. Ese cielo era como el rostro de la luna o como una cara de leproso. Lo demás era pólvora y sudor, sangre y resistencia. También era la agazapada esperanza.

—En todo caso creo que nuestra aviación se ha retrasado o estará en otra parte —comentó Mario Peláez bajo el fuego.

—Si no tenemos, pronto, techo aéreo, nos queda una sola salida: el mar.

—O la ciénega —comentó Mario limpiándose el rostro fatigado.

—La ciénega es el mismo infierno. El mar es, siempre, la libertad.

* * *

En el Palacio de Deportes de La Habana el escenario era de lamentos. Diana Leiva estaba allí: aplastada, amontonada, como desleída en esa masa gelatinosa de temor y gemidos, de dolor y de impotencia, que era la multitud de los detenidos. Habían comenzado a ser piezas. Habían dejado de ser seres humanos. Se parecían, ahora, a las bestias y tenían miedo. Algo tan natural, por otra parte. Pero las bestias podían enfrentarse al miedo y hasta, a veces, desafiarlo. Estas criaturas eran más infelices que las bestias porque tenían conciencia de su temor. Sabían

la dimensión de su aplastamiento. Comprendían que los torturadores eran hombres y mujeres, de la especie de ellos, y que no existía una salida, porque todas las puertas hacia la libertad habían sido tapiadas. Estaban en La Habana, pero comprendían que habían empezado a ser como ladrillos y piedras de un muro humano. El acoso, el infortunio, el asedio, les había convertido en criaturas-muro. Formaban parte de un sistema donde el temor es un arma tan poderosa como una metralleta y más eficaz que un hilera de cañones desnudos.

Diana estaba fatigada por dentro y había perdido el sentido de la compostura, de la coquetería, de la gracia. Estaba rodeada de gritos y temores. El naufragio parecía general. Nuevos cargamentos humanos llegaban al Palacio de Deportes. Nuevos cargamentos humanos eran agrupados en las estaciones de policía, eran introducidos al Castillo del Príncipe, en el antiguo Teatro Blanca —el más grande de Cuba—, en la fortaleza de La Cabaña y en los campamentos que a lo largo y a lo ancho de Cuba habían sido improvisados con una rapidez violenta y que funcionaban como un coro de relojes que fueran los ojos de un coro de cárceles. No había ciudad que hubiera escapado. Era como la peste. Muchos niños se habían encontrado, al volver al hogar, sin sus padres. Algunos vagaban entre parientes, y otros entre seres extraños.

En el Palacio de Deportes —donde había sido improvisado uno de los campamentos de detenidos en masa— Diana desesperada, con su cabellera en desorden, experimentó el temor. “Todos nos hemos envilecido” —gimió. Pero nadie podía advertir que ella estaba angustiada porque, en realidad, todos lo estaban igual.

* * *

El desconcierto había prendido en muchos de los mil quinientos invasores. El infierno de la artillería, las ruedas patinando,

los hombres muriendo, las olas golpeando como contra espaldas de pólvora, habían ido minando la resistencia de los hombres de la brigada. Morir ya no significaba sino un golpe ciego, un número del azar, una orden como del polvo o de cualquier ojo despierto de la tierra cubierta de miradas —agonizantes unas y, otras, demasiado irritadas.

Playa Girón era como una inmensa hoja de papel de envolver llena de sangre. Era una hoja arrugada que guardaba ejemplos de sacrificio y de silencio, de temor y valentía, de desesperación y de serenidad. Todo gesto se da en la guerra como todo fruto se da en la tierra. Hay un minuto para vivir y un minuto para morir. Hay una hora para ser heroico y una hora donde los héroes tiemblan. El capitán de la brigada se había propuesto no temblar y no temblaba. No era que fuera fácil, o una simple costumbre. El heroísmo es un duro ejercicio siempre, y se va a él como por un difícil trabajo de fortaleza interior.

—¡Capitán!... ¿Qué haces?... ¡Todo el mundo se ha retirado! —a Mario Peláez le dolía hablar así, pero no dejaba de pensar “¿es que habría enloquecido el capitán?”—. ¡Ten cuidado! —volvió a gritar.

En medio de los disparos, de la agitación, de la retirada el paisaje era como un muro que empieza a vacilar. Entre el cansancio, la sed, el hambre, la derrota, Mario miró el escenario. La muerte había sembrado de delirio toda la vasta zona. No había sitio donde la muerte no hubiera hecho su nido o depositado su huevo. Era hasta ingenuo que le pidiera, ahora, al capitán que tuviese en cuenta que se había ordenado retirada, cuando el propio capitán debía saberlo. Eran “órdenes superiores”.

Entonces Mario recordó otra escena, otras palabras del mismo capitán: “Un jefe debe dar el ejemplo”. Fue cuando el capitán avanzó solo para extraer la granada que no había explotado en un mortero 4.2, en las prácticas. Ahora ya no había prácticas. Todo era retirada. Una nueva explosión sacudió la tierra. Mario

alcanzó a ver, aun, que por entre la cortina de humo el capitán continuaba caminando.

* * *

El fracaso había resecaado los labios, pero también torturaba el alma. No había mucho tiempo para pensar en estas cosas. Todo se sentía como si los minutos fueran un remolino de sangre y olas, de arena y sol, de sed y sal.

El corazón debía chorrear, por dentro, ese aceite negro del fracaso. El corazón debía sufrir, por dentro también, ese sacudimiento de las olas. El mar parecía tener dientes. Era como un monstruo de la era anterior al hombre. Un monstruo devorador, con una cola capaz de hacer vacilar el firmamento. Pero había que confiar en el mar.

Mario sintió la sed de los compañeros de Ulises. Y también el temor. Sólo que ahora el escenario era demasiado ardiente. Al otro lado del espacio del infierno estarían Nora y los niños quién sabe dónde, saliendo o entrando a la casa, junto al pequeño aparato de radio colocado sobre la mesa de noche. La radio era posible que estuviera diciendo que todo había fracasado. La aguja del minuterero iría como risueña y habría llanto en los ojos de ellos. Pero lo importante era salir de aquel especie de callejón de las olas.

—Ya vuelven esos desgraciados... Parecen buitres... —se agachó, como si quisiera hacerse remo o cordel en la balsa de goma y como si ese gesto le librara de los ojos aéreos que parecían mirarlos, y de las bocas que vomitaban, desde el aire, mortal metralla.

Las ráfagas picaron sobre el mar. El avión pareció emprender un vuelo de paz, raudo, como si de sus ametralladoras no dependiera la vida o la muerte de los que huían.

—Vuelve ese maldito... ¡Ahora!... —la nueva ráfaga levantó agua y miedo y también desesperado sentimiento de impotencia frente al monstruo mecánico dueño del espacio.

Se habían alejado como una milla de la costa cuando una feróz explosión hizo que Mario y los otros tres compañeros de la balsa volvieran sus ojos enrojecidos por la sal y el dolor de la derrota.

—Parece un hongo de la bomba atómica —dijo Mario como aturdido.

—Han hecho estallar el polvorín —la mano del naufrago intentó hacer un gesto como para asirse a algo, pero era el desastre que estallaba como si millares de racimos de granadas hicieran explosión en la costa.

* * *

No sabían dónde se dirigían. El día podía contener la noche, la noche podía contener el día. Todo era como un bolsillo de doble fondo. El mar podía disgustarse y el fondo estaba como en el centro de la tierra. Serían envueltos como cáscaras y triturados como en un remolino.

Mario sentía una sed interior. Los labios se le habían reseca- do. Los días sin dormir le pesaban como si dos anclas colgaran de sus ojos. Pensó que la imagen era un buen tema para Dalí, el pintor de las extravagancias oníricas. ¿Pero, qué significaba todo eso, ahora, en medio de la absoluta soledad, sin defensa, extra- viados en la peor desventura y a merced de lo que el mar quisiera hacer de ellos?

Sentía no solamente esa fatiga directa. El alma se le había estropeado como si todos hubieran descendido dentro de la jaula de un ascensor con los cables destrozados, en dirección al vacío.

Hubiera querido hablar con los compañeros. Decirles, por ejemplo, que ya no sentía frío. El deseo de vivir iba ganándole

al mismo tiempo que la sensación de la derrota. Mundo contra- dictorio el del hombre. En el peligro, evocaba. Nora estaría con su blusa suelta de flores vivas, con el cabello revuelto, corto, re- tinto, con ese gesto de echar la cabeza hacia atrás, como si el aire se convirtiera en una flor para mirarla u olerla. Ahora recorda- ba el beso largo, vehemente, como con sangre; la respiración de animal sensual, triste, lírico, atormentado —de ella— al dormir en las madrugadas, cuando Mario solía despertarse, de pronto, cavilando en hechos que pronto olvidaba. Entonces se quedaba escuchando el descuidado dormir de Nora, desnuda.

Ahora, era el mar, la sal, el olor a yodo, a estruendo, y a veces, a silencio. Un olor a mujer, de pronto, como entregán- dose poco a poco, en una resistencia llena de voluntad; en un tentar y darse, como el mar.

Debía ser un poco tarde. El reloj ya no servía. El agua lo ha- bía estropeado como a la posibilidad de vencer. Sólo servía la mano capaz de sostener el madero que hacía las veces de timón.

Fue entonces que sintió la sacudida, como si alguien empu- jara, de pronto, la balsa. Se volvió y comprendió, como con un golpe de temor, como si un martillo le hubiera dado en el crá- neo, que el ojo de un tiburón —un ojo como el de Polifemo car- nicero— lo miraba. Era una mirada fija y amarga, amarilla y vieja asesina y lenta. Los dientes eran como una sierra de acero afilado. La tarde empezaba a caer.

Habían perdido la noción de las horas y los días. Sólo esos ojos del tiburón, persistentes, parecían acompañarlos. Sin embar- go algo le obligaba a continuar despierto. Sus compañeros pare- cían, también, sin energías.

De pronto ya no vio la mirada del tiburón. Pero desde el fondo, hacia ellos, venía un barco. Comprendió que era la sal- vación. Se pasó la mano por los ojos que le dolían tanto como su cuerpo quemado por el sol y la sal. No era un engaño. Era tan real como la fatiga de todos. Empezaron a gritar y a hacer

señas. Habían sido vistos y, pronto, podrían saciar la sed y el hambre y el sueño que los consumía.

* * *

El ritual era, ahora, bastante monocorde en la Fortaleza de la Cabaña. El camión que traía los ataúdes, en la mañana o después del almuerzo, era como el reloj con campanilla especial. Marcaba la preparación de la ceremonia.

Antonio Baena sintió el ruido del motor. Tenía, para los prisioneros políticos, un sonido especial. Era un motor de un camión "Dodge". Los condenados eran conducidos, ahora, como si fueran pasajeros llevados a un avión. Se procuraba que asistiera público a los fusilamientos como si el acto necesitara convertirse en una fiesta política. Milicianos, "jóvenes rebeldes", "cuadros" leales al "Partido" (PSP) asistían para injuriar a los que morían. Se iba a ver morir como con una especie de voluntad de fieras.

Resonó el motor, ronco, sostenido. "Ahora los están recogiendo" —se dijo Antonio—. Los presos de las diez galeras estaban tensos como si cada uno de ellos fuera, esa noche, el fusilado. La luna no era menos hermosa que otras noches. Las estrellas no estaban más bajas, pero resplandecían con un parpadear lírico.

—¡Pelotón! Preparen...

Todo venía de lejos. El ruido sordo, arrastrado de los "falls" de los guardias, resonó en la noche. Luego algo cortó las sombras

—¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva Cuba Libre!... Vi...

La descarga fue como un tajo de estrellas que rompieran la noche, hasta dejarla ciega. Los hombres de las diez galeras se estremecieron. Pero la noche ya había recogido la sangre.

La noche era dura y obligaba al desvelo. El silencio había sido impuesto como a golpes de martillo. Sólo quedaba arañar los muros, arañar el destino y esperar.

El pellejo se había ido como apegando al cuerpo. La grasa sobrante era un lujo de otro tiempo. Ahora todo había sido absorbido como si el cuerpo fuera un arenal puesto de pie. La arena cada día era azotada por la temperatura que la dejaba más fina. El cuerpo era esa arena, el alma era esa arena, la espera era esa arena. Todo era arena, aunque la noche no tenía nada de ella, aunque estaban solos como las jaulas de un circo interminable.

Las noches fueron, en adelante, más infierno. Los paredones giraban como aspas de un molino ciego. Los antiguos combatientes de la revolución eran empujados, ahora, a los paredones. Y con ellos había un furor, una inquina, una impiedad, como nunca antes se había conocido igual. Ya nadie se acordaba de los llamados "criminales de guerra". Ahora no existían. Ahora sólo se hablaba de "los contrarrevolucionarios". Eran jefes, oficiales y soldados de las sierras, combatientes de la antigua resistencia en las ciudades y los llanos, o luchadores incorporados ahora al nuevo combate que no tenía, en la prensa extranjera, ni los cintillos de antes, ni los reporteros estrellas, ni siquiera el rincón de un espacio modesto. Y morían así, desconocidos del mundo ensordecido a causa de escuchar lamentos e injusticias. Ignorados en un tiempo demasiado entusiasmado en celebrar los triunfos de los cosmonautas y los planes de viajes hacia la luna y, también demasiado atemorizado por el peligro atómico, manejado por los maestros de la guerra fría, de la guerra psicológica, de la guerra ideológica. Moscú y Pekín eran los ojos que parecían haber hipnotizado las defensas de una civilización que parecía aturdida o perpleja y que no atinaba ni a definir sus ideales y sus reservas, ni a desenmascarar a sus enemigos.

Los paredones continuaban, noche a noche, funcionando en la Fortaleza de la Cabaña. Y todo giraba como en escenarios de locura: las descargas de los pelotones de fusilamiento, las voces

de mando de los oficiales, los ojos de los condenados, los gritos de los héroes, las canciones, los himnos, las despedidas.

Todo se había convertido en un tumulto vistoso, en una masa gelatinosa en la nada, que ambulaba —sin embargo— marcando las horas. Estas horas eran, a veces, como látigos sueltos golpeando como borrachos contra un muro. Otras noches los presos se echaban, vencidos como los mulos después de recorrer todas las galerías de todas las minas de la tierra. Entonces el sueño era como un premio. La posibilidad de recibir alguna comida extra, enviada desde la calle por alguien capaz de vencer a los verdugos, era como si el miraje risueño apareciera cuando las fuerzas parecían renunciar a todo, hasta a la vida.

Antonio Baena continuaba siendo allí un número más en un rebaño de acusados que no tenían número. Los números no importaban. Nadie se interesaba por ese rebaño que podía abarcar a diez mil, a veinte mil, a cuarenta mil, a ochenta mil a ciento sesenta mil. Nadie los había contado. A nadie le interesa contarlos. Ni la Cruz Roja Internacional, ni la comisión de derechos humanos de la Organización de Estados Americanos o de las Naciones Unidas, habían sido autorizadas, por el régimen, para poder contar a los presos políticos. A nadie parecía importarles averiguar cuantos eran los repartidos en cuevas, fosos, fortalezas coloniales, en prisiones modernas circulares, en panales de rejas, en castillos sin salones sino con celdas y galerías enrejadas hasta el delirio.

Un olor a orines, a sangre, a desesperación subía ciertas noches y se iba adhiriendo a la piel del alma. Todo había sido comprimido como en una gigantesca caja de cemento, donde las descargas de ciertas noches, estremecían a todos los otros condenados. Las descargas resonaban en los corazones de todos los otros presos que aguardaban, en vano, los ojos de la esperanza. El paredón tenía cuerda de descargas y resortes de disparos. Entonces las vidas de todos se ponían a latir como un rebaño. Crecía la

angustia y era como si un viento errante, sordo, viudo, deambulara chocando contra los muros altos. Era como si un silencioso huracán se encontrara prisionero en un redondel de miedo. Las palabras no dichas, sino sentidas en el interior de cada cual, desangrándolos, rebotaban contra los muros nocturnos. Todo resonaba como dentro de un gigantesco embudo de las sombras.

—Esta noche... Esta noche es... Debes estar despierto para cuando sea... Le tocó a Carlos, el acusado por el incendio del Encanto...

Algunos de los condenados sabían la segunda parte de lo acontecido. Antonio lo supo por azar.

Carlos iba a matrimoniarse ese año. Todo lo había preparado. No era creyente, pero al ver que algunos amigos morían gritando vivas a su fe, simpatizó con ellos. No le agradaban los abusos. No le habían parecido bien cuando la tiranía de Batista, y los combatió. No le agradaron cuando la revolución cambió de rumbo y de humanista se convirtió en revolución comunista. Entonces vino el incendio de El Encanto —la tienda lujosa de La Habana, con algo de "Au Printemps" o "Lafayette" de París—. Cuando se vio en la sala sucia e hirviente de ojos de G-2 que bucsaban a quienes condenar, se declaró responsable. Pensó que salvaba a otros. Acaso ya no le importaba el matrimonio, tan esperado. Pero acaso le importaba mucho más ahora, pero la vida no era ya la que había sido hasta entonces para él. La vida había adquirido cierta gravedad y comprendía que había una continuidad que antes no había tenido. La vida era ese puente misterioso que Carlos cruzaría. Hacerlo no le significaba deshacer lo que era su vida. Más bien le parecía recuperarla ahora. Hasta el amor comprendería, porque el no amaba para un país de naufragios. Necesitaba, para la muy amada, una patria digna de sí, aunque ahora esa patria estuviera en cruz o en grave penitencia por sus muchos quebrantos. Y así había esperado a la

muerte. Como otros. Sabiendo que cada noche podía ser la última.

Carlos les había enseñado, con su gesto, que se puede morir y continuar viviendo. Los carceleros no comprenderían. Pero otros, en cambio, lo sabrían. Ni el dolor, ni la muerte, suceden nunca en vano.

* * *

La comunicación humana todavía tenía un sentido y era, para los torturados— entre los fríos muros de piedra en medio del infierno del calor del trópico— una especie de balsa que les permitía continuar sintiéndose con vida.

Poder caminar, aunque fuera entre muros y rejas, también era algo. Poder hablar era mucho. Poder leer, era como un obsequio recibido en una navidad inesperada. El patio era estrecho, los muros eran téticos. Se respiraba una miseria sombría. Pero, a veces, los presos podían sentarse para entibiar los huesos bajo el sol. Y entonces el infierno parecía dulcificarse.

—Se está solo. Eso es todo —dijo Antonio al compañero de infortunio.

—Pero aún en la soledad se espera algo —comentó el muchacho.

—Uno está como en una caja del infierno —Antonio se llevó la mano a la nuca, en uno de esos gestos nerviosos que solían adquirirse en la prisión.

—Nadie ha visto el infierno nunca —el muchacho pareció escupir las palabras.

—Podemos imaginarlo.

—¿Cómo?

—Volviendo la vista sobre los que están aquí... a los que vivimos aquí...

—Podemos hablar.

—Es cierto. Y en el Príncipe a algunos presos les permiten ir a la biblioteca a estudiar marxismo-leninismo y, naturalmente, ruso. Y otros consiguen algún trabajo en esa otra prisión, según me contaron, cuando estaba todavía libre.

—Peor que nosotros están los que tienen que vivir en “la galera de las cotorras”.

Una sombra pareció cruzar como cola de la última sílaba. Era verdad. Allí estaban los “condenados al silencio”. Día y noche sobre las literas. Los torsos desnudos, un simple calzón o calzoncillos. Las manos afuera. Silencio. Cuatro vasos de agua al día y... a deshidratarse. Necesitaba sal, pero, de pronto, los carceleros o milicianos aparecían en la entrada y descargaban las ametralladoras. Decían que era porque los condenados al silencio hacían ruido. Los de adentro opinaban que era que los carceleros y milicianos bebían más de lo posible y se convertían en panteras o en tigres uniformados. Entonces querían matar. Hacía sólo unos días uno de los carceleros había dicho riendo: “Este es un nuevo ejercicio... gusanos... El que no se ande vivo y no pueda quitarse a tiempo... queda!” A veces entraban en función las ratas. Mordían en tal forma que el dormido sólo se daba cuenta cuando estaba sangrando. Tenían que turnarse los compañeros presos. Unos debían vigilar a las ratas y otros a la aparición de los carceleros que disparaban, de pronto, sus ametralladoras, no sobre los ratones sino sobre los prisioneros. Las ratas parecían, entonces, más libres que los hombres presos.

—No hay más infierno que este —dijo en voz baja Antonio, para que no escuchara el carcelero más próximo—. No hay más paraíso que el que podamos encontrar en este infierno. El resto es poca cosa... casi nada.

* * *

—¡Muchacho! —en la voz de Antonio Baena había como una sorpresa que intentaba encontrar un asidero.

El policía, de rostro moreno, dientes muy blancos y sonrisa que no se la habían podido apagar los agrios deberes, se detuvo.

—¿Usted aquí? —se acercó a la reja de la galera.

—Ya lo ves.

—¿Pero usted no era revolucionario? —había sorpresa en el muchacho moreno, que se había aproximado— ...La verdad es que no me hubiera imaginado... —estaba confuso, pero sonreía con gesto cordial.

—¿Te acuerdas cuando llegaste a la oficina?

—¿Cómo no voy a acordarme? Lástima que fui como suplente nada más... Usted me dio la mano. Me ayudó. Hay cosas que no se pueden olvidar en la vida... Después que terminé la suplencia volví a estar sin trabajo.

—Ahora estás con uniforme.

—Sí. Un día me dije que esta Revolución me gustaba, que me podía llevar arriba y me inscribí en la policía. No me ha ido mal. No puedo quejarme. Tome unos cigarrillos, ¿quiere? —la mano del muchacho buscó en el bolsillo una cajetilla y se la entregó a Antonio.

—El uniforme es nuevo —una sonrisa iluminó la cara fatigada de Antonio que sentía alivio de encontrar a un conocido en esas circunstancias—. Gracias por los cigarrillos. Aquí, acompañan.

—Por eso se los he brindado.

—¿A qué viniste? ¿Por algo del servicio?

—Yo estoy en el Príncipe —se refería a la otra fortaleza convertida en prisión.

Del otro lado un rumor empezó a crecer, poco a poco, como si todas las voces se juntaran, acompasadas, con una emoción áspera y como de luz, al mismo tiempo. Era una melodía y eran

unas palabras que tenían allí, en el castillo de piedra, una resonancia como de salmo.

“...Que la Patria os contemple orgullosa...
...No temáis a una muerte gloriosa
que morir por la Patria, es vivir...”

Se quedaron silenciosos, de pronto, como si el hilo de las voces del himno también los conmovieran. Las voces cesaron. El motor de un camión empezó a reemplazar las palabras del himno.

—¿Qué pasó? —la mirada de Antonio también interrogaba.

—A un doctor, creo que el doctor Guiralt, lo trajeron aquí en los días de Girón, cuando cayó tanta gente —el muchacho ya no decía “contrarrevolucionarios” “gusanos”— y resulta que el hombre no resistió y se murió en la madrugada... Los presos de la galera del doctor quisieron rendirle guardias y con mercurio de cromo y tinta azul pintaron una bandera cubana... Ahora el camión se lleva al doctor Guiralt. Eso es todo... Y ahora me voy porque vine a eso...

Antonio oyó los pasos que se alejaban. El muchacho moreno era otro cubano que sonreía, pero que no era ajeno al dolor.

* * *

Era necesario habituarse a que el dolor fuese como el resplandor de un fuego interno, a que el padecimiento se convirtiera en costumbre. Era necesario habituarse a gemir sin gemir, a llorar para sí, como si nada pesara en el mundo. El planeta era casi cuadrado como la cárcel, la vida era casi fría, como la celda. El mañana era casi una angustia porque estaba hecho de la respiración de los detenidos y de sus carceleros. Y, no obstante todo eso, había que vivir así.

Antonio se había habituado a medir su mundo. Ese mundo medía quince pasos de largo por siete de ancho. Era un mundo de literas colocadas en dos hileras iguales. Se sabía siempre que un compañero de infortunio dormía justamente arriba o abajo de cada condenado, porque los carceleros querían economizar espacio y habían aprovechado los catres dobles o triples que antes ocuparon soldados del antiguo ejército, solo que ahora todo había envejecido y todo se había deteriorado y lo que un día lució limpio y propio se había convertido en algo difícil de definir con propiedad.

Los compañeros de la galera de Antonio se sentían más afortunados si podían dormir sobre la lona desnuda que en algunos catres reemplazaba a la colchoneta. Esta última hacía más difícil aún el permanente combate contra las chinches que se multiplicaban en el ambiente de suciedad que era siempre propiciado por los carceleros como un castigo cotidiano y permanente agregado a las demás formas de castigo.

El combate contra los insectos hemípteros —las chinches— preocupaba a los presos y los ocupaba tiempo. Debían ingeniarse para que no creciera la población de las fétidas chinches que no sólo eran mortificadoras por el olor sino por la picadura. Antonio sentía, a veces, que su alma adquiría el olor a viejo ácido de ellas. El calor y la suciedad eran aliados en la galera. El sol y el petróleo podían atenuar la invasión de las chinches diminutas y asesiadoras, pero no había manera de atemperar la fiebre de permanentes recuentos y “requisas” a que eran sometidos los presos políticos. Eran sacados de las celdas como un rebaño de leprosos. Eran introducidos, en el encierro, como una manada de perros condenados. Eran despertados, a media noche o cerca del amanecer, como bestias aturcidas.

Antonio se sintió cada día y cada noche una pieza más de esa máquina sin fin que tejía y entretejía las horas y los días, los días y las semanas, con preocupaciones que parecían absorber

los horizontes de la vida del presidio. Cada preso sólo recibía un viejo uniforme del Ejército ya destruido. Era un uniforme sudado, gastado por el uso, el infortunio y la desesperanza. En cada prisionero se convertía en más maloliente si el preso no encontraba a tiempo ropas de repuesto para poder lavar el uniforme. Algunos habían resuelto el problema recortando los pantalones de algún uniforme “heredado”.

A las seis de la mañana resonaba la voz de “¡Recuento!” y era como un látigo mojado en agua pútrida. Entonces era posible buscar la lata que hacía las veces de vaso y preparar la cuchara vieja como de plomo —ni tenedores, ni cuchillos eran permitidos—. Más tarde era distribuido el café aguado, con leche aguada y el estómago los recibía bien, como hubiera recibido igual café con fango o leche con desperdicios.

En el patio se podía tomar sol, se podía conversar, pero no era posible leer porque a los presos políticos les había sido negada, como una forma de tortura más, el recibir libro alguno aunque su tema fuera no político. No era permitido libro alguno de oraciones, La Biblia había sido declarada, por los carceleros, “libro maldito”, porque decían que “envenaba las conciencias”. Los carceleros sólo creían en el comandante en Jefe y en sus amos de Moscú o de Pekín. No estaban dispuestos a que los demás creyeran en otra cosa.

Cada quince días, cuando la visita de los parientes no era cancelada, era posible recibir pasta de dientes, alguna fruta, algún jabón, y hasta un poco de leche en polvo que el familiar había podido conseguir fuera de la prisión, nunca se sabía a costa de cuántos sacrificios. Pero a veces los pequeños bienes recibidos en la visita autorizada caían en la noche a la voz de “¡Requisa!” que lanzaban los carceleros de improviso. Entonces los muros parecían sordos y la palabra “¡Requisa!” azotaba la angustia de los prisioneros. Debían salir en calzoncillos, tal como se encontraran en el sueño, al ser sacudidos por la orden. Si afue-

ra hacía frío, tanto peor para los presos políticos. Entonces tiraban. “¡Vamos! ¡Fuera! ¡Rápidos!”. No había cómo poder buscar el auxilio de una frazada. Entonces, ¡ay de aquel en cuyo lecho encontraban alguna estampa religiosa! Sin embargo, los presos más devotos continuaban desafiando las requisas y conseguían esconder alguna imagen de la virgen de La Caridad del Cobre, la Patrona de Cuba. Y algunos movían los labios como si rezaran. Antonio vio a uno que escondía un rosario. En su desesperación se lo amarró al órgano sexual.

Había presos que no salían al sol. Había algunos que habían encontrado un pedazo de madera y procuraban darle alguna forma para no desesperarse del todo. Pero como los carceleros introducían en las galerías a algunos presos por delitos comunes o a algunos agentes de la policía política era necesario vigilar doblemente. La semilla de la desconfianza prendía en algunos. Otros tomaban esta nueva forma de castigo con cierta filosofía: no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista.

El horario golpeaba con especial emoción a las once de la mañana y a las cinco de la tarde. La comida era la preocupación más importante. La espera de la llegada de las once y la proximidad de las cinco, adquirían especial tensión. “¿Recibiremos arroz y judías como en todas estas últimas semanas?” “¿Volverán, como el mes pasado, a darnos carnes de panza?” “¿Llegó la etapa de empezar a darnos macarrones hervidos todos los días?” “¿Saldremos de la “guanina”? (frijolito pequeño y amargo). Nadie lo sabía. Antonio se preocupaba como si el cambio de la comida mal hervida, desagradable, insípida, constituyera el hecho más importante del mundo. El hambre les había estropeado la inteligencia a algunos. Almuerzo y comida repetían el mismo arroz con judías o a veces la temporada de la calabaza hervida. El desayuno era invariable. El pan parecía un trozo de estropajo, pero Antonio encontraba que, a veces, era mejor que el poco de panza de animal que recibían como almuerzo o co-

mida. En los mataderos nadie quería esa parte de la carne, por eso la habían destinado a los presos políticos.

A veces era posible una alegría casi inigualada: la noticia de que un pequeño negocio establecido dentro de La Cabaña, vendía un paquete de galletas o un paquete de cigarrillos. Entonces era casi posible la felicidad. También, a veces, era dado alcanzar un poco de agua, en las dos o tres horas que en la mañana eran destinadas para que el rebaño de prisioneros algunos pudieran bañarse. Los “Jefes de Galera” estaban siempre allí. Habían sido nombrados por los carceleros para “dar cuenta de todo”. Algunos no eran malas personas, otros querían “hacer méritos” ante los carceleros. El de la galera 17 por hacer tantos méritos por poco pierde la vida. Los presos intentaron asesinarlo con la única arma que tenían: un punzón.

“La Capilla” era el lugar para “los rebeldes entre los rebeldes”. Los carceleros no lo decían así. Decían simplemente: “A la Capilla: los gusanos más gusanos entre los gusanos”. Cada “Capilla” era una celda húmeda, sin luz, sin baño, más baja que el nivel de las galerías, tan reducida que parecía un ataúd de piedra. Habían sido reabiertas ahora, luego de ser clausuradas por inhumanas por regímenes feroces de otras tiranías. “La Capilla” no tenía aire suficiente, pero tenía ratas. Siempre estaban ocupadas. Entre las ratas y los castigados no era posible una alianza sino la permanente guerra.

Pero Antonio le temía a algo peor que a “La Capilla”: a ese aire que flotaba como una nube de sangre cuando se cambiaba la guardia para un fusilamiento. El condenado era conducido desde la sala donde había recibido la sentencia de muerte hasta “La celda final”. Los “juicios” eran celebrados cuando los presos habían sido encerrados en sus respectivas galerías. Eran ya pasadas las siete de la tarde cuando cruzaba la sombra del presagio fatal. Era “uno más”. Entonces había que sacar ánimo desde el fondo de lo heroico, para transmitir el aliento al compa-

ñero que antes de llegar el alba habría saído delante del paredón. Algo podía adelantarse siempre. Al que le pedirían pena de muerte en "El Tribunal Revolucionario" le entregaban invariablemente una hoja. Le quedaban así algunas horas antes del minuto final. En esas horas moría muchas veces, en cada segundo de cada minuto, pero podía escribir alguna carta de despedida a sus padres, a su novia, a su hermana o a algún amigo. A la una o a las dos de la mañana ya se sabía que sonaría la descarga. A veces sonaban cuatro o cinco descargas en una noche, cuando eran cuatro o cinco los condenados.

CAPÍTULO VI

PARECIA que el tiempo se había cansado de acumular equívocos. Antonio Baena había olvidado fechas y horas. Los acontecimientos se le confundían como si estuviera mareado por un girar de abismos, de siglos, de fragmentos de vidas.

Cuando oyó su nombre se levantó mecánicamente, como agitado por el impulso de un resorte que estaba más allá de él. Igual se hubiera levantado para regresar al sitio de los últimos condenados. Algo roto había en él, como si la edad del sufrimiento lo hubiera traspasado de injurias, de anatemas, como si su alma hubiera sido lapidada allí entre los gritos, el silencio, el sol y las torturas. Ya él no era él, pero algo lo hacía caminar, algo lo hacía cumplir con la voz que le pedía ponerse en pie.

—El capitán dice que hay una novedad para tí... que llegó una orden del comandante... Ya puedes irte —el carcelero lo miró como midiendo sus decaimiento físico y la reacción, en el rostro de Antonio, de la noticia que le daba.

Le entregaron un pantalón y una camisa y le dieron un papel con un cuño y una firma. A Antonio le pareció que no era con él, pero obedeció. Acaso se había equivocado. Estaba aturdido. Recogió lo poco que tenía. Sus compañeros de la galera no habían comprendido mucho. Algunos pensaban que era un engaño y que lo llevarían a otra parte. Caminó entre carceleros y oyó voces

que parecían entrechocarse. Más allá azotaba, como una marea sucia, el silencio contra el cielo. Unos rostros como de vacunos con sueño se asomaron a unas rejas y, más allá, a unas alambradas.

—¡Animo! ¡Tienes que ser valiente hasta el fin!

No se volvió. Creían, acaso, que era conducido a un nuevo castigo o al paredón, donde cesan las torturas físicas. No tuvo el ánimo de levantar la mano para agradecer a los que no desmayaban en su fe ni aun en el infierno. Acaso Onelio estaba, ahora, entre ellos.

El patio que cruzaron era sucio y soleado. Los prisioneros políticos se agrupaban como piojos y lo miraron como a un compañero más que no escaparía nunca más del infierno. Debieron pensar, también éstos, que Antonio iba sólo a cambiar de torturas.

Algunos hablaban, otros no hablaban. Algunos estaban débiles y sólo tenían energías para tirarse como leprosos que gimen por un poco de sol.

Vio al enano, prisionero también. Se movía como un barril de juguete, convertido casi en un pequeño latón de basura. La prisión los trituraba a todos. Un joven tísico debió ser un día un joven risueño y bien nutrido. Eso había sido antes. Acaso sólo uno o dos años antes. Ahora estaba sentado con la cabeza caída sobre las manos como si la cabeza fuera una fruta podrida. Su piel era ya pellejo adherido a un esqueleto. El torso desnudo le hacía más trágico aún. "Es como un saco de huesos del hijo del Quijote, o como el último nieto de Job", pensó Antonio al pasar.

En las espaldas los presos tenían una P. grande, que podía ser "Presos" o "Paredón", "Piedad" o "Patria". Ahora ¿qué más daba? Antonio Baena no tenía nada ya, ni siquiera su nombre. Era un cuerpo que obedecía y que ahora caminaba. Nada más. Le dolían las rodillas. Como si todo él fuera un entrechocar de huesos articulados por alambres.

Los carceleros uniformados tomaron el papel, lo leyeron y luego lo observaron a él, con la curiosidad con que se mira a un resucitado de un leprosario. Más allá tuvo que volver a mostrar el papel, pero esta vez la mirada fue indiferente, como se mira a un gusano cualquiera de una carne podrida. Había distancia y asco, a la vez, en los gestos de ellos. Cruzó las piedras, pisó el polvo de la explanada de la prisión política. A su lado cruzaron nuevos carceleros uniformados y armados. Más hombres con pistolas, más hombres con armas de mano. Hasta los había sobre los murallones de piedra que miraban, como un rostro de un muro asirio, a la bahía azul, de un color hermoso como filtrado.

Le pareció que alguien lo empujaba afuera. Le pareció que alguien le hacía como dar un traspies. No quiso mirar atrás. Tenía miedo. Camino estúpidamente sin saber dónde iba, ni qué hacía, porque aún no tenía conciencia de la realidad que vivía. Y su caminar le parecía que no era en la vida sino más allá. Cruzó junto a nuevos hombres uniformados, milicianos y milicianos, negros, blancos, mulatos, con las mismas miradas, con parecidos gestos, respirando un aire semejante. Pero ya no era la prisión. Era la calle.

Tenía sed, pero procuraba que su mirada no delatara esa sed. La garganta le dolía, pero no se quejaba. No sabía dónde estaba, ni dónde iría, ni qué podía hacer. Algunas puertas se cerraron, de pronto, al pasar, como si Antonio fuera el pregonero de unas canteras infernales. Otros lo miraron riendo. Otros no comprendieron nada y otros quisieron decir algo y retuvieron la palabra, como si la palabra estuviera prohibida.

Más allá lo detuvieron, en seco, con la metralleta como un ojo pequeño de Polifemo, como preguntándole dónde iba. Otros se burlaron de él. Todo parecía haber cambiado y la cordialidad de antes era, ahora, una ira o el silencio que debió preceder al gesto de Caín antes de asesinar a su hermano. Más allá le advir-

tieron, con voz terminante, que aquella zona le estaba prohibida y que desandara sus pasos.

Pensó buscar un teléfono y llamar. Pero ¿dónde? No recordaba ningún número de ningún teléfono donde estuviera una voz capaz de identificarse con su voz. En lo que había sido su casa vivían otras personas. Sus amigos que no habían escapado o estaban en las prisiones o estaban con el régimen y no podrían ayudarlo. Temía a todo. Hasta a su propia palabra.

De pronto se quedó como encandilado y aturdido al borde de la bahía. Al otro lado, como reclamándolo, estaba su ciudad, soleada, clara, blanca, como lavada por el sol. Tras ese espacio de azul estaban las calles, los edificios altos y hasta la estatua ingenua del dios Mercurio sobre un viejo edificio que antes albergó oficinas de transacciones comerciales. Todo decía "Patria o Muerte". Todo decía: "Vencimos".

Muelles, barcos. Nombres en idioma ruso. Chimeneas, ruidos, como de máquinas sordas y más hombres uniformados, más mujeres uniformadas y hasta niños uniformados. Antonio pensó que no había salido de la prisión.

—Pareces aturdido —dijo un miliciano un poco viejo, socarrón y que se esforzaba en parecer agrio sin serlo—. ¿Andas perdido?

—No sé.

—¿No eres de aquí de La Habana? Pareces del campo.

—Estoy un poco enfermo.

—¿No recuerdas de dónde eres?

—Sí. De más allá.

—A lo mejor estuviste tomándote unos tragos... Y has perdido el dinero. Y no tienes cómo ir... —el hombre quería ser amable.

Se acercó otro miliciano y tuvo que continuar. "Algún borracho... de esos que quedan..." —oyó decir a su espalda al miliciano que había sido amable con él, un poco antes. También

tenía miedo el miliciano. Eran distintos cuando estaban solos. Pero cuando se acercaba otro, cambiaban.

Antonio se sentó en un banco. Los milicianos y las milicianas eran siempre más que los hombres y mujeres sin uniformes. Hasta los niños estaban uniformados. Eran tan numerosos como las consignas, como los vendedores de banderines, de fotografías del Jefe Máximo y de sus otros jefes.

Todo parecía un laberinto de metralletas, de uniformes, de "Patria o Muerte". "Vencimos", leyó en un gran cartel de enfrente. "Vencimos", leyó en letras gigantes. "Acaso ya todos vencieron y yo mismo soy uno de los vencedores —se dijo Antonio—, pero todos hemos perdido, todos hemos sido vencidos, en realidad, irremediamente, por la lepra del alma, por el odio ciego, por el asco hacia la vida, hacia la humanidad, hacia la convivencia... Somos pozos de odios que caminamos..."

"Patria o Muerte", "Patria o Muerte", "Patria o Muerte". Rostros, metralletas, ojos, metralletas, bocinas, metralletas, ruedas, ruidos, bocinas y más metralletas, gallardetes, sonrisas, gritos, ametralladoras, todo cruzaba.

Los altoparlantes resonaban como si la ciudad fuera un racimo de bocinas. Las palabras sacudían los oídos de la ciudad, rebotaban contra las puertas y balcones, rugían.

—"Sólo los regímenes explotadores que no cuentan con el apoyo de las masas tienen que recurrir a la minoría armada contra las masas..."

Reconoció la voz del Jefe Máximo. Se colocó en el pequeño muelle junto a un rebaño de hombres y mujeres que esperaban embarcar. Unos milicianos los empujaron.

—No se duerman, compañeros... que llegarán tarde... creo que son los últimos.

El lanchón partió, pequeño, resoplando, con el racimo humano de ojos agrandados por la fatiga o la duda de llegar con retraso a la concentración. Llevaban unos carteles: "Con la guar-

dia en alto”, “VENCIMOS”, “CUBA, SÍ; YANQUIS, NO”. Por los altoparlantes se oía el grito arrastrándose como el mar: Fi...del...Fi...del...Fi...del...

El Jefe Máximo aleccionaba, una vez más. Su voz recorría la Isla. La Isla era como un caimán de pólvora. Las bocinas continuaban haciendo rebotar el estrépito desenfrenado.

—“El pueblo no necesita confidentes, el pueblo no necesita una minoría para defenderse de las actividades de esos criminales...”.

El lanchón se balanceó como una cáscara infortunada cuando uno de los barcos de letras rusas cruzó como si quisiera embestirlo.

—“La Agencia Central de Inteligencia yanqui no había contado con que frente a los propósitos criminales iba a encontrar a un pueblo vigilante”.

La voz del “Jefe Máximo” era coreada por esa multitud de rugidos del océano, los gritos se mezclaban a silbidos que eran, también, al parecer, una muestra de aprobación o de incondicionalidad.

—“El Comité de Defensa de la Revolución es la organización que complementa todas las demás organizaciones de la Revolución. Es la organización que permite trabajar a aquellos ciudadanos que no pueden hacerlo en ninguna otra organización de la Revolución”.

Crecía la voz del “Jefe Máximo”, su fuerza áspera, su vendaval, su tono más bajo, su manera de reducir o subir el tono, de recalcar ciertas palabras, de silabear ciertas otras. La había escuchado, pero en otras circunstancias. En la conversación confidencial, a solas, años antes, y no decía las cosas de ahora, no chocaba contra los muros, las casas, las personas; no había puesto delirio en los hombres y mujeres uniformados, ni había entregado los puertos a los barcos que se movían con banderas como de llamas o sangre y con letras de un alfabeto extraño.

—“Lo que la Revolución ha hecho no es más que empezar y el derecho que está defendiendo es el derecho a seguir haciendo...”.

—Así se habla, compañeros.

—Con Fidel no hay quien pueda.

—Aplastaremos a los gusanos contrarrevolucionarios hasta que no quede ni uno solo vivo.

El vocerío era confuso. Estaban al otro lado. Se extendieron los carteles.

—Los gusanos, ¡al paredón!... —gritó el que parecía “responsable” de conducir el rebaño.

—¡Paredón!... ¡Paredón!... ¡Paredón!... ¡Paredón! —corearon los hombres y las mujeres con voz rónca y frenética, como si un resorte hubiera respondido, en cada uno, a la voz del guía.

Cruzaron unos carros militares, algunos automóviles y más gritos. Nuevos hombres uniformados, nuevos carteles que decían “Patria o Muerte. Vencimos”.

—“Ese era el sentimiento religioso de esos señores: vivir de parásitos, vivir de holgazanes, como si ellos fueran superiores...”.

Las nuevas bocinas sucedían a las bocinas rodantes, en automóviles o en camiones. De las ventanas y puertas de las casas salían las mismas palabras. Era casi como en los días de Hitler y de Stalin. Toda la ciudad se había puesto de acuerdo para que una sola voz fuera la dueña de todo, hasta del rugido de los que, de tiempo en tiempo, aplaudían delirantes, gritaban o aclamaban al “Jefe Máximo”, como obedeciendo al furor de una orden emotiva.

Antonio fue empujado, llamado al orden, sacudido, estrujado. Calmó la sed, comió algo, lo palmotearon, lo subieron a un camión, lo interrogaron, lo apartaron bruscamente, lo injuriaron, le dieron explicaciones.

—“¡A jugar a Miami o a jugar a las Vegas!” —la voz del “Jefe Máximo” quería ser irónica. Antonio comprendió que así como todas las bocinas, los altoparlantes, las puertas y ventanas, desde todos los edificios, difundían el timbre de una sola voz, todas las pantallas de televisión mostraban una sola imagen. “¿Qué pierden ustedes cuando un parásito se marcha?”. Todos parecían rugir al responder.

—“Algunas de aquellas damas practicaban la “alta prostitución” —gritaban las bocinas en cadena, las radioemisoras y televisoras en la cadena del FIEL... FIEL... A FIDEL... FIEL A FIDEL...”

—“Ahora el que vaya a Estados Unidos como residente o como turista, necesitará un permiso especial para regresar. La Revolución no va a detener su lucha contra los vendepatrias, contra los traidores...”

El “Jefe Máximo” había subido su tono exaltado. Estaba irritado. Habían llegado. A Antonio le pareció que estaba en medio de una tormenta. Le dolía la cabeza, le zumbaban los oídos, debía entrarle agua al alma, se estaba como ahogando en su interior. Recién ahora, cuando se encontraba formando parte de esa multitud autómatas y delirante, adquiría un poco de conciencia de dónde estaba. Había cruzado una parte de la ciudad y la ciudad le había parecido enteramente distinta a la que él conocía. Era una capital de frenesí, de pesadilla, de delirio. Y tampoco creía reconocer los altos edificios que rodeaban la explanada inmensa. Tampoco el obelisco le parecía el mismo, ni el monumento gigantesco de Martí era el que había conocido años antes. Las consignas que colgaban de los edificios enormes eran tan grandes como los edificios y todo mareaba. Todo era tumultuoso. La población había sido como exprimida, como estrujada allí, y el mar de cabezas se mezclaba al mar de fusiles y de uniformes hasta confundirse, hasta ser uno solo, como si fuese a estallar.

Antonio sintió opresión en la cabeza. Tuvo la sensación de un especie de vacío. Le pareció que iba a rodar al suelo. Intentó sujetarse de algo, de alguien, pero todos estaban como estremecidos por una corriente y unos a otros se sostenían de pie, como borrachos de un inmenso ejército en delirio.

Toda la Isla debía resonar así. El “Jefe Máximo” gesticulaba, gritaba, y toda la Isla lo oía, lo veía en las pantallas de la televisión como en un delirio multiplicado en imágenes hasta el agotamiento. Toda la Isla parecía aullar irritarse, gritar, estremecerse, volver al silencio, en esa plaza inmensa, invadida por la multitud. Revivía y agonizaba, a la vez, como al ritmo de un péndulo, como en una relojería de vítores o en medio de un oleaje iracundo. Antonio se sentía estrujado y sin salida posible. Todo estaba bloqueado por el delirio. Se sintió mal.

—“A todos esos señores— declaraba el “Jefe Máximo”—y en especial a este señor del partido reaccionario de Venezuela—creo que se llama Caldera —que mandó un telegramita interesándose por los contrarrevolucionarios: ¡que le escriba al Pentágono su carta y le mande su telegrama al Pentágono”— gritaba ahora el “Jefe Máximo” y su ronca voz era como una trompeta apocalíptica— ...“Que le escriban a los de la Agencia Central de Inteligencia, y que le escriban al Pentágono si quieren proteger las vidas de sus corifeos, si quieren proteger las vidas de los mercenarios, y si quieren proteger las vidas de los traidores!”

El aire era espeso y podrido, a la vez, como si el calor hubiera puesto a madurar la ira. La gigantesca plaza parecía que continuaba rugiendo. Antonio rebotaba contra todo y a la vez, se dejaba llevar. Era como un sonámbulo más entre todos.

* * *

Cuando el "Jefe Máximo" declaró que la concentración había terminado como un triunfo más de la revolución y como una nueva derrota del "imperialismo yanqui", el frenesí multitudinario se fue expandiendo por la capital con la fuerza de un gas mortífero. Todo parecía invadirlo, en todos los rincones de la conciencia y de la intimidad parecía que había penetrado. Antonio se dejó arrastrar, conducir. El oleaje de la expansión multitudinaria se lo llevaba todo por delante y era, a la vez, como una marea delirante, como una resaca espesa y gris. El río de desesperación se extendía en forma de consignas mecánicas. Antonio no comprendía como esa multitud no caía fatigada y como la ciudad no se convertía, de pronto, en un campo de batalla donde todos se echaran al suelo como bestias cansadas de gritar, de injurias, de odiar.

"y al que no le guste
que tome purgante...".

Cruzaron coros de ira como ráfagas de un tiempo de harapos. Cruzaban nubes de boinas y de trajes, de metralletas y de ritmos, de gritos, de injurias, en un frenesí que siempre necesitaba como aturdirse para tener la certidumbre que existía el valor. Pero en el odio había un ritmo, en la injuria había un compás, en el movimiento delirante había, de pronto, como un chorro de frenesí musical.

"P'a lante... p'a lante..." ("Para adelante... Para adelante"). Pero ¿hacia adónde si ya no era posible mayor servidumbre respecto a la dependencia soviética? ¿Dónde más se podía ir?

"...y al que no le guste
que tome purgante...".

Las calles eran una eclosión de ruidos, de ritmos, de gritos, de chirridos. Eran un entrechocar de delirios y, de pronto, de silencio, de tumbas, de miradas, de delaciones, de temores. El miedo andaba, suelto, como los gritos.

Los automóviles de la policía política asomaban sus fauces por las esquinas. Eran como tiburones hambrientos. Cada ventana podía esconder un ojo delator, cada puerta podía albergar un agente G-2. El Comité de Defensa vigilaba con armas, dueño del terror y era, a su vez, víctima del ojo superior. Aún el G-2 era víctima del "super G-2" que era el ojo directo de Moscú.

Antonio fue cruzando calles. Un camión lo dejó, con otro racimo de manifestantes, no lejos de un sitio que no le pareció desconocido. Había pensado ir hasta lo que fue un día su apartamento, pero los ojos del Comité de Barrio lo fulminarían y temió caer, otra vez, en manos del cuerpo represivo político. Además, estaba muy lejos, debía cruzar el río Almdares y caminar, todavía, más allá. No quería arriesgarse. Se podía caer en las redes del Comité de Defensa o en sus laberintos y no se sabía nunca si sería posible salir mañana o nunca. Pedir asilo político era un imposible. No tenía dinero. Ya no tenía amigos, ni conocidos. Encontrar a Diana pudiera ser una solución, pero no sabía dónde. Ir donde Juanita era imposible. Había llegado al malecón. Debía ordenar su cabeza para poder pensar. Necesitaba pensar. El aire fresco le haría bien. Necesitaba buscar un techo para pasar la noche, puesto que no tenía ahora el techo de la prisión.

Le hizo bien mirar el mar. El alma dejó de temblar. El pavimento se encontraba agrietado como si un terremoto hubiera sacudido la ciudad. Había trincheras, como si la ciudad esperara la invasión de los guerreros de un planeta desconocido. Había terror disfrazado de valentía. Y nuevas armas automáticas, nuevos ojos de metralletas, y nuevas miradas interrogadoras.

Pensó en algunos de sus amigos de ayer: o ya no estaban en Cuba o eran, ahora, sus jueces. Elisa ya no le pertenecía. Ni siquiera sabía dónde estaba. Diana había dejado de visitarlo en la prisión. Temía lo peor. Sabía que cuando la invasión de Playa Girón, la gente había sido detenida indiscriminadamente y que el país se había convertido en un delirio. Acaso Diana estaba, ahora, con sus padres en Bayamo o acaso en alguna prisión. Y este no saber donde estaba nadie, ni comprender donde se encontraba él mismo, lo aturdió. Todo estaba cuadriculado como un panal, pero el panal había sido sellado con sangre. No era posible entrar ni salir. Sólo era posible caminar.

“...y al que no le guste
que tome purgante”.

La brisa fresca marina le refrescó el alma en el momento que le invadió como un inesperado obsequio bondadoso. Era el mar, tan querido, tan amado, confidente otras veces de sus sueños y proyectos, de sus penas y reconfortamientos interiores. Se acordó que una vez, casi recién llegado a La Habana, cuando el accidente de Santa Cruz del Sur había ido al mar y ahí había llorado, hasta el amanecer. Y eso le había dejado el sentimiento como más limpio, como cuando en una casa donde alguien ha muerto es abierta una ventana al jardín o a la calle. También recordaba que en sus días de estudiante con hambre y desconcierto, un pedazo de pan, comido sobre el muro del malecón, había sido un festín. Otras noches había venido a fumar, a pensar, a proyectar cosas, a imaginar planes. Otras tardes había venido a leer. Era hermoso leer a los poetas, mientras se estaba sentado en la defensa del malecón y se escuchaba el mar. Y recordaba otros días, los días del ciclón, cuando no era fácil acercarse al mar porque era como un delirio de cuchillos irritados. Pero ahora había calma.

Respiró fuerte. Era el olor del mar. Para unos había sido la liberación. Para otros había sido la muerte. Seguiría siendo la liberación y la muerte. El mar, desde los días del monólogo de Prometeo era doloroso y amargo, esperanzador y lírico.

Antonio se acordó, entonces, de una casa. No estaba lejos. ¿Lo reconocerían? Allí estuvo una vez la familia de un amigo, a quien perseguía la policía política y la familia consiguió escapar. Diana le había informado que en esa casa vivía ahora, Juan Manuel Cervantes con su familia.

Se encaminó hacia allá. Dejó atrás los viejos cañones históricos que rodeaban la estatua del héroe nacional, el General Antonio Maceo, que ahora le servía al régimen, como los otros héroes, para proclamarse su heredero, injuriando así, gratuitamente, el sacrificio y la memoria del héroe invocado. Pero ni aun ahí había sido respetado el recuerdo, porque los cañones de la epopeya de ayer habían sido desestimados “por viejos”. A la hora de agredir eran más prácticas las ametralladoras gigantes y los tanques. Los carteles seguían proclamando “PATRIA O MUERTE. VENCIMOS”. Todos estaban ahora uniformados, hasta los dolores y las esperanzas.

La calle había perdido la antigua compostura y sobriedad. Ahora era como un canal abierto en gritos. Nuevos uniformes y nuevas armas. Subió las escaleras un poco inquieto. Al subir, un miliciano le dio el alto. Una miliciana lo observó sin reconocerlo. Antonio dio el nombre de Juan Manuel y el rostro del interrogador se hizo amistoso. La miliciana sonrió.

Los muros estaban afirmados como a puñetazos de consignas. Había letreros grandes, retratos del “Jefe Máximo” y de sus amos, banderas soviéticas y en todos los pisos como el oído de la delación escuchando.

La puerta estaba vigilada. Lo hicieron esperar. Antonio estaba tenso, pero no tenía tiempo de desandar lo andado, de decir

que se iría, que se había confundido. Además, la noche estaba allí, para todos.

—Compañero... ¿cómo tardaste tanto?... —los brazos se le tendieron fraternos, se dejó abrazar.

Una orden seca del jefe de la casa fue suficiente.

—Que me dejen tranquilo con el compañero, que es algo importante, fun...da...men...tal...

Juan Manuel lo condujo a una habitación del fondo. Los rostros le parecieron a Antonio como los de un acuario. ¿Es que Juan Manuel, siendo el mismo o casi el mismo en lo físico, había cambiado en su interior? Vestía el traje del miliciano y ostentaba un grado.

—Soy, además, el jefe del nuevo Comité de Defensa —le dijo grave—. Debes pedir que te envíen a un campo de reeducación revolucionaria. Te hará falta. Es necesario. Te necesitamos. Un comandante amigo me ayudó. Un día sabrás a quién le debes la libertad. Te estaba esperando porque sabía, por la orden de excarcelación que vendrías aquí. ¿No leiste el papel? Mandé avisarle a Diana con Marta, por eso no encontraste a Marta aquí... Nos serás *necesario*. Hay mucho que hacer. A veces he pensado en lo que me decías en el viaje a las Mercedes. Han sucedido muchas cosas, para bien... y para mal.

Antonio escuchó que Juan Manuel acentuaba, de un modo particular, las últimas palabras y comprendió que la esperanza empujaba también el griterío y la violencia, porque —al modo de la mancha del aceite sobre el mantel— se iba extendiendo la red de los resistentes. Un día todo aquello sería como la fuerza volcánica capaz de sacudir a los verdaderos traidores y a los verdaderos servidores de la traición y ese día sería posible recuperar a la Revolución.

—Verás a Diana... Estuvo detenida en la Ciudad Deportiva los días de Girón. Como estuvieron miles. Sufrió, como sufrieron miles. Pero está en la calle otra vez... Ella también está traba-

jando bien... Y como se lo prometí a mi amigo el Comandante, solicitarás ver a antiguos conocidos tuyos y deberás ser más radical que los más radicales revolucionarios "de ahora".

La mano de Juan Manuel cayó sobre el hombro de Antonio y sintió que se quedaba en su hombro animándolo de calor humano. Antonio comprendió, entonces, muchas cosas.

—Esta noche dormirás aquí. Marta te preparará una cama... Estamos en toda la Isla —dijo Juan Manuel con cierta estudiada indiferencia, pero mirándolo de soslayo y con una mirada de ironía, de coraje y de porvenir—. Estamos aplicando los métodos más prácticos... —sonrió con coraje.

* * *

A Antonio le pareció que no había vuelto, que era otro —y no él— el que había entrado allí. El retrato del "Jefe Máximo" parecía el ojo mediante el cual "vigila y vela" el Partido Unico (siempre había que escribir "Partido", con una P mayúscula, que no era precisamente la P de la Patria sino la otra, relacionada con el Paredón).

Todo parecía estar controlado, ahora. Los muebles eran simples y no habían recibido el arreglo del carpintero. No había tiempo. Los carpinteros debían hacer otras cosas. El sillón parecía sonreírse de los carpinteros, porque, a través del tapizado muy sencillo, asomaba la boca desdentada de la rajadura, no se sabía si por vejez o por descuido. Ahora nadie se cuidaba que el tapiz roto cerrara los labios. La muerte también tenía los labios abiertos.

Y en medio de esa habitación, que tenía algo de un tiempo encerrado, Antonio procuraba hacer el inventario breve de aquellos minutos. Le parecía que había vuelto no sabía de dónde. Acaso era del infierno de donde había regresado. Le costaba habituarse a los ojos —sombrios y abiertos a una experiencia

nueva del mundo— que mostraba Diana. Era como si Diana hubiera vivido una vida de más y ya, como Antonio, estuviera ahora viviendo como de préstamo.

Antonio comprendió que le dolía la voz, que la garganta le dolía como una caverna, como la cueva del hombre. Le costaba pronunciar la simple palabra “Diana”.

El camino hacia los labios de la que había sido siempre su compañera y su amiga, su esposa y su amor, ahora era como un camino difícil. Diana había vivido una vida que ya casi no le pertenecía. Entonces era también “otra” Diana la que estaba allí casi sin palabras.

No tenía ni qué decir, ni qué llorar y los brazos fueron, de pronto, como dos bahías que se encuentran, sin saber por qué. Se abrazaron. No hacían falta palabras. Los minutos les dolían como escombros. Los labios de Antonio buscaron los de Diana. Afuera el día era como un moscardón suicida.

Fue entonces que Diana empezó a llorar. Antonio sintió que sobre su hombro, como caen unas pequeñas hojas de fuego en el otoño, debían caer unas lágrimas, que eran las de Diana. El tenía los ojos enrojecidos y quería pensar que era a causa del polvo, pero las calles estaban asfaltadas y no había polvo ahora.

—No seas... —la voz le costaba, era como si fuera una raíz amarga y ya quemada— ...niña... —tuvo que ahogar la sílaba final como se apaga una hoguera.

Diana continuó llorando, silenciosa, casi como si se hubiera acurrucado en su hombro, como si fuese una paloma indefensa. No decía nada, sino lloraba. No tenía nada que decir. Elisa continuaba en la provincia de Oriente y había sido fanatizada por el régimen. La habían perdido para siempre.

—Nos prometimos ser fuertes —dijo Antonio.

Pero no podía haber respuesta. Todas las criaturas son débiles. Y ellos medían allí esa distancia que debió comprender Icaro después de su fallido vuelo. Todo parecía estar, confundido,

con las alas caídas, la angustia y el destino. ¿Qué eran, ahora, sino seres perdidos en sus propios laberintos?

“Patria o Muerte. Vencimos”. Decía la consigna bajo el retrato del “Jefe Máximo” sobre el muro. Ellos habían sido vencidos, como millares, como millones, pero no podían dejar de combatir. Sólo les era permitido el breve respiro. No sabían si la victoria final estaría muy lejos o muy cerca. Acaso tampoco les importaba. La embriaguez del combate debía de compensarlos si no podían ver el día del triunfo. La vida tenía algo mágico en medio de las pruebas que intentaban demostrar que toda existencia en circunstancias así es infortunada. Pero si ellos no podían permanecer con vida hasta el día de la derrota de los carceleros, otros continuarían viviendo para estar despiertos ese día en que los carceleros ya no tendrían balas sino temor.

El hombro de Antonio había quedado como humedecido. Diana levantó la cabeza. Intentó sonreír desde su esperanza, pero fue como la calle olvidada después de un día de lluvia. Su cara con lágrimas le daba una belleza nueva: la del infortunio que sueña con la esperanza. Unos golpes en la puerta les prevenían. Aquellos golpes de discreta advertencia les hicieron comprender que no era posible prolongar la entrevista sin llamar demasiado la atención de los que espían por costumbre o para “hacer méritos”.

“La alegría venía siempre después de la pena”, escribió el poeta Apollinaire que conoció el infierno de la primera gran guerra mundial de este siglo. Antonio pensó si la alegría, después del dolor sin número, estaría hecha un día, para ellos. Al menos el dolor no había sido capaz de matarlos y mientras se estuviera con un soplo de vida era posible servir a la esperanza.

A Antonio Baena los torturadores le habían ido acerando el alma y ya no temblaba. La soledad, el asedio de los carceleros, los castigos morales le habían habituado a controlar sus sentimientos, a que su vida fuera más que gestos, contención; más

que palabras, silencio. Sin embargo era necesario decir ese mensaje, deshacer el nudo interior. Comprendía, con una gran claridad de conciencia que la tarea sería, en adelante, infiltrarse hasta minar la barbarie totalitaria, vencerla desde adentro, hasta romper un día —para siempre— la relojería de la servidumbre.

—A veces se puede combatir desde el infierno escribiendo mensajes para que otros despierten —dijo.

Diana lo miró con una ternura donde se mezclaba el amor de ayer a una nueva compasión por el hombre que sufría, como tantos.

—¿Qué harás? ¿Ya te habló Juan Manuel? —los ojos de ella eran sombríos y tiernos a la vez, como esas hojas del fondo de las selvas cuando son castigadas por la tormenta; había sufrido y debía no aparentar desmayos.

—Haré un acto de contrición perfecto... Un muro se cae cuando los materiales se deterioran... pero necesito estar despierto para cuando llegue el día, la hora, el minuto... para verlo todo...

—Tendrás que trabajar despierto, sin dejarte hipnotizar —dijo ella.

—Todo se aprende. Adentro aprendí que uno puede permanecer despierto, aunque aparentemente duerma.

—¿Crees que avanzará todo, pronto?

—Los materiales con que se levantó este muro se están deteriorando, el muro se caerá desde adentro y tú y yo lo veremos un día. Ellos no están tan ciegos, ni tan hipnotizados para dejar de comprenderlo. Saben que están condenados, porque ya los condenó la mecánica misma del sistema.

—Fíjate bien en lo que escribas —recomendó ella.

Antonio esbozó una sonrisa. Dijo simplemente:

—Patria o Muerte... Venceremos... pero como nosotros que-remos vencer.

Diana iba a murmurar algo, pero el minuto era imperioso. Ahora un error costaría más de una vida.

—Un día diremos: “Vencimos” —dijo Diana.

—La victoria está siempre hecha de derrotas parciales. Lo que importa es que esta especie de lepra, que nos ha hecho mudar la piel del alma, desaparezca para siempre, un día.

Debían separarse. La noche empezaba, pero después de esa noche ellos esperaban no el día inmediato sino “un día”.

—Acaso sea un nuevo privilegio esta nueva forma de sufrir —dijo, finalmente, Antonio, con un tono de voz que era lento y triste a la vez, lleno de una gravedad que parecía venir desde el sufrimiento—. Eramos ligeros. El dolor nos ha convertido en seres graves. El sol puede animar a los que aún están libres en algún sitio del planeta, pero nosotros estaremos, para siempre, marcados. Lo supe allá en el fondo de las galerías de donde vengo. Ese dolor nos ha hecho abrir los ojos hacia un frío parecido al de la muerte. Creo, sin embargo, que dará nacimiento a una nueva vida. No sé cómo saldremos de este inmenso laberinto. Ni hacia adónde, ni cuándo. Pero tengo fe. No sé por qué. Ni sé cómo, ni sé de qué materiales está hecha esta fe, pero tengo confianza en el destino humano. Es lo último que nos podrá ser arrebatado en la tierra.

Era casi un monólogo. Diana comprendió que ya Antonio no hablaba para ella sino para él y para todos los hombres como él. Se quedó en silencio. No supo qué agregar. Sólo sabía que tendrían que separarse y que el llanto ahora rodaba en una forma como nunca antes: nadie podría verlo. Y era una piedad sin límites por cada uno y por todos. Por Antonio y por los demás, por ella y por todas las otras mujeres como ella. Por los que padecían y por los que hacían padecer. Era como si no hubieran victoriosos porque los que gritaban o mandaban gritar consignas de “Patria o Muerte”. Venceremos”, eran, también, unos vencidos.

Todo parecía haber naufragado. Todo era ya del fuego y la ceniza como en Sodoma y Gomorra. Un huracán había pasado sobre las personas y parecía haber descabezado sus sentimientos.

Y como en Sodoma y Gomorra parecía respirarse en el aire del trópico un olor a azufre pero, esta vez, no solamente mezclado a la sangre y a las lágrimas, sino, también a la esperanza.

ÍNDICE

ÍNDICE

Prólogo, por Julián Gorkin	v
Primera parte: El muro agrietado	1
Segunda parte: El fusil y la paloma	111
Tercera parte: La cárcel del alma	239

ULTIMAS PUBLICACIONES DE
B. COSTA-AMIC, EDITOR

DIORAMA DE LOS MEXICANOS, por el Dr. Jorge Segura Millán (en tela) 580 págs. Una visión completa del mexicano	\$ 100.00
PSICOANALISIS DE LA DINAMICA DE UN PUEBLO, por Aniceto Aramoni (2ª edición), 324 páginas	\$ 35.00
LA MUERTE EN EL PARAISO, por Alberto Baeza Flores. 384 XVI pps. Prólogo de Julián Gorkin. (El trasunto fiel de la revolución cubana; un auténtico documento)	\$ 25.00
PRESENCIA DE MEXICO, por Ismael Diego Pérez. 224 págs.	\$ 20.00
HISTORIA DE LA CULTURA MEXICANA, por Jesús Romero Flores. 504 páginas	\$ 40.00
SANCHO PANZA EXEGETA, por Luis Lara Pardo. 200 páginas con 5 ilustraciones. Edición numerada	\$ 25.00
ANDANZAS DE UN PERIODISTA REVOLUCIONARIO, por Enrique Lumen. 416 páginas	\$ 30.00
BIOGRAFIA DE CALOCA (El cuentista parlamentario), por J. Jesús Figueroa Torres. 256 páginas, con 16 viñetas	\$ 20.00
OPULENCIA Y MISERIA EN EL SIGLO XX, por Drs. Jan Groot y Dr. Eduardo Yglesias. 224 páginas	\$ 20.00
ACTUACION REVOLUCIONARIA DEL GENERAL ALVARADO EN YUCATAN (Memorias), 144 páginas	\$ 15.00
EL INQUIETO RIO URIQUE, por Eleazar Tarango. (Una expedición extraordinaria a las profundidades de la alta sierra tarahumara). Con 65 fotos	\$ 18.00
PASO A DESNIVEL (novela), por Rafael Cordero A., con carátula a todo color de Francisco Icaza	\$ 20.00
DEPARTAMENTO VACIO (la novela de los estudiantes), por Abel Santiago Díaz. 224 páginas	\$ 15.00
ESA GENTE DE ESPAÑA... (7 ensayos sobre el futuro de España), por Américo Castro, Raúl Morodo, Sergio Vilar, Manuel Medina-Ortega, José M. Marra-López, E. Martínez de Pisón y José Ferrater Mora	\$ 10.00
MADRE, PATRIA, MAESTRO (TRILOGIA SUBLIME), por Enrique-Rafael Ramos Hernández. 160 páginas	\$ 10.00

Impreso en los talleres de
B. COSTA-AMIC, EDITOR, en
calle Mesones 14, México, D. F.

Marzo de 1965

Edición de 2,000 ejemplares.